

Brigitte Hamann

Con Maximiliano en México

Del diario del príncipe Carl Khevenhüller 1864-1867

Brigitte Hamann

Con Maximiliano en México

Del diario del príncipe
Carl Khevenhüller 1864-1867



Esta obra viene a sumarse a la abundante bibliografía sobre la presencia del archiduque Maximiliano de Habsburgo en México, presencia que constituyó una extraordinaria aventura.

En efecto, son numerosas las ocasiones en que historiadores y literatos se han visto atraídos por el acervo de memorias, diarios de viajes y cartas de quienes acompañaron o secundaron a la pareja real.

Con Maximiliano en México es otro libro de memorias sobre el tema, pero tiene la ventaja de ofrecer el testimonio directo de un hombre que presenció esa aventura mexicana: el del conde Carl Khevenhüller, miembro del "cuerpo austriaco de voluntarios" quien, dada su posición, pudo ver muchas cosas que para otros pasaron inadvertidas.

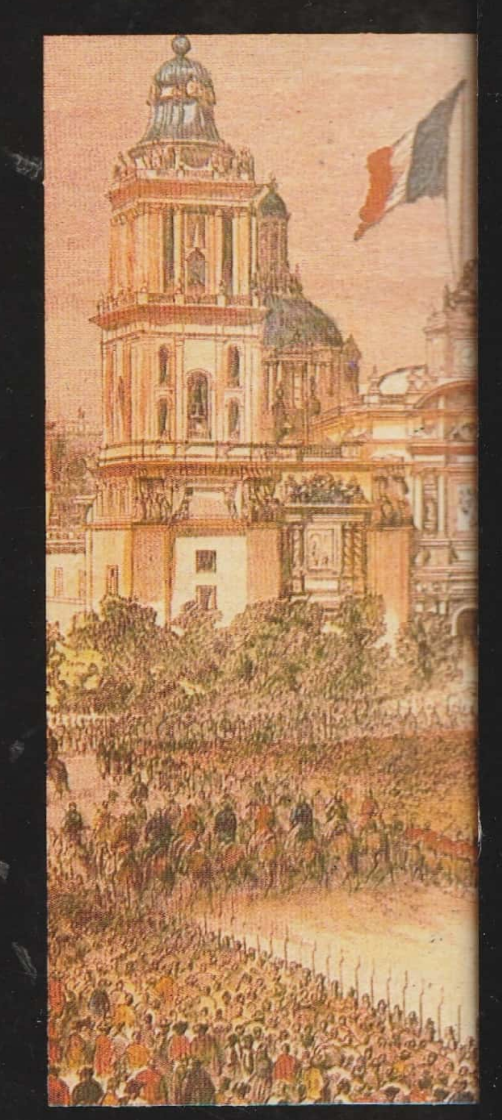
Antes de las memorias propiamente dichas de Khevenhüller, la investigadora Brigitte Hamann presenta una visión histórica de México y una semblanza de los emperadores Maximiliano y Carlota, al igual que del cuerpo austriaco de voluntarios, con lo cual se ubica apropiadamente al lector. La reproducción íntegra de "Tres años en México" —el diario de Khevenhüller— no sólo nos permite conocer la opinión de ese personaje en materia militar: brinda también una visión muy peculiar sobre diversos aspectos de la vida en Mé-

(Pasa a la segunda solapa)



C

Del diario



(Viene de la primera solapa)

xico, como las costumbres de sus habitantes, su arquitectura, sus fiestas, etc. Y si bien no es una biografía de Maximiliano "realizada con método científico" en la que colaboren "italianos y mexicanos y peritos de diversas disciplinas" que, según Brigitte Hamann, aún está por hacerse, en cambio refleja la opinión de un hombre que, asimismo en palabras de Hamann, "conoció y aprendió a querer, en esos tres años en México, al país y a sus habitantes".



OTROS TÍTULOS

Richard Aldington
EL DUQUE DE WELLINGTON

•

Hanno Beck
ALEXANDER VON HUMBOLDT

•

Egon Caesar Conte Corti
MAXIMILIANO Y CARLOTA

•

Johan Gustav Droysen
ALEJANDRO MAGNO

•

I. K. Luppol
DIDEROT

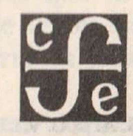
Diseño: Nicolás Moreno/Fotografía: Carlos Franco

Traducción de
ANGÉLICA SCHERP

BRIGITTE HAMANN

CON MAXIMILIANO EN MÉXICO

Del diario del príncipe Carl Khevenhüller
1864-1867



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en alemán, 1983
Primera edición en español, 1989

Créditos de las ilustraciones: privadas (de publicaciones de la época: *Waldheims Illustrirte Blätter, Der g'rade Michel, Leipziger Illustrirte Zeitung, Kladderadatsch* y otras), núm. 19, pp. 22, 23, 27, 30, 46, 48, 53, 72, 93, 115, 128, 132, 138, 146, 149, 151, 155, 161, 163, 166, 208, 238, 242, 279. Colección de Retratos de la Biblioteca Nacional de Austria, núms. 6, 7, 8, 9, 10, 21, 23, pp. 143, 216, 230. Archivos de la Casa, de la Corte y del Estado, pp. 55, 79. Archivos de la Casa, de la Corte y del Estado, Depósito Khevenhüller, pp. 101, 124, 253, 285, 271. Max Khevenhüller, núms. 1, 2, 3, 11, 12. Archivo de la Ciudad de Viena, núms. 4, 5, 13-18, 20, 22

Título original:
Mit Kaiser Max in Mexiko. Aus dem Tagebuch des Fürsten Carl Khevenhüller 1864-1867

ISBN 3-85002-169-6

Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-3251-6

Impreso en México

PRÓLOGO SUPERFLUO A UN BELLO LIBRO

Serendipity es una palabra inglesa que no tiene equivalente en nuestro idioma —aunque se ha propuesto castellanizarla sin más y hablar de "serendipia"— y designa la feliz casualidad que nos lleva a encontrar algo que buscábamos sin saberlo. No se me ocurre otro término que exprese mejor lo ocurrido a la historiadora austriaca Brigitte Hamann, quien al tratar de localizar papeles o correspondencia entre el conde Khevenhüller-Metsch y Rodolfo, el heredero del trono austrohúngaro, cuya biografía deseaba escribir,[1] encontró el *Diario* de un anterior a Khevenhüller, y en él los recuerdos de su estancia en México como miembro del cuerpo de voluntarios austriacos que acompañó al archiduque Maximiliano a tierras mexicanas. Tanta fue su suerte que lo que encontró no fue un simple manuscrito, sino un original trabajado y aun se puede decir que listo para su publicación, pues hacia 1883 el propio autor, a instancias de su amigo el historiador Oncken, reorganizó sus papeles (un *Diario* y además correspondencia) y reescribió sus memorias, aunque no tuviera intención de publicarlas.

Se trata, pues, de un documento hasta ahora desconocido, si bien la figura del coronel Khevenhüller es familiar a través de otras memorias e historias del periodo. El joven conde Carl Khevenhüller llegó a México con el primer grupo de voluntarios, ya que fiel a la tradición de los herederos de grandes casas había incurrido en tantas deudas que su padre, el príncipe, juzgó conveniente que abandonara Austria mientras se llegaba a un acuerdo con los acreedores. ¿Y qué mejor oportunidad que seguir al archiduque en su romántico empeño? Una vez en México, Khevenhüller se manejó con tanta temeridad y lealtad que todas las menciones que de él hacen sus contemporáneos y los historiadores posteriores van acompañadas del adjetivo "valiente" "o 'bizarro", a la vez que se alaba su capacidad de organización. Lo que hasta ahora se ignoraba es que unía a ello un cierto talento de escritor que convierte su *Diario* en una verdadera novela de aventuras.

Pero no hay porqué adelantar vísperas y lo más conveniente será volver a la historiadora austriaca, quien, tras de meditar seriamente si debía o no editar los cuadernos encontrados, en vista de la gran

[1] Publicada en 1978 por la editorial Amalthea, Wien-München.

cantidad de fuentes europeas sobre el imperio mexicano de Maximiliano —fuentes que, debe añadirse, están aún por traducirse en su mayor parte— se resolvió a ello por seis razones que asienta al final de su estudio. Pues, una vez decidida la publicación, Brigitte Hamann escribió una breve introducción acerca de la época y sus problemas, por lo que el libro consta de dos partes claramente diferenciadas. En poco más de un centenar de páginas, la autora describe tanto la situación mundial como la de México. Pasa de ahí a las circunstancias que llevaron a la joven pareja imperial a aceptar el trono, relata la formación del cuerpo de voluntarios austriacos y después la juventud de Carl Khevenhüller, su actuación en México y el epílogo de su aventura mexicana. Las últimas páginas contienen unas cuantas indicaciones sobre su manejo y edición del *Diario,* a la vez que la enumeración de las seis razones que la llevaron a su publicación.

Esta introducción me parece notable por dos cosas. Primero por la imparcialidad de la autora frente a los acontecimientos de México, ya que, entre otros rasgos, nunca pone en duda la legitimidad del gobierno de Juárez y nunca intenta una defensa del imperio. Y en segundo lugar por ser una muestra cabal de las dificultades que la comprensión de México presenta a cualquier extranjero. Así, a pesar de haber consultado a mexicanistas alemanes de renombre, la autora muestra casi a cada paso que la historia mexicana no es su especialidad y que sólo la casualidad la llevó a interesarse por nuestro país. No sólo hay una simplificación muy natural, sino también pequeños errores. Por ejemplo, sostiene que, "oficialmente, sólo hay un Imperio mexicano en la historia de este país, a saber, el de Agustín I",[2] cuando un vistazo a cualquier manual de historia de México[3] la habría hecho darse cuenta de que el "segundo imperio" sí existe para nuestra historiografía. Más adelante asegura que Khevenhüller llegó a amar a México (lo que está fuera de duda), pero lo atribuye a que "no tenía nada del carácter de los conquistadores españoles, quienes degradaron y despreciaron este país ajeno a ellos".[4] De nuevo, una lectura, por rápida que fuera, de cualquiera de las crónicas de los conquistadores, militares o espirituales, le habrían hecho ver hasta qué punto fueron ellos los conquistados.

[2] *Infra,* p. 17.

[3] Por ejemplo, la *Historia de México,* en 10 volúmenes, México, Salvat Editores de México, 1974. El vol. 8 se inicia precisamente con tres capítulos dedicados a la intervención y al segundo imperio. O también la *Historia general de México,* México, El Colegio de México, 1976, t. 3, pp. 138-162.

[4] *Infra,* p. 100.

Con todo, esta interpretación tiene un valor propio, ya que representa la imagen que un intelectual europeo tiene de México. Imagen que si bien puede producirnos extrañeza, también debiera darnos en qué pensar. Desde luego, para quien nunca haya estado en México, es casi imposible aceptar que los relatos sobre su riqueza y belleza puedan ser algo más que una exageración. Algo de ello hay, desde luego, pero por lo que se refiere al mundo natural, la mayor parte de los viajeros del siglo XIX, que tanto peso tuvieron en la "aventura mexicana", no hizo más que describir un hecho, pues el parecido entre ciertas zonas de la República y las descripciones del paraíso terrenal (tal como fue concebido por los europeos) sigue siendo real, a pesar de las catástrofes ecológicas. Por ello, es comprensible que Brigitte Hamann tome *cum grano salis* el texto de Carl Bartholomaeus Heller[5] que cita en la página 44, y ya el verbo alemán que utiliza para introducir el texto, *schwärmen,* es decir, "delirar", pone de manifiesto que lo considera como una descripción exuberante, exagerada y, por ende, muy poco de fiar. Sin embargo, si la hubiera cotejado con el escueto relato de Khevenhüller sobre su viaje de Veracruz a la ciudad de México, habría visto que las descripciones concuerdan, simplemente porque la belleza y riqueza de la tierra son verdaderas. (Debemos esperar, en cambio, que el duro juicio moral sobre los habitantes no lo sea.)

Ahora bien, si el texto del Prólogo puede resultar un tanto esquemático para nosotros por lo que al lado mexicano se refiere, el análisis del trasfondo austriaco y de la persona de Maximiliano es, a pesar de su necesaria brevedad, un aporte espléndido para una mejor comprensión de lo sucedido. Brigitte Hamann pudo consultar documentos privados de familiares y amigos de Maximiliano que proporcionan una imagen más real del archiduque. Y esa imagen hace ver hasta qué punto fue un error, no que aceptara el trono —pues precisamente por su personalidad era inevitable que lo aceptara—, sino que le fuera ofrecido. Por muy descendiente directo que fuera de los Reyes Católicos, había en él muchas otras características, conocidas por todos los que lo rodeaban, que Napoleón III debió tomar en cuenta. La supuesta prudencia napoleónica no puede quedar más mal parada.

[5] Carl Bartholomaeus Heller, más conocido como botánico que como geógrafo, fue enviado a México por la Sociedad Imperial y Real de Jardinería de Viena a fin de recoger ejemplares vivos de plantas mexicanas. Fruto de su estancia fue su libro más conocido, *Reisen in Mexiko in den Jahren 1845-1848,* Leipzig, 1853. (Hay trad. en español, *Viajes por México en los años 1845-1848,* México, Banco de México, 1987.)

También es una aportación el estudio de los elementos que componían el cuerpo de voluntarios del que Khevenhüller formó parte. En algunos casos, la autora pudo documentar los motivos que llevaron a algunos jóvenes oficiales del ejército imperial a darse de alta como voluntarios. En otros casos, el estudio de los periódicos (¡y de las caricaturas!) permite descubrir casi con toda certeza el tipo de hombre que buscaba esta salida.

Por lo que se refiere al texto mismo del *Diario,* quizá habría que empezar por decir lo que no es, ya que las mismas dudas de Brigitte Hamann, en cuanto a la conveniencia de su publicación, pueden hacer pensar que se trata de un informe más, de un documento oficial más. Y esto es precisamente lo que no es. A pesar de haber sido reelaborado años después y de que Khevenhüller permitiera a Oncken hacer uso de algunas partes en una de sus obras históricas, no estaba destinado a ser leído por otros, cuando menos no en vida de su autor. Si bien escrito por un soldado durante una guerra, no es un diario militar, sino íntimo. Un diario en el que se anotan no sólo los sucesos del día, sino también los pensamientos y sentimientos que provocan. Un diario como tantos otros escritos por la aristocracia europea antes y después de esta época. Un diario que podría tener —también como tantos otros— sólo un interés anecdótico,[6] pero al que los tres escasos años que Khevenhüller pasó en México prestan un carácter completamente distinto.

A semejanza de las decimonónicas novelas por entregas, aparecen en el escrito actos de valentía, traiciones, desafíos, enemigos nobles y enemigos malvados, escapatorias increíbles, salvamentos en el último minuto, viajes (¿o habrá que llamarlos travesías?) por un acueducto, bellas mujeres y escalas que conducen a sus habitaciones, en suma, todos los elementos del género. Y quizá también como en muchos folletones, los temas centrales son el amor, el honor y la muerte. Sólo que en este caso son tan reales que no sólo cambiaron para siempre la vida de Khevenhüller, sino también, en última instancia, la de un país.

Al reescribir, "casi 25 años después",[7] sus memorias, el dolor y el remordimiento por lo ocurrido son aún tan fuertes que logran romper el recubrimiento romántico y hacerse palpables al lector. Y, sin embargo, ¿podía haber cambiado algo? En historia no es lícito el condicional, por mucho que los propios remordimientos empiecen por un "Si yo hubiese..." (o "Si no hubiese...").

[6] ¿Cómo olvidar ese "Nada" que es lo único que Luis XVI escribió en su diario el 14 de julio de 1789?

[7] El error de cuenta de Khevenhüller.

En el caso del príncipe Khevenhüller, las cosas se encadenaron de tal suerte que a quienes lo leemos a más de cien años de distancia nos parece que nada hubiera podido cambiar.

Un joven alocado, en un país extraño, pero en el cual tanto por la situación general como por la suya propia le están abiertas todas las puertas, conoce, a poco de llegado, a la esposa (casi una niña todavía) de uno de los hombres más ricos de la época (hombre del que se murmura que es impotente)[8] y se enamora de ella de una vez y para siempre. Aunque, de nuevo, los chismes que corren por la corte imperial de México contradigan este amor a primera vista y hayan hecho del joven coronel austriaco el protagonista de innumerables aventuras amorosas.[9] Sea de ello lo que fuere, Khevenhüller no estaba aquí para satisfacer sus caprichos, sino para dirigir un cuerpo de voluntarios. Por ello, las oportunidades de ver a su amada Leonor son pocas, si bien se las ingenia para hacer amistad con la familia y tener entrada en la casa. Pero las cosas no pasan de allí.

Por otra parte, la situación del imperio es crítica, como ya lo ve muy bien el autor del *Diario* a las pocas semanas de estar en México. Con gran rapidez llega para Maximiliano el momento de la decisión definitiva. Abandonar el país "como una pieza más del equipaje francés" o permanecer fiel a su honor y aguantar hasta el fin. Y justo en el momento en que el emperador y sus tropas salen de la ciudad de México con rumbo a Orizaba, la dama cede y hace ver a Khevenhüller que corresponde a su amor. Así, amor y honor se unen, pues si el joven militar quiere permanecer aquí por una razón que para él es de fuerza mayor, el sentido del honor de Maximiliano, siempre tan agudo, sólo necesita de unas palabras para decidirse a permanecer. Y Khevenhüller está entre los que apelan a ese sentido del honor que, en su caso y unido a su amor por Leonor, lo obliga a su vez a defender al emperador hasta el fin, no sólo porque reconoce el papel que ha desempeñado en esa decisión, sino precisamente porque el imperio está perdido. "¡Canalla quien lo abandone!"

Todos conocemos de sobra el fin. La retirada a Querétaro, la trai-

[8] Esto explicaría ampliamente lo sucedido. Sin embargo, de acuerdo con Ricardo Ortega y Pérez Gallardo, *Estudios genealógicos,* México, Imp. de Eduardo Dublán, 1902, p. 288, del matrimonio de Javier Torres Adalid y Leonor Rivas nacieron ocho hijos: José, Javier, Luis, Agustín. María, Leonor, Juana y Teresa.

[9] *Cf.* la cita de Blasio en la p. 89.

ción de López y de Márquez y la muerte. Pero esta última podría haberse evitado si tan sólo se hubiera permitido a los austriacos acompañar al emperador o cuando menos acudir en su auxilio. El imperio se habría hundido ¿qué duda cabe?, pero el archiduque (sin barba y con uniforme de "colorado" habría podido salvar la vida.

Khevenhüller nunca podrá perdonarse todo esto. Cumplirá hasta el fin con todo lo que su honor de militar le exige, pero no querrá quedarse ni un día más en una tierra extraña a la que nada lo ata. O mejor dicho, en la que todo lo ha perdido, el emperador al que había entregado su lealtad, la mujer de la que se enamoró y también ese hijo que menciona una sola vez en su *Diario* y que nunca podrá reclamar como suyo.

Tal es la "pequeña historia" vivida por este joven austriaco, quien al contarla no sólo nos hace partícipes de ella, sino también de los sucesos que lo rodearon. Posiblemente habrá aún quien se indigne por los juicios de Khevenhüller sobre los personajes mexicanos de ese tiempo y porque hable sin tapujos del apoyo económico que los Estados Unidos proporcionaban a Juárez. También habrá quien discrepe de su interpretación de los hechos. De lo que no cabe duda es del amor que llegó a sentir por México y de su lealtad inquebrantable a ese mundo que sólo vivió tres años.

Es indudable que Brigitte Hamann eligió lo más interesante de las memorias del príncipe Khevenhüller, que tuvo además la suerte de encontrar acabadas y sin lagunas temporales. Su Prólogo, por otra parte, las redondea con datos pertinentes y el resultado final es un bello libro. Y, sin embargo. . . El hecho de que la autora haya podido presentar tan vivamente la personalidad del príncipe, el hecho de que mencione datos que no aparecen en el *Diario* hacen suponer la existencia de más "papeles" mexicanos en el archivo de la casa Khevenhüller. ¿Correspondencia entre el príncipe y Porfirio Díaz, ese enemigo al que describe desde la primera vez como "un hombre decente"? ¿Cartas de Leonor? ¿Disposiciones testamentarias? La verdad es que nos gustaría saber más y para ello será necesario que otro historiador (¿mexicano esta vez?) busque de nuevo en esos archivos y se convierta en una nueva manifestación de "serendipia".

ELSA CECILIA FROST

Tlalpan, D. F., mayo de 1988.

PRÓLOGO

Hace ya casi diez años que estuve buscando, durante mi trabajo en la biografía del archiduque Rodolfo, el legado del conde Rodolfo Khevenhüller-Metsch, quien tuvo cierta importancia como comisionado austriaco en Belgrado durante la crisis de los Balcanes de 1885-1887 y mantenía también estrecho contacto con el archiduque. En el muy extenso archivo de la familia de Khevenhüller, el cual está depositado en el Archivo Particular, de la Corte y del Estado en Viena, por desgracia casi no encontré documentos y sólo diarios completamente privados del conde Rodolfo, pero sí, en cambio, varios tomos de un diario llevado por su hermano mayor Johann Carl, y en éste, las memorias "Tres años en México". Desde aquella época tuve pensado publicar alguna vez este documento histórico, el cual describe la aventura mexicana del archiduque Fernando Maximiliano desde la perspectiva gratamente objetiva de un observador.

El jefe actual de la casa de Khevenhüller, el príncipe Max, dio pleno apoyo a mi proyecto, por lo cual le estoy sinceramente agradecida. Tal actitud no es, por cierto, frecuente: publicar un diario siempre acarrea problemas especiales derivados del hecho de que en este tipo de narración se entremezclan a menudo los datos personales y los significativos para la historia de tal manera que es imposible separarlos. Esto tiene como principal consecuencia que con tal motivo también lleguen a la luz pública, junto con los acontecimientos de importancia histórica, cosas completamente personales que en caso contrario nunca se hubieran revelado. Por tanto, se requiere una generosidad particular de la familia para aceptar estos asuntos personales (relacionados con la historia de la familia) como hechos históricos.

Aunque de primera intención sólo había previsto una edición con breves aclaraciones adicionales, el trabajo creció con el tiempo. El relato del diario tuvo que completarse con los sucesos en México que no se llevaron a cabo en el lugar donde se encontraba Khevenhüller, con una consideración mayor por la suerte del emperador Max y con la ubicación de la empresa mexicana en el desarrollo de la historia en general.

Así, este libro llegó a ser más que la publicación de un diario, pero, por otra parte, de ningún modo es una biografía de Maximiliano. Tal biografía, realizada con método científico, es absoluta-

mente necesaria, pero sólo posible, hoy día, en colaboración con historiadores italianos y mexicanos y con peritos de diversas disciplinas (como historiadores de arte, de derecho, militares, de economía y otros). Debe subrayarse expresamente que todavía queda muchísimo por investigar, pero también que existe una extraordinaria profusión de documentos.

Debo expresar aquí mi agradecimiento por la mucha ayuda que recibí: primeramente, a la doctora Elisabeth Springer del Archivo Particular, de la Corte y del Estado en Viena; luego, al profesor universitario doctor Günter Kahle (director del Departamento Ibérico y Latinoamericano en el Instituto Histórico de la Universidad de Colonia), por muchos informes acerca de la historia mexicana; al profesor doctor Erich Woldan (Sociedad Geográfica Austriaca, Viena) por su ayuda con la clasificación a menudo complicada de los datos geográficos; por último, al doctor Johann Lubienski por su valioso auxilio con las correcciones, y a mi hija Sibylle por su asistencia al elaborar el índice onomástico.

BRIGITTE HAMANN

Viena, septiembre de 1983.

PRIMERA PARTE

PRESENTACIÓN HISTÓRICA

por Brigitte Hamann

I. EL IMPERIO MEXICANO: UN EPISODIO DE LA HISTORIA MUNDIAL

A PESAR de que el segundo Imperio mexicano, bajo Maximiliano (1864-1867), ha recibido asombrosa publicidad, sobre todo en Europa, representa sólo un pequeño episodio dentro del margen de la historia mexicana: una parte de la intervención francesa y de la guerra con ella relacionada (Guerra de Intervención). Y dado que este príncipe extranjero fue elegido para el trono mexicano por un emperador extranjero, o sea, Napoleón III (y no, como Maximiliano creía equivocadamente, por la voluntad de la mayoría del pueblo), la historia escrita en México hasta la fecha no lo acepta como emperador. Oficialmente, sólo hay un Imperio mexicano en la historia de este país; a saber: el de Agustín I de Iturbide (1822-1823).[1]

Desde hace siglos México tiene motivos para protestar por los conquistadores extranjeros. El rico Estado azteca fue invadido a partir de 1519 por los españoles bajo Cortés. España hizo del antiguo y poderoso reino el virreinato de la "Nueva España". Los indígenas perdieron el poder y se convirtieron en súbditos de la corona española. Durante trescientos años se explotó al país, rico en yacimientos del subsuelo (sobre todo plata). Esta riqueza se llevó a España, que con ella financiaba sus guerras europeas.

La estructura social de México fue rígida y feudal hasta entrado el siglo XIX. La nobleza, los funcionarios y el clero español se situaban a la cabeza de la jerarquía, seguidos por la burguesía "blanca" de profesionistas y acaudalados comerciantes. Esta "sociedad" se componía casi exclusivamente, aun en el siglo XIX, de españoles (quienes correspondían poco más o menos al uno por ciento de la población) y de los descendientes de españoles nacidos en México, los criollos, quienes ascendían aproximadamente al 15 por ciento de la población. Cerca de cuatro quintos de los habitantes de México (mestizos y mulatos de gradación diversa, así como indios y negros) no formaban parte, por regla general, de la sociedad, y ocupaban una posición social marginada.

[1] Como guía y orientación me sirvió para este capítulo el manuscrito inédito de la conferencia acerca de la historia de México dada por Günter Kahle, por el que le estoy profundamente agradecida.

Junto con los españoles llegó a México la Iglesia católica: el puntal más fuerte del poder central, con la Inquisición y el monopolio sobre instrucción y educación. Además, la Iglesia se convirtió, con el tiempo, en el mayor terrateniente de México y en la banca de mayor importancia. Esta evolución no despertó odio sólo entre los pobres, sobre todo los indios, contra la Iglesia, sino que llevó también al bajo clero a ponerse al lado de los desposeídos y contra los altos y pudientes dignatarios de la Iglesia, quienes ejercían un dominio autoritario junto con los otros españoles y los criollos.

Fue un sacerdote rural, Miguel Hidalgo, quien el 16 de septiembre de 1810 (desde entonces la fiesta nacional de México) dirigió a los indios a la lucha abierta contra el gobierno español: "Hijos míos, ha llegado el día de una nueva gloria. . . ¿Quieren pugnar para tomar otra vez posesión de la tierra que los gachupines robaron a sus antepasados hace 300 años?" Pronto se reunió alrededor de Hidalgo un ejército de unos 80 000 hombres, indios en su mayoría, con el cual marchó contra la capital de México. Aquí vieron amenazada su supremacía no sólo los españoles, sino también los criollos. Juntos vencieron a las tropas indias, tomaron prisionero a Hidalgo y lo ejecutaron en 1811. Hasta 1815, los otros alzamientos contra el dominic de los españoles y los criollos —por ejemplo, el encabezado por el sacerdote rural José María Morelos— también fueron reprimidos, con gran derramamiento de sangre. La independencia no fue conquistada por México hasta una rebelión hecha por los conservadores en 1820-1821: presionado por una sublevación militar en la Madre Patria, Fernando VII en 1820 se vio obligado a reconocer otra vez la Constitución liberal de 1812, con validez también para las colonias, que proclamaba la igualdad de razas y suprimía muchas cargas feudales. De esta manera amenazaba a los estratos privilegiados de la "Nueva España", sobre todo a la aristocracia, la Iglesia y el ejército, cuyos círculos dirigentes se componían de españoles y criollos. Para impedir que se implantara esta Constitución en México, se proclamó en 1821 la independencia del país. El comandante general del ejército español del sur en México, el general Agustín de Iturbide, ocupó el país casi sin combatir y con la aprobación de la Iglesia, y expulsó a los españoles.

Para afianzar la nueva independencia debía erigirse, al principio de común acuerdo con España, una monarquía mexicana. Dado que ni Fernando VII ni ningún otro príncipe español se declaró dispuesto a aceptar esta corona, se hizo el intento en otras dinastías. En 1821, por ejemplo, una diputación mexicana viajó ya a Viena para

ofrecerle la corona de México al archiduque Carlos, el hermano del emperador Francisco I y famoso vencedor en Aspern. Ciertamente resultó inútil.

Dado que se frustaron todos los intentos para ocupar el trono con un miembro de una familia real europea, en 1822 el general Iturbide se hizo proclamar a sí mismo emperador de México, como Agustín I. El gobierno monárquico halló tanto beneplácito entre los vecinos de México que las provincias centroamericanas (o sea, los Estados actuales de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica) se unieron al Imperio mexicano.

En este Imperio, que duró diez meses, México tuvo su mayor extensión, fue el cuarto país más grande del mundo, después de Rusia, Brasil y China, y la nación de mayor número de habitantes en América. (Maximiliano buscó posteriormente el enlace con la tradición de este Imperio, lo cual se manifiesta en la decisión de adoptar al nieto de Iturbide como su propio sucesor. Que las naciones centroamericanas, sobre todo Guatemala, volvieran a adherirse al Imperio de Maximiliano fue una esperanza justificada a ratos del "segundo" Imperio, pero finalmente no se cumplió.)

Una sublevación de generales republicanos puso un fin violento al imperio de Iturbide después de diez meses. Las provincias centroamericanas volvieron a separarse de México, que se convirtió en República en 1823.

Reinaban el caos y la anarquía. Ningún grupo tenía fuerza suficiente para imponerse a los otros. Entre 1821 y 1861 hubo no menos de 58 gobiernos y diversas intervenciones españolas, las cuales fracasaron. Hasta 1839 España no reconoció la independencia de México.

Pero entonces otros Estados trataron de aprovechar la debilidad de México y de enriquecerse con los tesoros del país. Francia, por ejemplo, utilizó en 1839 las demandas de un panadero francés como ridículo pretexto para una guerra contra México (la llamada "Guerra de los Pasteles").

El principal peligro para México se presentó, por cierto, a través del "Coloso del Norte", los Estados Unidos, que querían expandirse más hacia el Sur. En 1845 se anexionaron Texas, anteriormente una parte de México pero que se había desprendido de este país, y en una evidente guerra de conquista (1846-1848) quitaron a México casi la mitad de su territorio: además de Texas, también Nuevo México, Arizona, la actual California estadunidense y Utah, así como partes de Wyoming, Colorado y Kansas. En 1853, los Estados Unidos compraron extensos distritos de la Arizona y el Nuevo México modernos

a México, siempre débil en sus finanzas, por el precio de diez millones de dólares.

La famosa doctrina Monroe ("América para los americanos") no significaba nada tranquilizador para la joven República mexicana, pues, como tuvo que averiguar dolorosamente durante estos años amargos, el mensaje formulado en 1823 por el presidente Monroe no era sólo una amenaza de los Estados Unidos contra toda intervención europea en América del Norte y del Sur, sino al mismo tiempo y sobre todo una pretensión de hegemonía de los Estados Unidos sobre toda América. Había en aquella época muchos estadunidenses que consideraban a México como un botín natural de su país.

En estos belicosos tiempos, con esta confusión de gobiernos y el caos económico y social, se profundizaron las diferencias políticas internas entre los conservadores como representantes del latifundismo, la aristocracia y la Iglesia, por un lado, y los liberales o "constitucionalistas" como defensores de las ideas progresistas venidas del extranjero, por el otro. Toda reforma pedida por los "constitucionalistas" fue interpretada por los conservadores como ataque a sus propiedades.

El reformista más resuelto, el indio Benito Juárez, presidente del Supremo Tribunal de Justicia, obtuvo mayor poder e influencia con la victoria de los liberales en 1855. Tuvo una responsabilidad determinante en la Constitución implantada en 1857 de acuerdo con el modelo estadunidense. Esta Constitución garantizaba el derecho a la libertad de opinión, así como los derechos individuales para cada habitante, incluidos los mestizos e indios hasta entonces desprovistos de ellos. Ciertamente, una Constitución tan progresista tenía una gran desventaja: casi no se aplicaba, dadas las desfavorables circunstancias políticas internas, y no llegaron a formarse la Cámara de Diputados y el Senado, que habían de elegirse en comicios secretos.

En 1858 Benito Juárez se convirtió en presidente de la República mexicana de acuerdo con la nueva Constitución. El partido conservador proclamó presidente al general Miguel Miramón, entonces de 28 años de edad, pero éste sufrió una derrota militar por parte de los liberales dos años después. Sólo en 1861 pudo Juárez entrar en la capital. Sus enemigos todavía se mantenían como guerrilleros en algunos distritos montañosos de los estados de México y Querétaro, bajo sus comandantes Márquez, Mejía y otros. Miramón se exilió, por de pronto, en Francia.

Juárez procedió a privar del poder a los estratos hasta la fecha privilegiados —la aristocracia, el clero y el ejército—, por medio de

nuevas Leyes de Reforma. No sólo el ejército sino incluso el clero fueron subordinados a la jurisdicción ordinaria, se embargaron y declararon propiedad de la nación los bienes rurales y urbanos de la Iglesia, se redujeron drásticamente las cuotas sumamente altas por los servicios eclesiásticos como bautizos y casamientos, y se dispuso, finalmente, la separación del Estado y la Iglesia. Por medio de estas leyes, el México de la burguesía y liberal se impuso por poco tiempo.

Pero las luchas con el partido conservador se volvieron cada vez más enconadas, y la Iglesia recurrió al último y más cruel recurso contra las Leyes de Reforma y la Constitución: negó, con la aprobación expresa del Vaticano, la absolución a todos aquellos que reconocieran la Constitución.

El país estaba reducido a la miseria; el tesoro, agotado por los desórdenes de estas décadas de guerra. Puesto en extremos apuros, México se vio obligado incluso a entregar a acreedores extranjeros su fuente principal de ingresos, los de la oficina de aduanas. (Los acreedores nacionales hacía mucho que no recibían nada.) Sobre todo el gobierno de oposición bajo Miramón había contratado durante sus últimos años altos empréstitos en el extranjero, que ahora debía pagar el de Juárez. Inglaterra, por ejemplo, también pedía a Juárez la devolución de los 660 000 pesos que el general Márquez había sustraído violentamente, por orden de Miramón, de la caja del consulado inglés en México.[2] Las discusiones suscitadas por este tipo de deudas resultan comprensibles. Cuando fue imposible pagar siquiera los intereses sobre los préstamos extranjeros, amenazaba la bancarrota nacional, y Juárez se vio forzado a suspender los pagos de intereses al extranjero por dos años. El hecho de que —en este tiempo del alto capitalismo— un gobierno se negara a cumplir con sus obligaciones financieras era tan inadmisible que los Estados más afectados —Francia, España e Inglaterra— resolvieron realizar una intervención militar y enviaron sus tropas a Veracruz. Los Estados Unidos estaban preocupados con sus propios problemas en la Guerra de Secesión y no se interpusieron en México, como habían amenazado hacerlo con la "doctrina Monroe".

Pronto se produjeron desavenencias entre los tres Estados intervencionistas en México. Inglaterra y España se retiraron al cabo de pocos meses e hicieron con Juárez sus propios arreglos financieros.

Francia, por el contrario, no estaba dispuesta a ninguna avenencia y prosiguió sola la lucha, pues para Napoleón III la deuda me-

[2] Ernst Schmit Ritter von Tavera, *Geschichte der Regierung des Kaisers Maximilians I. und die französische Intervention in Mexiko,* vol. I, Viena y Leipzig, 1903, p. 3.

xicana sólo había sido un pretexto para perseguir sus objetivos políticos. El comisionado inglés, sir Charles Wyke, por ejemplo, opinaba que las demandas francesas eran un escandaloso intento de lucro indigno de toda diplomacia.[3] Francia pedía, entre otros puntos, el cumplimiento completo del contrato hecho por Miramón con la casa bancaria Jecker: amortizar los bonos con un valor nominal de 15 millones de pesos, por los cuales se había pagado en efecto sólo una suma de 750 000 pesos a México. (Este ejemplo pone de manifiesto con particular claridad la confusión entre intereses privados y políticos: el influente medio hermano de Napoleón III, el duque de Morny, poseía un considerable número de estos "Bonos Jecker" y tenía naturalmente gran interés en el cobro. El banquero Jecker no era, además, francés, sino suizo, y en 1862 hubo todavía que otorgarle la nacionalidad francesa en un procedimiento sumario, para que Francia pudieran mantener la reclamación de estar haciendo exigencias a México en interés de ciudadanos franceses.)

Resultaba obvio que el compromiso francés en México se debía a algo más que al capital francés. Se trataba de un sueño político de Napoleón III y de su esposa Eugenia, de origen español: ejercer un protectorado sobre la raza romana, no sólo en Europa (donde Napoleón apoyó el movimiento italiano de unificación), sino también en ultramar, contra la pretensión angloamericana de hegemonía.

Napoleón III era el único soberano europeo de su tiempo que conocía los Estados Unidos por experiencia propia. Fracasado el intento de golpe de Estado de Estrasburgo, el rey Luis Felipe lo deportó en 1837 a los Estados Unidos, donde conoció su política más que petulante frente a los otros Estados americanos. Posteriormente, durante su reclusión en el fuerte de Ham, Napoleón también se ocupó del continente americano: trabajaba en aquella época en un proyecto para construir un canal a través del istmo de Nicaragua, a fin de aumentar la importancia de Centroamérica frente a los Estados Unidos, "lo bastante poderosa para producir un fuerte sentimiento nacionalista e impedir toda intromisión ulterior desde el Norte fortaleciendo a México desde el otro lado".[4]

Se conocía la profunda antipatía que sentía Napoleón hacia los Estados Unidos. El duque Ernesto II de Coburgo, por ejemplo, la describió ya en 1855 "como la de un escolar que, encolerizado por

[3] *Ibid.*, p. 38.

[4] Citado en Joachim Kühn (ed.), *Das Ende des maximilianischen Kaiserreichs in Mexiko. Berichte des königlich preussischen Ministerresidenten Anton von Magnus an Bismarck, 1866-1867*, Gotinga, 1965, p. 18.

una mala pasada que se le ha jugado, no vuelve a contentarse hasta haberla pagado con la misma moneda".[5]

A la simpatía que tenía Napoleón III por Centroamérica se sumaba el empeño de Eugenia en el asunto mexicano. Algunos mexicanos conservadores exiliados se hallaban muy cerca de Eugenia durante el tiempo del conflicto con Juárez y gozaban de su particular estima. Estos mexicanos distinguidos fueron los que supieron ganar a la emperadora para el proyecto de establecer una monarquía en México y así llevar la paz a ese país deteriorado pero rico en tesoros del subsuelo.

Eugenia hizo hincapié reiteradas veces después en que ella había sido la que, durante las extensas conversaciones sostenidas con el emigrado mexicano José Hidalgo en Biarritz en el otoño de 1861, había concebido la idea de una monarquía mexicana dependiente de Francia. Debería formar el núcleo de un futuro gran Imperio latinoamericano, un contrapeso frente a los Estados Unidos. Eugenia negó que se tratara en realidad sólo de los intereses financieros de Francia: "Le aseguro que en los albores de la empresa no influyeron en absoluto especulaciones financieras, el cobro de los créditos concedidos por el buen Jecker, las minas de Sonora y de Sinaloa. Hasta mucho después intentaron sacar provecho de la ocasión agitadores y bribones." [6] Comoquiera que haya sido, en todo caso los hombres como Hidalgo dejaron creer a la entusiasmada emperadora que sería la creadora de un nuevo Imperio español-americano y que con ello pasaría con glorioso nombre a la historia.

Los conocimientos de Eugenia sobre México eran, por cierto, más que pobres. Se remitían sobre todo a libros que describían fantásticamente la historia de la conquista bajo Cortés. Para Eugenia, española de nacimiento, estas narraciones resultaban del todo patrióticas y fuentes de gran satisfacción. Sobre el México moderno sabía sólo lo que sus amigos aristócratas mexicanos le contaban para obtener el apoyo de la emperadora. (Indudablemente, estos mexicanos tampoco estaban al corriente de los sucesos, porque en su mayoría tenían muchos años fuera de México y hacía mucho que se habían acostumbrado a una vida cortesana en Francia.)

En 1865, cuando se anunciaba ya el fracaso del Imperio, Eugenia preguntó con toda ingenuidad por qué, si Hernán Cortés había conquistado el reino de México con un puñado de valientes, Maximi-

[5] *Ibid.*, p. 307.

[6] Maurice Paléologue, *Vertrauliche Gespräche mit der Kaiserin Eugénie*, Dresde, 1928, p. 104.

liano no podía hacer lo mismo. Hubo que explicarle a la asombrada emperadora que la técnica de guerra y los medios de información eran diferentes, que Maximiliano no podía contar con la ayuda de los indios (que alrededor de 1500 ocupaban, además, una posición política mucho más importante), así como otros muchos aspectos, antes de que comprendiese la improcedencia de la comparación.[7]

Y un año más tarde, cuando la situación militar, financiera y política del Imperio no daba lugar a esperanza alguna, y Carlota, desesperada, viajó a Europa para implorar de la pareja imperial francesa la ayuda una vez prometida y evitar la desgracia todavía en el último momento, reconoció la actitud ciega e irreflexiva con la cual Napoleón y Eugenia se habían lanzado a la aventura mexicana. En esa época, Carlota escribió a Maximiliano desde París acerca de su experiencia con los emperadores de Francia: "Lo que me llamó la atención fue que yo sé más de China que esta gente de México, donde se arriesgaron en una de las más grandes empresas en que ha intervenido nunca la bandera francesa." [8]

Pero en 1861 la situación de México parecía más favorable. En aquel tiempo, los clericales y los conservadores realizaban también en Ecuador esfuerzos para fundar un "reino de los Andes" bajo el protectorado francés. Y en Guatemala, lindante con México hacia el Sur, el partido conservador, que estaba en el poder, trabajaba también por un proceder común con México contra los Estados Unidos. Francia apoyaba al partido conservador de Guatemala y esperaba despejar con el tiempo el camino para una alianza favorablemente dispuesta hacia Francia entre Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua. Napoleón III pensaba incluso en una anexión posterior al menos de Guatemala por el Imperio de México, según el ejemplo del reino de Iturbide. Este Imperio debía incrementar la *gloire* de Napoleón III, como antes las empresas de Francia en Argelia, Marruecos, Egipto, África Central, Madagascar, Indochina, Persia, China y las islas del Pacífico. El estallido de la guerra civil estadunidense y la posible secesión de los estados del Sur parecían, finalmente, garantizar el buen éxito de los sueños con un emperador mexicano.

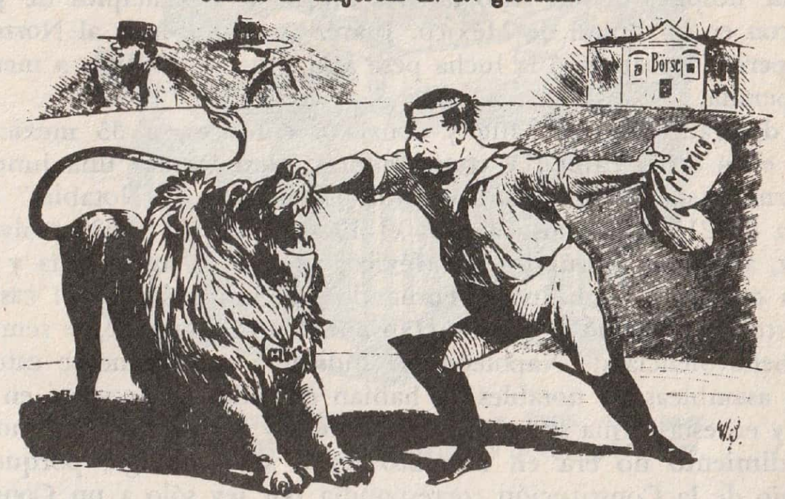
La corona había de ofrecerse a Fernando Maximiliano de Habsburgo. Para esta elección existían una serie de motivos. En primer

[7] Egon Caesar Conte Corti, *Maximilian und Charlotte von Mexiko*, Viena, 1924, vol. II, p. 148. [Ed. en español: *Maximiliano y Carlota*, trad. Vicente Caridad, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, p. 385. En adelante, el número de página de esta edición, correspondiente al de la alemana, se dará entre corchetes (T.).]

[8] *Ibid.*, p. 264 [p. 479].

lugar, por supuesto, el papel histórico de la casa de Habsburgo como la dinastía más distinguida de Europa, pero también la persona del archiduque. Eugenia opinaba que la selección parecía "justificada por la capacidad de adaptación, el elevado espíritu y las cualidades deferentes que [Max] había mostrado unos años antes durante el difícil gobierno del reino Lombardo-Véneto. Por otra parte, estaba casado con la princesa Carlota de Bélgica; la gran influencia que su suegro, el rey Leopoldo, poseía en la corte de Londres podía resultarle

Der Leu hat Hunger,
oder:
Omnia in majorem L. N. gloriam.



Da in Europa für die nachste Zeit die Lorbeer-Aerndte keine günstigen Resultate verspricht, so schickt — der Kaiser Napoleon sein sieggewohntes Heer nach Mexico auf die Weide.

"El león tiene hambre, o: *Omnia in majorem L. N. gloriam.*—Dado que la cosecha de laureles no promete buenos resultados próximamente en Europa, el emperador Napoleón manda su ejército, bien acostumbrado al triunfo, a pastar a México."

valiosa". (Leopoldo era, a través de su sobrino Alberto de Sajonia-Coburgo, un cercano pariente de la familia real inglesa y, asimismo, confidente de la reina Victoria.) "Por último no deseo ocultar", declaró posteriormente Eugenia, "que la elevación de un archiduque austriaco al trono de México... debía servir en alguna ocasión como argumento para obtener de Francisco José la cesión de Venecia a Italia".[9] Napoleón era el gran protector del movimiento italiano de

[9] Paléologue, p. 107.

unificación y tenía todavía en ese tiempo la ambición de entregar, no por medio de una guerra sino a través de negociaciones, la provincia austriaca de Venecia al nuevo Estado italiano que había de crearse: un proyecto que era ciertamente ilusorio desde el principio en virtud del sentimiento de honor del emperador Francisco José.

Para los mexicanos conservadores se agregaba que Max procedía de una casa marcadamente católica y que por tanto podía esperarse de él una política favorable para el clero y la reinstauración de la Iglesia en todos sus antiguos derechos, sobre todo los patrimoniales.

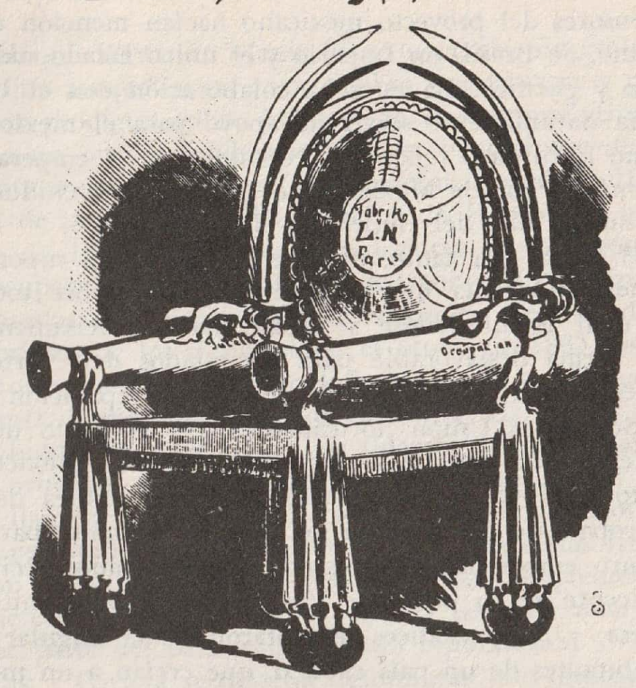
En mayo de 1863, las tropas de intervención francesas ocuparon Puebla, después de un sitio de dos meses, y a principios de junio entraron en la capital de México. Juárez tuvo que huir al Norte del país, pero no abandonó la lucha pese a la situación militar a menudo desesperada.

El delegado francés Saligny convocó, entonces, a 35 mexicanos, todos ellos de la capital y conservadores, para formar una junta de gobierno. Esta junta constituyó una "Asamblea de Notables" compuesta de 215 delegados, la cual el 10 de julio de 1863 resolvió, a su vez, abolir la República en México, adoptar la monarquía y ofrecer la corona al archiduque Fernando Maximiliano. En el caso de que este miembro de la casa de Habsburgo no la aceptase, se remitiría a la benevolencia de Napoleón III indicar a otro príncipe católico. Tales asambleas de notables ya habían existido varias veces en México, y en esta forma se habían constituido y destituido gobiernos. El procedimiento no era en absoluto legal, sin embargo, porque un Cambio de la Constitución correspondía por ley sólo a un Congreso nacional elegido por el voto popular. La comisión del Congreso nacional republicano protestó contra la proclamación y llamó a todos los mexicanos a la lucha "contra la invasión extranjera y contra los traidores a la patria". No podía hablarse, por tanto, de una adhesión unánime de los mexicanos a la monarquía.

El trono de Maximiliano no era un trono de la paz sino un trono de la guerra civil, en la que, en su nombre, se inmiscuían potencias extranjeras con grandes intereses propios. El ambicioso príncipe no parece haberlo reconocido, al contrario de la mayoría de los políticos y periodistas de su tiempo, y por supuesto también de los caricaturistas.

Por otra parte, el desenlace trágico de la empresa conduce fácilmente a una crítica demasiado negativa de la idea del Imperio mexicano. Pero no puede negarse que todos los que llevaron a efecto esta idea —Napoleón III, los mexicanos conservadores, Maximi-

Chronologisches.



Der mexicanische Thron soll in Paris, und zwar genau nach dem Muster des römischen Stuhls gebaut sein.

"Nota tronológica.—Se dice que el trono mexicano fue fabricado en París, como copia exacta de la silla romana."

liano mismo— creyeron ver una oportunidad real, y tuvieron, asimismo, móviles del todo positivos. El anhelo de paz interna era grande en México, y en ese tiempo las monarquías se consideraban como garantía del orden. El suegro de Maximiliano, el rey Leopoldo, quien adoptó una actitud benévola respecto al proyecto mexicano y lo promovió, había sido erigido como nuevo rey de los belgas y guardián del orden en 1831 en Bélgica por una conferencia europea, después de la revolución y la declaración de independencia. También se colocaba a los miembros de otras dinastías como monarcas en las regiones críticas, para estabilizarlas: Otto de Wittelsbach y posteriormente el príncipe danés Jorge como reyes de Grecia; Alejandro de Bulgaria y más tarde Fernando de Sajonia-Coburgo como soberanos

de Bulgaria; Carlos von Hohenzollern-Sigmarin como príncipe de Rumania.

Los defensores del proyecto mexicano hacían mención una y otra vez, asimismo, de Brasil, un Imperio y el único Estado sudamericano consolidado y pacífico. La estrecha colaboración con el Imperio de Brasil debía naturalmente servir de apoyo para el mexicano, como Maximiliano lo subrayó repetidas veces después; el emperador Pedro II era, además, primo de Maximiliano (hijo de la archiduquesa Leopoldina, a su vez hija del emperador Francisco I).

En 1863 había, por tanto, diversos motivos para suponer que el Imperio mexicano tenía una oportunidad real, sobre todo cuando la guerra civil estadunidense se desarrollaba precisamente en ese tiempo en forma desfavorable para los estados del Norte. Muchos observadores auguraban en aquella época una separación de los estados del Sur de la Unión norteamericana y con ello un debilitamiento determinante de este vecino, peligroso para México.

En agosto de 1863, una delegación de la Asamblea de Notables viajó a Europa bajo la dirección del general Almonte para negociar con el futuro emperador de México. Los mexicanos recibieron un trato displicente en su paso por Viena. No fueron admitidos en la corte vienesa, y los periódicos se mofaron de la singular intención de estos habitantes de un país exótico, que creían a un miembro de la casa de los Habsburgo capaz de acceder a proyectos tan aventurados.

La población de Viena no creía que esos delegados representaran realmente al pueblo mexicano, como aseveraban. La revista humorística *Der g'rade Michel*, por ejemplo, se mostró del todo perspicaz y bien informada:

> El pueblo de México no ofrece la corona, y el pueblo de México no se encuentra siquiera en situación de manifestar actualmente voluntad alguna. En forma violenta, sin viso de derecho, los franceses invadieron México, sin viso de derecho llamaron a gobernar al partido clerical, y es ahora este partido el que modifica la Constitución del país y establece un trono imperial. Es Napoleón quien regala la corona de México, y la Asamblea de Notables mexicana es sólo un instrumento de la voluntad napoleónica ahora todopoderosa en México. Es manía de los Napoleones obsequiar coronas... Pero ¿qué puede todavía tener de tentadora una corona recibida de manos de Napoleón? ¡¿Cómo va a ser atractiva la idea ir a un país que obedece a un general francés, de ocupar un trono apoyado en las bayonetas francesas, de gobernar con un partido que es el más odiado en el país?! ¡Cómo logrará un príncipe, aunque lo anime la mejor voluntad, conquistarse el amor de los súbditos bajo tales condiciones! [10]

El archiduque Fernando Maximiliano no creía, sin embargo, a los escépticos sino a aquellos en cuya palabra quería creer y que le contaban puros prodigios sobre México. Se sentía predestinado a proporcionar a un pueblo subdesarrollado las bendiciones de la monarquía constitucional y la prosperidad general. Napoleón III se sentía tan seguro de la aceptación del príncipe de Habsburgo que el 5 de noviembre de 1863 habló ya en su discurso de la corona sobre la próxima ocupación del trono de México por el archiduque.

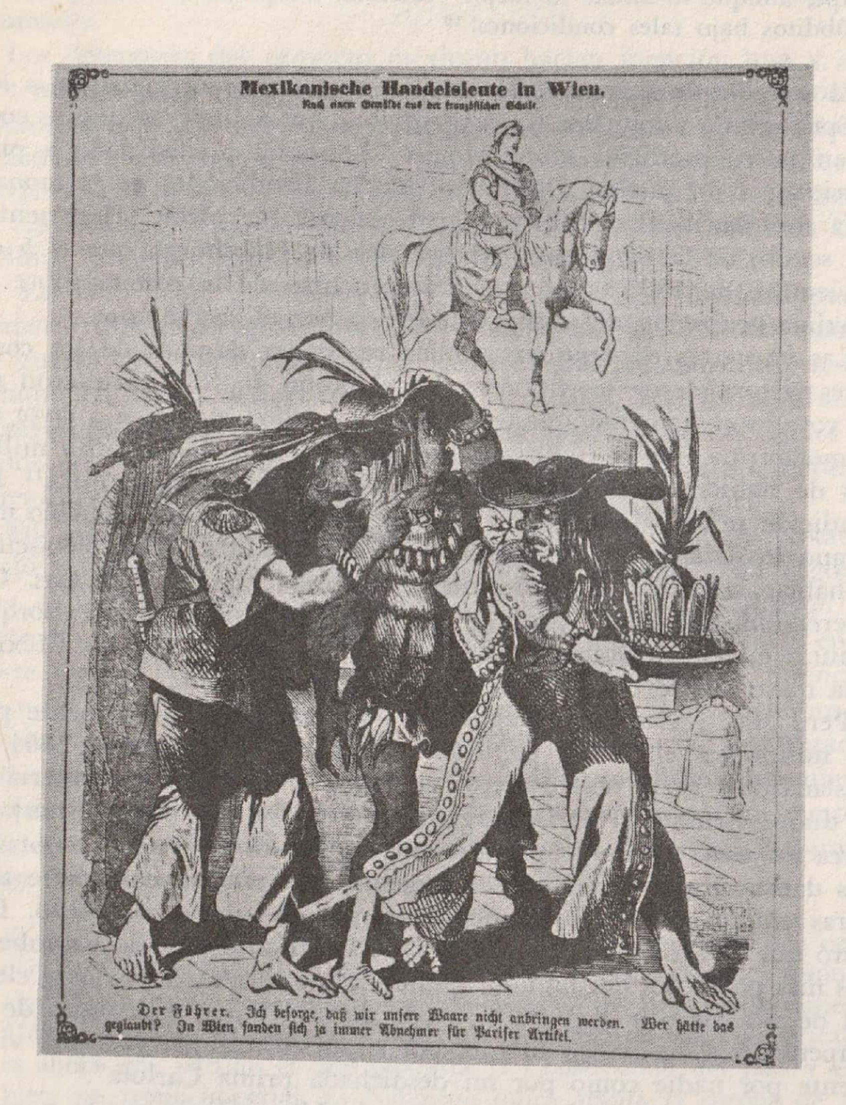
Las encuestas de opinión pública realizadas después de los combates victoriosos de los franceses en el otoño de 1863 resultaron en un voto supuestamente aplastante de la población mexicana a favor de la monarquía. Según indicaron los Notables, seis de los ocho millones de habitantes se declararon partidarios de la monarquía.[11] La condición principal del archiduque de Habsburgo, que el pueblo mexicano lo llamara para el trono, pareció cumplida. Estos plebiscitos se habían celebrado bajo la amenaza de las bayonetas francesas. Un referéndum mexicano general era imposible simplemente porque Francia ejercía su dominio sólo sobre una pequeña zona de México y la mayor parte del país seguía siendo republicana.

Pero Max y Carlota se dejaron deslumbrar muy gustosamente por las misteriosas cifras del supuesto plebiscito. En marzo de 1864 se trasladaron a París, donde fueron recibidos ya con honores imperiales. El duque Ernesto II de Coburgo, primo de Carlota, conoció muy de cerca en esta ocasión el entusiasmo desplegado sobre todo por las dos damas, Eugenia y Carlota: Eugenia "me entretuvo durante tres horas enteras casi exclusivamente acerca del asunto mexicano. Declaró que el archiduque no dejaría de ser pronto uno de los soberanos más poderosos del mundo, y que los partidos conservador y clerical de allá estaban dispuestos a todo sacrificio. Las esperanzas de la emperadora Eugenia no fueron, por supuesto, compartidas más vivamente por nadie como por mi desdichada prima Carlota".

La actitud de Napoleón así como de Maximiliano no le pareció ni con mucho tan exaltada al duque Ernesto. Napoleón confesó incluso tener dudas: "Después de una comida en la que la confianza ciega de Carlota se había manifestado con particular impetuosidad,

10 *Der g'rade Michel*, 15.8.1863.

11 Ferdinand Anders, "Maximilian und Mexiko", en *Katalog der Ausstellung auf Burg Hardegg 1974*, p. 101.

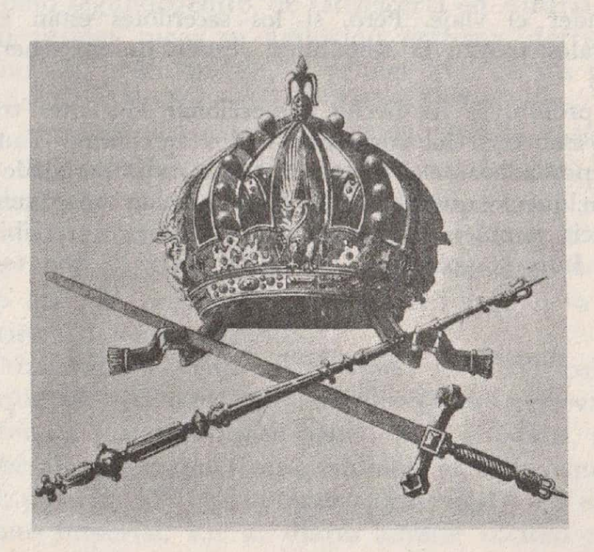


"Comerciantes mexicanos en Viena. / Según una obra de la escuela francesa. / El jefe: Me temo que no podremos deshacernos de la mercancía. ¿Quién lo hubiera creído? En Viena siempre se han encontrado compradores para los artículos parisinos."

me llevó aparte, evidentemente con intención, y pareció quererse disculpar en cierto modo: *Une très mauvaise affaire!* [¡Un asunto muy malo!], repitió varias veces, *moi, à sa place, je n'aurais jamais accepté* [yo, en su lugar, nunca hubiera aceptado]".[12]

Napoleón prometió complacientemente a la futura pareja imperial no retirar de inmediato de México sus tropas, que sumaban 38 000 hombres, sino sólo poco a poco y sin poner en peligro al nuevo régimen. Además, concedió al Imperio un empréstito francés de doscientos millones de francos, que debía garantizar el desarrollo económico del país. Napoleón señaló a Maximiliano: "Príncipe, usted encontrará a México pacificado, el empréstito servirá sólo para ferrocarriles y empresas materiales." [13] (En realidad el empréstito se agotó dentro de un brevísimo plazo con el servicio de la deuda con Francia y las operaciones militares del mariscal Bazaine, pues no podía hablarse de una "pacificación" del país.)

Además, la concordancia inicial entre los franceses y el partido clerical de México empezaba a desaparecer. El arzobispo Labastida, un influyente miembro de la Regencia, insistió rigurosamente en la devolución de los bienes eclesiásticos expropiados por Juárez, lo cual le fue negado por los franceses. Desde antes de que Maximiliano



Las insignias de la corona mexicana.

12 Ernst II. Herzog von Sachsen-Coburg-Gotha, *Aus meinem Lebem und aus meiner Zeit*, vol. 3, Berlín, 1889, p. 418.

13 Corti, vol. II, p. 121 [p. 362].

ocupara el trono, por lo tanto, el supuesto sostén político principal en México, la Iglesia católica y sus partidarios clericales, se convirtió en un factor muy inseguro. El gusto con el que el joven príncipe de Habsburgo se dejó enviar al fuego por Napoleón III dio lugar a muchos comentarios. El representante estadunidense en Viena, John Lothrop Motley, escribió en marzo de 1864 a una amiga en su patria:

> ¿Qué opina de nuestro joven amigo Maximiliano, Montezuma * Primero? Nunca fui un gran admirador de la tan admirada sabiduría de Luis Napoleón, pero ahora sí me veo obligado a admitirla, pues la forma en que ha engañado a este pobre joven es un truco sumamente hábil de prestidigitación. Si ahora logra meter al país al archiduque y sacar sus tropas, y que le paguen los costos de la empresa, realmente habrá dado una muestra de habilidad. El partido de los sacerdotes que primeramente llamó a los franceses, los acusa ahora, enfurecido, de ladrones que han hecho mayores estragos que Juárez y sus partidarios. El pobre Maximiliano llegará a meter el pie en un avispero. No se ha vuelto a ver tal enjambre de insectos negros y venenosos desde los buenos días de la Inquisición. Según la excelente regla *"irritare crabrones"* ["irrita las avispas"], Max recibirá primero la bendición del Papa antes de emprender el viaje. Pero, si los sacerdotes están en su contra y los liberales apoyan la República, ¿quién quiere tenerlo como emrador?
>
> Por de pronto, se ha hecho confeccionar elegantes trajes en Bruselas, para embelesar los corazones de los mexicanos. También se dice que se ha probado ante el espejo una corona imperial de cartón, para ver lo bien que le queda; me lo ha asegurado una fuente fidedigna. Por desgracia también se asevera que no habrá de recibir ni un centavo más. Luis Napoleón lo priva de todo lo que todavía podría esperar.[14]

* *Sic.* [E.]

[14] Correspondencia de John Lothrop Motley, vol. I, Berlín, 1890, pp. 178 *s.* (Viena, 17.3.1864).

II. MAXIMILIANO Y CARLOTA

"La ambición es como un globo. Subir hasta cierta altura resulta interesante y hermoso. Se obtiene un panorama claro y amplio; al aspirar a e'evarse aún más, se debilita la cabeza, se nubla y perturba la vista, se enrarece demasiado el aire, y al final es muy fácil caerse y romperse el cuello." [1]

Al joven archiduque Fernando Maximiliano le causaba gran placer confiar al papel tales aforismos y máximas. Se entregaba a meditaciones sobre Dios y el mundo. Disponía de reglas y soluciones para todo tipo de problemas vitales. Con gran presunción, se sentía escritor. Era un hombre de mucha imaginación y sueños, un amante de las artes y la literatura, alguien que participaba en las corrientes intelectuales de su tiempo. Por todas estas valiosas cualidades se distinguía éste, el segundogénito, de su hermano privilegiado, mayor por dos años, mucho menos brillante y mucho menos popular, el emperador Francisco José. Sobre todo poseía Max ambición, pero no veía posibilidad, como segundogénito, de satisfacerla en Austria. Todos sus problemas, en primer lugar su ambición extrema, derivaron de la situación de no ser, precisamente, el primer hijo de sus padres y de no estar destinado a heredar el trono de los Habsburgo.

Su sed de actividades no encontraba un campo suficiente y lo hacía incapaz de llevar la vida contemplativa y agradable de un archiduque: "Hay gente a la que le parece filosófica la vida que llevan mis hermanos menores; tal existencia para mí sería la muerte en vida y, lo que es peor todavía, la encuentro ridícula. No hay nada más lastimoso que un príncipe con lista civil que lleva lo que se llama una existencia despreocupada." [2]

Fernando Maximiliano tenía mucho más facilidad para tratar a las personas que su hermano Francisco José, muy reservado y "majestuoso". Debido a sus ambiciones científicas y artísticas, a su coqueteo con el liberalismo burgués, era también el más popular de los dos hermanos; y hacía todo por obtener admiración y ser más querido que el hermano imperial. En su diario admite incluso abiertamente que trabajaba con gran deliberación en promover esta popularidad: "Es la bulla que corresponde al oficio. ¡Quien calla por completo es

[1] (Erzherzog Ferdinand Max) *Aus meinem Leben,* vol. 7, Leipzig, 1867, p. 228.
[2] Corti, vol. II, p. 130 [p. 370].

olvidado pronto¡" [3] (Esta popularidad se manifestó todavía cuando Max se hallaba ya en México. Después de perder la batalla de Königgrätz, el emperador Francisco José tuvo que pasar, en el camino de esta fortaleza a Schönbrunn, entre una multitud hostil envuelta en un silencio glacial, y en medio de éste sonó repentinamente la voz: "¡Viva Maximiliano!" [4] Este grito abrió otra vez para Francisco José la vieja herida del miedo al segundogénito, intelectualmente superior a él, e imposibilitó todavía más una avenencia con el entretanto desdichado emperador de México.) Resulta difícil determinar cuál de estos dos hermanos desiguales tenía mayores problemas con el otro.

Para evitar las dificultades con su hermano e instruirse en forma grata, el joven archiduque iba de viaje, principalmente en barco. Amaba el mar, y desde la infancia prefería la marina. Fue a Grecia, a Turquía, a Portugal, donde conoció al gran amor de su vida: la princesa María Amalia de la casa de Braganza. La joven murió un año más tarde en Madeira, a causa de un padecimiento pulmonar, y dejó profundamente afligido a Fernando Maximiliano. Hasta la hora de su muerte en Querétaro llevó su anillo. Todavía la menciona en sus cartas de despedida (*v.* p. 62).

El país que mayor impresión causó en el archiduque fue España. Se sumergió por completo en la historia de los Habsburgo de España y mostró con toda franqueza su romántico impulso de esplendor y grandeza al encontrarse ante las sepulturas de los reyes Fernando e Isabel en Granada: "Orgulloso y ansioso, y sin embargo triste, extendí la mano hacia el anillo de oro y hacia la, en un tiempo, poderosa espada. Sería un sueño hermoso y divino para el sobrino de los Habsburgo españoles blandir la última para conquistar el primero." [5]

Entusiasmado por la grandeza del poderío ultramarino español y empujado por su "monomanía viajera", emprendió en 1860 la primera expedición a América de un archiduque: a Brasil. Cruzar el ecuador fue para él un triunfo personal: "Tales inocentes triunfos se encuadran mejor en mis aspiraciones y esfuerzos que toda la suntuosidad que puede ofrecerme la patria; fui el primero de mi linaje en llegar hasta el trópico en mis recorridos y, ciertamente, con la impresión de todavía no haber alcanzado mi meta." [6] Al aparecer la costa de Brasil, el joven príncipe de Habsburgo se abandonó otra vez al sueño de convertirse en el sucesor de sus grandes antepasados: "Me parece una leyenda que sea yo el primer descendiente de Fernando e Isabel que desde su niñez ha tenido como misión en la vida pisar un continente que ha alcanzado una importancia tan gigantesca para los destinos de la humanidad." [7]

[3] HHStA. N. Max. Kt. 98. Tagebuch 6.3.1863.

[4] Friedrich Ferdinand Graf von Beust, *Aus drei Viertel-Jahrhunderten*, Stuttgart, 1887, vol. II, p. 130.

[5] *Aus meinem Leben*, vol. 2, p. 164.

[6] *Ibid.*

Narró las experiencias de sus viajes y las hizo publicar en varios tomos. (Esta obra halló, con todo, cierto interés aun en la posteridad. Karl May la utilizó, por ejemplo, como fuente para sus trabajos.) [8]

En 1854 el archiduque, entonces de 22 años, fue nombrado jefe supremo de la marina de guerra. Resultó sumamente hábil al reorganizar esta rama de las armas, descuidada hasta ese momento, aunque no era partidario del trabajo sistemático, lo cual fue lamentado por algunos de sus coetáneos: "Fragatas, velas hinchadas, marineros que dan hurras, descargas de saludo, viajes a la lejanía azul, a todos los continentes, al trópico, llegar a todas partes con pompa y acompañamiento musical: éste era su verdadero concepto del cometido de una marina." [9] Bajo su égida, la fragata *Novara* emprendió en 1857-1859 su famosa vuelta al mundo, la cual fue de considerable utilidad científica.

En un viaje oficial a París, Fernando Maximiliano conoció en 1856 a Napoleón III y a Eugenia, quienes se llevaron una impresión muy favorable de él. Napoleón III se hallaba en ese tiempo —hacia el fin de la guerra de Crimea, donde se había presentado como defensor de la libertad de Europa contra el Imperio del zar— en el apogeo de su poder y prestigio político: en el congreso de París de 1856 fungió como gran árbitro entre las partes litigantes. La antigua y venerable casa de Habsburgo, no obstante, lo consideraba todavía un advenedizo, pero tuvo que reconocer su habilidad.

Entre más reservado se mostraba su hermano imperial frente a Napoleón III, más claramente manifestaba Fernando Max la admiración que le inspiraba el soberano "moderno" y "adaptado a la época de Francia, quien había llegado al trono por un plebiscito y no por derecho hereditario. Al visitar Potsdam en el viaje de regreso de París a Viena, Max habló con entusiastas palabras sobre Napoleón III a su tía, la reina Isabel de Prusia, y le confesó: "Querida

[7] *Ibid.*, vol. 5, p. 216.

[8] Walter Krause, "Maximilians Reisen und Reiseberichte", en *Katalog der Ausstellung auf Burg Hardegg 1974*, Maximilian von Mexiko, p. 42.

[9] Carl Maria Kertbeny (Karl Benkert), *Spiegelbilder der Erinnerungen*, Leipzig, 1868, vol. II, pp. 202 s.

tía, no es admiración lo que siento por este hombre, ¡es un culto!" La reina se espantó con esta revelación: "Me dio miedo al oírlo, quién sabe a qué induzca este hombre todavía a mi sobrino, que es tan soñador." [10]

Durante una visita hecha en 1856 a Bruselas, Max conoció a la princesa Carlota de Bélgica, entonces de 16 años de edad, la única hija del primer rey de los belgas Leopoldo I y nieta, por su madre, del rey burgués de Francia Luis Felipe. Carlota había recibido educación y lecturas para una posición cortesana; obedecía más a la razón que a los sentimientos. Desde temprana edad mostró tener ambición y energía, cualidades que en aquella época se consideraban características de la familia de los Coburgo. En fuerza de voluntad aventajaba por mucho a su novio Max, lo cual habría de manifestarse muy pronto.

Leopoldo I de Bélgica deseaba para su yerno una posición digna, de ser posible independiente, y así el emperador Francisco José nombró a su hermano gobernador general del reino Lombardo-Véneto, confiándole, sin embargo, poco más que funciones representativas. La joven pareja ocupó su residencia en Milán en 1857.

El movimiento italiano de unificación desplegó su poder ante la bienintencionada joven pareja de gobernadores. Toda la simpatía personal de la que gozaban no logró ocultar el ambiente de oposición al dominio de los Habsburgo. Aquí en Italia, Max tuvo grandes diferencias políticas con el gobierno central de Viena y, en consecuencia, con su hermano el emperador Francisco José. Amargado, en 1858 escribió desde Milán a su madre, la archiduquesa Sofía:

> si no fuese por los deberes religiosos ya estaría hace tiempo lejos de este país de martirio donde se siente doblemente la humillación de tener que representar a un régimen indolente y sin política definida al que la razón trata de defender en vano. El otro día fui en coche a Milán con el sentimiento de una profunda vergüenza, tanto más cohibido y humillado por la manera amistosa y benévola con que se nos ha recibido personalmente a nosotros dos, por decirlo así, como a personas privadas respetables. Esta amabilidad particular, que es un reproche a nuestra función oficial, me muestra de la mejor manera el estado de las cosas y mi impotencia, pero me muestra también de qué modo tan irresponsable trata el gobierno la buena voluntad de la masa.[11]

10 *Aus meinem Leben, Aufzeichnungen des Prinzen Kraft zu Hohenlohe-Ingelfingen*, Berlín, 1905, vol. II, p. 38.

11 Corti, vol. I, p. 87 [p. 64].

Resultó imposible para Austria conservar Lombardía. En 1859 esta provincia, en un tiempo la más rica, se perdió en la batalla de Solferino. (Napoleón III era el protector del movimiento italiano de unificación y, en esta guerra, el principal enemigo de Austria. El general Bazaine, el posterior antípoda de Maximiliano en México, era uno de los generales de Napoleón contra el ejército austriaco en Magenta y en Solferino.) Maximiliano escribió a su suegro Leopoldo: "Es triste ver hundirse cada vez más por ineptitudes, errores y un proceder incomprensible, a nuestra hermosa monarquía, tan poderosa antaño." [12]

Maximiliano no tenía ya cometido alguno. Se retiró a su recién construido palacio de Miramar, cerca de Trieste, emprendió viajes, coleccionó objetos de arte, se ocupó de cuestiones relacionadas con las ciencias naturales... y se exasperaba más y más con su hermano imperial: "Y cada vez más ansío salir, liberarme por fin de estos martirios y constantes humillaciones, que sufro en silencio en conocimiento de mi deber pero que después padezco doblemente." [13]

Reinando estas condiciones de descontento y amargura, y la conciencia de la falta de probabilidad de obtener una función independiente en Austria, en octubre de 1861 le llegó a Max, por parte de Napoleón III, la oferta, al principio aún vaga, de la corona de México: una idea acogida con exaltación por Maximiliano y Carlota y a la que el emperador Francisco José tampoco opuso reparos, aunque no deseaba precisamente apoyar el proyecto de un modo activo.

Maximiliano se sentía llamado a salvar el honor de los Habsburgo:

> El antiguo esplendor de nuestra casa está deslucido por la fuerza de las actuales circunstancias; mientras los Coburgos conquistan trono tras trono y extienden su creciente poder sobre la Tierra, nuestra familia ha perdido precisamente en los últimos tiempos dos tronos. [El de la casa austriaca de Este en Módena en 1860 y el de Toscana en 1859.] Nadie ve mejor que yo que es un deber de la casa reparar esta falta, tampoco se me oculta la impresión que produciría en el mundo, y sobre todo en la desfallecida Austria, la realización del proyecto.[14]

Napoleón III hizo creer al joven archiduque que sería el salvador del vejado país de México, al escribirle:

12 *Ibid.*, vol. I, p. 90 [p. 67].

13 HHStA. Tgb. Max. 4.3.1863.

14 Corti, vol. I, p. 114 [pp. 87-88].

A mis ojos nunca será ninguna obra más grandiosa en sus resultados, pues se trata de arrancar a un continente de la anarquía y de la desdicha, de dar a toda América el ejemplo de un buen gobierno, de levantar, en fin, frente a las peligrosas utopías y a las luchas sangrientas, la bandera de la monarquía, apoyada en una libertad administrada con prudencia y en el sincero amor al progreso.[15]

Era precisamente el lenguaje que le agradaba oír a Max, que correspondía a su sentido apostólico. Un contemporáneo observó justamente esta convicción de apostolado con gran claridad y escribió acerca de sus conversaciones con Max:

Lo único chocante en estos diálogos fue cierto tono enfático, un impulso de entusiasmo juvenil en cuanto a la hermosura del mundo, a todo lo que aún falta por hacer en él y el placer que se halla en dirigir y ennoblecer a la gente. Con todo, ni sombra de ambición política o de algún inmoderado afán de imperar, ninguna insistencia soberana en la "gracia divina" [una indirecta destinada al emperador Francisco José]; antes bien, la ocasional insinuación de que ya se habían superado tales debilidades y que hacía mucho que, se veía el mundo con ojos que habían leído *Le contrat social* y que comprendían a Jean Jacques. Llamó particularmente la atención un apóstrofe invariable, cada vez que se trataba de algún pueblo cercano o alejado: "¡Qué magnífico pueblo! ¡Con ése podría todavía lograrse mucho!" [16]

Los mexicanos tuvieron, además, habilidad suficiente para dirigirse al joven Max como descendiente de los grandes monarcas españoles de la casa de Habsburgo: "La Regencia apela a mí como heredero de sus antiguos legítimos soberanos",[17] escribió orgullosamente Max en su diario.

Desde el principio hubo voces de advertencia además de las aprobatorias. El embajador austriaco en París, el príncipe Ricardo de Metternich, observó: "¿Cuántos cañonazos serán necesarios para establecer en México un emperador y cuántos para conservarlo en su puesto?" [18] El general ayudante del emperador, conde Crenneville, consideraba incluso que el proyecto mexicano era "ignominioso" para un "miembro de la dinastía más antigua y noble". Criticaba a Max, "quien por gracia de un enemigo digno de desprecio [Napoleón III, que en 1859 fue el principal adversario de Austria] se deja colocar

[15] *Ibid.*, vol. I, p. 139 [p. 108].
[16] Kertbeny, vol. II, p. 202.
[17] HHStA. Tgb. Max. 20.8.1863.
[18] Corti, vol. I. p. 122 [p. 94].

sobre un débil trono y probablemente quede pronto, como el rey Otto [de Grecia, expulsado en 1862 después de haber gobernado por casi treinta años], nadando entre dos aguas, pese a las garantías de las potencias". Crenneville, partidario declarado de Francisco José cuando se trataba de desavenencias entre los dos hermanos, agregó acerca de Max: "...espero que nunca regrese a Austria".[19] Max no tomó en cuenta estas voces de advertencia, y se imbuyó tanto de su sueño mexicano que incluso fue objeto de la burla de sus parientes. La archiduquesa María Teresa escribió, por ejemplo, a su padre el archiduque Alberto:

Max estuvo otra vez típico: después de comer anduvo por el cuarto con una cara genial y contempló los retratos de la familia; hubiera sido incompatible con su dignidad hablar con los otros archiduques, ya que ellos no fueron llamados al trono imperial mexicano. Cuando salió el emperador, hizo una reverencia muy baja, exactamente como los actores cuando son llamados a escena, y con una expresión de tanta humildad que tuve que dedicar todos mis esfuerzos a no reír.[20]

Cuando el 1863 el gobierno inglés le ofreció la corona de Grecia, Max la rechazó de inmediato. Interiormente se inclinaba ya demasiado por el proyecto mexicano. Además, conocía bastante bien Grecia, por sus viajes, y sentía todo menos entusiasmo por las condiciones que allí reinaban. Un importante factor en la negativa tan rápida al proyecto fue, sin embargo, el orgullo herido de Maximiliano como miembro de la casa de Habsburgo: no era el primer príncipe a quien se acudía respecto a la corona griega. Max escribió en su diario: "Hay cien razones que hablan contra ello. De parte de los ingleses me parece, sin embargo, verdaderamente inaudito que se atrevan a dirigirse a nosotros después de que tantos *minorum gentium* [significando, más o menos, príncipes de segunda categoría] se han negado rotundamente." [21]

El mismo año hubo también planes, provocados por el alzamiento polaco contra Rusia, para restaurar el reino de Polonia y erigir a Max como monarca del mismo. Éste confió a su diario: "La gente no lo deja ya tranquilo a uno y me pone francamente en ridículo. *Figaro qui, Figaro la*; todos los días una corona nueva." Por otra parte, el proyecto polaco le gustaba mucho, pues se adaptaba a sus románticos sueños de salvar a un pobre pueblo: "La corona de Po-

[19] HHStA. Crenneville-Archiv, Tagebuch 24.9.1863.
[20] HHStA. N. Erzherzog Albrecht, Mikrofilmrolle 33. Weilburg, 28.7.1862.
[21] HHStA Tgb. Max. 15.2.1863.

lonia, por cierto, de ser realizable, sería una de las más bellas del mundo." [22] (Durante sus últimos días de vida en Querétaro, cuando todavía no había abandonado la esperanza de un posible escape y hacía planes para el futuro, la corona polaca otra vez se le apareció como bella quimera. En verdad contaba con inducir al rey de Prusia a restablecer Polonia, para luego ocupar —como emperador expulsado de México— el trono polaco.) [23]

Para tranquilizar a los muchos escépticos y observar sobre todo las exhortaciones de su madre y su hermano imperial, Maximiliano sujetó al principio a algunas condiciones su aceptación de la corona imperial mexicana: las garantías de las tres grandes potencias Inglaterra, Francia y España, pero sobre todo el voto del pueblo mexicano a favor de la monarquía. No deseaba entrar como conquistador en un nuevo reino, sino como "emperador del pueblo", sometido a un régimen constitucional.

El emperador Francisco José escribió, preocupado, un mes antes de llegar la comisión mexicana a Miramar, a su madre, la archiduquesa Sofía: "En lo que respecta al asunto mexicano, le repito constantemente a Max que sostenga las condiciones puestas desde el principio y que no se deje llevar a proceder solo, a remolque de Francia. Espero que se mantenga prudente." [24]

Pero Max era todo menos prudente y ya se sentía emperador. Había ya convenios acerca del monto de su lista civil (1.5 millones de pesos, lo cual correspondía aproximadamente a tres millones de florines, tras una renta más bien pobre para el archiduque de 100 000 florines anuales).[25] También había concebido ya la Constitución mexicana —en idioma francés—, según el modelo de sus similares francesa y belga: "Las frases melodiosas y las libertades autónomas las tomamos de la Constitución belga; el armazón enérgico, de la Constitución imperial. En conjunto espero que tenga una forma buena y lógica y que constituya un acertado término medio", escribió el 23 de agosto de 1863 en su diario.[26] Por último, mandó traer especialmente de Bruselas a Miramar a Cesare dell'Acqua, pintor de Trieste, para que plasmara el momento histórico en el que la delegación mexicana sería recibida por su futura pareja imperial.[27]

[22] *Ibid.*, 13.2.1863.
[23] Kühn, p. 281.
[24] Franz Schnürer (ed.), *Briefe Kaiser Franz Josephs I. an seine Mutter 1838-1872*, Munich, 1930, p. 324. Francfort, 2.9.1863.
[25] HHStA. Tgb. Max. 28.8.1863.
[26] *Ibid.*, 23.8.1863.
[27] *Ibid.*, 26.9.1863.

Durante esta recepción el 3 de octubre de 1863 en Miramar, Maximiliano de repente pasó por alto las garantías consideradas hasta entonces como imprescindibles (bien sabía que sólo sería posible obtenerlas de Francia, pero no de Inglaterra o de España). Al día siguiente, Francisco José de inmediato le advirtió telegráficamente: "Debo recordarte del modo más claro esta condición formulada en un principio. No puedes, de ningún modo, depender sólo de Francia." [28] Pero Max había, entretanto, reducido las condiciones, porque tenía un gran interés en esa corona.

El proyecto "centroamericano" adquirió formas cada vez más ostentosas y fue alejándose más y más de la realidad, pues ahora Max sugería una boda de su hermano menor Luis Víctor con la heredera del trono brasileño, la hija mayor del emperador Pedro II. Dos miembros de la casa de Habsburgo como monarcas en la América del Centro y en la del Sur podrían respaldarse fraternalmente en forma recíproca y con el tiempo incorporar a sus respectivos países el gran número de repúblicas más pequeñas que se hallaban entre México y Brasil, según él se lo imaginaba. Por supuesto, los hermanos debían fijar los límites de sus esferas de intereses.

Estos planes no representaban en absoluto sueños de poca duración de este imaginativo príncipe de Habsburgo. En México también volvió a hablar de ello reiteradas veces, "pues nuestro verdadero destino consiste en ver al Imperio como potencia central del nuevo continente, dejando el dominio del Norte a los Estados Unidos y el del Sur al Imperio brasileño".[29] En estas ideas hubiera cabido muy bien, en efecto, un casamiento brasileño de Luis Víctor, aunque éste no se mostraba en absoluto inclinado a contrarer matrimonio con la princesa, para él desconocida, y lanzarse a una aventura en ultramar.

Max no tuvo ninguna comprensión por esta actitud prosaica de su hermano, que a esas fechas tenía 21 años, y escribió con gran resolución al ministro austriaco de Relaciones Exteriores, el conde Rechberg, que el emperador debía hacer valer su autoridad sobre el joven archiduque, que se resistía al proyecto:

> [Luis Víctor] no puede formarse una idea agradable de su existencia al otro lado del océano, teme que allí sufrirá de nostalgia, etc. No obstante, he conseguido que me dijera que se sometería a una orden formal de Vuestra Majestad, aunque, según su expresión, "como már-

[28] Corti, vol. I, p. 243 [p. 195].
[29] *Ibid.*, vol. II, p. 145 [p. 382].

tir". Dado el carácter de Luis, esta orden estaría indicada lo antes posible; ya que él se separe por su propia voluntad del ambiente vienés, tan pernicioso para él, no se puede esperar.[30]

Pero al emperador Francisco José no se le ocurría darle esta orden al más joven de sus hermanos. En tono de burla le escribió a su madre, la archiduquesa Sofía, acerca de este plan brasileño: Luis Víctor "cree que Max (Luis sólo lo llama Montezuma) quiere ganarlo para príncipe heredero de México, un puesto ultramarino para el que no siente en absoluto vocación".[31]

Las consideraciones de Maximiliano en el año 1863 llegaban ya, por lo tanto, al extremo de pensar acerca de la sucesión al trono de México, dado que él no tenía hijos. Sus sueños volaban incluso hasta un reino unido de México y Brasil, precisamente bajo el todo menos trabajador Luis Víctor (llamado "Luziwuzi" en la jerga familiar): no sería sólo el emperador de Brasil, por un enlace con la heredera brasileña, sino también el sucesor de su hermano Max en México. Eran sueños verdaderamente esplendorosos que tenían poca relación con la cruda realidad.

La archiduquesa Sofía, que así y todo era escéptica en cuanto a los planes americanos, escribió con gran alivio en su diario el 20 de octubre de 1863 que Luis Víctor no sentía ningún deseo de casarse en Brasil y que había fracasado el fantástico proyecto de ocupar de una vez dos tronos latinoamericanos con hermanos de la casa de Habsburgo.[32]

En estos tiempos, Carlota se convertía cada vez con mayor claridad en portavoz de su marido. Su lucha por el trono imperial mexicano se volvía más y más enérgica y continuaba aun cuando decaían las fuerzas de Maximiliano, lo cual sucedía con mayor frecuencia conforme iban concretándose los planes.

Cuando la archiduquesa Sofía, por ejemplo, llena de preocupación, es más, de desesperación, trató de hacer desistir de esta aventura a su hijo Max, fue Carlota la que le contestó con una carta muy extensa y muy decidida, y disipó las dudas. Con gran seguridad escribió que Sofía no debía causarle a Max el pesar de ser de otra opinión, aunque esto, de todos modos, no podría variar su decisión "si estaba decidido a tomarla".[33] La archiduquesa Sofía concluyó su

[30] *Ibid.*, vol. I, p. 258 [p. 208].
[31] Schnürer, p. 328. Schönbrunn, 20.10.1863.
[32] HHStA. N. Erzherzogin Sophie. Tagebuch, 20.10.1863.
[33] Corti, vol. I, p. 225 [p. 181].

diario en vísperas del Año Nuevo de 1864 con el ruego de "que Dios conceda la gracia de impedir que Max vaya a México. Amén".[34]

Entretanto, se discutía ya en los salones el pro y el contra del Imperio mexicano, y los periódicos austriacos pronto abordaron de lleno el tema, puesto que tenía un gran interés exótico y sensacional. En octubre de 1863, cuando la delegación mexicana se presentó en Miramar, causando gran excitación, aun los caricaturistas creían imposible que Max realmente fuera a irse a México. De los mexicanos mismos los vieneses tenían unas ideas muy extrañas:



"¡Lo que Viena habría dado a México!"

[34] Sophie-Tagebuch, 31.12.1863.

Sobre todo para quienes estaban dispuestos a emigrar, México entró ahora más en la mira. En los periódicos aparecían mucha descripciones de viajes a México, y también se publicaban folletos sobre el país. Algunos lo pintaban como un verdadero paraíso terrenal, que, claro estaba, requería una fuerte mano de Europa que estableciese el orden. El geógrafo Karl B. Heller, por ejemplo, afirmaba con entusiastas palabras que

> hay pocas regiones bajo el cielo que estén tan favorecidas. Un cielo despejado cubre montes y lagos que opacan a los más hermosos y grandiosos de Europa; fértiles llanuras, donde se dan *todos* los productos de nuestras provincias, sostienen enormes manadas de animales domésticos europeos; ni el frío del largo y triste invierno del Norte ni el calor de la franja tropical se sienten en el aire fresco, como en pocos lugares sano y vivificante, de la altiplanicie mexicana... Después de pasearse por la mañana en bosques de palmeras, naranjos o plátanos, por la noche pueden recogerse los frutos de aquí en arboledas de olivos y huertas como nosotros las conocemos. No existe ningún producto del reino botánico que México no pueda dar en alguna de sus elevaciones, y por todas partes se recompensa abundantemente el trabajo del agricultor prudente.

Era posible "caminar por bosques de robles perpetuos, donde reina el más espléndido clima, una primavera eterna, y la olorosa orquídea se inclina con gracia sobre la pequeña palmera". No en último lugar, se señalaban las riquezas del subsuelo: "Yacimientos inagotables de oro, plata, hierro, cobre, plomo y otros minerales explotados sólo en parte, se extienden sobre todo el país. Sólo faltan manos activas para aprovechar estos tesoros. Grandes extensiones de tierra yacen sin cultivo, bosques infranqueables cubren sobre grandes distancias el país virginal, y las riquezas de la tierra esperan por todas partes quien las extraiga." [35]

Y los caricaturistas trataron a su manera, una vez más, este grato tema, como en el grabado de la página siguiente.

Cuando se hablaba sobre México, el archiduque Fernando Max se entusiasmaba sobremanera, lo cual extrañaba mucho. Mencionaba su futuro Imperio "en el tono de alguien que cuenta, emocionado, que está por emprender un viaje al paraíso, donde será tan entrañablemente amado como él amará sinceramente a todos los demás. Al oírlo hablar así, no era posible decir con toda convicción

[35] Karl B. Heller, *Die äusseren und inneren politischen Zustände der Republik Mexiko*, Berlín, 1859.



"Emigrantes austriacos a México. / Dos que van a México porque esperan ascender allí a *ídolos del día*. / Unos bohemios que proyectan convertirse en *músicos de la corte* en México. / El *húngaro*: *'Ebatta*, ¡prefiero ir a México que a Viena!' / *Beinlstierer* que esperan enriquecerse con *huesos franceses*."

que el hombre parecía la víctima de sus ilusiones, sino que había que admitir que estaba tratándose a un poeta", comentó un observador que estuvo con Max un mes antes de la partida a México.[36]

[36] Kertbeny, vol. II, p. 196.

Completamente distinta fue, por el contrario, la impresión que el duque Ernesto II de Coburgo, primo de Carlota, se llevó en la misma época de Max, quien fue recibido en ese entonces con honores imperiales en París por Napoleón III. Las manifestaciones de Maximiliano se encontraron, según Ernesto de Coburgo, "en fuerte contraste con el regocijo de su esposa. Pareció impulsarlo menos la esperanza de un resultado favorable que las consecuencias inamovibles de la decisión una vez formulada".[37]

Estas dos declaraciones hechas por testigos presenciales en el mismo periodo no representan en absoluto contradicciones, pues Maximiliano variaba mucho en sus opiniones (muy al contrario de Carlota, que ostentaba una opinión fija, es más, rígida). El arrobo que le producía el Imperio mexicano con frecuencia cambiaba bruscamente a una actitud depresiva, en la que la nostalgia de Austria, sobre todo de Miramar, prevalecía ante todo. Esta constante fluctuación en su parecer, la gran falta de capacidad de decisión en los momentos importantes, en los que las más de las veces se refugiaba en una enfermedad, también siguieron caracterizando a Maximiliano en México.

El emperador Francisco José, sin embargo, era inaccesible para la poesía, el lirismo y las depresiones que de ellos resultaran. Fue imposible inducirlo a dar a su hermano garantías de ningún tipo para México. Francisco José declaró categóricamente: "yo jamás podría decidirme a asumir e imponer a mi Estado una garantía que, dadas las circunstancias de que Austria no dispone de suficientes medios para empresas transatlánticas, en caso necesario no podría ser sostenida con la fuerza indispensable que impone la dignidad y el poderío de Austria".[38]

Pedía incluso a su hermano que renunciara a todos los derechos que poseía como archiduque, antes de aceptar la corona de México. A Max le correspondía, al fin y al cabo, el segundo lugar en la sucesión austriaca al trono después del archiduque Rodolfo, nacido en 1858, y hubiera sido muy fácil que se produjeran graves complicaciones para Austria en caso de cobrar actualidad la cuestión de una regencia y de tener que encargarse de los asuntos del gobierno en Austria el emperador mexicano, en representación de Rodolfo, menor de edad. La renuncia a los derechos de su posición y a los de sucesión era también usual para las mujeres de la Augusta Casa de Austria en cuanto se casaban. Causa asombro que Max se sorprendiera tanto porque Francisco José insistiese —y tenía que insistir— en esta renuncia también y precisamente en su caso. La desesperada lucha de Maximiliano por sus derechos como descendiente de la casa de Habsburgo reveló con gran claridad que el Imperio mexicano ni a él le parecía en absoluto tan seguro como había querido hacer creer desde hacía años con exaltadas palabras. Deseaba a todo trance mantener abierta la posibilidad de regresar a Austria para seguir viviendo allí como si no hubiese sucedido nada. Esta cuestión suscitó un enconado estira y afloja entre los dos hermanos, y Max consideró seriamente, en el último momento, rechazar la corona de México. Su posición en Austria le resultaba, pues, aun a estas alturas, más importante que la dignidad imperial mexicana. La seriedad de la situación queda patente por la excitación de Napoleón III, quien envió un telegrama apremiante y exhortativo a Miramar: "Estoy consternado por la noticia que hemos recibido. Vuestra Alteza Imperial está comprometida con su honor frente a mí, a México y a los suscriptores del empréstito. Las desavenencias familiares no pueden impedir a Vuestra Alteza Imperial cumplir elevadas misiones en otra parte. Piense, pues, en su propia gloria. Una negativa me parece hoy imposible".[39]

[37] Ernst II, vol. III, pp. 417 *s.*
[38] Corti, vol. I, p. 235 [p. 188].

Max intentó, entonces, persuadir por lo menos a su hermano imperial de incluir un convenio adicional secreto, para el caso de que fracasara el Imperio mexicano y Max volviera a Austria. Sugirió al emperador el siguiente texto:

> Su Majestad el emperador, por amor fraternal promete, para el caso en que el archiduque Max renunciase voluntariamente al trono de México o lo perdiese, dejar, a su ruego, sin fuerza el pacto que hoy se firma y restablecer al archiduque en sus antiguos derechos. Asimismo promete Su Majestad a la viuda del archiduque y a sus hijos en el caso en que los mismos tuviesen que abandonar su posición en México, el restablecimiento en todos los derechos correspondientes a los archiduques austriacos.[40]

Pero el emperador Francisco José tampoco estaba dispuesto a aceptar este artículo secreto. El ministro de Relaciones Exteriores, conde Rechberg, indicó al general francés Frossard en estos agitados días: "¿Cree usted que Austria aceptaría ser gobernada por un príncipe que acabase de ser expulsado de un trono?" Francisco José accedió

[39] *Ibid.*, vol. I, p. 311 [p. 250].
[40] *Ibid.*, vol. I, p. 314 [p. 253].

sólo a una concesión en la lista civil y permitió el reclutamiento de un cuerpo de voluntarios. [41]

Maximiliano sufrió una profunda depresión en estos días y fue incapaz de tomar una decisión. Una vez más fue Carlota la que entró en acción y recurrió a lo último en su poder: acudió sola a su cuñado imperial en Viena para hacerlo cambiar de parecer, aunque ciertamente en vano.

Los franceses y los mexicanos apremiaban para un arreglo. La comisión mexicana, que deseaba rendir tributo de homenaje al nuevo emperador, esperaba ya. Si Max quería ser el emperador de México, debía firmar el pacto de familia, y sin el artículo adicional secreto. Finalmente cedió, deprimido y enfermo. El 9 de abril de 1864 llegó el emperador Francisco José a Miramar con varios archiduques y ministros para concluir el asunto, recibir la renuncia de su hermano a todos los derechos que le correspondían como miembro de la casa de Habsburgo y hacerlo acreditar por muchos testigos. El ambiente era hostil y tenso.

Max sintió que había tenido que firmar este pacto bajo coacción. Nunca perdonó a su hermano imperial la postura severa que éste adoptó. En el barco que lo llevaba a México redactó ya, en presencia de testigos, un documento en el que protestaba contra la "presión" bajo la cual había tenido que firmar el pacto, y disputaba la validez jurídica del mismo. A toda costa quería Maximiliano mantener abierto el camino de regreso a Austria. Cuando el emperador Francisco José en noviembre de 1864 presentó, sin embargo, al *Reichsrat* —Dieta Imperial— austriaco este pacto de familia tenido rigurosamente en secreto, privó de toda esperanza a Max. Quisiéralo o no: sólo le restaba ya su dignidad imperial en México. Allí tenía que salir airoso o caer.

El 10 de abril de 1864, la comisión mexicana llegó a Miramar para rendir homenaje a su nueva pareja imperial. Carlota se mostró majestuosa y segura de sí; Max tenía un aspecto extraordinariamente débil y pálido. Cumplió con los discursos necesarios y con la prestación del juramento, y en la noche de ese gran día, se derrumbó física y psíquicamente.

Hubo que aplazar la partida del 11 al 13 de abril. Fue Carlota la que en esos días cumplió sola con las obligaciones de representación, pero también tomó importantes decisiones políticas. La bandera

41 *Ibid.*, vol. I, p. 315 [p. 254].

mexicana ondeaba sobre la torre del palacio de Miramar, y Carlota se sentía ya enteramente la emperatriz.

Lloroso, Max se despidió de Miramar y de su patria.

Cuatro días después, la nueva pareja imperial hizo escala en Roma para recibir la bendición del Papa para la misión mexicana. La empresa adquirió, por el evidente apoyo del Papa, el carácter de una cruzada: Max y Carlota viajaban a México, según quedó demostrado, también para proteger los derechos de la Iglesia y la religión. Orgullosos mostraron que no proyectaban en absoluto una campaña conquistadora, sino que hacían el sacrificio para ellos penoso por motivos de humanitarismo, de justicia y otros móviles idealistas. Hasta el triste final, las cartas de la joven pareja imperial estuvieron llenas de tales aseveraciones, que han de tomarse en serio: realmente creían lo que decían y tuvieron que ser los más engañados debido a esta ingenuidad y buena fe frente a quienes les daban informes falsos. En Roma también se habló mucho sobre las sublimes tareas del Imperio, pero se evitó aprensivamente el problema más importante y delicado entre la Iglesia y el Estado: la cuestión de lo que había de suceder con los bienes de la Iglesia expropiados por Juárez. Esta omisión tendría ya en el futuro próximo resultados funestos para las relaciones tan importantes del Imperio mexicano con la Iglesia.

El nuevo imperio mexicano fue reconocido por las grandes potencias europeas. Todos los Estados americanos, sin embargo, siguieron considerando al gobierno del presidente Juárez como el legítimo de México.

Durante la travesía, que duró seis semanas, la pareja imperial, que en Viena se había esforzado tanto en darse aires de liberal y moderna, se ocupó en la elaboración de un complicado ceremonial para la corte mexicana, según el modelo de la venerable corte de Viena.

Concibieron grandiosos planes para salvar a la nación mexicana, ciertamente poco concretos y que se perdían en frases humanitarias.

El discurso para el recibimiento en Veracruz fue redactado por Maximiliano durante el viaje en idioma alemán (todavía se ejercitaba aplicadamente en el español). El texto revela el desconocimiento completo del nuevo emperador de su Imperio y los habitantes del mismo:

¡Mexicanos! ¡Vosotros me habéis deseado; vuestra noble nación, por una mayoría espontánea, me ha designado para velar de hoy en ade-



Despedida de la nueva pareja imperial mexicana de Miramar.

lante por vuestros destinos! Con alegría en el corazón, obedezco a este conmovedor llamado. Por difícil que me resulta abandonar para siempre el país donde nací [tachó la palabra original "patria"] y a los míos, tanto más me convence la hermosa tarea, impuesta a mí por el Todopoderoso a través de vuestra voluntad, de consagrar toda mi fuerza y corazón a un pueblo que anhela la paz y el bienestar después de penosas luchas y graves pugnas, que después de asegurar la gloriosa Independencia ahora desea gozar en tranquilidad de los frutos de la civilización y del verdadero progreso.

La confianza que anima a vosotros y a mí se verá coronada por el éxito si todos nos unimos en la valerosa realización de los grandes principios fundamentales que forman la única base verdadera y sólida de los Estados modernos: justicia inviolable e inmutable, igualdad para todos ante la ley, un camino abierto a cada uno para toda carrera y posición social, completa libertad personal bien comprendida, resumiendo en ella la protección absoluta del individuo y de la propiedad, el

Reproducción de una parte del manuscrito del discurso.

mayor desarrollo posible de la riqueza nacional, el impulso a la agricultura y la industria, el trazado de vías de comunicación para la extensión del comercio; ¡el desarrollo libre de la inteligencia y de sus ricos recursos! [42]

El político liberal y conocedor de México Julius Fröbel ha expresado el siguiente juicio:

Tanto Max como Carlota estaban dominados por conceptos románticos; ambos representaban una ficción a gran escala —ella una obra sobre la ambición, él una comedia acerca de la vanidad, en la cual eligió para sí mismo el papel del heroico salvador de una nación—, y perecieron por la mentira intrínseca que forma parte de la esencia de todo romanticismo.[43]

El despertar de los dulces sueños en el puerto de Veracruz fue amargo. No se presentó un jubiloso pueblo, no se dieron muestras de regocijo. Los mexicanos recibieron fríamente a sus soberanos, pese al dinero gastado en manifestantes. En la capital de México, el recibimiento resultó más caluroso, pero las inesperadas dificultades fueron agobiadoras. El país estaba lejos de una pacificación. El Imperio tuvo primero que conquistar su territorio con las armas en la mano. Los apremiantes problemas humanitarios permanecieron sin resolver porque la guerra agotaba todo el dinero y todas las fuerzas. La población se había vuelto apática por los muchos gobiernos, siempre cambiantes, y los conflictos militares relacionados con ellos. Sólo pocos hacían caso siquiera de este emperador extranjero, que tampoco traía nada distinto que el gran número de dictadores y presidentes antes de él; a saber: guerra y miseria.

Pero Max y Carlota defendieron el sueño del Imperio: se pusieron a construir palacios y parques, mandaron confeccionar suntuosos uniformes para la corte, otorgaron condecoraciones a amigos y científicos en todo el mundo, implantaron la libertad de prensa, decretaron amnistías y expidieron reglamentos para las prisiones, fundaron una academia de ciencias y un teatro imperial. Se emitió una plétora de leyes nuevas y modernas . . . "pero a nadie se le ocurre ejecutarlas", criticó el embajador prusiano barón Magnus.[44]

[42] HHStA. N. Kronprinz Rudolf. Kt. 22. Este documento se conservó en el legado del conde Bombelles, ayudante de Maximiliano en México y, posteriormente, coronel preceptor del príncipe heredero Rodolfo.

[43] Julius Fröbel, *Ein Lebenslauf*, Stuttgart, 1891, vol. II, pp. 634 *s.*

[44] Kühn, p. 77. Las extensas innovaciones son descritas por la disertación inédita, basada en los documentos del archivo de Maximiliano, de Johann Lubienski, "Der Maximilianeische Staat Mexiko 1861-1867. Voraussetzungen, Phasen, Programme, Ideen (Verfassungs- Verwaltungs- und Ideengeschichte)", Graz, 1983.

(Posteriormente, cuando quiso deshacerse lo más rápido posible de sus obligaciones frente al Imperio mexicano, Napoleón III también descubrió los defectos de Maximiliano y comentó: "al emperador Maximiliano le falta energía; se limita a redactar decretos y a promulgarlos, sin darse cuenta de que, a menudo, son inejecutables. Se afirma que, impulsado por su afán de hacer algo, se pierde en utopías y el lado práctico sufre a consecuencia de ello".) [45]

En sus muchos viajes al interior del país, Max y Carlota trataron de familiarizarse con la mentalidad de "su" pueblo, sobre todo con la de los indios, a quienes consideraban el verdadero pueblo mexicano y entre los que hallaron, también, el mayor afecto.

La pareja imperial se complacía en lucir los trajes nacionales mexicanos, lo cual no tuvo, sin embargo, el efecto pretendido: al contrario. Según informó el embajador prusiano,

la benevolencia del emperador sólo ha servido para acrecentar la impertinencia de sus adversarios; la sencillez de su presentación, sin embargo, sólo ha acarreado al emperador burlas en lugar de aprobación. Cuando el emperador o la emperatriz atraviesan la ciudad en un carruaje sencillo, el público se mantiene completamente indiferente; no se descubre nadie. Y cuando en el campo el emperador, para halagar al pueblo, se presenta con el traje mexicano sobre una mula o con una yunta de mulas y arneses colgados de campanillas, el pueblo lo llama "pulquero" en son de burla, porque los vendedores de pulque, la bebida nacional, suelen adherir campanitas a los arneses de sus mulas.[46]

Al dar preferencia a todo lo mexicano, Max tampoco tardó en disgustar a los austriacos, como a Carl Khevenhüller, por ejemplo, quien durante los primeros días de su estancia en México escribió ya, bastante irritado, a su familia: "El gobierno comete un error tras otro, el emperador la hace de mexicano y desatiende a los extranjeros, olvida que él es austriaco."[47]

Pero toda la buena voluntad de la joven pareja imperial no fue suficiente en vista de las muchas e inesperadas dificultades. El oficial de gabinete de Maximiliano, Wilhelm von Montlong, resumió las nuevas tareas:

[45] Corti, vol. II, p. 180 [p. 411].

[46] Kühn, p. 93.

[47] HHStA. Depot Khevenhüller, Kt. 42 Mexico, 30.12.1864.

Hacerse cargo de los destinos de un pueblo totalmente desmoralizado por una guerra civil de cuarenta años que había impedido toda actividad a la maquinaria del Estado, perturbado todos los ánimos, falseado todo sentido de deber, honor e integridad social; emprender la gigantesca obra de la transformación social de una nación en la cual la prolongada anarquía había roto todos los lazos de la sociedad, destruido todas las fuentes del bienestar público, devastado la industria, que estaba despojada de toda base segura, y el trabajo; acostumbrar otra vez al orden y al trabajo a un pueblo en el cual el bandidaje se había hecho una segunda naturaleza; limpiar los caminos de ladrones; devolver su carácter sagrado a la justicia; arrancar al clero de su ignorancia y frivolidad; organizar de nuevo al ejército y todas las grandes autoridades públicas, que en Europa forman las arterias para la prosperidad general; reconciliar y unir, para el bien del todo, los partidos que desde hacía tanto tiempo se ahorcaban unos a otros; abrir nuevos caminos al comercio a través de los medios de comunicación; fomentar la colonización; extraer las riquezas que todavía yacían bajo el suelo; elevar el nivel de la educación popular: todo esto y mucho más era la tarea del joven emperador.

Para cumplir esta tarea faltaba, sin embargo, lo más importante; a saber: el dinero.[48]

La fuente principal de ingresos del país, los aranceles, era administrada por los empleados franceses de la Hacienda, oficialmente "a cuenta del Estado mexicano". Pero el emperador Maximiliano recibía de este dinero sólo lo que Napoleón le concedía, y se encontraba, por lo tanto, completamente a merced de Francia. Un gobierno autónomo no era posible, sin embargo, sin el derecho de disponer de las finanzas. Asimismo, las tropas francesas requerían de enormes sumas que debía proporcionar el Estado mexicano, pero sin poder comprobar los gastos.

En el año 1865, la recaudación de las aduanas ascendió todavía a 11.5 millones de pesos. Después de restar los intereses de los empréstitos españoles e ingleses, sólo quedaban siete millones. El mantenimiento del ejército francés costaba al año 13 millones de pesos.[49] En el año 1866, un puerto aduanero tras otro cayeron en manos de los republicanos, los caminos a la capital se volvieron tan inseguros que casi ningún transporte de dinero llegaba a salvo a esta ciudad. Francia exigía, implacable, el cumplimiento del tratado de Miramar,

[48] Wilhelm von Montlong, *Authentische Enthüllungen über die letzten Ereignisse in Mexico*, Stuttgart, 1868, p. 11.
[49] Corti, vol. II, pp. 235 *s.* [p. 456].

o sea, la indemnización de los súbditos franceses, el pago de las tropas francesas, y naturalmente los intereses de los empréstitos franceses. Hubo que entregar gran parte de los ingresos arancelarios a Francia, pero aun así no era posible ya financiar la guerra. Y, sin tropas, el Imperio de Maximiliano no podía sostenerse. Los soldados mexicanos desertaron en masa y se pasaron al bando republicano, no sólo por razones políticas, sino ante todo por hambre y porque el Imperio no estaba ya en situación de pagar la soldada.

En sus cartas a Austria, Maximiliano callaba todas las dificultades, alababa el Imperio con ardientes palabras y no olvidaba incluir algunos comentarios críticos contra la anticuada Europa: "Políticamente el país [México] está, en general, muy adelantado, mucho más que muchos países de Europa que se creen superiores. Las rancias costumbres europeas con todas sus ridiculeces y tristezas no se conocen; todo el misterio y todas las fruslerías con que todavía se ahogan en vano en Europa y se ahogarán aún años enteros, hace ya tiempo que se superaron aquí." [50]

Y a su médico de confianza en Miramar, Max le escribió, tras expresar la nostalgia que sentía por Lacroma y Miramar:

Sin embargo, no lamento la actualidad, ella es de acción, de esfuerzo, de creación. Si bien ha desaparecido la delicia pacífica de la vida, se tiene una gran satisfacción al pensamiento de que se sirve a la humanidad y de que yo también puedo echar algunas gotas de aceite en la gran antorcha de la ilustración; que me es dado contribuir a esa obra de perfeccionamiento en la cual hombres honestos trabajan desde hace siglos y hasta milenios. Aunque no tengo aquí la brisa del Adriático y la fragancia de Lacroma, vivo, en cambio, en un país libre, entre un pueblo libre, en el cual reinan principios en los que entre ustedes no se puede siquiera soñar durante la noche. Ya no me cohíbe nada y aquí puedo decir con franqueza que quiero el bien. Si México está atrasado en muchas cosas, si le falta bienestar y desarrollo material, en cambio, en las cuestiones sociales, las más importantes a mi juicio, estamos más adelantados que Europa y, en particular, que Austria. Aquí entre nosotros reina una democracia sana, sin fantasías enfermizas al estilo de Europa, sino con aquella fuerza y convicción como quizá después de cincuenta años de duras luchas se desarrollará algún día entre ustedes. Las opiniones europeas sobre este país son casi por completo falsas, no se puede y no se quiere comprender la situación de este pueblo, se es demasiado orgulloso para confesar que nosotros, los ame-

[50] *Ibid.*, vol. II, p. 35 [p. 291].

ricanos, en las cuestiones principales estamos adelantados un gran trecho.[51]

Un poco más sincero sonó lo que Maximiliano escribió a su suegro, el rey Leopoldo I de Bélgica, acerca de las condiciones en México: "La situación actual es triste, pero el porvenir será magnífico." [52]

Entre más se aclimataba Maximiliano a su nuevo Imperio, más se ponía de manifiesto que a la larga no podría simpatizar con los clericales y los conservadores que lo habían llevado a México. Con el tiempo fue nombrando a un creciente número de ministros liberales, y así decepcionó a los conservadores y a la Iglesia, sobre todo al confirmar la política seguida por Juárez respecto a ésta. Maximiliano no pudo ni quiso revocar la confiscación de los bienes eclesiásticos, ya que con ello se hubiera hecho una gran injusticia a los numerosos nuevos dueños.

El embajador prusiano analizó la difícil situación:

El emperador ostenta abiertamente sus inclinaciones liberales y, lo cual llama bastante la atención, una admiración cabal por los Estados Unidos y las instituciones políticas de los mismos. Pero hasta el momento los intentos de hacer una política liberal sólo han tenido el efecto de disminuir considerablemente el prestigio imperial en el país. Los liberales, que ven que el emperador lleva el gobierno enteramente de acuerdo con las tendencias de Juárez, opinan francamente que esto sucedería mejor con una administración republicana, la cual ahorraría el mantenimiento de la corte, por cierto muy oneroso para las arruinadas finanzas.[53]

Un año después de la llegada de Maximiliano a México, la empresa estaba prácticamente condenada al fracaso: los estados del Norte de la Unión vencieron en abril de 1865 a los del Sur. El esperado debilitamiento del peligroso vecino septentrional por una división del país no se produjo, al contrario: el "Coloso del Norte" adquirió mayor confianza en su poderío, superó sus dificultades internas y declaró firmemente su oposición a la intervención europea en México.

Contra los Estados Unidos, Napoleón III no podía ni quería arriesgarse en una guerra; la aventura mexicana era ya bastante discutida en Francia. La condición principal para el plan de Napoleón

[51] *Ibid.*, vol. II, pp. 65 *s.* [p. 316].
[52] *Ibid.*, vol. II, p. 47 [p. 300].
[53] Kühn, p. 85.

en México —precisamente la división y el debilitamiento de los Estados Unidos por el triunfo del Sur en la Guerra de Secesión— había dejado de existir. A partir de entonces, Napoleón trató de retirarse militar y políticamente de México lo más pronto posible.

El mayor obstáculo y la más grave complicación para esta retirada era, ahora, el emperador Maximiliano, quien había jurado lealtad a "su pueblo" y para quien hubiera sido inconcebible, debido a su sentido del honor, dejarse mandar otra vez de regreso como un simple títere de Napoleón.

Pasó otro año antes de que empezara a perder firmeza la confianza depositada por Maximiliano en el admirado emperador de los franceses. En marzo de 1866 todavía, cuando la evacuación de los franceses de México era un asunto hacía mucho decidido, Max escribió, fuera de sí y sin comprender el cambio en el estado de cosas: "Me parece imposible que el monarca más sabio del siglo y la nación más poderosa del mundo cedan ante los yanquis de un modo poco digno." [54] En estos tiempos de profundas depresiones, Maximiliano pugnaba entre la decisión de abdicar o no.

Al lado de Maximiliano, el idealista que a menudo se apartaba de la realidad y resultaba débil a la hora de las decisiones, se hallaba Carlota, sumamente enérgica y consciente de su valor. En los agitados días de Miramar, cuando Maximiliano no había podido decidirse a firmar el pacto de familia de los Habsburgo, ella se había mostrado inexorable e inquebrantable, y no vaciló tampoco cuando Maximiliano se refugió en la enfermedad: ella quería ser emperatriz de México, aunque tuviesen que quemarse todas las naves antes. En México también manifestó firmeza e inflexibilidad en todas las situaciones, aun las más difíciles. "Será la última en renunciar a la posición imperial", escribió Khevenhüller todavía en junio de 1866, cuando Maximiliano ya consideraba la posibilidad de abdicar (*v.* p. 75).

Antes de partir para Europa, en el último intento de salvar al Imperio mexicano, Carlota escribió al siempre vacilante Max:

Abdicar es condenarse, extenderse a sí mismo un certificado de incapacidad, y esto es sólo aceptable en ancianos o en imbéciles, no es la manera de obrar de un príncipe de 34 años lleno de vida y de esperanzas en el porvenir... Desde el momento en que se aceptan los destinos de una nación se hace a sus riesgos y peligros y nunca se tiene la libertad de abandonarla. Yo no conozco ninguna situación en la cual la abdicación no fuese otra cosa que una falta o una cobardía...

[54] Corti, vol. II, p. 200 [p. 428].

En tanto que haya aquí un emperador, habrá un Imperio, incluso aunque sólo le pertenezcan seis pies de tierra. El Imperio no es otra cosa que un emperador. Que no tenga dinero no es una objeción suficiente, se obtiene a crédito, éste se obtiene con el éxito y el éxito se conquista... Decir de una cosa que se ha emprendido y que se ha considerado posible que, finalmente, se la ha encontrado imposible, nadie lo creerá. Añadir que uno se retira porque se podía hacer la felicidad de una nación y que se tiene conciencia de lo contrario, significa darse a sí mismo una bofetada; además es una mentira cuando, en realidad, se es para esta nación la única áncora de salvación... No se cede su puesto a un adversario de tal naturaleza, tampoco se dice como en una casa de juego que la banca ha saltado o que la farsa ha terminado y que se van a apagar las luces. Todo esto no es digno de un príncipe de la casa de Habsburgo, ni de Francia y de su ejército que serían llamados a contemplar este espectáculo y a permitirlo...

Carlota concluyó: "El Imperio es el único medio de Salvar a México." [55]

Hasta que se manifestó su locura, no se cansó de predicar a su marido imperial consignas de perseverancia apoyadas en argumentos enteramente faltos de realismo. Aun desde Europa, donde tuvo que sufrir una desilusión tras otra en su búsqueda de ayuda, escribió a Maximiliano, hundido en la resignación:

La nación mexicana cesa de existir en el momento en que tú la abandones y no se pueda gobernar ya independientemente. Juárez representaba a la nación hasta tu llegada, desde aquel tiempo eres tú el defensor de la independencia y de la autonomía de todos los mexicanos, pues sólo tú reúnes en tu mano los tres colores de los partidos de que está formado el pueblo: blanco el clero, como príncipe católico, verde los conservadores y rojo los liberales. Nadie, excepto tú, puede unir estos elementos y gobernar...[56]

(En toda su vida, Carlota no llegó a dominar por completo el idioma alemán y cometía a menudo errores sorprendentes.)

Y aún subsistía la antigua arrogancia de Carlota, al tratarse del bienintencionado plan de que el emperador Maximiliano al exiliarse pudiese, quizá, encontrar un campo de acción en Europa como gobernador de Venecia:

Pero la situación que domina los dos océanos [México] podría cambiarse difícilmente por una ciudad empantanada [Venecia] y por una

[55] *Ibid.*, vol. II, pp. 232 *ss.* [pp. 453-454].
[56] *Ibid.*, vol. II, p. 289 [p. 498].

población que apenas si asciende a dos millones y que está arruinada por los impuestos, un cuadro de miseria en la rica Italia y en la hundida Europa... Nuestro continente está tan pletórico de juventud y de porvenir que sólo necesitamos la civilización y los hombres de Europa para encontrarnos a una altura desconocida del mundo. En comparación todo en Europa parece un juguete. Solamente habiendo estado en América se comprende lo pequeño y mezquino que es todo.[57]

Sólo en el Vaticano, al negar también el Papa su ayuda al Imperio mexicano, se declaró en Carlota la locura en la forma de una manía persecutoria, de la cual no se recuperó en toda la vida. Esta enfermedad, por supuesto, proyecta una nueva luz también sobre sus afirmaciones anteriores, aunque las fuentes conocidas hasta el momento no indican que en México ya se hayan manifestado síntomas sospechosos en Carlota. Su conciencia extrema de majestad no logró asimilar, en todo caso, el fracaso definitivo del sueño con el Imperio mexicano. Mientras aún vivía en México, no había querido reconocer, ciertamente, la frustración de sus planes, y tanto peor resultó admitirla cuando tuvo que afrontar sola y desamparada, una mujer desesperada, la realidad de la política europea: en Europa nadie tenía ya interés en un Imperio mexicano.

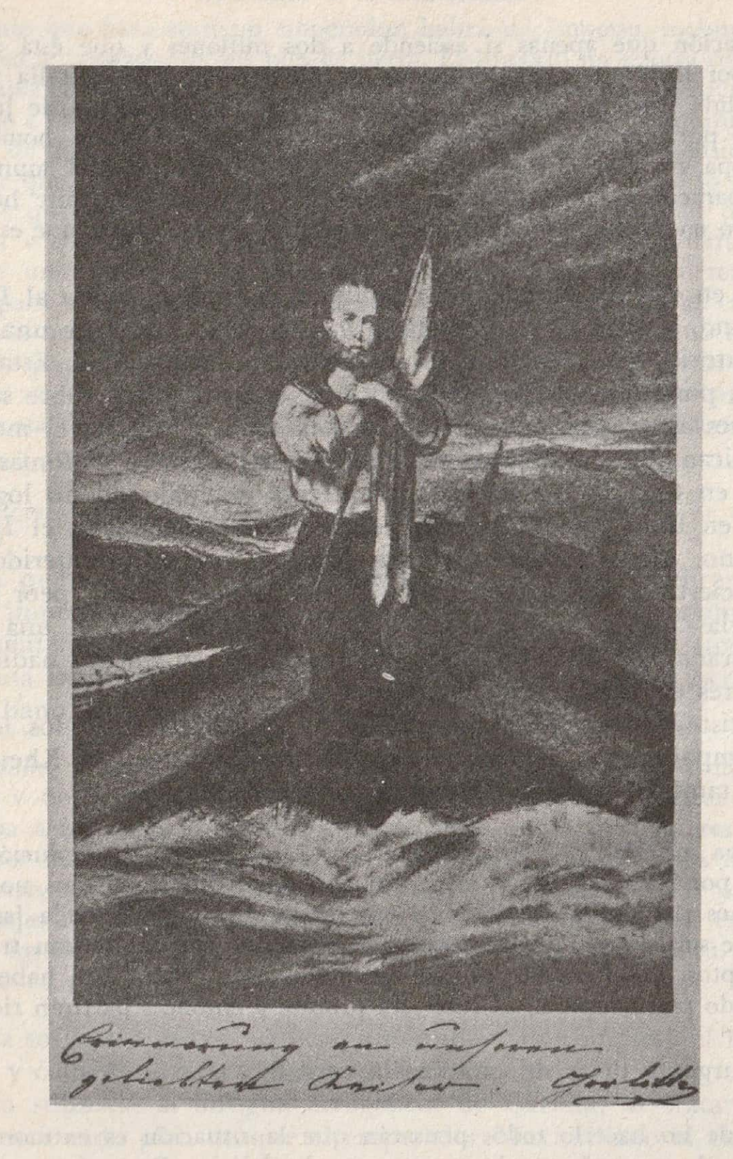
El triste destino de Maximiliano, de Carlota y de todos los que los acompañaron a México es descrito gráficamente por Khevenhüller. Él también se volvió escéptico muy pronto:

Es una miseria. Y si los franceses se van del país, la revolución estallará por todas partes, y los pocos austriacos que quedemos no alcanzaremos para sofocarla. Pues el emperador no goza de nada [subrayado] de simpatías. Los ministros que rodean al emperador son traidores o ineptos. Los franceses sólo se quedarán en el país hasta haberlo exprimido por completo, lo cual será pronto, y entonces partirán riéndose.

Era urgente decir de una vez la verdad:

Pues de no hacerlo todos pensarán que la situación es extraordinaria y que el emperador nada en un mar de delicias. Pero no es cierto, y tengo lástima del pobre señor por haber asumido tal tarea, porque ahora tiene que admitir el desgraciado final. Si conocieras la moral que reina en el cuerpo, te espantarías. Las conversaciones que se tienen aquí sobre los franceses, el gobierno, el emperador, etc. Todo se cubre de estiércol, y todo mundo dice, en cualquier ocasión: "Así no durará ni

[57] *Ibid.*, vol. II, p. 291 [p. 500].



Así veía la emperatriz Carlota el papel de su marido durante los últimos meses. (Encargó el dibujo dando indicaciones exactas, luego lo hizo fotografiar y en los momentos lúcidos cuando tomaba conciencia de la muerte de Maximiliano, lo enviaba a amigos y parientes con una dedicatoria.)

seis meses". Créeme, querida mamá, no exagero, y todo lo que escribo desgraciadamente no es más que la pura y desnuda verdad.[58]

Khevenhüller también guardaba una actitud crítica ante Maximiliano, pese a toda lealtad y partidismo. En noviembre de 1866, durante el tiempo de la gran crisis, cuando Maximiliano pensaba en abdicar, Khevenhüller escribió a su madre, después de haber criticado antes el gobierno del emperador Francisco José: "Maximiliano también es de Habsburgo-Lorena. O sea: duda en el momento inoportuno, lo cual se interpreta como imperturbable fuerza de carácter".[59]

Es probable que haya resultado decisivo para la resolución de Maximiliano de perseverar en México, pese a la falta absoluta de posibilidades de éxito, el consejo del odiado adversario, el mariscal Bazaine. Pues Bazaine recomendó apremiantemente (por orden de Napoleón III) a Maximiliano que también abandonase el país y se pusiese a salvo antes de la retirada de las tropas francesas. Según el informe del embajador prusiano, Bazaine señaló "que la forma republicana de gobierno está arraigada demasiado profundamente en las costumbres y los deseos de la gran mayoría de la población para poder afianzar la monarquía; que él no lo logró con 40 000 soldados franceses, 20 000 mexicanos y todos los recursos puestos a su disposición, y que estaba, por lo tanto, convencido de que el Imperio significaría la guerra y no la paz".[60]

Este consejo, que en vista de los antecedentes parecía cínico, sólo reforzó a Maximiliano en su sentido del honor y en la desesperada decisión de preferir la muerte en México al abandono de su Imperio al lado de Bazaine y con vida. Como prisionero en Querétaro, con el próximo fin ante los ojos, Maximiliano todavía comentó al embajador prusiano barón Magnus: "Y aunque tuviera otra vez que elegir, procedería de la misma manera. Antes me resigno a este destino que a la ignominia de abandonar el país apremiado por los franceses."[61]

El emperador, quien perseveró animoso y valeroso durante sus últimos meses, fue convertido en chivo expiatorio precisamente por el hombre que hubiera tenido más motivos para sentirse culpable, o sea, Napoleón III. Los mexicanos, en cambio, cada vez veían más a Maximiliano como lo que desde el principio había sido, pero sin quererlo admitir en medio de sus románticos sueños: el títere del emperador francés.

58 Khevenhüller-Briefe. Mexico, 11.6.1866.
59 *Ibid.*, Orizaba, 21.11.1866.
60 Kühn, p. 190.
61 *Ibid.*, p. 241.

Aun cuando se le ofreció la posibilidad de una fuga durante su cautiverio en Querétaro, Maximiliano persistió en quedarse. Tal decisión le exigía demasiado: ¿a dónde hubiera huido? Pasó sus últimos días con suma dignidad, escribió un gran número de serenas cartas de despedida, entre ellas también la siguiente a su madre, la archiduquesa Sofía, donde aseguró "haber deseado y aspirado al bien" (quiso anotar la fecha en el día de su muerte, pero no lo hizo; de ahí el espacio vacío):

Querétaro
Cárcel de las Capuchinas
Junio de 1867.
¡Querida y buena mamá!
Con inquebrantable fe y fiel a mi honor me enfrento, la conciencia tranquila, a la inmerecida muerte. No es la culpa sino el infortunio el que me ha llevado a esta situación por la voluntad de Dios; sucumbí honrosamente a la superioridad del enemigo y a la traición. Nos resistimos valiente y noblemente durante 72 días en una ciudad abierta y no preparada a un enemigo siete veces más fuerte, la traición nocturna nos entregó a sus manos. Por amigos conoceréis, buena mamá, los detalles. En el momento de ser tomado prisionero estaba gravemente enfermo de disentería; todavía sufrí mucho en las distintas cárceles a las que nos llevaron. Mis últimos pensamientos en este mundo se dedican a mi buena y pobre Carlota y a usted, querida mamá, a la que debo tanta bondad. *No le escribo a mi pobre Carlota, pues no sé cuál sea su estado de salud, usted, buena mamá, la consolará y la animará. En todo este año no he recibido noticias directas ni de usted ni de Carlota. Con profundo respeto le beso las manos a papá, envío los más sentidos saludos a mis hermanos, parientes y amigos. A usted, queridísima mamá, a Carlota y a los mencionados pido de todo corazón me perdonen las ofensas e injusticias que acaso he cometido contra vosotros. Muero tranquilo con el verdadero consuelo de haber deseado y aspirado al bien, y con la satisfacción de dejar a muchos auténticos y nobles amigos en este país, para los que será cara mi memoria. — Un amigo le llevará, querida mamá, junto con estas últimas líneas el anillo, que usé diariamente, con el cabello de la bienaventurada Amalia de Braganza, como recuerdo para usted, y la sortija nupcial para mi pobre y amada Carlota.*
Pidiendo a usted, adorada madre, su bendición y oraciones quedo su siempre fiel hijo

Max.[62]

[62] Reproducido por Ferdinand Anders, "Erzherzog Ferdinand Maximilian und das Segundo Imperio Mexicano", *Hardegger Beiträge zur Maximilian-Forschung I*, Hardegg, 1974, p. 41.

El periódico *Concordia,* publicado en Orizaba, presentó la siguiente nota después de la muerte de Maximiliano y el desmoronamiento del Imperio:

Fernando Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria, aliado de Napoleón III con el objeto de despojar a México de su independencia y sus instituciones, usurpador de la soberanía, quien se atribuyera el título de emperador, destituido por la voluntad de la nación, tomado prisionero por las fuerzas republicanas en Querétaro el 15 de mayo de 1867, juzgado conforme a la ley por sus crímenes cometidos contra la independencia de la nación y condenado a muerte por el correspondiente consejo de guerra, fue ejecutado en el mismo Querétaro el 19 de junio de 1867 a las siete de la mañana, junto con sus ex generales Miramón y Mejía. ¡Descanse en paz! [63]

[63] Citado en *Der g'rade Michel,* 27.7.1867. [No es cita textual. Es traducción del alemán (T.).]

III. EL CUERPO AUSTRIACO DE VOLUNTARIOS

La única concesión hecha por el emperador Francisco José a su hermano Fernando Maximiliano para la aventura mexicana de éste fue el permiso para reclutar un cuerpo austriaco de voluntarios. Este cuerpo debía formar algo como una escogida tropa personal del emperador Max, el núcleo de un ejército nacional imperial mexicano que habría de formarse. Por otra parte, sin embargo, debía colaborar muy estrechamente con las tropas francesas que luchaban en México. El suegro de Maximiliano, el rey Leopoldo I de Bélgica, también proporcionó un cuerpo de voluntarios a la joven pareja imperial mexicana. Los tratados correspondientes sólo pudieron firmarse, naturalmente, después de la aceptación oficial de la corona por Maximiliano el 10 de abril de 1864. Por lo tanto, la pareja imperial hizo primero sin tropas locales la travesía del océano, lo cual coincidió con sus intenciones políticas: Maximiliano no quería llegar a México como conquistador militar, sino demostrar que el país lo había llamado como emperador. Los soldados austriacos y belgas siguieron medio año más tarde.

En la Convención entre Austria y México del 19 de octubre de 1864 se fijó el tamaño del cuerpo austriaco de voluntarios en seis mil hombres para el ejército de tierra y trescientos marineros.[1] (El contingente efectivo a fines de 1865 ascendía a 6 545 hombres.[2] No hicieron falta los marinos porque en el corto tiempo que tuvo a su disposición Maximiliano no logró organizar una marina mexicana propia, como lo había deseado al principio.)

Los soldados rasos sólo podían incorporarse al servicio mexicano después de haber cumplido con el tiempo reglamentario en el ejército austriaco. El tiempo de servicio en México se fijó en seis años. "Los voluntarios serán escogidos entre individuos con buena conducta y se atenderá en lo posible a hombres solteros de no más de cuarenta años de edad, fuertes y pertenecientes a la religión cristiana."

Se les dio preferencia a los solteros no sólo porque en su caso no podía haber problemas financieros con viudas y huérfanos en Austria, sino también porque se deseaba estimular los matrimonios con mu-

[1] *Wiener Zeitung*, 14.4.1865. Véase también la ilustración.

[2] Andreas Cornaro, Österreich und das mexikanische Freikorps", en *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs*, XIV/1961, p. 69.

jeres mexicanas: estos matrimonios facilitarían la integración en el nuevo país y ligarían a algunos de los soldados a México para siempre, según se esperaba.

No se prescribió una edad mínima, pero ésta resultaba de la duración del servicio militar obligatorio en Austria. Los jóvenes se reclutaban a los veinte años, prestaban sus servicios durante nueve y pertenecían a la reserva otros dos años, o sea, tenían por lo menos 31 años de edad al haber cumplido con todas sus obligaciones militares en Austria-Hungría. Había reglamentaciones especiales para los oficiales, sobre todo los aristócratas. (Carl Khevenhüller tenía, por ejemplo, 24 años de edad al entrar al servicio mexicano.)

A los oficiales Max les aseguró entrar en funciones en México con un grado arriba del que poseían en Austria. Los integrantes de la tropa recibieron el mismo grado como en Austria, aunque con la perspectiva de un pronto ascenso. La paga y las percepciones mensuales se regularon en forma mucho más generosa que en Austria. Al terminar los seis años de servicio en México se garantizaba a los soldados no sólo el financiamiento del viaje de regreso sino también la posibilidad de reintegrarse al ejército austriaco (por cierto con los mismos grados de antes, sin contar los años del servicio en México ni los ascensos otorgados en este país). Si los voluntarios austriacos preferían, por el contrario, permanecer en México, el gobierno mexicano les prometía terrenos para el cultivo "en la zona templada y fértil" de México: 12 yugadas de tierra labrantía para el soldado raso y hasta 28 yugadas para el primer sargento. Las viudas y los huérfanos tenían derecho a la ayuda correspondiente. El gobierno mexicano prometía cuidar a los inválidos. (Cuando tres años más tarde volvieron muchos inválidos de México a su patria, no recibieron ninguna pensión, porque ésta la había prometido el gobierno imperial mexicano, que ya no existía, mientras que el gobierno austriaco no había asumido compromiso alguno y, como inválidos, no podían integrarse tampoco otra vez al ejército imperial y real.)

El financiamiento del cuerpo de voluntarios, al igual que el de los otros gastos del Imperio, procedió del empréstito francés. Austria no participó en el financiamiento. Aun puso como condición el emperador Francisco José que todos los gastos de reclutamiento y formación de las tropas, de su alojamiento y alimentación en los puntos de reunión de Laibach y Trieste, también corrieran completamente a cargo del gobierno mexicano.

Mucho antes de concluirse el tratado, se presentó un número más que suficiente de voluntarios en los puntos de reunión, de ningún


Wiener Ze

№ 86. Freitag den 14. April

Amtlicher Theil.

Convention zwischen Oesterreich und Mexico vom 19. Oc

über die Anwerbung eines Freiwilligencorps für den mexicanischen Militärdienst in den österreichischen Staaten und benen Freiwilligen.

(Abgeschlossen zu Wien am 19. October 1864. Die kaiserlich österreichische Ratificirung dd. Wien, 13. Februar 1865, wu dd. Mexico, 30. Jänner 1865, am 6. April 1865 zu Wien ausgewechselt.)

Nos Franciscus Josephus Primus, divina favente cler

Hungariae, Bohemiae, Lombardiae et Venetiarum, Dalmatiae, Croatiae, Slavoniae, Galiciae, Lodome Magnus Dux Cracoviae; Dux Lotharingiae, Salisburgi, Styriae, Carinthiae, Carnioliae, Bucovinae, a Princeps Transilvaniae; Marchio Moraviae; Comes Habsburgi et Tirolis etc. etc.

Notum testatumque omnibus et singulis, quorum interest, tenore praesentium facimus:

Posteaquam a Nostro et Plenipotentiario Suae Majestatis Imperatoris Mexicani, dilectissimi fratris exercitus Voluntariorum, militiam mexicanam sequentium, quem in Imperio Nostro colligi concessimus, aeque ac d sint, Viennae die 19. Octobris anni 1864 inita et signata est tenoris sequentis:

Uebersetzung.

Nachdem Seine Majestät der Kaiser von Oesterreich und Seine Majestät der Kaiser von Mexico beschlossen haben, eine Convention abzuschließen, um die Bedingungen der Anwerbung des Freiwilligencorps zu regeln, welches Seine kaiserliche königliche Apostolische Majestät in den österreichischen Staaten für den Militärdienst des mexicanischen Kaiserthums anzuwerben gestattet hat,

so haben gedacht Ihre Majestäten zu diesem Ende zu Ihren betreffenden Bevollmächtigten ernannt, und zwar:

Seine kaiserliche königliche Apostolische Majestät den Herrn Johann Bernhard Grafen von Rechberg und Rothenlöwen, Allerhöchst Ihren wirklichen Kämmerer und geheimen Rath, Großkreuz des königlichen ungarischen St.-Stephan-Ordens, Ritter der eisernen Krone erster Classe, Großkreuz des kaiserlichen mexicanischen Guadalupe-Ordens, Minister des kaiserlichen Hauses und des Aeußern,

und Seine Majestät der Kaiser von Mexico den Herrn Thomas Murphy, Großofficier des kaiserlichen mexicanischen Guadalupe-Ordens, Commandeur des kaiserlichen königlichen Franz Joseph-Ordens, Allerhöchstihren außerordentlichen Gesandten und bevollmächtigten Minister bei Seiner kaiserlichen königlichen Apostolischen Majestät,

welche nach Auswechslung ihrer in guter und gehöriger Form befundenen Vollmachten über folgende Artikel übereingekommen sind:

Art. 1. Das für den Kriegsdienst Sr. Majestät des Kaisers von Mexico anzuwerbende österreichische Freiwilligencorps wird beiläufig sechstausend Mann Land-

Für den Fall, daß sie die Absicht hätten, sich in diesem letzteren Lande bleibend niederzulassen, müßten sie sich bei der competenten österreichischen Behörde um die Ertheilung der Auswanderungsbewilligung bewerben.

Art. 3. Das Freiwilligencorps umfaßt ungefähr drei leichte Infanteriebataillons, zusammengenommen beiläufig dreitausend Mann; ein Husaren- und ein Uhlanenregiment, jedes beiläufig von sechshundert Mann; zweihundertundfünfzig Mann Artillerie zur Bedienung von zwei gezogenen vierpfündigen Batterien; eine Geniecompagnie in der beiläufigen Stärke von einhundertundfünfzig Mann und einhundertundfünfzig Mann Pionniers für eine Brückenequipage.

Die Freiwilligen werden aus gut conduisirten Individuen ausgesucht werden und man wird wo möglich auf unverheiratete, nicht über vierzig Jahre alte, kräftige und der christlichen Religion angehörige Leute das Augenmerk richten.

Art. 4. Den aus der Armee entnommenen Freiwilligen, welche nach sechs und ein halb Jahr wieder nach Oesterreich zurückkehren, wird der Wiedereintritt in die k. k. Armee nach den allgemeinen gesetzlichen Vorschriften gestattet werden. Wenn dieselben vor ihrem Eintritte in das Freiwilligencorps eine Unterofficierscharge bekleidet haben, so bleibt ihnen also diese Charge nicht vorbehalten.

Was die nach dem Gesetze vom 23. December 1849 (R. G. Bl., 1850, Nr. 5, S. 67) reengagirten, für das Freiwilligencorps angeworbenen Leute betrifft, so macht sich die mexicanische Regierung verbindlich den durch dieses Gesetz zu deren Gunsten festgesetzten Verpflichtungen gegen dieselben während deren Dienstlei-

schen A
Officiere
Oesterre
gebracht
Gesetze
ausnahr
werden,
Art
Officiert
mexican
k. k. Arr
jahren
Rücksich
alte Ch
ciennetä
meraden
Zwischen
worden
eintreten
innegeha
Der
Armee k
den, daß
sind (Ar
zen Zei
setzen üb
Für
verehelic
österreich
haben.
Soll
Officier

La convención sobre el cuerpo de voluntarios, publicada en el órgano oficial *Wiener Zeitung* el 14 de abril de 1865.

modo sólo aventureros sino también, en lo que a la tropa se refería, muchos desempleados de todas las zonas de la monarquía, sobre todo de las provincias particularmente pobres de Bohemia y Hungría. No tenían ya nada que perder, más que su vida, y veían el cuerpo de voluntarios como su última oportunidad; pero no todos pudieron ser aceptados.

Entre los oficiales, sobre todo los numerosos aristócratas, naturalmente fueron otras las razones para lanzarse a la aventura mexicana. Los antecedentes personales de Khevenhüller son típicos. Estos jóvenes soldados eran hombres que estaban obligados a salir de la patria (por los motivos que fuera), que tenían dificultades con la familia, deudas o penas amorosas. Sólo en pocos casos contamos con información acerca de las circunstacias particulares, por ejemplo, en el del muy joven conde Philipp Draskovich, quien desertó del ejército imperial y real y luchó con otro nombre en la legión extranjera en México, la oveja negra de su familia. En desesperadas cartas trató de obtener el perdón de sus padres, juró y demostró una mejoría por su gran valor. Murió en México.[3]

También tenemos el caso del conde Carl Kurtzrock, el último vástago de una familia originaria del norte de Alemania, cuya muerte fue descrita detalladamente por su amgo Khevenhüller (*v.* pp. 141-144). Kurtzrock estaba comprometido para casarse con la condesa Marie Festetics, posteriormente dama de palacio de la emperatriz Isabel. Casi veinte años después de la separación, Marie Festetics todavía escribió con gran pesar en su diario:

> Queríamos casarnos. Su padre deseaba otro enlace, dado que ninguno de los dos disponíamos de grandes riquezas. Por ambición de gloria atravesó el océano, con la tácita esperanza de que pudiera realizarse el sueño de nuestras vidas en el momento de su feliz regreso. No quiso permanecer aquí, puesto que temía el conflicto con su padre. ¡Éste murió al poco tiempo de que el hijo se marchara al otro lado del mar![4]

Asimismo, el capitán de caballería Von Susani, sobrino del arzobispo de Viena cardenal Rauscher. Susani quería casarse en Austria con una muchacha a la que no aceptaba el severo cardenal. El joven hombre fue a México y murió (*v.* p. 160).

[3] Las extensas cartas escritas desde México por Philipp Draskovich se han conservado en el archivo de Draskovich de Güssing/Burgenland. Por las amables informaciones de esta fuente le estoy profundamente agradecida al barón Falk von Gagern.

[4] Biblioteca de Szechényi, Budapest, Handschriftensammlung, Tagebuch der Gräfin Marie Festetics, 16.9.1882.

La historia del cuerpo de voluntarios austriacos en México no sólo contiene un sinnúmero de aventuras, si se consideran los destinos individuales de estos soldados, sino sobre todo tragedias personales.

Todas las nacionalidades austriacas formaron en conjunto este cuerpo. Hubiera sido demasiado difícil crear regimientos nacionales, aunque surgieron graves problemas de idioma entre las tropas. La única excepción fue el regimiento de húsares dirigido por Khevenhüller: era casi enteramente húngaro, Aun el uniforme era el de los húsares húngaros, lo cual posteriormente no resultó muy práctico en México. El regimiento de ulanos también ocupó un lugar especial, pues en él luchaban, entre otros, varios cientos de polacos que habían huido a Austria-Hungría en 1863 después de la rebelión polaca contra Rusia.

El problema lingüístico sería aún más confuso en México de lo que ya era en Austria. El idioma de mando del cuerpo era el alemán. La comunicación en húngaro entre los húsares, también durante los combates (como informa Khevenhüller), era tan natural como de los ulanos hablaran polaco. Los soldados procedían en su mayoría de lugares apartados de la monarquía, con gran esfuerzo y penas aprendieron las órdenes alemanas, pero sólo hablaban su lengua materna (con frecuencia, incluso, sólo un dialecto de la misma), o sea, checo, italiano, ruteno, esloveno y otros idiomas de la monarquía del Danubio. No podían conversar con los camaradas, que en su mayoría hablaban otro idioma. A ello se agregaban las grandes diferencias de mentalidad entre los distintos pueblos, la divergencia en educación y experiencia. Los conflictos y las riñas abundaban en el clima excitable de México, sobre todo cuando no estaban librándose luchas contra el enemigo.

Con el segundo cuerpo de voluntarios europeos, el de los belgas, los austriacos riñeron ya antes de embarcarse, como Khevenhüller lo atestigua. Los cerca de dos mil belgas eran evidentemente demasiado jóvenes y estaban mal entrenados, como lo confirma también el emperador Maximiliano: "Con los belgas se ha cometido el error de mandarnos niños imberbes que al principio se desalentaron, sin que se hubiese intentado animarlos de nuevo; entretanto, se dejan matar como moscas."[5] Eran escasos los contactos entre las tropas belgas y las austriacas. Esta situación se vio agudizada también no sólo por los problemas de organización, sino por los lingüísticos, pues la mayoría de los austriacos no hablaban francés y

[5] Corti, p. 118 [p. 360].

estaban aislados tanto de los belgas como de los franceses, con los que a menudo tuvieron que hacer causa común en la lucha en México.

Había dificultades también con el español y todavía más con las lenguas indígenas mexicanas, para las que el mismo emperador tenía que recurrir a intérpretes. Había, al fin y al cabo, más de cuarenta idiomas vernáculos completamente distintos entre sí en México. La comunicación de los austriacos con las tropas auxiliares mexicanas, que consistían sobre todo de indios, era, por lo tanto, más que complicada.

Y dicho sea de paso, el ejército intervencionista francés tampoco se componía únicamente de franceses, sino que incluía representantes de todas las nacionalidades dentro del marco de la legión extranjera: muchos prusianos, gran número de africanos de las guerras argelinas francesas, bastantes turcos, tropas de negros obsequiadas a Napoleón III por el jedive de Egipto, etc.

Antes de abandonar el suelo austriaco, los integrantes del cuerpo austriaco de voluntarios prestaron el siguiente juramento:

> Ante Dios el Todopoderoso rindo el solemne juramento de dedicar mi fidelidad y obediencia a Su Majestad, mi Serenísimo Príncipe y Señor Maximiliano Primero emperador de México; y a los generales del Altísimo; y de obedecer, honrar y proteger a todos mis superiores, atender a sus órdenes y mandos en todos los servicios; luchar con audacia y heroísmo contra todo enemigo, quienquiera que sea y dondequiera que lo requiera la voluntad de Su Majestad Imperial, en el agua y sobre la tierra, de día y de noche, en batallas, asaltos, combates y empresas de todo tipo; en una palabra: en todo lugar, en cualquier momento y en toda ocasión; no abandonar en ningún momento mis tropas, banderas, estandartes y cañones; nunca entrar en el más mínimo entendimiento con el enemigo; conducirme siempre conforme a las leyes marciales y como corresponde a bravos hombres de guerra; y vivir y morir, en esta forma, con honor. Asimismo, me comprometo a no hacer nada que atente contra mis deberes de súbdito austriaco.
>
> Así Dios me salve. ¡Amén![6]

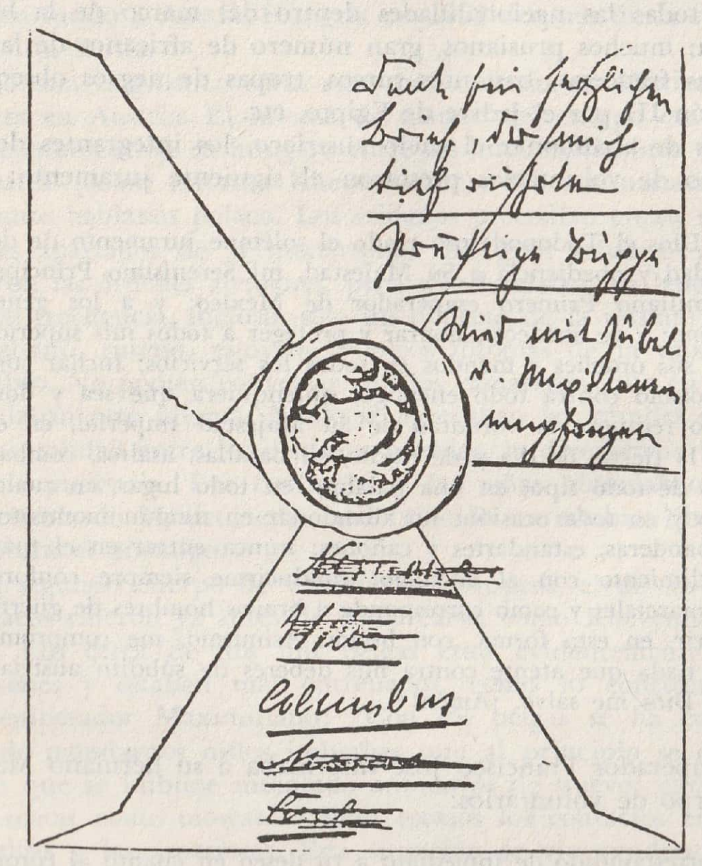
El emperador Francisco José informaba a su hermano Max acerca del cuerpo de voluntarios:

> He correspondido de inmediato a tu deseo en cuanto al coronel conde Thun, y éste ejerce ya el mando sobre el cuerpo casi completo en

[6] Citado en Gerlinde Stichler, *Der Anteil Österreichs an der Unternehmung Erzherzog Maximilians in Mexiko,* disertación, Viena, 1963, p. 14.

Laibach. Es un oficial excelente y emprende su tarea con mucho empeño. Los oficiales del cuerpo pueden realmente calificarse de sobresalientes, y estoy convencido de que le harán honor a su cometido y te prestarán buenos servicios. Encomiendo la tropa a tu cuidado paternal. Es de esperarse que tenga buenas cualidades, pero seguro que posee los conocidos defectos del ejército austriaco, a los que no ha de darse demasiada importancia y que tienen que tomarse tal cual son; los confío a tu benevolencia y a la apreciación con ojo austriaco.[7]

Maximiliano respondió, como se desprende del siguiente borrador, que la "espléndida tropa" seguramente "será recibida con manifestaciones de júbilo por los mexicanos":



El primer barco con voluntarios austriacos y belgas zarpó el 19 de noviembre de 1864 del puerto francés de St. Nazaire. (En este buque se hallaba, además del comandante del cuerpo de voluntarios, el conde Franz Thun, también el conde Carl Khevenhüller.) La sexta y última embarcación emprendió la travesía a mediados de diciembre. Algunos soldados viajaron por su propia cuenta, unos cuatrocientos rezagados siguieron en febrero de 1865.

[7] Otto Ernst (ed.), *Franz Joseph I. in seinen Briefen,* Viena, 1924, p. 131. Ischl, 9.10.1864.

Durante el periodo de la partida (Khevenhüller ya se encontraba, sin embargo, en el mar) se publicó, por lo visto por iniciativa del gobierno mexicano, en el *Wiener Abendpost* un artículo de regocijo sobre la situación militar supuestamente muy favorable en México. Después de enumerar las operaciones francesas llevadas a buen resultado, el periódico hace un tranquilizador resumen: "Por lo tanto, el dominio de los republicanos se reduce sólo a unas pocas provincias de la antigua confederación de estados, a saber, aquellas donde todavía no penetran las tropas francesas o imperiales mexicanas. Contra estas últimas se han iniciado ya las operaciones."[8] En apariencia, los voluntarios austriacos sólo tendrían que sostener las últimas pequeñas escaramuzas en México, para entonces vivir el triunfo definitivo del Imperio.

Muchos voluntarios conservaron con toda confianza la ilusión de casi formar una especie de tropa de paz del emperador Max, pues Napoleón III había hablado también de una "pacificación" del país lograda ya por los franceses. No se mencionaba en absoluto que el Imperio todavía debía tratar, penosamente y con muchos sacrificios de sangre, de conquistarse el territorio y al pueblo.

Las noticias de éxitos militares tienen que acogerse con escepticismo, ya que, si bien los imperiales podían jactarse con razón de nuevas conquistas territoriales, los republicanos oponían a ello el hecho de que en cada uno de los 22 estados individuales de México —excepto Yucatán— se mantenía la autoridad del presidente Juárez y que los triunfos de los imperiales representaban sólo éxitos ilusorios, dado que por regla general perdían en una región lo que ocupaban en otra.[9]

Sólo cuatro semanas después de llegar a México, Carl Khevenhüller describió a su familia el verdadero aspecto de la conquista de México:

En todo momento estábamos preparados para un ataque guerrillero, pues es imposible hablar de un sometimiento, antes bien todo está mucho peor ahora que cuando vino el emperador. Todos los días se

[8] *Wiener Abendpost,* 28.11.1864.
[9] Schmit-Tavera, vol. I, p. 405.

sabe de algún general o coronel que se ha pronunciado con sus tropas contra el gobierno... El Estado no tiene dinero para la soldada de las tropas, y no disponemos de ningún caballo. Todo debe cambiar pronto, pero no cuentes estas cosas a nadie...[10]

Los austriacos no habían dado la debida importancia a las dificultades en México. No habían contado con las enfermedades del trópico, sobre todo con la fiebre amarilla, la cual arrebató a muchos antes de que hubieran librado siquiera un solo combate.

La táctica guerrillera utilizada por los adversarios resultó extraña, si no es que inquietante. Apunta Khevenhüller: "Es increíble cómo una ejercitada tropa europea de considerable número, al fin y al cabo, se deja derrotar, es más, aniquilar por tal chusma sin llegar a usar las armas" (*v.* p. 127). Aquí no había que presentar batalla sino luchar contra un enemigo las más de las veces invisible que realizaba ataques fulminantes y desaparecía. Aun cuando los imperiales obtenían aquí y allá una victoria —sitios llevados a cabo con éxito, por ejemplo—, eran poco duraderos los triunfos, costaban mucho dinero (el primer empréstito mexicano se agotó al cabo de pocos meses exclusivamente en gastos militares), y no lograban someter al adversario, pues los guerrilleros seguían luchando bajo la protección de la población nacional y en la primera oportunidad volvían a ocupar sus antiguas posiciones.

Un código de honor militar, como sobre todo en Austria se cultivaba, por supuesto no existía en México, ni del lado imperial ni del de los republicanos. Observa el conde Carl Kurtzrock:

> Desgraciadamente se confunden aquí los conceptos bandido y soldado, circunstancia que no conviene mucho a nuestro prestigio en el país. Hace poco conversé largamente con el comandante de la caballería mexicana de aquí. Me mostró una serie de heridas recibidas en combate; empecé a senti cierto respeto por ese joven. Muy pronto me enteré de que se trata de uno de los bandidos más temidos del país, que unas semanas antes se había sometido al emperador.

El poco prestigio de los soldados no sorprendía en una nación asolada desde hacía años por la guerra. Añade Kurtzrock:

> En mis distintas expediciones he encontrado poblaciones vecinas que se asaltan y saquean recíprocamente la una a la otra: ¡los unos en nombre de la religión, los otros en el de la libertad! A este juego se

[10] Khevenhüller, Mexiko, 30.12.1864.

> dedican hace 8 años. Por eso todas las ciudades y los pueblos se protegen permanentemente con barricadas; la guardia rural ocupa siempre un puesto en la torre de la iglesia.[11]

Tras los éxitos militares obtenidos al principio en la sierra del Norte, el territorio que debían controlar los austriacos se hacía cada vez más grande... y cada vez más imposible de dominar. Khevenhüller: "El cuerpo austriaco debe mantener el orden en la región desde Oajaca hasta México, y de allí hasta Camerón y Jalapa. Es una extensión equivalente a tres cuartos de Hungría y una tarea casi imposible para unas fuerzas tan reducidas, además de que son tiempos de guerra y frente a un enemigo de números muy superiores" (*v.* p. 134).

Y en julio de 1865: "Somos muy pocos para un territorio tan enorme que es insurrecto [está en manos de los insurgentes] casi en su totalidad. Opino que todo esto es insostenible, no quiera ser un profeta del infortunio, pero esto no puede seguir así. No le concedo mucha permanencia a la monarquía" (*v.* p. 140).

En días y días de marchas, los austriacos tenían que trasladarse, expuestos a un calor intensísimo, de un lugar de operaciones a otro. No conocían el país y disponían, a menudo, sólo de un deficiente material cartográfico. No había casi nada de contacto con la población nativa, lo cual constituía, por supuesto, también un problema del idioma. Sobre todo, sin embargo, las tropas imperiales no podían contar en absoluto con las simpatías de los habitantes. Los extranjeros se topaban con desconfianza, puesto que traían la miseria y la guerra y de ninguna manera los beneficios humanitarios prometidos por el emperador Max. Principalmente las crueldades de las tropas francesas, sobre todo los saqueos, incrementaron la desconfianza hasta convertirla en una verdadera xenofobia. Conde Carl Kurtzrock: "En México [la capital] mencionaron ya este odio los ingleses, los alemanes y los franceses, pero no pude creerles. Poco a poco voy encontrándome con esta 'xenofobia' que se oculta sólo en la superficie con algunos giros del lenguaje. Es posible que existan algunas excepciones entre los liberales educados, de lo que yo mismo he podido convencerme."[12]

No podía contarse siquiera con la lealtad de las tropas auxiliares mexicanas. Según cuál de los dos partidos litigantes se considerase

[11] Graf Carl Kurtzrock-Wellingsbüttel, *Ein Jugendbil*, 2ª ed., Viena, 1868, pp. 128. (El profesor doctor Erich Woldan amablemente me señaló esta fuente.)

[12] *Ibid.*, p. 135.

como el más fuerte en un momento dado, los mexicanos se pasaban de los republicanos a los imperiales y a la inversa.

Las tropas europeas tenían que invertir mucha energía en asegurar los caminos. Florecía el bandidaje; los asaltos a las diligencias eran cosa de todos los días. Por la carretera del puerto de Veracruz a la capital de México había de transportarse también el dinero que siempre se necesitaba con urgencia, constante tentación para los guerrilleros y un gigantesco trabajo de seguridad para las tropas imperiales.

El cuerpo de voluntarios sufría bajas muy severas, por las que los austriacos hacían responsable al mando francés, como por ejemplo después de la rendición de la fortaleza de Matamoros en la frontera septentrional de México en junio de 1866. Contra la voluntad del comandante del cuerpo de voluntarios, el conde Thun, el general francés Neigre impuso por orden del mariscal Bazaine que trescientos austriacos y 1 400 mexicanos escoltaran un transporte de armas de Matamoros a Veracruz: una distancia de casi 850 kilómetros de marcha a pie en la temporada de lluvias con un gran convoy de carros y mulas, a través de una región intransitable ocupada por los guerrilleros. Allí había pocas posibilidades de sobrevivir, y esto lo comprendieron muy pronto los auxiliares mexicanos y por tanto se aliaron con los juaristas que atacaron la columna. Otros soldados nacionales emprendieron la fuga, de modo que al fin los trescientos austriacos quedaron, junto con unos pocos mexicanos leales, frente a las fuerzas muchas veces superiores de los republicanos. Sólo catorce de los trescientos austriacos llegaron con vida a su objetivo.

La rendición de la fortaleza de Matamoros y la destrucción de la columna de marcha representaron sólo una de las muchas catástrofes sangrientas que las tropas austriacas tuvieron que sufrir en México.

En octubre de 1866, o sea, ni dos años después de llegar a México los primeros voluntarios de los siete mil, Khevenhüller sacó el triste balance de la situación: "Se dice que el cuerpo se compone ya sólo de cuatro mil hombres. Todos los demás, muertos, prisioneros, víctimas de las penalidades. Así, la repatriación probablemente no salga muy cara. ¡Para entonces muchos habrán muerto en una forma tan miserable como la columna de Matamoros!" (*v.* pp. 181-182).

El triste fin de la columna austriaca de Matamoros y otros casos semejantes provocaron posteriormente críticas al cuerpo de voluntarios. El periódico *Leipziger Illustrirte Zeitung*, por ejemplo, escribió, con alabadoras palabras por cierto, después de regresar los primeros supervivientes del cuerpo de voluntarios: "en todas partes donde parecía mayor el peligro y más necesidad había de tropas de confianza se utilizó a los austriacos, y éstos lucharon entonces, hombre por hombre, como leones". Pero también se escucharon en Europa recriminaciones contra el cuerpo de voluntarios. Según el *Leipziger Illustrirte*: ". . . pero los generales del país les hacían [al cuerpo de voluntarios] el reproche de que, por no estar familiarizados con las condiciones particulares del país y el tipo de ataque, no tuvieron siempre el suficiente cuidado en sus marchas y así cayeron reiteradas veces en emboscadas de las cuales sólo escaparon con graves bajas".[13]

El 15 de marzo de 1866, el emperador Max firmó con Austria un tratado según el cual se otorgaba el permiso para reclutar más voluntarios para México en Austria, a saber, dos mil por año, en 1866 incluso cuatro mil. Este tratado causó alarma en los Estados Unidos, donde se temía que los austriacos pudieran ocupar el lugar de los franceses, cuya retirada estaba acordada para 1867, como nueva potencia de ocupación. El embajador estadunidense en Austria amenazó con romper las relaciones diplomáticas si se cumplía realmente con el acuerdo.

El gobierno austriaco reaccionó al punto: hubo que desembarcar otra vez a las tropas embarcadas en Trieste para México, que ya habían jurado fidelidad al emperador Maximiliano. Austria, sobre la que pesaban extremadamente las crecientes dificultades con Prusia (faltaban, entretanto, dos meses para la batalla de Königgrätz), no podía ni quería exponerse a nuevas complicaciones por causa de México. Justificó su actitud frente a México alegando que un nuevo envío de voluntarios austriacos hubiera dado a los Estados Unidos la deseada oportunidad para una intervención contra Maximiliano. La cesión de Austria fue admitida con satisfacción en los Estados Unidos.

Maximiliano quedó profundamente decepcionado por la actitud de su patria. Khevenhüller lo comentó en una carta del 19 de junio de 1866 a Viena:

> El emperador Max mismo está muy alterado, y las condiciones austriacas lo afectan mucho, se vio particularmente mortificado y abatido cuando llegó la noticia de que no vienen más refuerzos de Austria. Pero en la emperatriz este tiempo parece haber producido un efecto especial, si no el contrario, y será la última en renunciar a la posición imperial.[14]

[13] *Leipziger Illustrirte Zeitung*, 11.5.1867.
[14] Khevenhüller, 16.6.1866.

Las diferencias y los conflictos de competencia con los franceses eran también mucho mayores de lo que hubiesen creído posible los integrantes del cuerpo de voluntarios. No era rara la ocasión en que los austriacos se ponían del lado de los paisanos mexicanos contra las tropas francesas. Incluso el emperador se vio cada vez más obligado a oponerse a los militares franceses para proteger a la población. Lo mismo informó el embajador prusiano barón Magnus a Berlín:

El ejército de ocupación francés no es bien visto en el país. Los franceses se permiten todo tipo de abusos y en muchos casos tratan al país como a una nación conquistada. El emperador intercede, por supuesto, en favor de sus nuevos súbditos, y los conflictos que por ello se suscitan entre la corte y el ejército francés resultan tanto más penosos para S. M. cuanto que el mariscal Bazaine posee el verdadero poder.[15]

Las tropas austriacas percibían la creciente aversión del pueblo mexicano a las tropas extranjeras y culpaban de ello a la brutalidad de los franceses.

En primer lugar, sin embargo, se produjo un sinfín de rivalidades entre el mariscal Bazaine y el general del cuerpo de voluntarios austriaco, el conde Franz Thun. Los esfuerzos realizados por Thun para reorganizar el ejército se frustraron por la constante oposición de Bazaine. Thun se había hecho la idea de poder dirigir en forma completamente independiente a las tropas austriacas bajo el emperador Maximiliano. Pero el 6 de febrero de 1865 Max ordenó ya, en una carta a Franz Thun, que Bazaine fuera también el jefe de las tropas auxiliares: "Para obtener los servicios más provechosos posibles de Mis tropas voluntarias en su colaboración para la pacificación de Mi reino, considero ventajoso que el mariscal Bazaine tenga el Alto Mando sobre todas estas fuerzas en las operaciones militares. Bajo él usted dirigirá el cuerpo unido austro-belga." [16]

Los austriacos se sintieron degradados a tropas auxiliares francesas y enviados al fuego siempre que un combate parecía demasiado arriesgado a los franceses, es más, sentían que a menudo los sacrificaban en operaciones que no ofrecía ninguna probabilidad de éxito. El hecho de que no se trata sólo de un mero producto de la imaginación de los austriacos, vueltos hipersensibles en el clima de altura de México, queda confirmado por un informe del embajador prusiano barón Magnus, quien comúnmente se mostraba muy crítico de las tropas austriacas:

[15] Kühn, p. 77.
[16] *Der Kamerad*, 26.3.1865.

Los austriacos acusan, y no totalmente sin razón, al mariscal de haber expuesto a sus tropas al peligro por todas partes desde el otoño del presente [1866], para deshacerse de ellas. En Jalapa la guarnición austriaca fue sitiada, efectivamente, durante cuatro meses por los disidentes. El mariscal, cuyas columnas estaban apostadas a sólo una jornada de distancia de Jalapa, entretuvo a los austriacos con la promesa de hacer levantar el sitio, hasta que finalmente, obligados por el hambre, tuvieron que... entregar Jalapa por rendición.[17]

Pero los franceses también emitían, en ocasiones, juicios bastante críticos acerca de las tropas austriacas, y el embajador prusiano se adhería, asimismo, a esta opinión negativa:

El cuerpo austriaco no resultaba en absoluto acertado en su organización: las tropas, en su mayoría compuestas por hombres ya mayores, a menudo borrachos y chusma difícil de disciplinar; entre los oficiales gran número eran antiguos oficiales austriacos cuya permanencia se había vuelto imposible en Europa; y el mando se encomendaba a manos que no estaban de ninguna manera a la altura de la tarea. En tales circunstancias ocurrieron cosas increíbles dentro del cuerpo austriaco, que por supuesto contenía también elementos sumamente respetables y capaces.[18]

Magnus citó como ejemplo estafas y fraudes en el pago de la soldada, delitos que sucedían por cierto también en las otras tropas en México.

Los insultos recíprocos entre los franceses y los austriacos en México también pasaron a la literatura histórica y es difícil determinar cuál de los dos lados tenía más razón que el otro, de ser éste el caso siquiera.

El alcoholismo en la tropa austriaca ya se criticaba, ciertamente, antes de que se embarcaran en los puntos de reunión de Laibach y Trieste. En México, estimulado por las constantes frustraciones, la pérdida de las grandes ilusiones, la falta de contacto con la población, sobre todo las mujeres, y por último la escasez de dinero, se intensificó cada vez más. Todos los oficiales austriacos tuvieron que luchar con el problema y tomaron diferentes medidas para resolverlo. El conde Carl Kurtzrock, por ejemplo, escribió: "Los de Bohemia ya no se embriagan tanto. Dado que el mismo emperador prohibió con justicia el empleo de palos como castigo disciplinario, hice excavar hoyos a la manera francesa, lo cual produce magníficos resultados. La em-

[17] Kühn, p. 188.
[18] *Ibid.*

briaguez es la única dificultad." [19] El castigo del entierro, sin embargo, era muy severo (*v.* p. 128).

La tirantez de las relaciones entre franceses y austriacos fue agravándose durante el último año por el hecho de que Maximiliano no tenía ya dinero para pagar a las tropas austriacas. Con el humillante grito de socorro a la caja del ejército francés y la aceptación por Bazaine en mayo de 1866 de pagar a los austriacos con los fondos franceses (alimentados a su vez de los aranceles e ingresos mexicanos), se acabó la relativa independencia del cuerpo. Fue subordinado al mando del general francés Neigre bajo el título de *Division Auxiliaire Étrangère* (División Auxiliar Extranjera).

Maximiliano dirigió el siguiente llamado a los voluntarios austriacos y belgas el 19 de mayo de 1866:

> Oficiales, suboficiales y soldados de Mi cuerpo de voluntarios austro-belga. En constante preocupación por vuestro bienestar material y en vista de vuestra lealtad y abnegación hacia Mí, tantas veces probadas, he aceptado en vuestro nombre, para poner remedio a las difíciles circunstancias surgidas a raíz de una crisis financiera, el generoso ofrecimiento de Francia de asistirnos con los medios a su disposición.
>
> A partir de ahora vosotros formaréis parte de una y la misma división junto con los camaradas en armas elegidos para compartir con vosotros penas y peligros. La misma administración cuidará de vuestro bienestar común; conservaréis, sin embargo, vuestra excelente organización y los superiores cuya eficaz dirección y gloriosa valentía os han servido ya con tanta frecuencia como radiante ejemplo en la batalla y la victoria.
>
> Así se guardan vuestros derechos e intereses; confíen en vuestro emperador, como él contará siempre con vuestro valor y buena disciplina.[20]

El comentario de Khevenhüller: "Para esto peleamos y nos dejamos matar, ¡para convertirnos en mercenarios franceses! ... La tropa ha alcanzado tal grado de excitación, que albergamos el temor de que pueda producirse una sublevación." Y finalmente: "Estamos perdidos" (p. 165).

En agosto de 1866, el odio de los austriacos contra los franceses se acrecentó de tal manera que en una reunión de oficiales en Puebla, donde se juntó casi la totalidad del cuerpo de voluntarios (unos cuatro mil hombres), se suscitaron disturbios que culminaron en el grito: "¡Muerte a los franceses!" Khevenhüller: "Con dificultades hicimos entrar en razón a los hombres, que querían arrojarse contra los franceses que había en la ciudad" (p. 175). Los voluntarios se negaron a someterse al mando francés, sobre todo porque la soldada prometida, al fin y al cabo el motivo para la subordinación a las órdenes francesas, no se pagaba tampoco, al igual que antes, y muchos voluntarios sufrían ya de hambre y estaban mal equipados.

[19] Kurtzrock, p. 152.
[20] Stichler, p. 79.

Algunos austriacos, entre ellos también Khevenhüller, trataron entonces de persuadir al general Thun de someter una solicitud para reducir el tiempo de servicio prestado por los voluntarios en México, fijado contractualmente en seis años, y obtener el regreso al ejército imperial y real. Khevenhüller: "Declaramos... que consideramos violadas las condiciones puestas para nosotros al principio" (p. 174). Con todo, los voluntarios casi no recibían su paga tampoco después del arreglo con los franceses, y Khevenhüller tuvo que pedir un préstamo personal para por lo menos pagar provisionalmente a los soldados bajo su mando.

Cuando después de finalizar la guerra civil estadunidense Napoleón III declaró que retiraría sus tropas de México, la situación del cuerpo de voluntarios se volvió cada vez más difícil. Entonces debía formarse un ejército nacional mexicano y preguntarse a cada voluntario por separado si deseaba ingresar en este ejército mexicano o volver a la patria. Khevenhüller opinó en junio de 1866: "Estoy convencido de que tres cuartos del cuerpo irán a casa, pese a que el general francés Osmond, quien elaboró el proyecto, me asegura que cada austriaco gastará en seguida el dinero que le será adelantado para el viaje, y así tendrá que quedarse aquí. ¡Qué bonita trampa!" (p. 170). Y en efecto, se inscribieron muy pocos austriacos en el ejército mexicano. Khevenhüller: "La mayoría son gente que ha perdido el derecho de regresar a Europa, o sea, aventureros" (p. 174).

La comprensión de la falta de probabilidades de éxito de la empresa mexicana, el descontento por la deficiente soldada y alimentación movieron, por lo tanto, a 3 600 legionarios austriacos a abandonar México junto con las tropas francesas y a expensas de Francia. Unos mil austriacos se encontraban todavía prisioneros a la vuelta de año 1866-1867 y sólo partieron hasta después.

Aun el jefe del cuerpo de voluntarios austriaco, el general Franz Thun, renunció en agosto de 1866 al inútil conflicto de competencias con el mariscal Bazaine. Sólo había viajado a México bajo la condición de que estaría subordinado al emperador (y a nadie más, en último lugar a los franceses) como el general independiente del cuerpo de voluntarios.

En una circular, Thun pidió a sus oficiales el 23 de agosto de 1866 que, hasta tomarse la decisión definitiva acerca del futuro del cuerpo, "eviten todo juicio precipitado entre las tropas que se encuentran a sus órdenes y esperen, con confianza en el amor a la justicia profesado por nuestro monarca, la decisión, con la tranquilidad e incomparable disciplina observadas ya por el cuerpo durante este periodo de la transacción".[21] En septiembre, el general Thun se marchó a Europa. El 6 de diciembre de 1866 se disolvió el cuerpo de voluntarios austro-belga.

Harapientos y agotados, muchos enfermos, regresaron a su patria los supervivientes del antiguo cuerpo de voluntarios mexicano. Al principio hubo todavía fuegos artificiales y actos de beneficencia para recibirlos. Los "mexicanos" representaban curiosidades de primer orden y un tema popular en los periódicos. *Die Presse* informó, por ejemplo, en una nota de Graz:

> Las calles de nuestra ciudad se han llenado de figuras pintorescas en los últimos días por la llegada de los voluntarios mexicanos. Los rostros curtidos por el sol, en los que se refleja una adusta resolución y definitiva resignación, la informalidad del habla, que señala que la mayoría de consideraciones que en Europa se deben a la conveniencia se les perdieron en sus arriesgadas expediciones, el carácter extraño y, a veces, fantástico de su ropa y, además de todo ello, el fondo de la trágica catástrofe que, según parece, actualmente se acerca a su conclusión, ejercen la atracción que suele caracterizar a lo extraordinario en toda circunstancia y despierta la compasión que con toda justicia reclama para sí una inmerecida desgracia.[22]

Los "mexicanos" eran muy pobres. Su futuro, aun la cuestión de los costos de su desplazamiento desde los puertos a sus poblaciones de origen, suscitaron largas discusiones. La reintegración en el ejército austriaco produjo inesperadas dificultades. La peor suerte, sin embargo, fue la de los inválidos y enfermos: no podían esperar ayuda de ningún tipo desde México y el ejército austriaco no había contraído ningún compromiso con ellos. Fueron llevados a sus lugares de origen con una reducida cantidad de dinero y los más vivieron allí miserablemente hasta su muerte.

Se expulsó a los extranjeros, entre ellos también a los venecianos, dado que Austria había perdido la provincia de Venecia en la guerra de 1866. En el caso de los polacos que habían huido de la Po-

[21] Felix Gamillscheg, *Kaiseradler über Mexiko*, Viena, 1964, p. 212.
[22] *Die Presse*, 18.4.1867.



Unos soldados del cuerpo de voluntarios en Viena, después de su regreso desde México.

lonia rusa en 1863 después del levantamiento contra el dominio ruso, se hizo una excepción: puesto que en su patria debían esperar la pena de muerte, se les permitió permanecer en Austria y recibieron el derecho de asilo en Galitzia.

Los pagos atrasados de las soldadas no pudieron hacerse tampoco en Viena. La situación condujo, debido a la apremiante necesidad, a tumultos y alborotos delante del despacho del comisionado imperial mexicano en Viena (¡en una ocasión fueron apaciguados repartiendo un florín por hombre!). Finalmente, una sociedad particular de socorro reunió 18 000 florines como asistencia, una gota en el mar en vista de la gran pobreza. Sólo ochocientos austriacos, con Kodolitsch, Khevenhüller y Hammerstein a la cabeza, perseveraron al lado de

Maximiliano a pesar de que no abrigaban ya esperanzas, o precisamente por ello, para la permanencia de su Imperio. Para estas fechas habían ya muerto en México, por causas naturales o en el campo de batalla, más de mil austriacos.

El Imperio mexicano quiso ahora mostrar al mundo que era capaz, aun después de la retirada de los franceses, de formar un ejército nacional homogéneo. Enérgicamente se luchó contra la impresión de que México estaba ocupado por extranjeros. Los generales mexicanos asumieron la dirección del ejército bajo el supremo mando del emperador: el general Miramón, antiguo presidente del país, que entretanto había vuelto de su exilio francés a México, el popular indio Mejía, y el general Márquez, antiguo compañero de armas de Miramón temido por su crueldad.

En este nuevo ejército ingresaron los extranjeros (austriacos, belgas, franceses y los restos de la legión extranjera francesa) como mexicanos, sin ningún privilegio, lo cual fue subrayado expresamente por el emperador Maximiliano:

> A todos los soldados del ejército nacional mexicano puede y debe animar sólo un espíritu, y por ello, al mismo tiempo que se integran a las filas del mismo, todos por supuesto se declaran dispuestos a renunciar a la posición que ocupaban como elementos de una tropa extranjera, gozan como mexicanos de todos los derechos de éstos puesto que han de cumplir con sus deberes, y se familiarizarán con el carácter y los usos del cuerpo al que ahora pertenecen.[23]

Esta actitud adoptada por Maximiliano para demostrar que era mexicano y ya no necesitaba a los extranjeros se impuso también durante la última fase del Imperio, cuando marchó a Querétaro, el baluarte conservador de México. En esta ciudad se rodeó casi exclusivamente de militares mexicanos y rechazó decididamente el apoyo de sus compatriotas austriacos, lo cual éstos lamentaron profundamente. Khevenhüller, por ejemplo, atribuyó una y otra vez el triste fin de Maximiliano al hecho de haber rechazado la asistencia de sus fieles paisanos, dejándolos, en cambio, para proteger la capital.

Durante esta fase, la última de su Imperio, cuando una ciudad y una fortaleza tras otra caían en manos de los republicanos, y su poder se limitaba, finalmente, a la carretera entre Veracruz y la capital, Maximiliano no quiso ser más que mexicano. Había roto todos

[23] Felix Prinz zu Salm-Salm, *Queretaro, Blätter aus meinem Tagebuch in Mexico*, vol. 2, Stuttgart, 1868, pp. 209 *s*.

los lazos con Austria, y sus compatriotas austriacos sólo representaban para él extranjeros que habrían de probar su capacidad en el ejército mexicano. Se entregó enteramente a los generales mexicanos.

Cuando al poco tiempo reconoció ya, sin embargo, que esas tropas mexicanas no bastaban en Querétaro y que con urgencia necesitaba ayuda, envió al general Márquez a la capital con la orden para las tropas europeas de acudir lo más pronto posible a Querétaro. Pero Max fue víctima de la traición: Márquez ocultó la orden imperial, no dio ninguna información a los austriacos que esperaban en la capital y los mandó a una operación militar sangrienta y sin probabilidades de éxito para levantar el sitio de la ciudad de Puebla.

No había salvación para el emperador prisionero. Pero durante cuatro semanas después de haber enviado a México la estricta orden de que se rindieran las armas, la lucha prosiguió en la capital, pese a la sensible hambruna y falta de dinero. Márquez también había ocultado esta orden y buscaba su propia fama.

Con la traición y el engaño terminó el Imperio, y los cumplidos soldados austriacos se vieron condenados a la pasividad pese a su propio deseo. Cuando finalmente recibieron la noticia de la orden imperial, por medio del diplomático austriaco Lago, e izaron la bandera blanca, Maximiliano había muerto ya. En sus últimos días sintió todavía gran preocupación por los compatriotas que luchaban en México. En una carta del 14 de junio de 1867, escrita en la prisión del convento de las Capuchinas, Maximiliano pidió encarecidamente al diplomático austriaco barón Lago: "Por último pido que haga todo lo posible para salvar y llevar a Europa a los oficiales y soldados austriacos que todavía se encuentran en México." En el detallado testamento redactado dos días después, ordenó: "Con la herencia debe, en lo posible, sostenerse a los bravos oficiales y soldados austriacos y belgas, los restos del cuerpo de voluntarios austriaco y belga, particularmente a los inválidos." [24]

[24] Elisabeth Springer, "Kaiser Maximilian von Mexiko. Zur Problematik seiner Testamente", *Hardegger Beiträge zur Maximilian-Forschung*, Hardegg, 1982, pp. 36 y 42.

IV. CARL KHEVENHÜLLER

VEINTICUATRO años tenía el conde Johann Carl Khevenhüller cuando se embarcó para México en noviembre de 1864. Era un joven extraordinariamente "galán", un favorito de las damas o, según sus propias palabras, "un artículo solicitado" entre las jóvenes condesas: el hijo mayor y futuro dueño del mayorazgo de una antiquísima familia noble que contaba con una serie de ricas propiedades, sobre todo los condados de Hardegg, Fronsberg, Prutzendorf, Starrein, Peygarten, Riegersburg y Ladendorf en la Baja Austria, y Kammerburg en Bohemia.

Su genealogía no tenía mácula. Estaba en situación de comprobar los dieciséis antepasados de la alta aristocracia necesarios para ser admitido en la corte. Su madre era una Lichnowsky; una abuela, una Dietrichstein; la otra, una Zichy. Sus dos hermanas estaban firmemente ancladas en la aristocracia. La mayor, Marie, estaba casada con el conde Rudolf Chotek; la menor, Leontine, con el dueño del mayorazgo de la familia bohemia de Fürstenberg, el príncipe Max.

Johann Carl (llamado Carl) vivía en el verano en Laderdof, Baja Austria, y en el invierno en el palacio Dietrichstein de su abuela o en el palacio más modesto de Khevenhüller en la calle Türkenstrasse de Viena. Pese al gran número de costosos maestros particulares y el preceptor, su educación, según él mismo lamentó después, no tuvo grandes resultados. Su impulso de libertad se impuso muy pronto; se escapaba de los maestros para alternar mejor (como posteriormente escribiría lleno de orgullo) con los niños pueblerinos y pasaba con frecuencia días y noches fuera de casa, buscándose la comida en las casas de guardabosques y en cortijos. Cuando leía prefería las narraciones de viajes, que alimentaban su nostalgia de la lejanía.

Se envanecía de su talento para el deporte, sobre todo de su fuerza física. De niño era ya "fuerte como un oso", escribió en su diario. Posteriormente se convirtió en uno de los mejores jinetes y esgrimistas del antiguo ejército. Su carrera militar fue rápida (no en último lugar debido a su aristocrático nombre) : a los 24 años de edad era ya capitán de caballería.

El punto culminante de su vida hasta entonces fue el carrusel de la escuela española de equitación en Viena en febrero de 1863, una representación gigantesca organizada por la aristocracia austriaca en beneficio "de los pobres tejedores de lienzos en los montes de Si-

lesia"; Carl Khevenhüller participó con un traje fantástico sobre un magnífico caballo (por cuya compra contrajo grandes deudas) : "Nos dividieron en turcos y caballeros, y había cuadrillas, matanza de turcos, saltos, etc. La entrada era deslumbrante; nuestra hermosísima emperatriz, de la que todos los jóvenes estábamos enamorados, asistió a todos los ensayos, y montábamos con una especie de exaltación en su presencia."

El joven Khevenhüller no era un intelectual. Era un hombre arrojado de gran confianza en sí mismo y considerable temperamento, el cual se manifestó en muchas riñas y duelos. De soldado llegó hasta Galitzia, a pequeñas ciudades y pueblos donde había pocas posibilidades de esparcimiento, luego a Hungría cerca del lago Balatón. El joven se quejaba mucho de aburrimiento en estos lugares.

Era la época de las grandes expediciones austriacas, sobre todo de la vuelta al mundo de la *Novara* y del viaje realizado a Brasil por el hermano menor del emperador, el archiduque Fernando Maximiliano. Era asimismo la época de las partidas aristocráticas de caza a África con muchas aventuras, que habían fascinado al joven Khevenhüller desde la infancia. Él también quería salir, quería vivir la aventura, quería probar su capacidad en la lejanía.

El hecho de que conociera "el mundo" no en una partida aristocrática de caza ni sobre un barco expedicionario sino en una guerra, como soldado contra un enemigo que personalmente no le interesaba en absoluto, representó ciertamente una excepción y tuvo sus propios antecedentes. Pues Carl Khevenhüller no viajó a México por mero afán de aventuras. Pesaban sobre él preocupaciones de diversa índole: en primer lugar, un proyecto de matrimonio no aprobado por su padre, pero ante todo deudas de considerable monto. Una especificación hecha por sus acreedores antes de la partida a México ascendió a la impresionante suma de 150 000 florines, que no podría devolver ni de su sueldo de 62 florines mensuales como capitán de caballería ni con la aportación familiar de cien florines al mes.[1]

En la primavera de 1864, las contrariedades aumentaron en tal forma que tuvo que hacer la difícil visita a su padre para confesarle todo. (Resulta distintivo del carácter de Carl Khevenhüller que nunca ocultara estos rasgos personales tan negativos, sino que los incluyó también en el manuscrito del diario redactado en 1883, sin miramientos consigo mismo. Aun conservó todos los pagarés, las cartas conminatorias de sus acreedores y otros documentos semejantes. Que-

[1] Todos los documentos se encuentran en el HHStA. Depot Khevenhüller, Kt. 142.

ría explicar en esta forma cuáles eran los motivos de que se le ocurriera la extravagante idea de ir a México, y documentar su juventud como parte de la historia de la familia Khevenhüller, en lugar de hacer de sí mismo un héroe.)

Los dos acreedores principales, el tratante en caballos Hermann Herscheles y el sastre de la guardia de la corte imperial y real, Vicenz Harapatt, ambos de Viena, en julio y en noviembre de 1864 presentaron diversas reclamaciones ante el "muy loable Tribunal Militar Nacional Imperial y Real" contra Carl Khevenhüller, para así obtener su dinero. Las negociaciones fueron llevadas por el abogado de la familia Khevenhüller. La madre de Carl viajó a Verona para acudir al comandante del ejército Benedek: "Lo apremió para que se anulara la reclamación, luego fue con mi tío, el comandante en Viena, conde Carl Thun, y éste concedió una licencia para el extranjero, a fin de que... pudiera negociarse más fácilmente. Mi papá declaró que no pagaría ni un kréutzer si una sola palabra trascendía al público... Fue un asunto terrible."

Carl protestaba contra el monto de las deudas reclamadas judicialmente. La demanda le resultaba, sin embargo, tan desagradable que hacía todo para sustraerse a sus acreedores: en los meses de junio y julio de 1864 se ocultó en el castillo Riegersburg, todavía medio en ruinas en esa época, en la provincia de Waldviertel, luego con una tía en Gstettenhof, en la Alta Austria. Cuando pese a todos los esfuerzos no pudo llegarse a ningún arreglo, la familia no supo qué hacer. "Entonces se le ocurrió a mi madre la idea '¡México!' Allí los tipos no podrían alcanzarme..." La transferencia no resultó sencilla, "dado que se publicaban todos los nombres en los periódicos y me hubieran descubierto al punto".

Por recomendación del conde Franz Thun, quien debía comandar las tropas austriacas en México, y de Alfons von Kodolitsch, se consiguió la integración del joven en el cuerpo destinado a México. El emperador Maximiliano expresó personalmente su agradecimiento a la madre de Carl mediante la siguiente carta cordial:

Querétaro, el 22 de agosto de 1864.
¡Estimada princesa!

Acaba de serme remitida por el comandante Kodolitsch vuestra amable misiva, la cual me trae la grata noticia de que el hijo mayor de Vuestra Alteza, a quien en Europa conocí ya como un excelente oficial, vendrá a México para confiarse a nosotros. El audaz paso del joven le será recompensado por el más afectuoso recibimiento y sincera solicitud. Así como la emperatriz y yo nos felicitamos todos los días más por



Queretaro den 22. August
1864.

Werthe Fürstin!

Vorgestern erhielt ich durch Major
Kodolitsch Ihr liebenswürdiges
Schreiben, welches mir die
erfreuliche Kunde bringt,
daß der älteste Sohn Eurer Durchlaucht
den ich schon von Europa her
als trefflichen Officier kannte
ist,

nuestra decisión y hallamos superadas nuestras esperanzas, así esperamos que le vaya, y así le irá a su hijo. Agradeciendo a Vuestra Alteza el sacrificio que ha hecho al permitirle a su hijo venir, quedo de usted con sincero afecto

Maximiliano.

Después de una estadía en Francia, Khevenhüller se embarcó para México el 19 de noviembre de 1864 en el *Floride,* en el puerto francés de St. Nazaire. Era el primer barco con voluntarios europeos destinados al nuevo Imperio de Maximiliano. Éstos eran los sentimientos de Carl Khevenhüller al atravesar la frontera austriaca y hallarse a salvo de sus acreedores y demandantes:

> Pese al indómito impulso, sentido ya desde la juventud, de la aventura, de conocer las regiones de ultramar, resultó muy difícil separarme del ejército austriaco. Pero había tomado la firme resolución de hacerme de un nombre en la historia, pues nunca había podido soportar la idea de desaparecer sin dejar huella en este mundo. No como tantos millones, que se creen grandes e importantes, pero [a quienes] la historia ya no menciona con ninguna palabra. Sentía dentro de mí la fuerza para ello. Cuando pisé el suelo seguro, cuando me vi inalcanzable, despertó en mí una confianza, una sensación que no había conocido antes, como el resucitar de una grave enfermedad, y en la frontera de Austria proferí el grito: ¡Soy libre! ¡Muestra de lo que eres capaz!

No obstante los esfuerzos para guardar el secreto, el penoso asunto de la deuda había producido un poco de sensación y la familia temía que pudiera informarse al emperador Maximiliano acerca de ello y terminar así bruscamente la carrera mexicana de Carl. Por lo tanto la madre de Carl, la princesa Antonie Khevenhüller, se vio obligada a reconocer abiertamente ante el emperador Max las faltas de su hijo, para evitar complicaciones ulteriores en México:

> Algunos momentos de irreflexión y la vergüenza, que le impidió confiarse a tiempo a sus padres, indujeron al error a este joven siempre tan honorable y bueno. Vuestra Majestad, ¡le suplico tenga benevolencia! Ha recibido el perdón de sus padres, quienes también estamos dispuestos a responder por los errores realmente cometidos por él. — Y así me atrevo a esperar que esta confesión de las faltas de mi hijo no nos prive de la gracia y la merced de Vuestra Majestad, tan dichosas para nosotros, y ruego a Vuestra Majestad se sirva permitir que hasta el final de mi vida me considere la agradecida y humilde servidora de Vuestra Majestad Antonie princesa de Khevenhüller.[2]

Resulta comprensible que Carl Khevenhüller tuviese remordimientos de conciencia. En sus primeras cartas escritas durante la travesía y en México, volvía una y otra vez a tocar el tema de las deudas: "Me es penoso el pensamiento de lo que hagan los judíos al recibir la noticia de mi partida", escribió a bordo del *Florinde.* "Temo siempre que esos tipos vayan hasta el emperador de Austria y demanden a las autoridades que me dieron licencia, y que, cuando llegue la hora de pagar, mi papá no consiga tan fácilmente la suma de mi tío Franz [Khevenhüller], aunque le haya escrito una larga carta para implorarle que le preste el dinero. . ." [3]

Por fin, cuando Carl ya se encontraba en México, se logró hacer un arreglo. Dado que el tío evidentemente no se mostró dispuesto a ayudar, el padre de Carl tuvo que pedir un préstamo a la Boden-Credit-Anstalt, pagadero en un plazo de cincuenta años y del que Carl se quejaba todavía de anciano: "En cincuenta años la puerca Anstalt recibirá seis veces el capital invertido."

En sus cartas de México el joven Khevenhüller aseguraba una y otra vez que se había vuelto ahorrador, que ya no contraía deudas, y se aventuró a declarar: "Te aseguro, mamá, que a mí como a todos los que estamos aquí en América nos ha dado el furor del ahorro, y me doy cuenta, por desgracia bastante tarde, de lo poco que se necesita para vivir en forma bastante decorosa y de las pocas necesidades que tengo." [4]

Otros, sin embargo, veían a Khevenhüller de manera distinta a como él se veía. El secretario de Maximiliano, José Luis Blasio, por ejemplo, escribió en sus memorias acerca de Khevenhüller, supuestamente dueño de una fabulosa fortuna:

> Era un joven de buen ver de 25 años de edad y atraía. . . a todo mundo por su elegancia y porte distinguido. Pronto se convirtió en el héroe de un sinnúmero de lances amorosos, algunos duelos y otras aventuras ardientes. Dueño de inmensa riqueza, como hijo mayor de una de las más antiguas familias de la aristocracia húngara, derrochaba el dinero con el desdén de los aristócratas europeos del siglo XVIII.[5]

[2] *Ibid.*, Viena, 5.11.1864.
[3] *Ibid.*, Briefe aus Mexiko, 27.11.1864.
[4] *Ibid.*, 16.5.1865
[5] *Maximilian, Emperor of Mexico. Memoirs of his private secretary José Luis Blasio*, New Haven, 1934, pp. 73 s.

(La familia Khevenhüller era originaria de Franconia, pero se estableció en Carintia a partir del siglo XI. En Hungría contaba con grandes propiedades.)

La inconveniencia de la aventura mexicana para librarlo de la miseria financiera, dado que, en cambio, le indilgó todavía más deudas, fue reconocida demasiado pronto por su familia. Con el tiempo, sin embargo, la preocupación por su vida se hizo mayor que la preocupación por sus deudas, y Khevenhüller podía contar con indulgencia, particularmente porque salió airoso de la empresa mexicana tanto en el aspecto humano como en el militar.

El diario describe los emocionantes acontecimientos de este tiempo y no oculta tampoco sus amores con Leonor, una rica y casada mexicana de la capital. Esta relación influyó, en dramáticos momentos, también en importantes decisiones de Khevenhüller, las cuales él comunica y lamenta, como siempre sin miramientos para su propia persona.

Originalmente se había reservado unas vacaciones para después de dos años de estancia en México, y en el curso del año 1866 esperaba gozoso el proyectado regreso a la patria. Fue, sin embargo, precisamente la época durante la cual la situación del cuerpo austriaco era muy mala, casi no se pagaba ya la soldada y el cuerpo fue subordinado a los franceses. Reinaba un gran desaliento. El número de deserciones aumentó también entre los austriacos, y prácticamente todos negaban cualquier posibilidad de supervivencia al Imperio después de la pronta retirada de los franceses. En esta situación, el emperador Maximiliano pidió al conde Khevenhüller en junio de 1866 que renunciara a sus planes vacacionales y ayudara a organizar el "nuevo ejército".

Khevenhüller accedió pesaroso: "Este paso me costó mucho. Fue uno de los momentos más difíciles de mi vida." La lealtad a Maximiliano, abandonado por tantos, "y el mal ejemplo que hubiera dado a los demás, impidieron mi partida", escribió Khevenhüller en su diario el 12 de junio de 1866.

Y dos meses después, cuando todos los puertos salvo Veracruz se encontraban ya en poder de los republicanos y una ciudad tras otra tenían que ser evacuadas por los imperiales, cuando además la mayor parte de los voluntarios austriacos decidió volver a la patria y la situación de Maximiliano era desesperada, el sentido del honor de Khevenhüller no le permitió ya abandonar al emperador: "Todavía puede contar con nosotros. Ahora ya no se puede renunciar a la causa del emperador. Es un traidor quien lo abandona en tal situación" (*v.* p. 175).

Durante la gran crisis de octubre de 1866, cuando Maximiliano quería abdicar y regresar a Europa, Khevenhüller se encontraba cerca de él en Orizaba y fue uno de los que instaron al emperador a perseverar en México. Khevenhüller reconoce en sus apuntes que tenía motivos personales para esta actitud: el amor por Leonor. Durante toda la vida se reprochó no haberle dado otro consejo al emperador. Khevenhüller, al igual que Kodolitsch, sirvieron de ejemplos en esta situación patética, en vista del próximo derrumbe del Imperio, para todos aquellos que por un lado veían el cercano desmoronamiento del Imperio pero que, por otro, estaban vinculados a México por una cantidad tal de lazos personales, políticos y económicos que en esa muy dramática situación no tenían otra respuesta que la de perseverar: al igual que el emperador mismo.

Llegó la gran hora de que Khevenhüller mostrara su capacidad en México después de que los más de los integrantes del cuerpo austriaco habían abandonado el país en febrero de 1867, junto con los franceses, y el emperador permanecía en México sin recursos financieros y sin una eficaz protección militar. Entre los ochocientos leales de Austria que perseveraron junto al solitario emperador, quien abrigaba pocas esperanzas pese a todas sus aseveraciones en contrario, se encontraba Carl Khevenhüller.

A toda prisa tenía que formarse un nuevo ejército nacional mexicano, y Khevenhüller recibió la honrosa tarea de reunir un regimiento de caballería con base en los restos del antiguo cuerpo austriaco: llamados los "húsares rojos" por su uniforme color rojo chillón. (Los franceses sólo habían dejado tela para uniformes de color rojo chillón al retirarse. Dado que no había dinero para otra, Khevenhüller tuvo que "hacer montar [a sus húsares] como verdugos".) Khevenhüller se vio obligado a pedir prestada una parte del dinero necesario para el sueldo de sus húsares: a un banquero estadunidense y como particular, pues el Imperio no recibía ya crédito.

El nombre de los "húsares rojos" se pronunciaba con gran respeto, por su lealtad, arrojo e inigualable valor en el combate durante los últimos meses del Imperio. El cronista Wilhelm von Mont[illegible] menciona, por ejemplo, los encuentros de los húsares después de la caída de Puebla (de lo que se desprende sobre todo que las historias a menudo bastante sangrientas contadas sobre la guerra por Khevenhüller mismo no fueron en absoluto productos de su imaginación): "Con el valor que por todas partes distinguía a los húsares bajo su

valiente comandante, el coronel Carl conde Khevenhüller-Metsch, se arrojaron, con el coronel a la cabeza, sobre los ochocientos hombres del enemigo. Un sinnúmero de enemigos literalmente despedazados cubría el suelo y las profundas barrancas." [6]

Aun el príncipe Félix Salm-Salm, que criticaba severamente a los austriacos alrededor de Maximiliano, ponderó la iniciativa mostrada por Khevenhüller y su amigo el barón Hammerstein, quien posteriormente murió en México. Estos dos representaban "honrosas excepciones" dentro del círculo personal, por lo demás muy poco digno, alrededor de Maximiliano. Salm mencionó como principal hazaña de Khevenhüller el haber formado "un regimiento de húsares con los restos de la legión austriaca y en las circunstancias más difíciles". [7]

El que posteriormente se le impidiera encargarse con este regimiento de la protección personal del emperador en Querétaro fue lamentado por Khevenhüller hasta el fin de su vida. No aprobaba la decisión de Maximiliano de confiarse exclusivamente a la protección de mexicanos y de dejar, en cambio, a sus leales austriacos en la capital durante estas últimas y difíciles semanas. Khevenhüller estaba convencido de que por lo menos la historia personal de Maximiliano hubiera tenido otro desenlace de haber contado a su alrededor con hombres de su patria incondicionalmente adictos a él. No se trataba a estas alturas de la existencia y el futuro del Imperio mexicano, sino sólo del destino personal de las personas relacionadas con el Imperio en disolución.

Después del fusilamiento de Maximiliano y el término de los combates, Khevenhüller tuvo el cometido de sacar con vida de México a los soldados de otras nacionalidades, sobre todo a los austriacos. Resolvió brillantemente la tarea como parlamentario con el general enemigo Porfirio Díaz, a quien había probado ya su respeto en muchos encuentros militares... lo cual era igualmente el caso a la inversa. Díaz aun ofreció a Khevenhüller, después de derrumbarse el Imperio, que permaneciera en México y colaborara con él. Khevenhüller: "realmente me causa risa. ¿Acaso vine por motivos políticos? ¿No me quedé a causa del pobre emperador? ¿Quiero mezclarme en los viles desórdenes políticos mexicanos? No, no es éste mi propósito... Díaz... es un soldado honrado y valiente, pero mi patria me es más querida que los ambiciosos fines de un general mexicano,

[6] Wilhelm von Montlong, *Authentische Enthüllungen über die letzten Ereignisse in Mexico*, Stuttgart, 1868, p. 69.

[7] Felix Prinz zu Salm-Salm, *Queretaro. Blätter aus meinem Tagebuch in Mexico*, Stuttgart, 1868, vol. I, p. 15.

aunque se llame Porfirio Díaz" (*v.* p. 220). La simpatía mutua entre los dos soldados hasta entonces enemigos se conservó, sin embargo, hasta la muerte de Khevenhüller y se convirtió en amistad.

Los tres años pasados en México transformaron al joven Khevenhüller. Había salido airoso y participado en una pequeña parte de la historia, como se lo había propuesto. Había sobrevivido. Pero fue una escuela dura y tuvo grandes dificultades para adaptarse otra vez a las dimensiones europeas y, particularmente, las austriacas, que le parecían tan mezquinas. La nostalgia de México (¡no del Imperio mexicano!) no lo abandonó durante toda la vida, sobre todo al saber que allí se encontraba su único hijo.

Durante los siguientes años Khevenhüller anduvo mucho de viaje. En 1868-1869 realizó un safari, acompañado por muchas aventuras, en África. Al inaugurarse el Concilio Vaticano en Roma en 1869 él se encontraba como caballero de Malta con la espada desenvainada en una de las dos filas ante los escalones del trono papal. Luego organizó otra expedición africana, con un viaje por el desierto en una caravana de setenta hombres y 160 camellos.

Después de casarse con la condesa Eduardine Clam-Gallas en 1871, ocupó la finca de Kammerburg en Bohemia, y posteriormente Riegersburg en la provincia de Waldviertel. De 31 años ya, fue elegido por los terratenientes liberales del *Landtag* bohemio para la Cámara de Diputados del *Reichsrat* en Viena. Perteneció a la misma hasta 1877, cuando pasó a la Alta Cámara como sucesor de su padre.

En 1877 falleció el príncipe Richard Khevenhüller, padre de Carl. Éste lo sucedió en el título de príncipe como heredero universal. Sus propiedades eran ahora tan apreciables como el número de sus títulos: "príncipe de Khevenhüller-Metsch, príncipe Aichelburg, conde de Hochosterwitz y Annabichl, barón de Landskron y Wernberg, señor de Carlsberg, señor del condado Hardegg, Fronsberg, Prutzendorf, Starrein, Peygarten y Ladendorf en la Baja Austria, Kammerburg en Bohemia, etc.". Estaba ahora ocupadísimo con la administración de sus propiedades.

Mantuvo vivos los recuerdos de México (aunque sólo fuera por la correspondencia con Leonor, a la que ciertamente no volvió a ver, y por la amistad con el antiguo general de los republicanos y ahora presidente de la República mexicana, Porfirio Díaz). En 1874, Khevenhüller participó en la inauguración del monumento a Maximiliano en Trieste. Entre el gran número de cartas de antiguos camaradas de México se encontraban constantemente cartas petitorias de quienes habían sufrido tropiezos, de los empobrecidos y enfermos.

Sólo muy pocos miembros del cuerpo de voluntarios lograron incorporarse otra vez a la sociedad imperial y real. Sólo muy pocos alcanzaron la prosperidad. El ahora extremadamente rico príncipe Khevenhüller representaba para muchos la última esperanza.

Con el tiempo la aventura mexicana del príncipe Khevenhüller se volvió leyenda; además, se hacía cada vez más colorida por la repetición y se alejaba cada vez más de la realidad. Una de estas animadas historias se incluyó aun en el artículo necrológico del príncipe en el *Fremden-Blatt,* donde se decía que el príncipe había salvado de los liberales a las monjas del santuario de Guadalupe "subiendo a la priora al caballo detrás de él mientras las otras monjas montaban los caballos detrás de los húsares, para entonces abrirse paso felizmente a través de las filas del enemigo junto con el regimiento de húsares y llevarlas a la ciudad de México".[8] Quien lee el diario desconoce esta historia, y es probable que no haya surgido hasta después, en los relatos mexicanos del príncipe en el castillo Riegersburg de su patria.

Una y otra vez evocó el príncipe la agitada escena antes de marcharse Maximiliano a Querétaro, cuando se había arrodillado ante el emperador para suplicarle que no se privara del leal regimiento austriaco. "Si yo hubiese estado en Querétaro, le habría dicho al emperador: 'Majestad, quítese la barba, póngase un uniforme rojo', lo hubiéramos rodeado y, vivo o muerto, ¡sacado de entre el enemigo!"

El país y el pueblo de México poseyeron el cariño especial de Khevenhüller hasta una edad avanzada. En este sentimiento incluyó aun a la República que estaba consolidándose bajo el nuevo presidente Porfirio Díaz.

En su castillo Hardegg de Waldviertel, Khevenhüller reunió con gran entusiasmo una extensa colección sobre México, el Imperio mexicano y el cuerpo de voluntarios austriaco. (El "Museo de México" de Hardegg que de allí se desarrolló fue saqueado, por cierto, en 1945 y sólo recientemente reconstituido, con imitaciones y copias. Es un lugar muy visitado, conmemorativo de la aventura mexicana de un archiduque austriaco.)

Más de treinta años después de la muerte de Maximiliano, la amistad entre Khevenhüller y Porfirio Díaz pudo emplearse con buen éxito en la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Austria-Hungría y México, asunto muy difícil desde ambos puntos de vista. Khevenhüller tuvo la idea de que como señal de la reconciliación se construyese una capilla conmemorativa en el lugar donde murió

[8] *Fremden-Blatt,* 26.9.1905.

Maximiliano en Querétaro, y eso por los mexicanos. Por consideración al partido juarista, Porfirio Díaz puso como condición que el gobierno mexicano, aunque sí proporcionaría el dinero, no apareciera como el constructor oficial. La obra fue financiada sólo en secreto por México, con los recursos de los fondos secretos. Asimismo, el dinero era transferido, para ocultar al verdadero cliente, a un banco en Nueva York y de ahí otra vez a México. La dirección oficial de la construcción fue asumida por un austriaco radicado en México, el doctor Franz Kaska.[9]

La construcción de una capilla conmemorativa para Maximiliano cumplió, pese a las dificultades que se alargaron durante años, el propósito de acercar otra vez a los dos Estados enemistados desde la catástrofe de Querétaro. El emperador Francisco José donó el retablo de la pequeña iglesia, una piedad.

En el año 1900 se terminó la construcción y hubo grandes complicaciones protocolarias debido a la ceremonia de inauguración. Díaz expresó el deseo, en una carta particular a Khevenhüller, de que una delegación austriaca viajara a México para las solemnidades. Viena no rechazó el pensamiento, pero insistió en una invitación oficial por parte de México, para lo que Díaz no estaba dispuesto, sin embargo, a causa de la situación política interna y por consideración a los juaristas. Kaska y Khevenhüller fueron empleados una y otra vez para las negociaciones, pero los frentes se endurecieron en creciente medida.

Khevenhüller sugirió entonces a su amigo, el ministro imperial y real de Relaciones Exteriores Goluchowski, la solución perentoria de que él, Khevenhüller, fuera a México para la consagración, con el conocimiento y la aprobación del emperador Francisco José, "pero sin una especial Augusta orden": "Esta solución parece indicada para reconocer el empeño loable, por decir poco, del presidente Díaz en un acercamiento, sin perjudicar en absoluto la dignidad de Austria-Hungría."[10]

En marzo de 1901, Khevenhüller viajó a México con su esposa, oficialmente como particular, pero fue recibido por parte de México como representante del gobierno imperial y real "con todos los honores republicanos". En la consagración de la capilla el 10 de abril de 1901 (o sea, el aniversario de la aceptación de la corona por Maxi-

[9] Lo que sigue, en Richard Blaas, "Die Gedächtniskapelle in Queretaro und die Wiederaufnahme der diplomatischen Baziehungen zwischen Österreich-Ungarn un Mexiko", en *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs,* vol. 8, 1955, pp. 191-222.

[10] Citado en Blaas, p. 204.

miliano en Miramar) participaron también la hija y una nieta del general Miramón, fusilado junto con Maximiliano, además de los embajadores alemán y belga. No asistieron representantes del gobierno mexicano. Pero Díaz había preparado algunos gestos amistosos: aparte del pomposo recibimiento, también proporcionó un tren especial para llevar a los austriacos a Querétaro.

Considerando la cuestión con benevolencia, quedaron satisfechas todas las condiciones. Al poco tiempo se intercambiaron embajadores y se firmó un tratado comercial y de amistad. Hasta el fin de la monarquía, la legación austriaca oyó todos los años una misa de réquiem en el aniversario de la muerte de Maximiliano, en la capilla de Querétaro, sin ser molestada por los mexicanos. Por los méritos adquiridos en su obra en beneficio de las relaciones austro-mexicanas, se otorgó en 1901 a Khevenhüller la Gran Cruz de la Orden de Leopoldo.

Johann Carl príncipe de Khevenhüller-Metsch murió el 11 de septiembre de 1905 en Riegersburg tras larga enfermedad. Su cadáver fue sepultado en el mausoleo del castillo Hardegg. Él había pedido que se le pusieran en el ataúd sus condecoraciones mexicanas y una vela guadalupana. La única corona sobre su féretro debía ser la de Porfirio Díaz, el antiguo enemigo y amigo de muchas décadas. La corona tenía lazos con los colores mexicanos y una inscripción en español: "El general Porfirio Díaz, presidente de México, a su querido amigo, el príncipe Khevenhüller".

Las propiedades y los títulos del príncipe, que no tuvo hijos en su matrimonio, pasaron a un sobrino. (No fue posible reconocer al hijo "mexicano" debido al matrimonio aún existente de Leonor.)

En las necrologías se recordaron otra vez los servicios prestados al desdichado emperador Maximiliano, pero también a la República de México, se ensalzaron "la visión extraordinariamente amplia del mundo, la admirable energía e iniciativa" de Khevenhüller: "Agudo e independiente en el juicio, se mantuvo siempre fiel a sí mismo, un hombre singular, casi extravagante. Nadie se le imponía; había visto él mismo todo el mundo." [11]

11 *Frenden-Bllatt*, 16.9.1905.



Carl Khevenhüller en uniforme de húsar.

Leonor Rivas de Torres Adalid.





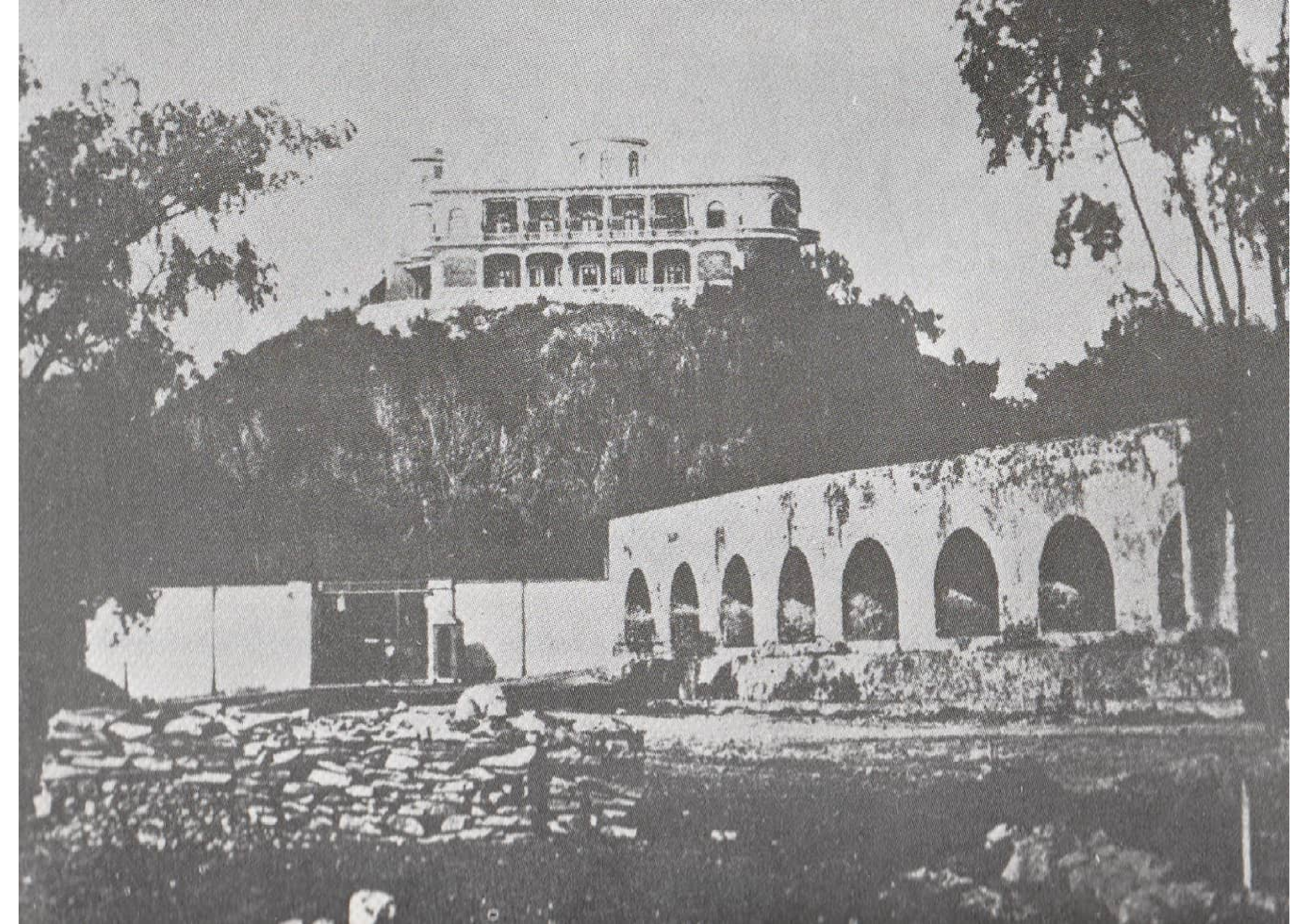

QUIDAD EN LA JUSTICIA



El emperador Maximiliano en la foto especial con el lema "Equidad en la Justicia".







So lauten die Berichte aus Mexiko

in der General-Korrespondenz:

— Die neue Ordnung der Dinge befestigt sich mit jedem Taze mehr.

— Handel und Wandel blühen empor.

— Der Verkehr gewinnt an Sicherheit.

— Neue Straßen und Schienenwege werden angelegt.

— Das ganze Land gewährt ein Bild eines sich rasch entwickelnden Staatsorganismus.

— Der Kaiser manifestirt immer mehr Zuversicht in den Fortbestand der neuen Monarchie.

und in den Journalen:

— Die öffentlichen Zustände sind in völliger Auflösung begriffen.

— Handel und Wandel liegen darnieder.

— Das Räuberunwesen greift täglich mehr um sich.

— Zwischen Vera-Cruz und Puebla wurden drei Meilen Eisenbahn gestohlen.

— Das ganze Land gewährt ein trauriges Bild staatlicher Zerrüttung.

— Dem Vernehmen nach soll Kaiser Maximilian bereits die Rückreise nach Europa angetreten haben.

Man sieht daraus, daß wahrscheinlich in Mexiko die „goldene Mittelstraße" noch nicht gebaut werden konnte.

Así dicen los informes de México:

en la correspondencia general:

— El nuevo orden de cosas se afianza más todos los días.

— El comercio y el tráfico prosperan.

— El tráfico adquiere mayor seguridad.

— Están construyéndose nuevos caminos y vías férreas.

— Todo el país ofrece el cuadro de un organismo estatal en rápido desarrollo.

— El emperador muestra cada vez más confianza en la permanencia de la nueva monarquía.

y en los diarios:

— La situación pública se encuentra en un proceso de completa disolución.

— El comercio y el tráfico están paralizados.

— El bandidaje se extiende más todos los días.

— Entre Veracruz y Puebla fueron robadas tres millas de vías.

— Todo el país ofrece un triste cuadro de disolución estatal.

— Según se dice, el emperador Maximiliano ha emprendido ya el viaje de regreso a Europa.

De aquí se desprende que probablemente no haya podido aún encontrarse en México el "justo medio".

Las familias guardaban cuidadosamente casi todas estas cartas de México, dado que no se sabía si el autor volvería jamás a su patria y si no sería lo último que se recibiera de su parte. Las pérdidas en estas fuentes no se produjeron hasta relativamente tarde: las más de las veces por causas de fuerza mayor, guerras, incendios y otras semejantes, pero casi nunca por negligencia, porque se tenía completa conciencia de la significación de estas extrañas cartas, aun en las familias acostumbradas a desechar toda carta después de recibida. Por este motivo se conservan aún hoy día en los archivos familiares muchos de estos informes de testigos presenciales, y el historiador puede darse el lujo de una selección bastante amplia.

Es probable que esta abundancia de fuentes sea también la razón por la que hasta la fecha no existe una elaboración científica de

la historia del cuerpo de voluntarios austriacos en México, y por la que todavía se hace esperar, también, una moderna biografía científica de Maximiliano (posterior a la obra aún válida en dos volúmenes de Egon Caesar Conte Corti del año 1924).*

No obstante, considero importantes las memorias de Carl Khevenhüller, por los siguientes motivos:

1. El conde Carl Khevenhüller no ha dejado solamente, como tantos otros, cartas interesantes desde México, sino que redactó, asimismo, un manuscrito completo acerca de sus experiencias, que no contiene lagunas cronológicas y está escrito en forma muy legible.

2. Khevenhüller era uno de los pocos austriacos que fue de principio a fin testigo y participante activo en la aventura mexicana. Viajó en el primer barco que abandonara Europa con voluntarios para México. Se hallaba entre los ochocientos leales que permanecieron en México aun después de la retirada de los franceses, los belgas y la mayor parte de las tropas austriacas, y sólo volvió a Austria meses después de la ejecución del emperador Maximiliano.

3. Khevenhüller ocupaba dentro del cuerpo de voluntarios, pero a ratos también en la corte de Maximiliano, una posición destacada que le permitió ver mucho de lo que otros no pudieron conocer.

4. Khevenhüller tenía un carácter sumamente crítico, de ningún modo expuesto al peligro de hacer figuras heroicas del emperador, los austriacos o aun de él mismo. Su escrito es subjetivo, lo cual es legítimo tratándose de un diario, pero no adorna nada.

5. Este diario es el de un soldado involucrado en una guerra, pero no es un mero diario militar. No describe sólo los combates, sino que pinta también un cuadro sumamente gráfico de la vida cotidiana de estas tropas de mercenarios en un país extraño, hasta entonces totalmente desconocido. Se nos presentan los distintos estratos sociales de México: las aristocráticas familias ricas de la capital con sus diversiones sociales, los paupérrimos indios que contaron con la simpatía especial de Khevenhüller, sobre todo porque entre ellos halló un grado asombrosamente alto de lealtad y decencia humana.

Khevenhüller no se mide de ningún modo en su juicio. Se queja mucho de los franceses, sobre todo del mariscal Bazaine, y muestra también claramente su aversión a los mexicanos "blancos", en particular los criollos y los mestizos educados: "¡Qué fácil sería gobernar a la gente de no ser canallas la llamada parte culta'!"

6. Khevenhüller conoció y aprendió a querer, en estos tres años en

* Editada en español por el Fondo de Cultura Económica: *Maximiliano y Carlota*, trad. de Vicente Caridad, México, 1ª ed. 1944, 2ª ed. 1971, 2ª reimpr. 1984 [T.].

México, al país y a sus habitantes. Era, ciertamente, un espadachín imeptuoso, nada sensible, pero no cerró los ojos ante la injusticia ni ante la pobreza de los indios, que describe detalladamente en su manuscrito. No tenía nada del carácter de los conquistadores españoles, quienes degradaron y despreciaron este país ajeno a ellos. Sin duda la guerra fue su oficio, como el de los otros soldados. Pero una y otra vez se trasluce en este documento que no era la guerra de Khevenhüller. La causa imperial en México no representaba para él un asunto del corazón, así como la causa republicana en México no podía parecerle abominable. Resulta característico que Khevenhüller dirigiera furiosas, es más, injuriosas críticas contra las tropas francesas, a la vez que mostraba, por el contrario, mucha comprensión frente a los republicanos, así como frente a la población mexicana, cuya miseria registraba demasiado claramente, y muy bien entendía que no recibieran con entusiasmo a las tropas extranjeras: "Es comprensible que los mexicanos prefieran la anarquía anterior a tal alivio por la *Grande Armée*", escribió en su diario.

El adversario militar no fue pintado por él (como por tantos otros) como el vivo demonio. Sólo así puede comprenderse la posterior sincera amistad con el general enemigo y ulterior presidente de la República de México, Porfirio Díaz. Khevenhüller no permitió ninguna duda respecto a que permanecía en México debido a su lealtad hacia el emperador Maximiliano (no como emperador de México, sino como compatriota abandonado por otros muchos). Dado que Khevenhüller no tomó ningún partido en esta arriesgada historia del Imperio mexicano sino que guardó su independencia (aunque recibiera su sueldo de una de las partes), su juicio y opinión tienen especial peso para nosotros. Él, al menos, después de pocas semanas en México no tuvo ya confianza en el futuro del nuevo Imperio, que en realidad no existía y que apenas trataba de someter a un pueblo y un país por la fuerza de las armas y la guerra civil. Pese a toda su lealtad hacia Maximiliano, Khevenhüller veía con gran claridad al romántico apartado de la realidad, que se esforzaba desesperadamente por defender sus sueños frente a la crueldad de los hechos y así sólo se hundía más en una situación de la que sería imposible hallar la salida.

A través del diario redactado durante décadas con un gran sacrificio cotidiano de tiempo, Carl Khevenhüller se integró, del todo conscientemente, en la tradición de su familia. Los Khevenhüller han producido en el curso de los siglos a varios eminentes autores de

diarios cuyas obras sólo se publicaron en casos excepcionales, como por ejemplo: Hans Khevenhüller, embajador imperial con Felipe II, "Diario secreto 1548-1605", editado por Georg Khevenhüller-Metsch, preparado por Günther Probszt-Ohstorff, Graz, 1971. El ejemplo de mayor relieve es el diario, hasta la fecha no agotado por la investigación, del príncipe Johann Josef Khevenhüller-Metsch, que representa una de las fuentes más importantes acerca de la historia y la cultura austriacas y el cual ha sido impreso, entretanto, en ocho volúmenes (*Aus der Zeit Maria Theresias. Tagebuch des Fürsten Joh. Josef Khevenhüller-Metsch 1742-1776,* editado por R. Graf Khevenhüller-Metsch y Heinrich Schlitter, 7 vols., Viena, 1907-1925). La serie fue concluida en 1972 con el octavo volumen (editado por Maria Breunlich-Pawlik y Hans Wagner entre las publicaciones de la Comisión para la Historia Reciente de Austria, vol. 56).

Carl Khevenhüller evoca reiteradas veces en los muchos volúmenes de su diario esta tradición de la casa Khevenhüller. Es más, no distinguía entre los miembros "malos" y "buenos" de la familia, sino entre los que llevaban un diario (y tenían, por tanto, conciencia del deber y de la tradición) y los que no lo llevaban (y que, por tanto, difícilmente podían tener algún valor a sus ojos).

Este empeño de no tomar en cuenta sólo sus dominios, sus castillos, bosques y propiedades, sino en participar también en los acontecimientos actuales como observador crítico y transmitir, asimismo, este interés a la posteridad, coincidió con un interés general por la historia y, por ende, con el contacto con historiadores. Carl Khevenhüller era, por ejemplo, amigo de Wilhelm Oncken (1838-1905), el famoso historiador de la Universidad de Giessen y editor de la *Allgemeine Geschichte in Einzeldarstellungen.* Fue Oncken quien en 1883 sugirió a Khevenhüller que reuniera los viejos diarios y cartas de México en un manuscrito continuo. Oncken empleó este trabajo en su obra *Das Zeitalter des Kaiser Wilhelm,* que apareció en dos volúmenes en Berlín en los años 1890 y 1892. En el primer volumen de la misma se cita por primera ocasión a Carl Khevenhüller (pp. 686 *ss.*).

En una breve nota preliminar a sus apuntes sobre México, Khevenhüller mencionó la participación de su amigo Oncken en la realización del diario, pero también que, apenas terminado éste, recibió la visita bastante inesperada del general ayudante del emperador Francisco José, quien comentó: "Su Majestad se enteró de que usted escribe una obra sobre México. Le interesaría mucho conocerla." Khevenhüller: "Me quedé atónito, pues nunca se me había ocurrido que Su Majestad fuera a conocer este escrito. Por eso respondí: 'Su Ma-

jestad es demasiado bondadoso, pero llevo estos tres años escribiendo con el único propósito de ayudar a un amigo [a saber, Oncken], y de ninguna manera con el de que llegue a tan augustas manos'."

Finalmente, sí entregó el manuscrito, y supo al poco tiempo que el emperador Francisco José lo había leído hasta el fin "durante una caza de gamuzas". La siguiente vez que vio al emperador en una comida, Francisco José le indicó: "Me interesa sobremanera. Por fin averiguo la verdad. Pero no debe publicarlo ahora, pues ¡se haría de demasiados enemigos!" Cualquiera que haya sido la intención de este comentario, no tuvo mucha importancia para Khevenhüller. Pues él no pensaba publicar sus memorias. "Que suceda lo que sea después de mi muerte."

Cuando el príncipe Khevenhüller emprendió en 1888, casi a los cincuenta años de edad, la tarea de continuar la historia familiar de los Khevenhüller con sus propias memorias, incluyó todo el capítulo sobre México escrito cinco años antes para Oncken en los siete volúmenes de sus "Extractos de mis diarios", en el lugar cronológicamente correspondiente al final del primer volumen y principio del segundo.[1]

Gran parte de las cartas originales escritas por Carl Khevenhüller a su familia desde México se han conservado también en su legado, además de alguna correspondencia acerca de México.

En esta edición se reproduce el manuscrito sin abreviaciones. Modernizamos, por cierto, la ortografía y puntuación, y se tradujeron algunos extranjerismos no usuales en la actualidad así como los distintos pasajes en español y en francés. En (muy pocos) casos se hicieron prudentes correcciones estilísticas, necesarias para la comprensión del texto. Las anotaciones de la editora se pusieron entre corchetes o en cursivas.*

1 Algunos extractos del diario mexicano de Carl Khevenhüller han sido publicados ya por Franz Müllner, *Johann Carl Fürst Khevenhüller-Metsch, ein Kampfgefährte Kaiser Maximilians von Mexiko*, ed. del autor, Retz, s.f.

* En la presente traducción se han conservado textualmente las palabras o nombres que el autor escribió en español. Así, por ejemplo, "pronunciamento" (pronunciamiento), "eviva" (viva), "Tesuitlán" (Teziutlán), "Montezuma" (Moctezuma), "Acalcingo" (Acultzingo), "Cordada" (Acordada), etc. También se han conservado las voces "América" (los Estados Unidos) y "norteamericano" o "americano" (estadunidense). [E.]

SEGUNDA PARTE

TRES AÑOS EN MÉXICO

Memorias del príncipe Carl de Khevenhüller-Metsch

Ejemplo de escritura del diario de Carl Khevenhüller.

Fue el 10 de abril de 1864 cuando Max de Austria aceptó la corona de México. La comisión que se la ofreció en Miramar estaba formada de elementos recogidos por Napoleón a través de sus agentes militares y que supuestamente representaban a la mayoría de la nación. Generales sin ejército, abogados arruinados, ministros que habían servido ya bajo todos los presidentes: en conjunto gente que había vendido sus convicciones políticas al mejor postor. ¡Con estos hombres quería Maximiliano fundar su imperio! Éstas eran las columnas que debían sostener el edificio de sus esperanzas y prestarle sus fuerzas para la gigantesca obra de fundar una monarquía.

Rechazado desde el principio por el poderoso vecino, los Estados Unidos, así como por la gran mayoría de los mestizos mexicanos que representan a los llamados "civilizados" (hombres de bien) [K. se refiere a este respecto no sólo a los mestizos, sino también a los criollos], sólo un gran tirano, a la vez diplomático, hombre de finanzas y militar, hubiera podido esperar un buen resultado.

Es cierto que Max sabía ya al principio que, apoyado sólo en las bayonetas de Napoleón, no despertaría las simpatías del pueblo criollo español. Pero no existía aún un ejército nacional mexicano en esa época. Quien era o quería ser soldado, se encontraba en el campo enemigo. Por lo tanto, lo más indicado parecía ser la formación de un cuerpo que pudiese proporcionarle suficiente protección hasta constituirse un nuevo ejército territorial. De primera intención se pensó atraer por reclutamiento a oficiales y soldados que en Austria hubieran cumplido con sus deberes nacionales en el aspecto militar (en Bélgica esto no era necesario). Al coronel conde Franz Thun, uno de los más sobresalientes oficiales austriacos, de rancio abolengo bohemio, le fue confiada esta misión.

Desde el mismo principio, cuando todavía no había llegado al conocimiento público nada acerca de la formación de un futuro ejército mexicano o de un cuerpo de voluntarios, se dirigieron ya al conde Thun más de mil oficiales dentro y fuera del servicio activo. Resultó difícil hacer una selección justa y a la vez acertada entre tantos.

Entre los muchos hombres realmente excelentes se encontraban también bastantes ovejas descarriadas. Pero los acontecimientos posteriores mostraron que éstas tendrían que desaparecer después de un brevísimo plazo. Ahí estaba bien dicho: o comer, o morir. La disciplina y un espíritu de solidaridad reinaban en considerable medida,

y el ejército francés hubiera podido aprender de los austriacos (lo cual no hizo) cómo subordinar la propia persona al deber. La disciplina era inexistente entre los franceses.

Laibach fue elegida como lugar de reclutamiento y para formar las unidades que habrían de enviarse. El cuerpo debía consistir en siete mil hombres. En Viena el coronel Leisser, asistido por varios agentes, administraba una sucursal para el reclutamiento. El cuerpo se componía de un regimiento de húsares y otro de ulanos, 18 compañías de cazadores, una unidad de artillería de montaña así como una unidad de infantería general, asimismo, veinte médicos, varios oficiales de caja y una banda de música de unos cincuenta hombres. Los médicos eran en su mayoría hombres jóvenes que por desgracia gustaban demasiado de empuñar ellos mismos el fusil para adelantarse a los soldados en el ataque. Varios pagaron con la vida este impulso de sobresalir. Fueron excelentes el doctor Semeleder y el doctor Basch, ambos médicos de cámara del emperador. (El doctor Basch permaneció a su lado hasta el último momento y fue tomado prisionero junto con él en Querétaro.)

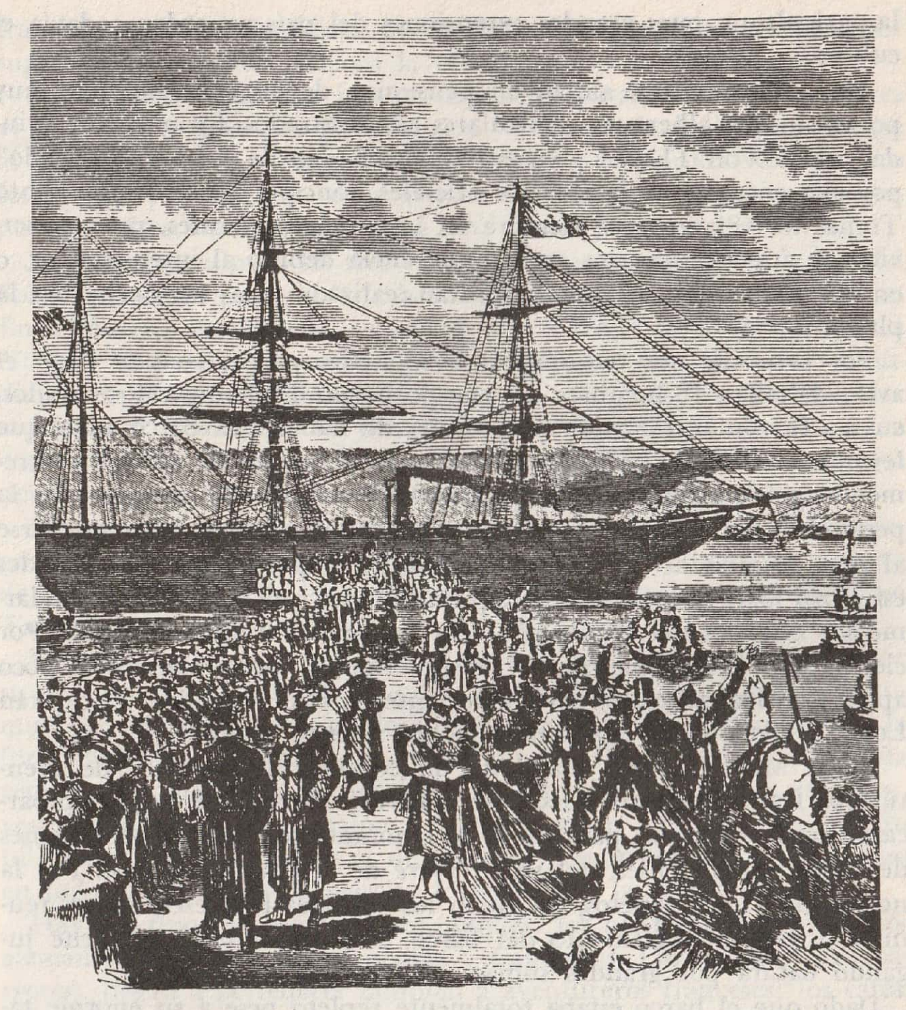
Para el transporte de las tropas austriacas, se había hecho un arreglo con la Compagnie Transatlantique francesa, que zarpaba de St. Nazaire así como de Trieste.

El 10 de noviembre de 1864 me embarqué junto con cuatrocientos belgas, varios oficiales franceses y el mayor Hotze, el capitán de caballería Von Thoren, el capitán de caballería Lackner y el teniente coronel Von Suchodolski (quien murió en México), en St. Nazaire.

Desde el principio mismo del viaje los oficiales austriacos nos dimos cuenta de cómo andaba la disciplina de la tropa belga, y de la manera poco agradable como los oficiales belgas trataban a sus hombres.

Después de una agitada travesía de 18 días, el *Floride* ancló en la Martinica. Allí el mar parecía un espejo. El paisaje tropical así como las novedades de la vida del lugar ejercieron visiblemente un efecto tranquilizador sobre los belgas, ya difíciles de tratar, que se presentaban continuamente al informe diario con permanentes quejas acerca de la comida, el alojamiento y el trato.

Las tropas desembarcaron, y durante los dos días de nuestra estadía ocuparon un cuartel francés. Los austriacos también echamos pie a tierra y nos unimos a la legación austriaca que viajaba con nosotros. Ésta consistía en el embajador conde Guido Thun, el primer consejero de embajada barón Lago y el secretario barón Tavera. Realmente gozamos del aspecto de la encantadora isla e hicimos expediciones al



"Embarcación de los últimos voluntarios austriacos para México.—Dibujado del natural por C. Stuhr."

interior, también al balneario que está a dos horas de distancia de Santo Tomás. Hay que pasar por un túnel de unos cien pasos de largo y que les sirve de morada en la Martinica a un sinnúmero de víboras. Lo desagradable del asunto es que hay que desmontar, porque el túnel no tiene suficiente altura para un jinete.

La Martinica tenía entonces un gobierno completamente militar. La población, compuesta de una increíble mezcla de culis hindúes, chinos y todos los matices de sangre negra, parece poco dispuesta a

la agricultura, pues grandes extensiones del país aguardan todavía el cultivo.

Los viajeros no se alojan en pensiones, de las que sólo hay muy pocas, sino en albergues particulares administrados, los más, por "viudas" solas. Von Thoren y yo estuvimos en uno de éstos, "gobernado" por una enérgica mulata. A los oficiales franceses apostados en Santo Tomás los veíamos casi siempre en los numerosos cafés, pues al servicio se atiende sólo con gran indiferencia debido al intenso calor, o en la presentación de música militar realizada todas las noches en la plaza.

Por la noche nos reunimos a bordo para partir, cuando llegó el aviso: faltaban 18 hombres del cuerpo belga. Trajeron a doce atados, cuatro fueron *introuvable* [imposibles de hallar]. El barco tuvo que levar anclas sin ellos. Mientras esto sucedía, recibí de súbito un tremendo golpe en el costado. Al volverme, asombrado, descubrí en la penumbra a un belga encadenado que estaba a punto de arrojarse al mar después de haber tomado mucho ímpetu. Sólo con grandes esfuerzos logré contener al enloquecido hasta que corrieron a ayudarme los oficiales del barco. ¡Tal era la condición de los belgas! Por cierto, una bella raza, puros jóvenes fuertes, pero blandos y poco aptos para los esfuerzos, particularmente en climas cálidos. El capitán Loiseau comandaba esta unidad sobre nuestro barco.

En la Martinica nos abandonó un considerable número de aventureros franceses, pero quedaron muchos todavía que no desembarcaron hasta Veracruz, para llevar al ignorante México las bendiciones de las artes parisienses, del *savoir vivre* de la *Grande Nation*. Por la noche todos estos sujetos, así como los oficiales franceses, solían reunirse, y pese al reglamento del barco, se pasaban toda la noche jugando bacará por grandes sumas.

Dado que el barco estaba totalmente repleto pese a su enorme tamaño (183 pasajeros en la primera cubierta, 78 en la segunda, 400 belgas, 230 tripulantes y pasajeros de tercera cubierta), era imposible moverse. Yo compartía mi camarote de la segunda cubierta con siete oficiales: Thoren, Lackner, Suchodolski, el médico belga Lejeune (que murió cerca de Tacámbaro), el capitán belga Timmerhaus (tuerto; se dio un tiro en el viaje de regreso) y otros dos belgas (ambos murieron después). Se comía en dos turnos.

Nos acompañaba también el conde Theodor Széchényi, un hombre joven y primo mío. Penas de amor lo impulsaron a viajar. Sufría de intensos mareos y ofreció al capitán todo su capital de viaje (25 000 francos) para que lo dejara en la costa española. Éste rechazó, por supuesto, con agradecimiento la oferta.

Santiago de Cuba fue nuestra siguiente parada. Por primera vez vi esclavos, en posesión de europeos. Visitamos la bella ciudad pese al tórrido clima. La entrada a la misma es espléndida. Compramos fotografías y buenos puros y tomamos baños (yo lo pedí caliente, porque refresca más que el frío). Sólo nos quedamos 24 horas.

El 7 de diciembre a las tres y media vimos encenderse a la luz del Sol el grandioso pico de Orizaba, aun antes de distinguirse la tierra. En el puerto de Veracruz se encontraba anclada la fragata austriaca *Novara*, la misma que trajo aquí al emperador Max. El barco mundialmente famoso dirigió, retumbante, su saludo férreo al embajador austriaco. El buen capitán Jary invitó a la legación, también a mí, a comer a las 4 horas. El calor era indescriptible. Tocaba la música del barco, y al llegar e irnos retumbaron otra vez los cañones.

Después del fastidioso desembarco pisamos la tierra que debía proporcionarnos un futuro, pero donde tantos de entre nosotros habrían de perder la vida. (De los belgas de nuestro barco, la mitad murió en Tacámbaro.)

Veracruz es una ciudad sucia y estrecha que tiene mala fama por su terrible clima y formidable calor. En la noche hizo 35 grados Réaumur [= 44 grados centígrados]. Los muros medio destruidos de la fortificación y el totalmente arruinado Castillo de San Juan Ulúa representan sus obras de defensa. Los soldados mestizos y descalzos, vestidos sólo con un pantalón y una camisa de lino, dan poca credibilidad a la fuerza defensiva de México, pregonada por los franceses en todo el mundo, y al ejército formado por la *Grande Armée*.

Hay dos tipos de comerciantes grandes: los honrados y acomodados alemanes, y los nacionales, pobres y tramposos. Las tiendas (de abarrotes) llegan a pertenecer también a aventureros franceses; los cafés, a italianos; los restaurantes, otra vez a franceses. Los españoles de vieja casta [criollos] tienen muy mala fama. Conocí a médicos alemanes y austriacos a quienes hay que rendir los mayores elogios por su abnegación en los tiempos de la fiebre amarilla, esta enfermedad terrible que arrebata al cabo de pocas horas.

El club alemán es como un pedazo de la patria. ¡Cuánto oímos allí sobre oficiales sobornables, sobre contrabando y fraude, sobre arreglos con la aduana, con las autoridades! No pudimos creerlo, pero ¡qué cierto es! Napoleón se había apropiado de los ingresos bastante considerables de las aduanas, para asegurar por decirlo así, la deuda mexicana. Ahora bien, sé que se robó a un alemán en su viaje de

regreso todo lo que llevaba con él, porque está prohibida la "exportación de oro". ¿A qué bolsillo iría a parar?

El mariscal Bazaine tenía para beneficio propio dos grandes alma-



El mariscal François Achille Bazaine (1811-1888) era el general en jefe de las tropas francesas en México y el verdadero soberano del Imperio mexicano. El emperador Maximiliano dependía de Bazaine sobre todo en los aspectos militar y financiero. Bazaine había combatido por Francia en la guerra de Argelia, en la de Crimea y contra Austria en 1859, y era considerado especialista en la lucha contra guerrilleros, antes de que se trasladara a México y obtuviera rápidos triunfos contra los republicanos en 1863 (por ejemplo en Oaxaca).

cenes en la ciudad de México, por supuesto registrados bajo otro nombre. Las mercancías de seda, guantes y otros artículos de moda llegaban con los buques de guerra franceses, no pagaban aranceles, como es de comprender, se transportaban a la ciudad a expensas del Estado y allí se vendían mucho más baratos de lo que podían hacerlo los almacenes del lugar, lo cual arruinó a muchísimos comerciantes, también franceces. ¡Una digna manera de obrar para un mariscal! Esto no lo incluiría Kératry en su llamado "escrito de defensa" que me envió.[1]

En Veracruz estaban apostados los batallones de negros que Napoleón había recibido como amistoso obsequio del jedive egipcio Ismael. Habían sufrido ya muchas bajas y siempre tenían que ir al frente, pues, como me lo indicaron unos oficiales franceses, sólo habían de emplearse como *chair-à-paté* [literalmente "carne para empanadas", carne molida]. Eran nubios color negro azabache en trajes blancos, con el fez sobre el cráneo lanudo. A juicio de los oficiales austriacos, se portaron muy cumplidamente en el combate contra las tropas de Figueroa [un temido general republicano de la tribu de los guatecomacos]. Sólo pocos de estos pobres volvieron a su patria.

1 Emile Kératry, *La Contreguerilla française au Mexique*, París, 1867. Es probable que Kératry haya sentido tanta animadversión por los austriacos como Khevenhüller por los franceses.

El único hotel aceptable en Veracruz nos alojó sólo brevemente, pues la legación austriaca quería seguir el viaje a la capital al día siguiente en la diligencia. Los señores parecían tener miedo de la fiebre amarilla.

La mañana siguiente nos encontró en un miserable vagón del recién construido ferrocarril. Nos precipitamos sobre pantanos y llanos, a través de bosques y sabanas hasta el Paso del Macho; después de tres horas de camino, ocupamos la caja de una diligencia de doce asientos, los cuales colgaban en correas de cuero y no prometían ser ningún nido de edredón. Tres mulas en la lanza, una como *outsider*, cuatro adelante, formaban el equipo vivo para nuestro vehículo, junto con un cochero y un mozo (se trata de un muchacho que como en España tiene la tarea de animar a las mulas a pedradas). Con terrible estruendo, griterío y sacudidas el pesado aparato se puso, chirriante, en movimiento. Las maletas fijadas encima de la cubierta amenazaban con romperla, pero el tiro se abalanzó inconteniblemente sobre el intransitable "Camino Real" hasta Córdoba, donde debíamos pernoctar. El grupo consistía en Thun, Lago, Tavera, Széchényi, varios miembros de la legación y yo.

Camerón, la terminal del ferrocarril, y Córdoba están todavía en la Tierra Caliente. Atravesamos magníficos bosques que realmente pueden con toda justicia llamarse "selvas". Elevados árboles arqueaban las copas para formar un techo casi impenetrable. Y los bejucos que llegaban hasta el suelo se unían en masas muy compactas que limitaban la vista a pocos pasos. El camino, pese a que la temporada de lluvias había terminado hacía mucho, se encontraba en terribles condiciones. Pero ¡si había un *ministre de Communication* [ministro de Comunicaciones, un francés]!

Subimos a las cumbres, o sea, las empinadas cuestas que forman la meseta de la Tierra Templada. Se conocieron por los primeros grandes combates que los franceses libraron en el país. En forma constante nos acompañaba un pequeño número de tipos harapientos sobre miserables caballitos, la escolta de la diligencia que se relevaba de esta-

portar cargas bastante pesadas, que las más de las veces lleva en la cabeza, y es increíblemente frugal en la comida; un puñado de frijoles y unas cuantas tortillas (tortas de maíz planas y suaves) le bastan completamente. Estos hombres son, al mismo tiempo, honrados y leales, soldados valientes y constantes apegados a su comandante. Forman 4/5 de la población total.

No es posible decir otro tanto de los mestizos, que heredaron todos los defectos de las dos razas, pero que a cambio no poseen ni una de sus buenas cualidades. Éstos constituyen la clase media.

Sólo pocos blancos puros viven en el país. En su mayoría son grandes propietarios (hacendados), grandes comerciantes o abogados (licenciados), de los que hay algunos en cada ciudad, pero entre éstos aparecen también muchos mestizos. Entre el clero hay muchos indios.

El palacio en el que reside el emperador —llamado "Palacio Nacional"— se encuentra sobre la gran plaza, la Plaza de Armas. Es un edificio alargado de un piso con un gran patio dividido en dos partes. Una de ellas tiene un jardín bastante atractivo. El palacio nunca se terminó de construir. La guardia de la puerta está a cargo de suavos [tropas francesas escogidas, de Argelia]. Esto causa una impresión extraña tratándose de un emperador "mexicano".

El segundo costado de la gran plaza está ocupado por la soberbia



México: la Plaza de Armas con la catedral. A la derecha el Palacio Nacional, donde residía la pareja imperial, a la izquierda el Ayuntamiento, la sede del concejo municipal.

catedral, construida en el más puro estilo renacentista. El tercer lado lo forma el palacio de gobierno, el Ayuntamiento, donde celebra sus sesiones el Congreso [debe ser: concejo municipal].

La calle principal, calle de Plateros, puede compararse con toda arteria principal de las grandes ciudades europeas. El Hotel Iturbide de esta calle, que es bastante bueno, recuerda mucho el Hôtel de la Ville en Venecia.

Al día siguiente de mi llegada hice una visita a M. Eloin, el segundo consejero de Estado. Es un ingeniero de minas belga, un hombre de cultura inspirado por la mejor voluntad, pero posee muy poca influencia. Un rival y antagonista de éste es el primer consejero de Estado Scherzenlechner, servidor de palacio, luego camarero con el emperador Max, maestro húngaro, que finalmente se ha vuelto aquí consejero de Estado, un hombre grosero, arrogante e ignorante que ejerce la más perjudicial influencia sobre las circunstancias internas.

Su Majestad me recibió en audiencia. El emperador se mostró muy condescendiente. Le entregué cartas de su madre, la archiduquesa Sofía. Su figura alta e imponente con la barba rubia corrida y larga, sus nobles rasgos, ejercen una fuerza mágica sobre sus alrededores. Los conceptos ideales que defiende no se adaptan, desgraciadamente, a estos tiempos turbulentos e inquietos. Él ama a los hombres por igual, sólo ve sus buenas cualidades. ¡Cómo quedará defraudado!

Mi propósito era ingresar al cuerpo austriaco. Había ido a México como capitán de caballería austriaco con una licencia de seis meses. El emperador me nombró capitán de caballería de los húsares, con el grado de comandante de escuadrón.

En la noche hubo un baile en la corte. Los oficiales asisten de civil. El salón es muy amplio, está adornado con los retratos de tamaño más grande que el natural del emperador y la emperatriz, los salones contiguos son espaciosos y la servidumbre está compuesta en su mayor parte por indios de librea roja. Toda la sociedad mexicana estaba representada allí, las mujeres de un tipo netamente español, con ardientes miradas y vestidos parisienses; los hombres, menudos con rasgos inquietos. Hormigueaba de oficiales franceses.

Bazaine también estaba presente. Se le veía lo taimado en la cara gruesa y los ojillos penetrantes. De cuerpo es un enano, gordo e informe como un gnomo, además la barba rala, la enorme calva: realmente una figura espantosa. El emperador acaba de obsequiarle un palacio por su boda con la señorita La-Peña. Esta La-Peña es hija de un archiliberal. Su influencia sobre el viejo que tantos años le lleva

probablemente no sea buena. [Bazaine tenía en ese entonces 53 años de edad, 36 más que su esposa.]

Supe que un joven mexicano, Erazu, un amigo de la infancia de la mariscala, le pidió un baile, a lo que el mariscal indicó al joven: "La mariscala elige, ¡y no se deja elegir!" ¡Como una testa coronada!

El mariscal ofrecía bailes; asistí a uno que tuvo lugar dos días después del baile de la corte. La noble pareja estuvo sentada en asientos elevados, formó el *cercle* e imitó en todos los sentidos la corte de Napoleón. Fue para morirse de risa. Circulaba en ese tiempo la buena anécdota de cómo se hizo mariscal Bazaine. Fue a consecuencia de la audaz expedición a Oajaca. Casi no se encontró con ningún enemigo. Costó muchos millones, que tuvo que pagar México, por supuesto; y al asunto se le dio una importancia desmesurada. Los oficiales franceses se reían de ello y siempre llamaban al mariscal *Le palefrenter manqué* ["el palafrenero malogrado"].

Sí, el baile de la corte representó para mí un momento sumamente decisivo, no sólo para mi estancia en México sino también después. Y aún ahora, al escribir esto después de casi 25 años, al componerlo de mis diarios de aquel entonces, una pena indecible me invade el alma, pues. . . bien, estaba apoyado en una de las grandes columnas que separaban el salón principal de la gran sala de recibimiento y contemplaba, pensativo, la concurrencia que procuraba divertirse. Las figuras desfilaban ante mí y mis pensamientos se limitaban muy poco a los suntuosos salones. Entonces pasó flotando una luminosa forma entre los brazos de un joven mexicano y una mirada me tocó, al pobre desconocido, que me penetró profundamente como un deslumbrante rayo. ¿Era un ángel del paraíso? ¡Nunca había visto nada semejante! Una silueta alta y esbelta con cara angelical. El espléndido cabello rubio rojizo le descendía hasta muy debajo de la cintura y estaba contenido por una redecilla adornada con diamantes. Unos grandes y negros ojos descansaron sólo por un segundo sobre los míos, y no obstante me creí y me sentí elevado arriba de las estrellas durante eternidades. . . ¿Cómo puede describirse la primera chispa del amor? ¡Cómo reproducir la sensación abrasadora que consume la sangre en las venas, para ceder de nueva cuenta a un frío glacial que hiela la obra del hombre!

Tambaleante, me aproximé a Erazu y le pregunté sin voz: "¿Quién es la dama de blanco que está con Romero?"

La respuesta fue la siguiente: "Leonor Adalid de la Torre, nacida Rivas. Lleva apenas seis meses de casada y su marido es imp. . . Sólo tiene 16 años".

En el siguiente descanso Erazu me presentó. Ella me dio la manecita, que permaneció por un instante en la mía, ¡¡y nos miramos con tal intensidad!! ¡Nos habíamos hallado! ¿Tuve que venir desde tan lejos para perder el corazón en un instante? Sí, el destino había pronunciado una palabra de gran trascendencia. Este encuentro resultaría de importancia fundamental para mi vida en México.

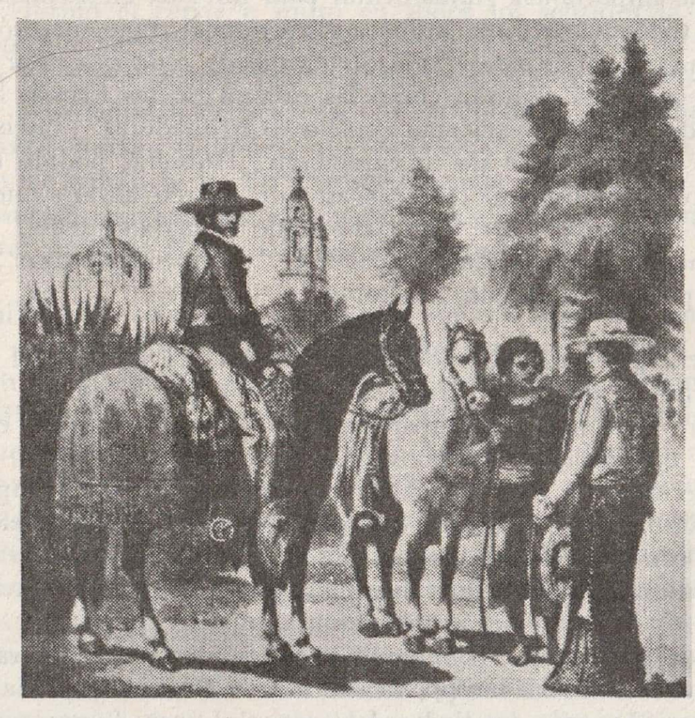
Pese a todo, ¡ojalá no la hubiera visto nunca! ¿Qué sucedió dentro de mí, que de tal manera pude olvidarme de todo por ella? Las terribles acusaciones se alzan como las cabezas de las Erinias ante mi horrorizada mirada y exclaman con voces arrolladoras: ¡Tuviste gran culpa en el terrible fin de tu emperador! Hubieras podido cambiar los sucesos. ¿Por qué no te arrancaste del férreo abrazo que sujetó en forma tan atroz tu ser? Pues ¡ante todo el sagrado deber! Tu emperador acudió a ti en grave necesidad. . . y no respondiste. No hay disculpa posible, fuiste un miserable.

La primera parte del cuerpo austriaco llegó a Puebla, y el general conde Thun al punto se dirigió a caballo de allí a México, para visitar a Su Majestad. Lo acompañaban un ayudante personal, el barón Malortie, originario de Hannover, y el conde Fünfkirchen, capitán de caballería de los ulanos mexicanos. Permaneció poco tiempo en la capital, fue bien recibido en general y reguló la relación del cuerpo austriaco con los franceses. Se nos puso directamente bajo las órdenes de Su Majestad. Puebla fue designada para el cuartel general austriaco.

El 15 de febrero de 1865 recibí la orden de llevar un transporte de setenta caballos al cuerpo, de México a Puebla, y debía recibir las instrucciones más detalladas del coronel López. López, el famoso traidor [traicionó en 1867 la plaza de Querétaro que sitiaban los republicanos, por lo cual se pudo tomar prisionero al emperador Maximiliano], era de La Habana. Un hombre alto con el cabello rubio corto y bigote y una desagradable apariencia exterior, me recibió a su manera, seco y antipático. Tenía que marcharme temprano al otro día.

Los caballos, como todos en México, acababan de apresarse con el lazo, pero eran animales robustos, casi todos machos y ninguna yegua, de colores inusitados —roanos, bayos, píos y rucios rodados—, 15 puños de alto y sumamente resistentes. El mexicano les da alimento y agua sólo por la noche. A las tropas nacionales no se les ocurre

estregar los caballos; a éstos y a las mulas sólo se les da cebada o maíz. No hay avena en México. Después de una salida los caballos suelen llevarse, en el corral (un gran patio que hay en todas las posadas), a un rincón donde ellos y las mulas se revuelcan en la arena colocada allí especialmente para eso. Entonces se los limpia con estropajo. La mayoría anda sin herraduras. Los nuestros sólo las tenían en las patas delanteras.



Jinetes mexicanos en el traje nacional, el de charro.

Mi compañía consistió en un subteniente muy joven ataviado con uniforme de fantasía. No le faltaban, sin embargo, la capa ribeteada en oro ni el largo sable. Asimismo, 28 hombres de la guardia, armados de malas carabinas y el machete (pronúnciese "matschéte"), una espada recta en vaina de cuero y colocada en la silla debajo del estribo de la izquierda. Su vestimenta se componía de un jubón de cuero, un sombrero ancho y distintos tipos de pantalones metidos en fundas de cuero, las cuales son imprescindibles debido al gran número de plantas espinosas.

La marcha duró cuatro días. Me sorprendió que no fuéramos agredidos por los muchos salteadores de caminos que robaban la diligencia casi todas las semanas. Nuestros hombres seguramente hubieran puesto pies en polvorosa al primer tiro.

La ciudad de Puebla, con sus tejados planos y las ventanas con sus balcones produce una impresión muy agradable. Las dos alamedas (paseos públicos) son encantadoras, con sus exóticos árboles y arbustos. Por la noche se reúne allí toda la ciudad, sentados los más sobre los bancos de piedra encajados en los bajos muros calados. Las españolas * sólo andan a pie en la iglesia o cuando en la noche hacen sus compras en las bien iluminadas calles y arcadas. Al pasearse por la alameda permanecen recostadas en un rincón de sus carruajes cerrados, que a paso lento se siguen el uno al otro.

Sólo en el gran Paseo de México se ven, entre las 6 y las 8 horas, cientos de amazonas y de jinetes, estos últimos vestidos con el traje de charro (tscharro), el traje nacional mexicano, sobre espléndidos caballos. Este traje consiste en una chaqueta negra y pantalones negros y muy ajustados guarnecidos de cientos de botoncitos de plata, enormes espuelas y el sombrero, que a menudo tiene un diámetro de 2 1/2 pies y es de fieltro blanco o gris, además de estar ricamente bordado en oro. El saludo de las damas es singular. Consiste en un animado juego de los dedos, para lo que la dama en cuestión saca la mano de la ventanilla. ¿Qué origen tendrá esta extraña costumbre?

El cuerpo estaba formado casi a la mitad para fines de febrero. Yo me encargué sólo de sesenta húsares, quienes debían constituir el 5º escuadrón. Los demás apenas iban a llegar con el siguiente transporte. Nuestro cuartel era un convento agujereado por balas de cañón que en un entonces debió haber sido grandioso: arcadas interiores en los tres patios, jardines con fuentes secas ya, muchos naranjos y otros árboles, y escaleras empedradas. Debajo de las arcadas se quedaban los pocos caballos que habíamos recibido hasta el momento.

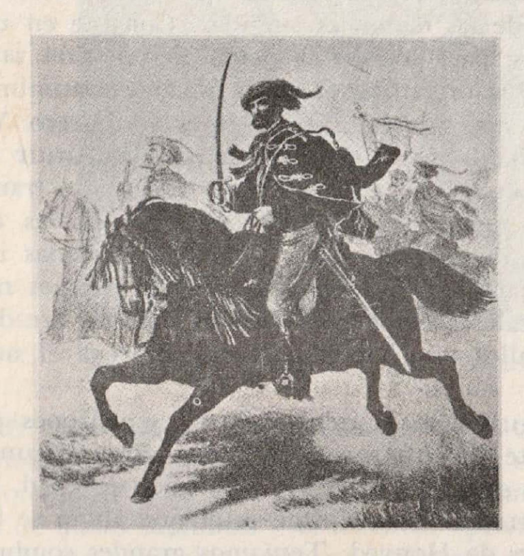
Mi tropa consistía, al igual que la de los otros escuadrones de húsares, casi exclusivamente en húngaros, exceptuando a algunos bohemios y eslovacos, todos gente de entre 25 y 30 años de edad, figuras fuertes con barbas cerradas. El uniforme es el que ahora se ha introducido para los húsares de Honvéd. Teníamos grandes sombreros redondos de fieltro adornados con una pluma de águila, pantalones rojos y ajustados, una blusa azul, la *attila* [chaqueta (T.)] para colgarse en los hombros, de tela verde con cordeles blancos, los ofi-

* *Sic;* criollas [T.].

ciales con cordeles de plata, y un abrigo pardo con capucha. Las armas: el sable austriaco, una pistola con sistema de cápsulas, cuatro hombres por sección con carabinas de caballería, lo cual se nos hacía muy poco. Estábamos enfrentándonos a la guerra de guerrillas, y para ella 16 hombres por escuadrón con carabinas no era en absoluto suficiente. A caballo, un hombre sólo acierta con la pistola desde muy cerca: la línea de tiradores debe estar formada, por lo tanto, siempre por los mismos 16 hombres que sepan manejar esta arma.

Mis oficiales eran el segundo capitán de caballería Von Bubasizy, el primer teniente Von Kavetzky, el primer teniente Farkas, el teniente Tyboldt, el teniente barón Kulmer.

El *28 de febrero* fui a Orizaba con los capitanes de caballería Von Czeke y Aue para recoger otra parte nueva de mi escuadrón. ¡28 millas alemanas [unos 210 km] en dos días con el mismo caballo! Contaba en ese entonces con un pequeño caballo bayo, apenas de catorce puños y medio, que había escogido del transporte llevado por mí a Puebla y que no volvió a abandonarme durante todo el tiempo que permanecí en México. Era un animalito bueno, maravillosamente resistente, y se llamaba *Kakas* (gallo).



Los húsares formaban el único regimiento del cuerpo de voluntarios compuesto por una sola nacionalidad. Su uniforme también era húngaro.

Posteriormente nos enteramos de que los guerrilleros habían querido apoderarse de nosotros tres en Palmar.

Tuvimos que esperar ocho días en Orizaba. Por fin llegó la orden para emprender la marcha, las tropas por supuesto a pie, pues para ellas no teníamos aún caballos.

Hicimos el primer alto nocturno en un cementerio abandonado con una iglesia medio en ruinas. Acampamos en el cementerio. Yo me acomodé entre dos tumbas medio hundidas. Después de haber hecho el rancho estiramos los fatigados miembros sobre las mantas de los caballos, y pese a la intranquilidad que reinaba en el campamento, tuve la oportunidad de admirar la magnífica noche. Por supuesto, se habían apostado guardias, como lo exigían los turbulentos tiempos.

A la una de la madrugada nos despertaron tiros y la señal de alarma. Los húsares gritaron "hurra" y se precipitaron a la oscuridad. Escuchamos, entonces, cómo una banda de guerrilleros se alejaba a todo galope. ¡Aun sobre el camino principal se atacaba a las unidades de tropas! ¡Ésa era la *pacification* tan pregonada por los franceses!

En Puebla me alojé en una casa particular junto con el capitán de caballería Von Susani (quien posteriormente murió de un tiro en el combate al sur de Tesuitlán). Pagaba 18 pesos (36 kreutzeres de plata) mensuales y disponía de una habitación y un cuarto de servicio. Mi criado particular se llamaba Vazya, un hombre muy fornido y bueno que sólo hablaba húngaro. Los puros son regulares, producidos en el país, los cuatro por un real, o sea, cada uno por cuatro kreutzeres de plata. Comía en el hotel de la diligencia por 18 pesos al mes, con almuerzo y comida. Los cadetes compartían el rancho. Yo tenía tres: el conde Zsiga Zichy, Della Sala (que ahora está en Egipto) y Von Variassy (que ahora es redactor del *Tempo* y se casó con la hermana del general Bombaky; reside exclusivamente en París).

Son muy frecuentes las riñas callejeras, en las que la policía sumamente andrajosa, los "vigilantes", anda a palos con los vagabundos, los "léperos". Los robos a las casas no son nada raros. Cada lépero toma, sin embargo, el partido de sus camaradas. Las mujeres completan, chillando, el hermoso espectáculo.

Las calles las barren prisioneros encadenados, pero sólo muy descuidadamente, como es de esperar. En las poblaciones de las afueras se encargan del trabajo de la limpieza los zopilotes, pequeños abantos negros. Éstos se sientan en inmensas cantidades, cuando no están comiendo, el uno al lado del otro con las alas estiradas sobre los bordes de los techos planos de las casas, para asolearse.

Entre los prisioneros conocí a un moreno indio de raza pura llamado José Ribeira; limpiaba el cuartel. Éste me pidió de rodillas que lo incorporara a mi escuadrón. Estaba prisionero desde la audaz expedición del mariscal a Oajaca. El hombre me simpatizó y le pedí

el permiso a Thun. Era un precedente y sólo lo conseguí con muchos trabajos.

Estaba hablándose mucho de la prolongación del ferrocarril desde Córdoba-Camerón hasta Puebla y México. Había muchos ingenieros americanos e ingleses en Puebla con todo y sus familias por ese motivo. Pero el ferrocarril luchaba contra dificultades particulares. La misma inseguridad contribuye mucho a dilatar el trabajo, así como los formidables obstáculos del terreno, que consisten principalmente en los profundos pantanos y en escalar las cumbres.

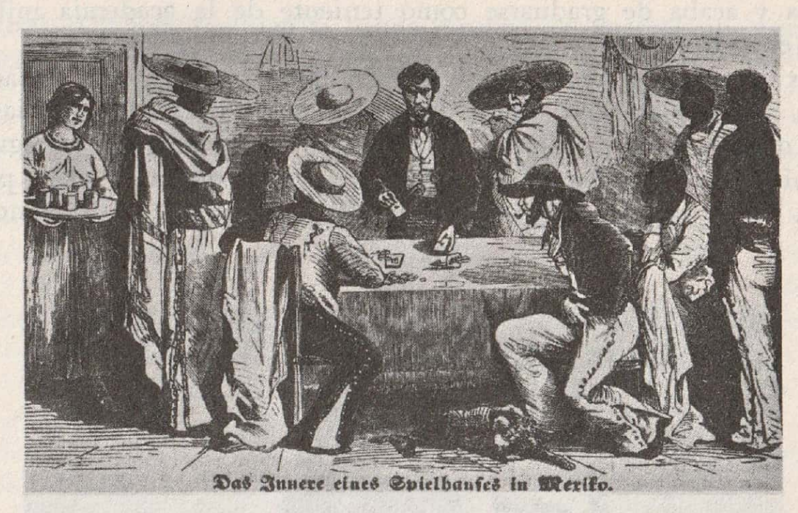
Se supone que todo está ya trazado y alineado. El túnel de las cumbres deberá medir, sin embargo, una milla y media [unos 11 km]. La elevación asciende a siete mil pies [2 100 m], la distancia de Veracruz hasta México es de entre setenta y ochenta millas [una milla alemana = unos 7.5 km]. Dicen que la línea estará terminada en dos años. Bueno, les deseamos suerte, pero no lo creemos.

Se habla de costos de doscientos millones de dólares, lo que probablemente sea muy exagerado. Deben contar, por supuesto, con grandes réditos, pues este ferrocarril es la única arteria del país dado que hasta la fecha no ha existido comunicación regular alguna con el mundo desde el Norte hasta el Sur. A ello se agregan en el Norte las praderas intransitables pobladas por tribus de indios salvajes, la falta siquiera de un solo puerto decente en el Oeste, y los pantanos, las enfermedades y las ciudades rebeldes al Sur. Yucatán ha recibido ya algunas compañías de cazadores (austriacos) y una unidad de la legión extranjera francesa, compuesta casi enteramente por alemanes. Pero probablemente resulten pocos para esa tierra de mosquitos.

El conde Theodor Széchényi pasó por aquí; en México sufrió una grave difteritis que casi lo llevó al borde de la tumba. Parece estar harto del país. Se dice que sólo hizo el viaje aquí por algún disgusto y porque le dio calabazas la bella Hanna Erdödy.

En las posadas por la noche sólo se veía a hombres jugando. El juego nacional es el monte, una especie de *Landsknecht*. Con frecuencia llegué a ver miles de monedas de oro, onzas de a 16 pesos, extendidas sobre las alargadas mesas de juego. En ello los nacionales gustan mucho de mezclarse con los oficiales austriacos, quienes a menudo desean deshacerse de su alto sueldo en Puebla después de meses de llevar una vida errante.

Por lo demás, rara vez se veía a los señores mexicanos de las clases educadas. Nunca invitan a su casa, aunque constantemente se traen en la boca la frase: "Mi casa está a su disposición." Las mujeres también son muy reservadas. Su conversación es nula, y pasan todo el



El interior de una casa de juego en México.

día fumando cigarros en la hamaca. El mobiliario de los salones es también sumamente primitivo, ya que consiste tan sólo en dos hileras de asientos arrimados contra las paredes y en varios *tabourets* [taburetes; asientos bajos tapizados, sin respaldo] colocados junto a las ventanas o, en verdad, las puertas de los balcones. Por la noche se realiza la misma maniobra como en España: Kurmacher canta a su querida desde la calle, melodías improvisadas acompañadas por la mandolina.

Acabamos de recibir la noticia de un combate en Tesuitlán. Varias compañías austriacas bajo el mayor Kodolitsch atacaron esta población ocupada por unos mil disidentes. El enemigo se retiró, pero se llevó a sus muertos y heridos, de modo que no puede asegurarse con precisión el monto de sus bajas. Los cazadores perdieron al buen capitán Hassinger y a cinco hombres y tuvieron treinta heridos, entre ellos también Kodolitsch, quien recibió un tiro en la pantorrilla (¡un milagro con lo flaco que es!). Seguramente inflará la historia para sacar provecho de ella. El conde Karl Herberstein recibió un peligroso tiro en el pecho. (¡Murió de las consecuencias en Nápoles en el año 1869!) Ambos heridos se encuentran en condiciones relativamente buenas.

Una segunda noticia fue menos alentadora: el teniente Bekec cayó en manos de los liberales junto con algunos cazadores durante una expedición. Se dice que lo fusilaron con toda la tropa. Bekec es

croata y acaba de graduarse como teniente de la academia militar de Neustadt.

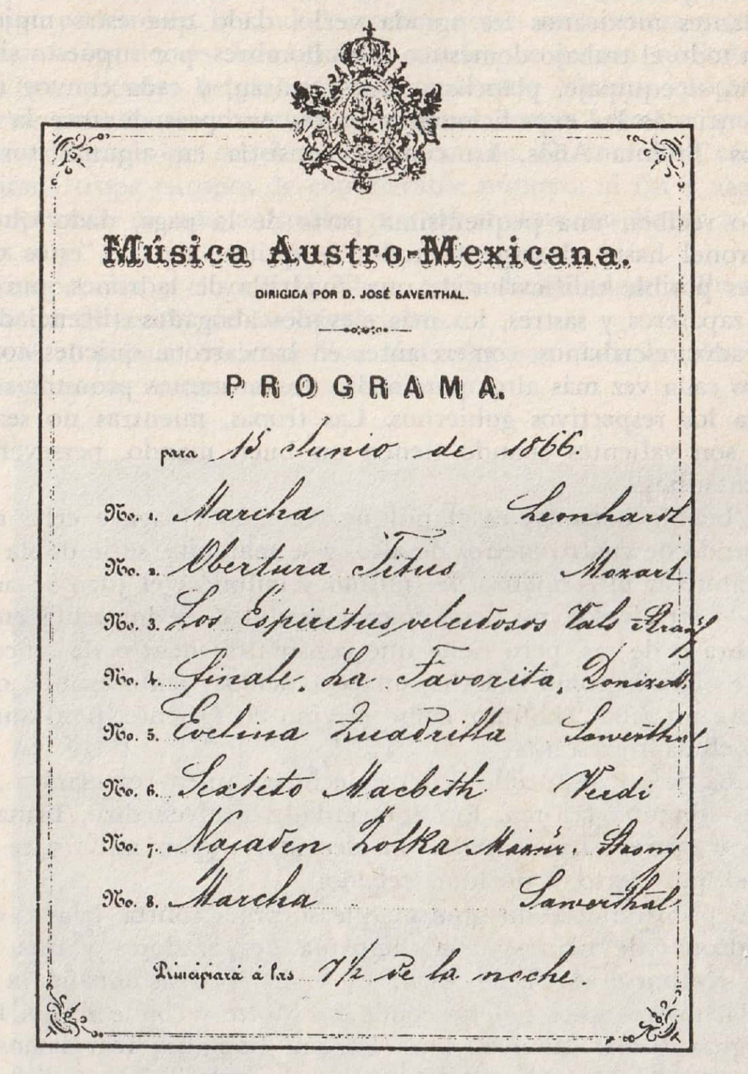
Las corridas de toros de Puebla son famosas. El pueblo de aquí, tiene, al fin y al cabo, sangre española en las venas. El entusiasmo es el mismo. A mí me parecen crueles y sólo rara vez asisto a alguna.

Quien por la noche no se dedica al juego acude a la plaza principal, sembrada de hermosos pimientos, delante de la espléndida



El barón Alphons von Kodolitsch. Dirigió a las tropas austriacas durante el primer combate, victorioso, de Teziutlán. Las ciudades de Teziutlán y Zacapoaxtla, conquistada al poco tiempo, eran importantes como puntos de partida para la conquista de la sierra del Norte. Kodolitsch recibió, por lo tanto, las altas distinciones correspondientes. Pero estos triunfos no resultaron en ventajas reales, como pronto habría de ponerse de manifiesto: las tropas imperiales eran lo bastante fuertes para tener ocupadas las plazas, pero no para imponerse en los alrededores. Infructuosas escaramuzas causaron muchas víctimas durante los siguientes meses.

catedral. Allí toca también la banda musical del cuerpo, que consiste en sesenta hombres y está a cargo del director Sauertal.



Música Austro-Mexicana.

DIRIGIDA POR D. JOSÉ SAVERTHAL.

PROGRAMA.

para 15 Junio de 1866.

No. 1. Marcha — Leonhardt
No. 2. Obertura Titus — Mozart
No. 3. Los Espíritus veleidosos Vals — Strauss
No. 4. Finale. La Favorita, — Donizetti
No. 5. Evelina Cuadrilla — Saverthal
No. 6. Sexteto Macbeth — Verdi
No. 7. Najaden Polka Mazur. — Strony
No. 8. Marcha — Saverthal

Principiará á las 7½ de la noche.

Programa de la música militar austriaca en México.

Otra mala noticia: el mayor francés y comandante de la plaza de Veracruz fue muerto en el combate con veinte hombres de las tropas negras.

Hace poco visité a las tropas mexicanas en un convento contiguo.

Los pobres diablos del 5º regimiento estaban ocupados en ese momento con el rancho. La comida les es preparada por sus propias mujeres, pues muchos soldados viven en amancebamiento. A los comandantes mexicanos les agrada verlo, dado que estas mujeres les hacen todo el trabajo doméstico a los hombres, por supuesto sin paga. Cargan el equipaje, planchan, lavan, guisan, y cada convoy tiene la apariencia de las expediciones militares europeas durante la Guerra de los Treinta Años. La comida consistía en algunas tortillas y frijoles.

Sólo reciben una pequeñísima parte de la paga, dado que desde el coronel hasta el sargento todos le quitan algo. A estos oficiales sólo es posible calificarlos de una cuadrilla de ladrones, puros antiguos zapateros y sastres, los más elevados abogados (licenciados) degenerados, escribanos, comerciantes en bancarrota, quienes consiguen títulos cada vez más altos por medio de constantes pronunciamientos contra los respectivos gobiernos. Las tropas, mientras no sean mestizas, son valientes cuando tienen un buen mando, perseverantes y contentadizas.

La bebida nacional es el pulque. Cuando el agave echa el tallo, a menudo de cuatro metros de alto, y se marchita, se le dobla el tallo para ahuecar el comienzo del mismo y entonces el jugo se acumula. Cuando está fresco, no tiene color y es dulce. Se fermenta en cueros de cabra o de res, pero tiene que consumirse dentro de cinco o seis días. Es blanco como la leche, un poco ácido y embriagante, conserva siempre un sabor chotuno, como el vino en Oriente, pero aun así es una bebida refrescante.

Acaba de ser destituido Scherzenlechner, quien regresará a Austria. No es ninguna lástima. Era un verdadero advenedizo, brutal hacia abajo y rastrero hacia arriba. Le decían el "gran mu", y se parecía mucho, por cierto, a un buey cebado.

Está preparándose un gran ataque sorpresa contra Jalapa, con tres escuadrones de ulanos, una compañía de cazadores y una batería. Debe realizarse el 14 de abril. El 6 de abril acompañé la batería con 34 húsares y los cadetes conde La Motte y conde Zichy. Hicimos 14 leguas diarias [unos 60 km]. En San Ildefonso regresamos.

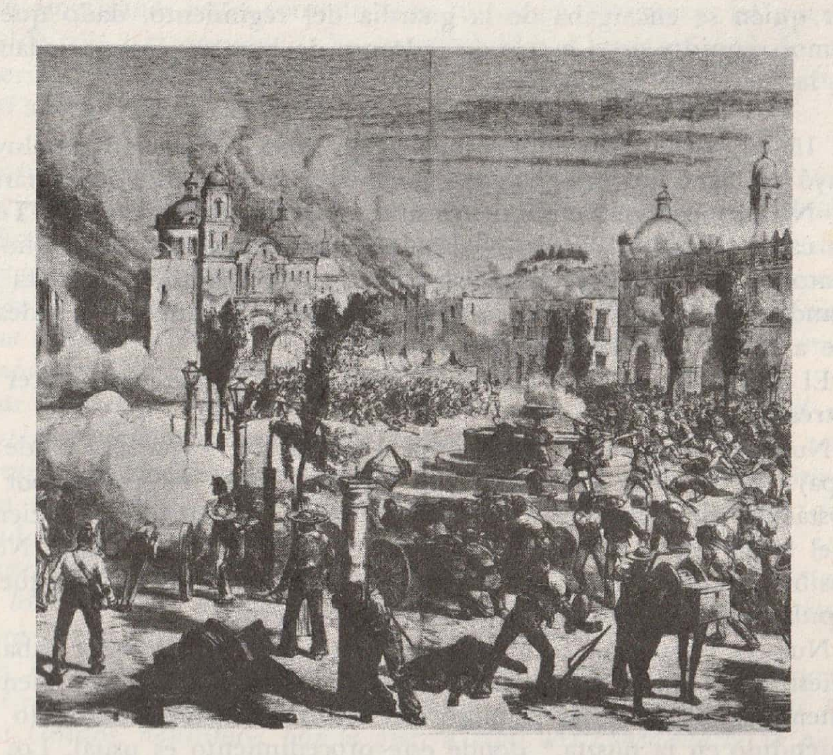
Hoy, el *9 de abril,* se toma por asalto Chachapulco. Escuchamos claramente el tronar de los cañones, probablemente por el aire puro de la meseta alta.

Todavía no he logrado montar [proporcionar suficientes caballos] por completo al escuadrón. El entrenamiento y la instrucción de las tropas dan mucho que hacer.

Supe que trescientos belgas y cien nacionales, bajo el mando de un mayor belga, fueron tomados prisioneros en Morelia. Acababan de comer, sin haber tomado ninguna medida de seguridad, cuando el enemigo penetró en la ciudad, mató a quien se resistiera y tomó prisioneros a los demás. Los oficiales mexicanos fueron fusilados en el acto. Los oficiales belgas estaban comiendo. Algunos quisieron defenderse pero fueron muertos, así como el doctor Lejeune, quien hizo la travesía conmigo en el mismo camarote. Es increíble cómo una ejercitada tropa europea de considerable número, al fin y al cabo, se deja derrotar, es más, aniquilar por tal chusma sin llegar a usar las armas.

El emperador y el general Thun están dirigiéndose a Perote para asumir la dirección de las operaciones.

Envié al primer teniente Von Kavetsky con doce hombres a Tulancingo, para recoger a unos prisioneros.



Los combates librados por el cuerpo de voluntarios belga en Tacámbaro en abril de 1865, que concluyeron con desoladoras bajas para los imperiales.

Los franceses introdujeron un terrible castigo aquí entre sus tropas; aprendieron a emplearlo en África. Se mete al delincuente en un profundo hoyo cuyo fondo es tan estrecho que no puede ni sentarse ni acostarse, pero la apertura es más ancha. Con frecuencia se le deja allí durante dos o tres días, y tiene que hacer sus necesidades en el mismo lugar. Hace poco llegué a escuchar los terribles alaridos de uno de estos desdichados.

Ha comenzado la temporada de lluvias. Éstas son todavía moderadas, pero los caminos ya están en muy malas condiciones. Los árboles se cubren magníficamente de hojas.

Llevarán a Puebla a Herberstein. El tiro que recibió en el pecho es muy peligroso, pues la bala está arriba del corazón. Probablemente no sobreviva por mucho tiempo. Vive conmigo.

Anteayer todos los capitanes de caballería de nuestro regimiento fueron a recibir al emperador a Tlaxcala. Echamos los dados para ver quién se encargaba de la guardia del regimiento, dado que tenemos reunidos aquí a tres escuadrones de húsares. Desgraciadamente, la suerte me tocó a mí.

El 15 de abril parece que comenzó en serio la estación de lluvias. Cayó un aguacero tan violento como allá no podemos imaginárnoslo. No hay paraguas ni impermeable que sirva frente a eso. Todas las calles estrechas tienen piedras cuadradas al centro para que los peatones puedan atravesarlas. A veces, sin embargo, hace falta dar grandes rodeos si se quiere llegar a la meta. Es imposible vadear a pie a través de estas corrientes.

El correo llegará aquí dentro de ocho días y piensa permanecer dos o tres días en Puebla.

Nuestras tropas no lograron nada en la sierra (o sea, la de Jalapa). Es la pura selva allí. Las fortificaciones, reforzadas por los obstáculos del terreno, se han vuelto casi inexpugnables. El tiempo y el clima están espantosos. Siempre sufrimos muchas bajas. No es posible establecer con seguridad las del enemigo invisible [porque los republicanos siempre se llevaban a sus muertos].

Nuestra ocupación cotidiana es el servicio, amaestrar los caballos, adiestrar las mulas, de las que tenemos veinte por escuadrón. Siempre tenemos que apresarlas primero con el lazo. Muchos húsares lo han aprendido en la puszta,* donde este procedimiento es usual. Los oficiales lo practicamos también aplicadamente a caballo. Hay que tener

* *Sic*; posta [E.].

una silla mexicana. En cuanto se arroja el lazo, rápidamente se enrolla un extremo alrededor del pomo redondo del arzón y se da vuelta al propio caballo, que entonces se apoya para resistir el choque.

10 mayo 1865. Anteayer salí a caballo con el capitán de caballería conde Wickenburg (se dio un tiro después de regresar a Hungría) para recibir la diligencia. Su esposa e hijo vienen de Europa. ¡Qué decisión para una mujer con su niño! ¡Un viaje tan largo y la vida de un oficial en México!

El emperador se encuentra en Orizaba ahora y vendrá aquí dentro de algunos días. Se dice que allí quiere adquirir una hacienda. Pero las malas lenguas afirman que eso se debe a la cercanía de Veracruz [o sea, del puerto, donde estaban anclados los barcos europeos].

El general Thun parece haber comprendido la inutilidad de su empresa, dado que no ha avanzado más en la sierra del Norte.

Los americanos están concentrando tropas en Monterey. La guerra civil de allí ha terminado. Es inconcebible el pensamiento de un Imperio al lado de esa República infame. ¡Qué error cometió Europa al no apoyar con tiempo al Sur!

La conclusión de la guerra civil norteamericana en abril de 1865 tuvo gran trascendencia para el Imperio de México. Más que nunca, los Estados Unidos apoyaron a los republicanos bajo Juárez, por una parte con armas, por otra, sin embargo, con la opinión pública del país, que se declaró terminantemente a favor de una República mexicana y que consideró violada la doctrina Monroe ("América para los americanos") por un Imperio bajo un príncipe europeo.

Los imperiales tuvieron que contar ahora con la posibilidad de un ataque estadunidense por el Norte. Bazaine dio la orden de concentrar las tropas diseminadas en todo el país para poder hacer frente a un ataque. Para ello los imperiales tuvieron, sin embargo, que abandonar otra vez muchas poblaciones y regiones conquistadas con grandes sacrificios de sangre. Su lugar fue ocupado de inmediato por los juaristas, quienes a menudo tomaron sangrienta venganza contra los partidarios civiles de los imperiales.

En Francia aumentó el resentimiento contra la aventura mexicana. Una de las condiciones previas había sido la posición de los Estados Unidos, debilitada por la guerra civil. Al consolidarse la política estadunidense habían disminuido radicalmente las posibilidades para Francia de tener algún éxito en México. A partir de este momento, Napoleón III trató de retirarse de México.

Hoy temprano se marcharon cuatro compañías de cazadores y un escuadrón de ulanos a Oajaca. Formarán la guarnición de esta ciudad.

Hace poco murió el médico mayor Unger en una escaramuza. Estos médicos han comprendido mal su cometido. El emperador le otorgó, después de su muerte, la Orden de Guadalupe.

Ya lo creo que circulen rumores desfavorables sobre nosotros en Viena. La expedición se miraba de reojo; no obstante, el cuerpo se ha sostenido bien, hasta ahora, en cada ocasión y todo encuentro a mano armada, de los que ha habido muchos; algunos oficiales murieron como héroes, llevamos ya 350 austriacos muertos.

Hace poco se asignó a un muy joven barón Spiegel como cadete a mi escuadrón, un prusiano. Es una persona decente y culta; una bala le atravesó el pie en Düppel [batalla en las trincheras de Düppel durante la guerra danesa en 1864]. Posee la Medalla Prusiana del Valor.

Ayer por la noche llegó aquí el teniente coronel Zach. Asumirá el segundo mando de la división.

El 1º de diciembre deben de aumentar las pagas y cada comandante de escuadrón recibirá 180 pesos mensuales. A mí me parece demasiado, pero no durará mucho, de realizarse siquiera.

El calor comienza a ser insoportable. En el jardín del cuartel maduran las naranjas y otros frutos meridionales. Los colibríes vuelan por aquí en abundancia.

16 mayo 1865. Hoy tenemos que obligar a un oficial a dejar el servicio, lo cual es bastante desagradable. Pero así se limpiará el cuerpo. Sobre todo aquí hay que ser inexorable.

El *avancement* de los dos regimientos de caballería fue integrado en uno. No está bien, porque los ulanos no entienden el húngaro y los húsares rara vez hablan el polaco. Sólo espero que no haya transferencia de oficiales. El material de las tropas de ulanos consiste, en primer lugar, en cuatrocientos jóvenes polacos que se pasaron a Galitzia después de la insurrección polaca. Se les permitió ingresar al cuerpo. En segundo, en los soldados de caballería que no son húngaros, los alemanes, bohemios, italianos, etcétera.

Con frecuencia se oyen curiosas historias acerca del emperador, y el pobre a veces se mete en situaciones sumamente extrañas con los patanes de aquí. Hace poco un mexicano se aproximó al emperador en Tlaxcala con una carta petitoria, con el sombrero en la cabeza. El emperador, que siempre se viste de civil, se quitó el suyo y lo interrogó respecto a lo que quería. Entonces, el mexicano tomó la mano

del emperador con las siguientes palabras: "¡Cúbrase, por favor! Por mi no se moleste", lo cual por supuesto desconcertó, al principio, al emperador.



"Delegación de indios en el camino para visitar al emperador Maximiliano de México." En toda ocasión, Maximiliano demostró su preferencia por los indios, que él alababa como los verdaderos mexicanos, al contrario de los blancos. Pero los indios no tenían poder ni influencia y, en caso de peligro, no ofrecían ningún respaldo. La predilección por ellos provocó sólo la indignación y la burla de los poderosos, pero también de los austriacos.

Para comer, a menudo se sienta a su lado el ministro Ramírez. Este hombre escupe constantemente por todas partes, de modo que el emperador con frecuencia tiene que limpiarse el cuello salpicado.

Durante el viaje de inspección del emperador, a menudo se invita a la mesa a los ancianos de los poblados, indios medio desnudos. Estos tipos, que nunca utilizan el cuchillo ni el tenedor, frecuentemente se comportan en forma muy graciosa. Pero siempre observan con

mucha atención. Las más de las veces terminan, sin embargo, metiendo los diez dedos en el recipiente y el plato y dejando caer los huesos al piso. Pero los indios de pura raza nunca se embriagan. Al lado del emperador se sienta el intérprete, también un indio puro. Los puros rara vez hablan el español, sólo el azteca, que muchos españoles también aprenden de niños del ambiente que los rodea. El español desprecia al indio y lo llama "hombre sin razón", y a sí mismo, "hombre con razón", pero está muy equivocado, pues el indio vale cien veces más que el mestizo, que se cree blanco y extraordinariamente superior.

El emperador se divierte muchísimo escapándose de los que están a su alrededor durante estos viajes, lo cual les infunde un tremendo susto a los otros. Luego lo encuentran conversando en alguna pulquería con los habitantes, o paseándose solo en el bosque.

Nos exhortaron a escribir poco de política en nuestras cartas. Algunos oficiales se conducían efectivamente como reporteros de prensa, lanzaban historias exageradas al mundo, destacaban su papel en los combates: en una palabra, exageraban estas tonterías.

Las excursiones de caza y otras a los alrededores sólo son posibles, dada la inseguridad reinante, en compañía de muchos. Realizamos, por cierto, marchas de entrenamiento bastante agradables desde Puebla a los alrededores. En ellas pongo a los húsares a hacer el rancho al aire libre, para acostumbrarlos a ello.

20 mayo 1865. Hoy, el general Thun se trasladó a caballo con su ayudante personal Malortie, el mayor barón Bertrand y el capitán de caballería conde Fünfkirchen (excepto Malortie todos están muertos ya), para visitar al emperador en Jalapa, en la Tierra Templada. Los caminos están intransitables. Tardarán mucho. También hoy, mi escuadrón se cambió a otro convento (de monjas). Anteriormente, los tres escuadrones de húsares estábamos juntos. Pero una parte del edificio estaba inundada debido a las lluvias constantes, por eso tuve que salir.

22 mayo 1865 Puebla. Hicimos un agradable paseo a caballo a la población de Cholula, a cuatro leguas [unos 16 km] de distancia. En tiempos de Cortés era una ciudad de 150 000 habitantes, ahora es un pequeño pueblo ubicado en una bien cultivada llanura. En el límite del poblado se eleva un cerro bastante alto de adobes (ladrillos secados al aire) construido todavía por los aztecas. Unas estrechas escaleras conducen, dispuestas en forma radial, hacia arriba, y



"El Popocatépetl en México."

un camino para coches se tuerce en espiral hasta la cima, donde se encuentra una iglesia rodeada por un muro. Desde la altura se disfruta de la más hermosa vista: los imponentes montes cubiertos de nieve del Popocatépetl, Ixtaccíhuatl y la Malinche son visibles, así como en la llanura la lejana Puebla, y alrededor muchas ciudades, haciendas y ranchos. La plaza del lugar es un cuadrado regular, bordeado por una enorme iglesia construida al estilo del Renacimiento. En esta llanura los franceses tuvieron que sostener un gran combate de caballería antes de tomar Puebla por asalto.

Hoy tuve que mandar a 34 húsares bajo el primer teniente Von Kavetzky a Río Frío para acompañar el correo y para permanecer

allí. Los asaltos a la diligencia, que los franceses nunca quieren acompañar, aumentan en forma espantosa. Los *chasseurs d'Afrique* serán sustituidos por nuestros húsares. Asimismo, próximamente pasará por aquí el emperador, y Kavetzky lo acompañará hasta México.

Kodolitsch, el comandante nominal de nuestro regimiento, por fin recibió por parte de Thun la orden de venir aquí desde México, dado que la pantorrilla se le ha curado desde hace mucho y sólo quiere entretenerse.

Se dice que vendrá el archiduque Luis Víctor, pero no lo creo. Sin embargo, hubiera sido ventajoso.

23 mayo 1865 Puebla. Acaba de llegar el capitán Della Sala. En la sierra comanda a 1 500 guatecomacos [una tribu indígena]. Junto con el capitán de caballería conde Karl Kurtzrock, quien se encuentra en Yucatán con su escuadrón, quiere atacar a los liberales que se han atrincherado en Ahuacatlán, a cuatro leguas [unos 16 km] de él. Pero no quieren darle el permiso para ello, dado que son por mucho demasiado débiles para llevarlo a cabo. Los liberales disponen de fuerzas mucho mayores.

El cuerpo austriaco debe mantener el orden en la región desde Oajaca hasta México, y de allí hasta Camerón y Jalapa. Es una extensión equivalente a tres cuartos de Hungría y una tarea casi imposible para unas fuerzas tan reducidas, además de que son tiempos de guerra y frente a un enemigo de números muy superiores.

Anteayer llegaron otros treinta caballos de México. De ellos recibí diez, en total tengo ochenta. Todos están amaestrados ya, pero desgraciadamente no se adaptan muy bien en el tamaño a nuestros húsares, que son todos hombres altos. Pero cargan bien y aguantan.

El emperador hizo un empréstito con la bolsa francesa. Aquí se pierden, sin embargo, por cada napoleón [20 francos, con un valor de cuatro pesos] dos reales [1/4 peso], lo cual es una gran pérdida al tratarse de varios millones.

[Las condiciones del empréstito eran realmente muy desfavorables: por un valor nominal de 250 millones de francos se reunieron sólo 170 millones, debido al tipo bajo. De esta cantidad, sin embargo, México recibió sólo 70 millones: el resto se atoró en Francia en conductos oscuros.] [2]

23 mayo 1865 Puebla. Otra vez hoy, dos desertores (austriacos) fusilados, ya que aquí se ha dictado la ley marcial. Las deserciones no

[2] Corti, vol. II, pp. 90 *s.* [pp. 336 *s.*].

son significativas, por cierto, pero con todo no son agradables dadas nuestras circunstancias.

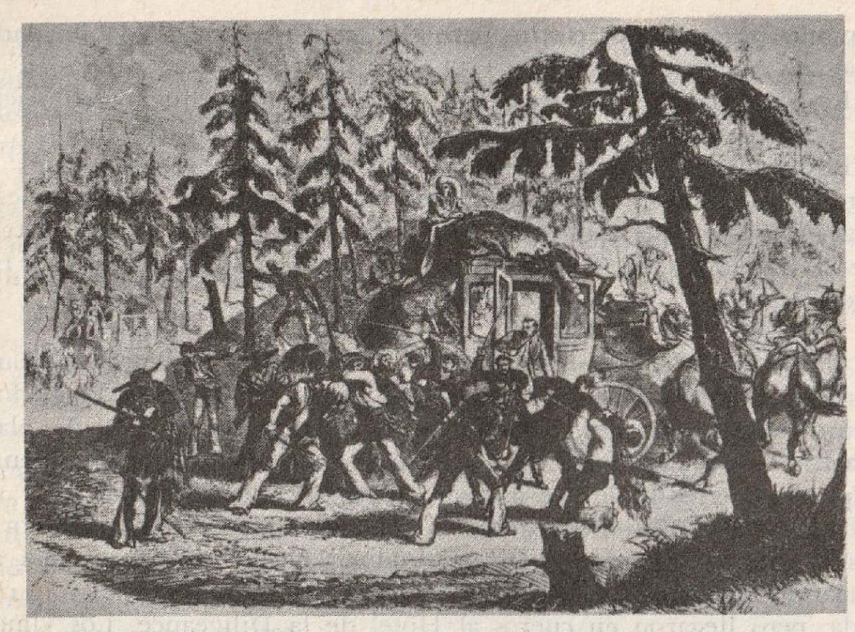
Los imperiales en la sierra han concertado un pequeño armisticio. Es poco probable que los liberales quieran prolongarlo.

Los franceses, que enviaron una unidad de tropas a Sonora (y otra a Matamoros), tomaron Chihuahua sin sacar la espada, puesto que los juaristas se retiraron más hacia el Oeste. De las tropas austriacas en Yucatán no se sabe nada, seguramente morirán muchos de fiebre amarilla.

24 mayo 1865 Puebla. Cerca de aquí existe una cuadrilla de ladrones con el pomposo título de "Liberales", también llamados "Plateados" debido a sus corchetes, hebillas de las sillas, estribos, etc., de plata maciza. Cuentan con monturas y armas extraordinariamente buenas, y por eso son difíciles de apresar. Mutilan a sus prisioneros de un modo horroroso, y luego ahorcan a estos infelices. Causan pavor a los viajeros, sobre todo a los mexicanos. Hace poco volvieron a saquear completamente la diligencia; a los viajeros los dejaron con vida, pero llegaron en cueros al Hôtel de la Diligeance. Los vimos; entre ellos se encontraban también varias mujeres de edad, así como una comerciante francesa en artículos de moda. Se dice que muchos de los jóvenes instruidos de aquí pertenecen a la pandilla. Además, se supone que se conoce a varios, pero el encantador tribunal de aquí no se atreve a proceder contra ellos.

Hace poco tiempo una joven mujer disfrazada de hombre, sola y armada únicamente de una pistola descargada, asaltaba todas las semanas la diligencia entre México y Morelia, hasta que se hizo de una bonita fortuna. Al último reveló su identidad ante los asombrados viajeros y se fue. Nunca se ha vuelto a oír de ella. A los viajeros se les obliga a apearse, tienen que tenderse boca abajo y no mirar a su alrededor por ningún motivo. Les vacían los bolsillos. Si jóvenes mujeres o muchachas se encuentran entre ellos, por supuesto caen víctimas de esta chusma. No tocan las cartas, dado que no existe papel moneda y no les sirven las letras de cambio o los valores. Los ladrones ordinarios de la diligencia no causan ningún daño a los viajeros que no oponen resistencia.

Aquí puede decirse que sólo son caros los artículos extranjeros, que a partir de la última parada del tren rara vez son transportados por carro y casi siempre lo son por los arrieros a lomo de mulas. A los arrieros, que forman una clase particular y son personas leales y honradas, no los describiré aquí. Los detalles se encuentran en



Asalto a una diligencia.

toda relación de un viaje por México. Caro es el lavado, que se efectúa sobre piedras con mazos de madera; es una calamidad y desgarra todo. Caro sale todo lo que cuesta trabajo, pues el mestizo es perezoso y no existe la competencia de fábricas.

25 mayo 1865 Puebla. Ayer pasó por aquí el capitán de fragata Kempt, en el viaje a México para ofrecer sus respetos. Está al mando de la corbeta austriaca *Dandolo,* que sustituye a la *Novara.* No es ningún placer para la tripulación permanecer en Veracruz durante la temporada de la fiebre amarilla. Se supone que está haciendo muchos estragos ahora. Aquí en la Tierra Fría no se presenta. También está de paso un almirante francés que va a consultar con Bazaine muchas cosas. No creo en una guerra entre Norteamérica y México. Una señal en su contra es el nuevo empréstito en París.

12 junio 1865 Puebla. El emperador llegó aquí hace algunos días; hay un sinnúmero de fiestas. Llegó a Puebla ya a las ocho y media de la mañana. Todo el cuerpo de oficiales apostado aquí salió a su encuentro hasta un lugar despejado donde estaban formadas las tropas. En ello participaron también todos los oficiales y generales mexicanos. El emperador había pernoctado en Amozoc. Lo acompañaban sus ayudantes, medio escuadrón de húsares y de jinetes *florios.* La escolta total consistía en 140 hombres, pocos para ese camino tan inseguro. La ciudad se había adornado con toda clase de banderas y listones típicos. En conjunto todo se veía bastante bonito, pero el terrible polvo casi nos dejaba ciegos.

El emperador se ve bastante bien, muy quemado. Se le ha dado alojamiento a la corte en el palacio del obispo. El emperador se acercó al balcón y contempló el desfile de las tropas sobre la plaza principal. Los húsares y los ulanos pasaron a galope con "hurras" y *eljen.* Las bandas de música tocaron la marcha imperial. A la cuatro de la tarde todos los oficiales volvieron a reunirse a caballo delante del palacio, y el emperador salió a recibir a la emperatriz. La ciudad se cubrió otra vez de puertas triunfales y de flores, las multitudes eran imponentes, los gritos de "eviva", estrepitosos, mucho más que a la entrada del emperador.

El carruaje estaba enganchado a la Daumont [con cocheros montados, los *jockeys*], y los *jockeys* iban de rojo. El emperador y la emperatriz se veían bastante felices por el recibimiento. Se arrojó una cantidad tal de flores y de poemas sobre la emperatriz que se llenó el carruaje. La muchedumbre empujo hasta éste. A duras penas logramos evitar que la gente desenganchara el tiro. Ambas Majestades deben permanecer aquí 14 días. La emperatriz quiere visitar los famosos baños de azufre. Se veía, por cierto, muy hermosa. Es una belleza imponente. De oficial en servicio tuve, en su momento, oportunidad suficiente de conocer el comportamiento de los señores mexicanos frente a Su Majestad. Orgullosos e hinchados por nada, creen poder mezclar la llamada "rudeza republicana" con la grandeza española (igual que entre nosotros las cabezas de los liberales), pero al mismo tiempo son muy accesibles a una condecoración u otra distinción semejante.

Mañana un escuadrón de húsares bajo el mando del capitán de caballería Von Czeke (también muerto ya) penetrará 24 leguas [unos 100 km] al interior. El capitán de caballería Von Susani y yo nos quedamos todavía con nuestros escuadrones, por el momento, porque nuestros hombres aún no están todos montados.

Todas las noches la música permanente de la plaza y los obligatorios fuegos artificiales divierten mucho a la gente. Siempre está llenísimo. Los domingos y días festivos se elevan cohetes y antorchas día y noche. Es una costumbre del país. Además, la población suele encender grandes fogatas a la mitad de las calles por la noche. Cier-

tamente no existe peligro de incendio debido a las casas de piedra con sus tejados planos, pero a pesar de ello el forastero al principio se asombra mucho, naturalmente, por la tolerancia de la policía local. Con frecuencia un tipo moreno toca redobles en su tambor al lado del fuego, y un montón de mujeres ordinarias murmura oraciones al mismo tiempo: ¡cómo hace pensar en el tiempo pagano!

En la iglesia las mujeres más decentes se colocan en el suelo sin sentarse encima de las faldas. No parecen temer un resfriado. No hay asientos, sólo piedras frías.

23 junio 1865 Puebla. Hoy por la mañana el emperador y la emperatriz regresaron a México a su cárcel, después de una estancia de tres semanas aquí. Cuando fui oficial en servicio de la corte por última vez (los grados superiores nos alternábamos cada 24 horas), el emperador me preguntó si mi padre, como naturalista, no encontraría nada de interés aquí. [El príncipe Richard Khevenhüller era un fervoroso botánico y zoólogo aficionado que publicó algunos ensayos en revistas científicas.] El emperador se interesa mucho por todos los estudios de las ciencias naturales. Por supuesto le aseguré, como también lo decía mi padre, que el mayor deseo de éste era conocer México, pero que hasta entonces había sido imposible.

Se habla ahora de una expedición de reconocimiento por la mayor parte de la caballería apostada aquí. Consiste en 320 hombres que deberán ir hacia Morelia, donde los belgas recibieron golpes tan desastrosos, bajo el mando del mayor de ulanos barón Bertrand. ¡Si sólo hubiese terminado ya la temporada de lluvias!

Hace ocho días se llevó a cabo la solemne bendición de nuestros dos estandartes, el de la caballería y el de la infantería. La catedral de San Francisco había sido decorada bastante atractivamente con armas y follaje, por nuestros soldados; ambas Majestades estuvieron presentes. Tres escuadrones de húsares, uno de ulanos, tres compañías de cazadores y mucho pueblo llenaron la iglesia por completo. Una batería que debía dar las salvas estaba apostada en la plaza principal. Al final de la misa solemne, el emperador tomó nuestros estandartes y pronunció un discurso breve pero conmovedor, después del cual sonó tal *eljen* que tembló la iglesia. (Bueno, los húsares demostraron que su entusiasmo era auténtico; en lo sucesivo se verá.)

Después de esta hermosa ceremonia hubo un desfile, por la noche un baile en la casa corporativa, que duró hasta las siete de la mañana. El emperador se quedó hasta la una, cuando se sirvió una cena de pie. La sala estaba adornada también con follaje, banderas y armas.

Las mujeres y las muchachas todavía son formales frente a los oficiales austriacos, pero se vuelven locuaces después de haberles dado vueltas durante media hora en la habanera, un baile lento parecido al *csárdás* que ellas ejecutan con pasión, pero que en realidad es bastante indecente.

Ahora la lluvia comienza diariamente a las 4 horas de la tarde y termina a las 7. Entonces todos se van a caminar al Paseo, sembrado de hermosos mangos.

Hay muchos que ahora padecen de diarrea. Pero si no se come fruta y si se anda con el vientre envuelto en un chal no hay nada que temer.

Las variedades de fruta son tantas que es imposible acordarse de los nombres: aguacates, mangos, chirimoyas, papayas, manzanas malas, duraznos, cocos, plátanos, agaves, uvas, etc. Todas las frutas tropicales vienen de la Tierra Caliente; las otras, de las zonas templadas, así como las naranjas, de las que hay gran abundancia.

Ayer llegó la noticia de que nuestros austriacos en Yucatán sostuvieron un combate victorioso frente a los liberales. Reina gran alegría por ello. De cuando en cuando han de hacernos falta buenas nuevas. Las de los franceces son frecuentísimas, pero no queremos creerlas ya porque nos han engañado demasiadas veces. Cada encuentro, por insignificante que sea, es exagerado por ellos enormemente en su manía de condecoraciones y cacería de *gloire* barata. Considérese la expedición del mariscal a Oajaca.

En el corazón de Yucatán viven tribus indígenas completamente independientes hasta las que sólo han llegado muy pocos blancos. Se dice que esos indios tienen cabecillas que gobiernan como reyes. Todos los jinetes de allí usan máscaras y cubren los caballos con mantas de cuero, para protegerse ellos y a sus animales de las picaduras de las moscas frecuentemente venenosas.

10 julio 1865 Puebla. Es increíble el temor que llena los diarios de aquí acerca de que Norteamérica comience una guerra contra Francia, Inglaterra y Austria en la que México se vea involucrado. ¡Qué tremenda tontería! Pienso que estos creadores de pánico desaparecerán sin dejar huella debido a la política de Europa. Desgraciadamente, Inglaterra ya se ha acobardado varias veces ante el fantasma de América. ¡Esas almas mercantiles sólo son valientes y luchan cuando existe la perspectiva de una ventaja comercial!

El escuadrón consiste actualmente de 145 caballos y 156 hombres. Estoy listo para salir. Los otros húsares ya se marcharon. Aquí que-

dan dos escuadrones de ulanos bajo los capitanes de caballería barón Tacco y Von Schuckmann, y el comandante de división barón Bertrand.

Un príncipe Wittgenstein del Rin sirve aquí de capitán de caballería en un regimiento extranjero. Pertenecía antes a un regimiento ruso y participó en la campaña de Kars bajo Murawjew [en la guerra de Crimea en 1855]. El general Thun está otra vez en la sierra entre Perote y Jalapa.

Hace poco realicé otra expedición de caza atrás de la Malinche [un monte volcánico]. Allí hay muchos ciervos de Virginia, también pumas, jaguares y linces.

Puebla 14 julio 1865. Ayer el capitán de caballería Von Schuckmann se marchó a Tepipic con un escuadrón de ulanos; por eso me quedé solo aquí con mis húsares. Asumí el mando de los regimientos de húsares, en ausencia de todos los oficiales superiores (pues Kodolitsch todavía no ha regresado de México), además del asentamiento de los caballos y la presidencia del tribunal militar, así como la oficina de cuentas.

Thun tiene a su mando tres regimientos de caballería nacionales. Esperamos que logre transformarlos de planta a raíz, pues no es posible hacerse una idea real de estos canallescos oficiales en Europa.

Diariamente tenemos dispuestas para la prevención nocturna a diferentes unidades, debido al gran número de riñas callejeras.

En el fuerte Loretto, aquí en Puebla, está prisionero el general enemigo Porfirio Díaz. Es un hombre respetable.

Acaba de llegar la noticia de que Thun logró sacar a los liberales a la llanura de Zacatlán con sus maniobras. De inmediato se envió para ayudarle al capitán barón Hammerstein con media compañía y cuarenta húsares desde México.

Ahora somos aquí en Puebla: mi escuadrón de húsares, medio escuadrón de ulanos y doscientas semitropas. Con estos hombres debe hacerse todo el servicio. A menudo los muchos fuertes medio derruidos están ocupados sólo por seis hombres, que corren de un rincón al otro y gritan "Alto, ¿quién vive?". Somos muy pocos para un territorio tan enorme que es insurrecto [está en manos de los insurgentes] casi en su totaliad. Opino que todo esto es insostenible, no quiero ser un profeta de infortunio, pero esto no puede seguir así. No le concedo mucha permanencia a la monarquía. Los franceses cuentan sólo con 16 000 hombres.

La temporada de lluvias se acerca a su final. Todo está en espléndida floración. Los mexicanos afirman, sin embargo, que siempre siguen pequeños chubascos durante algunas semanas, y que los caminos por lo mismo no se secarán muy pronto.

Puebla 6 agosto 1865. Tenemos que lamentar una grave baja. El capitán de caballería conde Karl Kurtzrock fue muerto en Ahuacatlán con sesenta ulanos. Dado que éramos amigos y habíamos servido ya juntos con los ulanos de Trani, y lo conocía desde la juventud, quise convencerme yo mismo de toda la verdad y también me dirigí al lugar. Sucedió así:

Su bravura (en realidad puede calificarse de otro modo) arrebató a Kurtzrock a tratar de conquistar el poblado de Ahuacatlán al pie de la sierra con sesenta ulanos, armados con picas y pistolas, y ochenta hombres de infantería nacional. A las 10 de la mañana emprendió el camino y penetró en la sierra. Ésta se encuentra en el límite de la zona tropical. Altos montes rodean valles profundos cubiertos de densa vegetación selvática. Las sendas apenas se distinguen. A menudo sólo un hombre a la vez puede seguir el camino serpenteante o descender por cuerdas a las hondas barrancas.

Durante tres horas bajaron sobre los cantos y sobre árboles gigantes caídos. Apenas alcanzado el valle, Kurtzrock fue recibido por un intenso fuego. No obstante, valerosamente prosiguió el camino hasta llegar al otro lado de la empinada cuesta, donde hizo un campamento. El tiroteo duró toda la noche. Por supuesto fue imposible conciliar el sueño. Entonces sus oficiales, el capitán de caballería conde Sternberg y el teniente Sega, lo instaron a regresar. Pero Kurtzrock estaba como poseído. El pensamiento de volver derrotado le pareció insoportable. ¡Ojalá hubiera considerado que estaba llevando al matadero a muchos seres humanos, sin razón, sólo para satisfacer su vanidad! Esta actitud me parece imperdonable.

Al amanecer iniciaron el ataque y ocuparon la población de San Francisco. De allí siguieron. Los liberales habían tomado posiciones en los montes y dirigieron un fuego asesino ininterrumpido contra los ulanos que marchaban en el valle. Las tropas nacionales, en su mayor parte, habían desertado durante la noche. La pequeña tropa ya contaba con varios muertos y muchos heridos, Kurtzrock también había recibido un tiro en el muslo, cuando distinguieron la torre de Ahuacatlán. Hasta allí quisieron llegar y defenderse desde la iglesia.

Así lograron hacerlo, y llegaron agotados y sin aliento a la iglesia antigua y grande, cuya puerta atrancaron a toda prisa. Ahora bien, Ahuacatlán se encuentra en un profundo valle. La iglesia está al final

del pueblo sobre una pequeña elevación del terreno. Unos escalones descienden por los tres lados. Detrás de ella se alza muy cerca una escarpada vertiente desde la cual se salta fácilmente sobre el tejado plano, lo cual hizo el enemigo. Comenzó el ataque, los disidentes dispararon a través de las vidrieras de la iglesia y a través de la puerta, vieja y podrida, de modo que las balas rebotaban en los muros interiores.

Sólo entonces Kurtzrock parece haber comprendido la falta de juicio que había mostrado en esta arriesgada empresa, pues abrazó a su amigo más íntimo, Sternberg, y le susurró: "Estamos perdidos."

Quisieron todavía intentar una salida brusca; tal vez consiguiesen atravesar las líneas del enemigo. Súbitamente abrieron la puerta y salieron, con las picas bajas, pero por desgracia no llegaron muy lejos. Después de recibir Kurtzrock un tiro en el costado y Sternberg uno en la espalda, fueron vencidos y tomados prisioneros.

Sólo ahora viene lo más terrible del drama: Kurtzrock venía bajando lentamente los escalones, apoyado en dos suboficiales y rodeado por los enemigos, cuando un jinete jefe de los Plateados llamado Pérez, quien poco antes había vendido caballos a Kurtzrock en Zacatlán, donde éste le había hablado con brusquedad por una cosa insignificante, se aproximó a Kurtzrock y preguntó: "¿Tú eres el comandante?" A lo que Kurtzrock respondió, tranquilo: "Lo soy." Entonces el tipo sacó su fusil de la funda y a sangre fría le dio un tiro en la cabeza al pobre Carl. Sternberg, quien no sabía nada de los antecedentes, de repente lo vio en el suelo. Cuando quiso inclinarse para abrazar por última vez al pobre amigo, los liberales lo impulsaron hacia adelante con golpes de las culatas.

Sobre una pequeña plaza delante de la casa del cabecilla Zoza todos tuvieron que formar una fila y se les indicó que serían fusilados al punto. Los ocho mexicanos leales con su teniente Luze (un mexicano) fueron arrastrados de los cabellos por estos tipos y fusilados de inmediato. A continuación, los prisioneros tuvieron que arrodillarse, cerrar los ojos y alzar las manos. Finalmente, todos fueron instados a ponerse de pie mediante golpes de las culatas y encerrados en una habitación desnuda, donde permanecieron sin alimento ni cuidado para los muchos heridos. ¡Así son los hombres a quienes nos enfrentábamos! ¡Éstos son los llamados liberales que siempre llevaban en los labios la palabra "libertad", a los que los americanos suministraban armas y dinero y a los que reconocieron, antes que a nosotros, como los señores del país!

Gracias a Dios los heridos no sufrieron por mucho tiempo. El teniente coronel conde Fritz Wolff-Metternich llegó, a la cabeza de los austriacos, y tomó Ahuacatlán por asalto. Los disidentes se llevaron, ciertamente, a los prisioneros. Pero se salvaron los heridos (once ulanos, Sternberg y el cadete conde Meraviglia). Esto fue al día siguiente. Por la noche los austriacos abandonaron ese malhadado lugar.

Cuando tres días más tarde me enteré de los terribles sucesos, me llevé a veinte de mis mejores húsares. No tenía reposo, quería acompañar a mi pobre amigo a la última morada, descubrir su sepultura y averiguar los pormenores para informar a la patria acerca de la verdad. El mayor Ghika, quien en ese entonces había asumido el mando en Puebla, me dio el permiso necesario.

El camino fue sumamente difícil. Además de ello, tuvimos que hacer grandes rodeos para poder alcanzar siquiera el escenario de los hechos, con inseguridad, pues mientras realizamos el descenso durante cinco horas, veíamos constantemente a los disidentes sobre las lomas opuestas. Pero no dispararon.

Afortunadamente estaba entrando en Ahuacatlán el capitán Della Sala con 1 500 guatecomacos. Había formado esa tropa de acuerdo con las órdenes recibidas y la comandaba desde hacía meses. Esos indios de raza pura iban vestidos sólo con un poncho pardo, ceñidos con la cartuchera y armados de largas escopetas. Se dice que son muy valientes, y tenían gran afecto por su comandante.

La iglesia estaba todavía cubierta de manchas de sangre y en terrible estado. Habían muerto también muchos disidentes. Kurtzrock y Sternberg habían llevado sus escopetas de caza y mataron a más de 25.

Por la noche desenterramos los cadáveres amontonados en un gran hoyo, entre ellos el de Kurtzrock, que reconocimos por la fina ropa blanca, y les dimos sepultura en el cementerio. Fue un trabajo difícil. Los cuerpos se sacaron con el lazo. Pero la descomposición estaba tan avanzada en ese clima tropical que la carne, en la mayoría de los casos, se desprendía de los huesos.

Durante esa triste labor, se mostraron varios grupos más grandes de disidentes sobre los montes, que fueron acercándose lentamente a nosotros. Sala envió para recibirlos al segundo comandante Morales (muerto posteriormente en el servicio imperial, también un indio) con sus hombres, después de lo cual estuvieron persiguiéndose un tiempo, pero Morales ahuyentó pronto al enemigo. Por la noche los indios incendiaron algunas casas —entre ellas también la de Zoza—. El enemigo pasó toda la noche disparando contra la población, pero

las autoridades mexicanas, emprendí la siguiente expedición de reconocimiento el día *14*:

A las tres y media de la madrugada emprendí con cien hombres de mi escuadrón, los primeros tenientes Kavetzky y Farkas y el teniente barón Kulmer la marcha a Teccomavacca, un pequeño poblado ubicado a seis leguas de Teotitlán que los disidentes visitan cada segundo o tercer día. Al llegar, a las cuatro de la mañana, mandé que se apearan después de haber tomado las medidas de seguridad, requisé varios cerdos a las mujeres (los hombres habían desaparecido sin dejar huella), pagándoles por ellos, e hice alimentar a los caballos. Nos encontrábamos precisamente en el mejor rancho cuando un indio llevó el aviso de que doscientos jinetes enemigos se hallaban sobre la ribera opuesta del río Blanco cerca de Chiotepec y que no podían pasarlo debido al alto nivel del agua.

Dado que los verdaderos indios nunca daban un aviso falso, hice montar. Cabalgamos hacia el río situado a sólo dos leguas de distancia y tardamos más o menos tres cuartos de hora hasta la orilla. El camino terminaba entre dos cerros altos y desnudos. El río, hinchado por las lluvias, estaba caudaloso, tenía unos cien pasos de ancho y era muy hondo, por lo cual había que desistir de vadearlo. Un solo jinete patrullaba la orilla opuesta, pasando de un lado al otro. Cuando nos descubrió, se alejó a galope hacia un pueblo que se encontraba quizá a dos mil pasos de distancia, como muy bien lo distinguíamos a través de los gemelos, y más tarde regresó a paso lento. Fue bonito ver cómo el jinete caracoleaba [término tomado de la equitación alemana del medioevo: acercarse mucho al enemigo] delante de nosotros sobre su hermoso caballo y agitaba al mismo tiempo el sombrero, invitándonos a atravesar el río.

Fueron acumulándose cada vez más jinetes. Había ya más de sesenta en la otra ribera cuando de repente hicieron una descarga.

Sin embargo, todas las balas nos volaron por encima de las cabezas, y entonces comenzó un tiroteo recíproco, durante el cual acertamos a tirar a varios jinetes del otro lado. Me subí al cerro de la izquierda y dibujé, entretanto, las fortificaciones del poblado de la orilla opuesta. Los gritos de *eljen* de los húsares acompañaron cada tiro acertado. Cuando el enemigo me descubrió, me convirtió en el blanco de sus disparos. Pero conseguí terminar el dibujo, reuní a mis húsares y emprendí, sin un solo herido, el regreso a Teotitlán, a donde llegué a las nueve de la noche. Habíamos averiguado la posición del enemigo y cumplido por completo con el objetivo. Envié un informe sobre ello al general Thun.

29 septiembre 1865 Tehuacán. La ciudad de Tehuacán es una gran aglomeración de casas, las más de una sola planta y con los techos planos, con dos extensas plazas, en las que se encuentran dos grandes iglesias de bella construcción. Está situada en una vasta llanura que hacia el Sur limitan los cerros de Teotitlán. Hay una falta completa de fortificaciones. Durante los mercados semanales la vida se vuelve sumamente interesante, los campos están bien cultivados, el clima es semitropical. Siempre estuve en malos términos con las autoridades. Son una gentuza miserable y venal, que según los acontecimientos políticos o militares se comporta rastreramente o con arrogancia: auténticos mestizos.

Me encontraba todavía en Teotitlán con algunos húsares y la compañía de cazadores cuando el 22 de septiembre a las cuatro de la tarde recibí, por los fieles indios, la noticia de que el general de los disidentes, Figueroa, se hallaba en Teccomavacca con cuatrocientos soldados de caballería y doscientos hombres de infantería. Guardé silencio acerca de este conocimiento, pero pedí al capitán Lászlo que con cuarenta cazadores ocupara una posición firme delante de Teotitlán, para tener seguridad en el caso de verme obligado a una retirada.

A la medianoche hice que el escuadrón ensillara los caballos en silencio, y nos marchamos junto con los cazadores sin hacer ningún ruido. La noche era espléndida. La Cruz del Sur nos brillaba en todo su esplendor desde el cielo sembrado de estrellas. Un sinnúmero de luciérnagas zumbaba a nuestro alrededor. Los coyotes (perros salvajes o pequeños lobos) se alborotaban. A las tres de la mañana llegamos a una fábrica de azúcar (de caña de azúcar) que se oculta en forma muy pintoresca debajo de gigantescos eucaliptos y que se llama San Juan de Juez. Allí hicimos un alto. Habíamos recorrido unas cuatro leguas. Me llevé aparte a Lászlo y convinimos en que tomaría en ese lugar la posición firme.

Los ojos de todos mis 150 húsares se fijaban en mí en espera de lo que fuese a hacer. A nadie había hecho siquiera una insinuación de mi propósito. Entonces se elevó una intensa luz sobre la cima de un monte. Aumentó y una luz mágica se derramó sobre todo el ancho valle. Estábamos convencidos de que se trataba de una luz de Bengala encendida por los disidentes para avisar de nuestra presencia, pero no: la estrella de la mañana, que en el trópico alcanza un tamaño inmenso, se alzó majestuosa en la altura negra.

Di la señal de partida al escuadrón y trotamos sin hacer ruido hacia el enemigo. Continuamos así por otras cinco leguas, cuando fue poniéndose más y más claro, y llegamos a una ancha barranca, todavía

en la orilla izquierda del río Salado. Entonces recibí el aviso, por el húsar Lenkey de la vanguardia, de que el enemigo había ocupado el otro lado de la barranca, de unos cien pasos de ancho. Después de revisar el terreno y al no descubrir fortificaciones, hice que se juntaran las filas, me coloqué a la cabeza y descendimos a la barranca.

Apenas alcanzado el fondo, nos recibió una descarga asesina y todo el monte pareció cobrar vida. En ese momento mi capitán de caballería Dolezel, el segundo en mando, vociferó *¡Visza!* (¡atrás!), y los húsares, espantados por este abominable grito, empezaron a reducir la velocidad. Hubiéramos estado irremediablemente perdidos de titubear un instante más. Entonces Zsiga Zichy gritó en húngaro: "¡No abandonen al capitán! ¡No dejen a su capitán!" Y con el grito de *"Eljen a Császár"* [viva el emperador] los valientes husares me siguieron. Ya era hora, pues al alcanzar la cima los tipos me rodearon y, a pesar de que dejé fuera del combate al comandante Suzman * con un sablazo a la cara, pronto hubieran acabado conmigo. De súbito una sombra se precipitó a mi lado y mi buen corneta Naghy pronto me permitió respirar otra vez, con algunos violentos espadazos. ¡Sí que había sentido cerca el peligro!

Comenzó la matanza, los húsares no perdonaron a nadie. ¡Tenían aún ante los ojos el horroroso fin de Kurtzrock! Al cabo de pocos momentos el enemigo nos había vuelto la espalda y el suelo estaba cubierto de cadáveres. La huida del enemigo fue tan desordenada que la caballería se arrojó todavía al río Blanco, a dos leguas de distancia, y seis hombres se ahogaron, según informaron los indios, mientras fue imposible inducir a la infantería a salir de la sierra por dos días. Durante la persecución, los húsares mataron todavía a muchos.

Hicimos que los leales indios juntaran a los enemigos muertos y heridos. Se contaron cuarenta muertos así como cincuenta heridos recuperados por nosotros. Habíamos sufrido dos muertes y teníamos dos heridos graves. Muchos que estaban ligeramente heridos por sables se quedaron con nosotros. No quisieron ingresar al hospital. El mando del cuerpo concedió treinta medallas al valor. La medalla de oro fue otorgada a Zichy y al corneta Naghy. Variassy fue ascendido a teniente.

Después de dos días se nos ordenó regresar a Palmar, pero tras una estancia de sólo ocho días allí, volvimos otra vez a Tehuacán, ya que el enemigo se aproximaba a la ciudad.

* *Sic;* ¿Guzmán? [E.].

LINEA TELEGRAFICA ENTRE MEXICO Y VERA CRUZ.

Oficinas de la Linea

México. Ayotla, Rio frio. San Martin. Puebla, Acacingo, Palmar, S. Andrés Tehuacan, Aculcingo, Orizava. Córdova; Paso del Macho, la Soledad, Veracruz

Horas de Despacho.

Las Oficinas están abiertas desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, diariamente, exceptuando los domingos y dias feriados, que solo será de las nueve de la mañana á la una de la tarde.

Remitido de Puebla Septbre. 26 de 1865.
Recibido en Tehuacan „ „ „ 186
á las 7 y „ minutos de la noche
Rittmeister Kevenhüller.
Soeben von folgendes telegram
erhalten. Mit herzlicher Freude
die guten nachricht erfahren.
Sprechen Sie Kevenhüller meine
wärmste anerkennung aus
Un General.

Reconocimiento telegráfico a Khevenhüller por la victoriosa batalla contra el general Figueroa.

En vista de la situación política y militar cada vez más difícil, los franceses achacaron al emperador tener demasiada tolerancia frente al enemigo. Finalmente persuadieron al renuente a pasar el decreto del 3 de octubre de 1865: según éste, se permitía fusilar a todo enemigo de la monarquía dentro de un plazo de 24 horas después de ser tomado prisionero, y sin proceso. Aun los comandantes respetados del lado enemigo eran muertos como bandidos después de ser apresados.

Max sólo firmó renuentemente el decreto, como sabemos por muchas fuentes, entre ellas también por el padre Dominik Bilimek, quien cuidaba en México las colecciones formadas por el emperador en su interés por las ciencias naturales. Bilimek contó que el emperador lo visitó en el campamento en la noche anterior al 3 de octubre, que realizó con él un paseo a campo traviesa en la despejada noche de Luna y le preguntó: "Padre Bilimek, usted es un leal sacerdote cristiano y católico, y como tal le hago una pregunta seria. Se me dice que es mi deber de cristiano proceder con todo rigor y hacer fusilar como rebelde a todo el que tenga un arma en la mano. Le pregunto a usted como sacerdote: ¿es éste mi deber?" Asustado y conmovido, el padre contestó: "La religión cristiana es la religión del amor y no del odio ni de la venganza. Lo que aquí se aconseja a Su Majestad es lo contrario de cristianismo. Entonces supliqué al emperador que, por todo lo que le fuera sagrado sobre la Tierra o en el cielo, rechazara este consejo." [4]

Pero Max, como en otras tantas ocasiones, se dejó persuadir a la dureza contra lo que le dictaba su conciencia, y le sirvió de poco que hasta el fin de su vida lamentara este paso. La ley atizó el odio entre los partidos y obró contra Maximiliano todavía en las últimas horas de su vida, pues Juárez aplicó contra el emperador preso este mismo decreto del 3 de octubre y lo hizo fusilar sin clemencia.

En la noche del 22 al 23 de octubre recibimos el aviso de que el enemigo pasaba cerca de la ciudad con considerables fuerzas. Montamos bien la guardia y seguramente no nos hubiera sorprendido *à la belge*, como en esos tiempos se decía. Pero con certeza habíamos de esperarlo para el otro día. No obstante, los acontecimientos se desarrollaron en otra forma.

A las tres de la madrugada, nuestra guardia rural nos informó que la columna del enemigo, en lugar de atacarnos en Tehuacán por la noche, proseguía la marcha hacia Teotitlán. A las tres de la mañana

[4] Eduard Suess, *Erinnerungen*, Viena, 1918, pp. 262 s.

abandonamos la ciudad: mis 140 húsares, 120 ulanos bajo el capitán de caballería Bythel, un inglés (murió posteriormente en Tulancingo de una herida sufrida en la rodilla) y treinta hombres de la guardia rural montada. El río Salado se hallaba aproximadamente a cuatro leguas de la ciudad. El enemigo, que marchaba justo delante de nosotros, estaba a punto de atravesar el río, que es caudaloso, por cierto, pero no hondo. Allí quería yo atacarlo. Sus fuerzas consistían en seiscientos soldados de caballería y mil hombres de infantería. Di la señal para el ataque cuando alcanzamos su retaguardia, y nos arrojamos sobre esos hombres que nada sospechaban.

El combate en el río fue muy sangriento. Destruimos la columna enemiga entera, matamos a 130 hombres y a once oficiales. El enemigo había formado varios cuadros que dispersamos y atropellamos totalmente a caballo. Los ahuyentamos en tal forma que el comandante enemigo, el general Figueroa, acompañado por un solo oficial, llegó en mangas de camisa a la mencionada fábrica de azúcar en su fuga. Se dice que más de cien heridos quedaron en los poblados así como en la sierra. Les quitamos sesenta caballos, 130 fusiles y el estandarte. Nuestras bajas no fueron tan grandes, considerando los triunfos logrados: tres muertos y 15 heridos, seis caballos muertos y 25 heridos. Desgraciadamente murió también mi mejor oficial, el primer teniente Von Kavetzky. Recibió un tiro en el corazón cuando quería derribar de lo alto con el revólver, deteniéndose a la mitad de la barranca, a un fugitivo.

Me caí en medio del combate, pues mi caballo recibió un tiro en la pata. Mis húsares me salvaron cuando unos tipos estaban precipitándose sobre mí con las bayonetas. El caballo me cayó sobre el pecho y tuve que guardar cama al día siguiente. Es imposible imaginarse el delirio de triunfo que invadió a nuestros soldados. Cargaron triunfalmente a los oficiales, lo cual no agradó mucho al primer teniente Mocker de mi escuadrón, quien había sufrido una herida de bayoneta en el muslo.

Era hora de que algunos acontecimientos felices levantaran otra vez los abatidos ánimos del cuerpo austriaco. El mayor Klein de los ulanos se había salvado sólo con 16 de ellos después de un desafortunado encuentro. El teniente coronel Zach fue derrotado. En la sierra tampoco se avanza.

Palmar 7 noviembre 1865. Llevábamos ya tres meses frente al enemigo. El escuadrón estaba bastante agotado debido al fatigoso servicio; los caballos y el equipo se encontraban en un estado desolado.

Era hora de que se nos diera una tregua. Del enemigo tampoco se veía ni sabía ya nada.

Se nos dio la orden de recibir en Palmar a la emperatriz, que pasaría por allí en el camino a Yucatán, dado que Su Majestad quería entregar con su propia mano a los húsares las condecoraciones que se les habían otorgado por los combates de río Salado, río Blanco y Ajalpam.

A las tres de la tarde llegó la emperatriz. La ciudad estaba adornada en forma bastante atractiva. Se quemaron muchos cohetes, aunque fuese de día. El polvo era terrible, al igual que el calor. La emperatriz, pese al carro cerrado, tenía el aspecto de una molinera. Al poco tiempo de su llegada hizo formar a la tropa y los oficiales y con la propia mano fijó a cada quien la condecoración en el pecho. Dolezel, quien realmente se había conducido con gran valor en Ajalpam y que había reencontrado su coraje, recibió la de Guadalupe, también Mocker; Variassy y La Motte, las medallas de plata y de bronce, respectivamente. Yo recibí la cruz de Guadalupe de oficial y la medalla de bronce, Kulmer la de Guadalupe y la medalla. Los oficiales fuimos invitados a la mesa, así como los dignatarios locales, que parecían changos.

La única dama de palacio que acompañaba a la emperatriz era una mestiza. Es de color café y se dice que es descendiente directa de Montezuma; es muy alegre pero nada bonita, sobre todo con el vestido escotado. Por la noche hubo un pequeño baile, al que no se presentó, sin embargo, la emperatriz. A la cinco de la mañana del día siguiente continuó el viaje a Veracruz, donde quiere embarcarse para Yucatán. Eloin es extraño. De qué servirá él allá, me resulta incomprensible.

La emperatriz debe permanecer dos meses en Yucatán. Es inconcebible. El clima es terrible, y sólo el camino entre Campeche y Mérida se encuentra libre. Todo lo demás está ocupado por el enemigo.

Maximiliano albergaba en esos tiempos el plan de desplazar el núcleo de su reino más hacia Centroamérica, ubicando el centro en Yucatán, pues el Norte se encontraba, entretanto, casi en su totalidad en manos de los republicanos y era imposible de sostener, asimismo, por la cercanía de los Estados Unidos. En unas instrucciones secretas dadas a su esposa, Maximiliano subrayaba la importancia de Yucatán para un futuro gran Imperio centroamericano, con el que todavía soñaba. No sabemos qué haya logrado Carlota en este viaje. No puede haber sido mucho, sin embargo, pues en lugar de los proyectados dos meses, permaneció apenas dos semanas en la península, que en esa época no era sólo sumamente insegura, sino que también estaba plagada de enfermedades tropicales.

El 10 noviembre 1865 regresamos otra vez a Tehuacán, donde había dejado al resto de mi escuadrón. Los alrededores están ahora completamente tranquilos, dado que Figueroa se ha vuelto del todo inofensivo por el momento. Las fábricas de azúcar, que en su mayoría pertenecen al general español Prim, se encuentran nuevamente en funcionamiento, y los pocos insurgentes se retiraron a la provincia de Songolica que aún está en su posesión. Guerrero tampoco ha sido conquistado aún, por lo cual el camino terrestre a Yucatán es imposible. Veinte húsares bajo el segundo capitán de caballería Dolezel, así como sesenta cazadores, fueron enviados otra vez a Teotitlán.

Matamoros está sitiada por los disidentes. Se encuentra en el río Grande del Norte y en la frontera con Texas. Para reforzar a la guarnición de allí se mandaron dos compañías de cazadores y una batería de montaña bajo Kodolitsch. Estos *secours* fueron despachados en barco por Thun. Por vía terrestre sería imposible y demasiado lejos.

[Kodolitsch escribió acerca de su entrada en acción en Matamoros: "Matamoros es un mero asunto de prestigio. Mientras estén allí los imperiales, podrán comprobar a los americanos que el poder del Imperio no se limita a la capital, como aseveran los disidentes. Y dado que Mejía no puede sostenerse solo, tenemos que intervenir ahora nosotros otra vez, aunque no nos cuadre." [5] Todas las regiones alrededor de Matamoros eran republicanas. Los combates a los que tuvo que enfrentarse el general Mejía ocasionaron muchas bajas y duraron hasta la entrega de la ciudad a los republicanos el 23 de junio de 1866.]

Tehuacán 24 noviembre 1865. El general Thun estuvo aquí por algunos días. Inspeccionó las tropas y repartió varias condecoraciones, de las que ya hay cincuenta en mi escuadrón.

El general Figueroa solicitó su sumisión, pero puso tales condiciones que no quieren aceptarla. Tal vez hay alguna villanía tras ello. Es una lástima, porque él es un hombre valiente. El gobernador de

[5] Gamillscheg, p. 176.

Oajaca pasó por aquí hace poco para interceder a favor de Figueroa; dicen que (el gobernador) es un infame.

El correo a Puebla es tan inseguro que tenemos que enviar nuestras cartas a Orizaba con un indio.

26 noviembre 1865 Tehuacán. Llegaron a Veracruz 2 800 zuavos y 300 *chasseurs d'Afrique* de Europa.

Se suspendieron los comandos de regimientos en el cuerpo austriaco y los oficiales superiores asumieron el mando de los distritos. El mayor Klein se encargó de Orizaba; el mayor barón Bertrand, de Puebla; el mayor Hotze, de Oajaca. Kodolitsch manda una columna en Matamoros, el mayor Polak (ahora llamado Pókay) forma parte del gabinete. El teniente coronel Zach es el jefe de las cancillerías en Puebla, pero ahora desgraciadamente comanda otra vez una columna en la sierra. Schönowski es, infelizmente, también comandante de una columna en Tetela del Oro.

Allí mismo el jefe disidente Francisco presentó unas solicitudes de sumisión y aprobó, también, un armisticio que le fue concedido de inmediato, lo cual fue un disparate. Polak, el extraordinario diplomático, quiere aprovechar la ocasión para rodear el centro de operaciones de Juan Francisco, o sea, Tlapacoyan, y, en caso de que el comandante enemigo no se someta de inmediato, dar un galope importante. Sólo debe cuidarse, pues Zach fue rechazado hace poco con considerables bajas.

[Juan Francisco, el jefe de los guatecomacos, no sólo se declaró dispuesto a este armisticio, sino que también concertó con el general Thun una alianza defensiva y ofensiva, en la cual se comprometía a entregar todo su material de guerra. En retribución, Thun le regaló mil carabinas y le pidió su palabra de que de esas carabinas nunca se dispararía un tiro contra las tropas imperiales. La alianza duró, ciertamente, sólo un año: cuando el general Thun abandonó México, Juan Francisco no se sintió ya ligado por su promesa y proclamó nuevamente la independencia de los guatecomacos.] [6]

Realizamos hace poco una excursión a una hacienda donde estaba llevándose a cabo un llamado baile indio: los "peones" (trabajadores radicados en la hacienda, de los que allí hay más de trescientos) se reunieron por la noche para una fiesta en la que se bebe y se canta más de lo que se baila. Tal fiesta por lo general sigue a la "matanza", es decir, después de que han sido muertos y despellejados muchos cientos de chivos. La carne se seca en largas tiras y se llama "charqui". Las pieles se venden. A estas fiestas asistieron todos los dueños de las haciendas vecinas, con su mujeres e hijas.

[6] Carl Baron von Malortie, *Mexikanische Skizzen. Erinnerungen an Kaiser Maximilian*, Leipzig, 1882, pp. 38 *ss.*

Mañana temprano iré a Puebla en la diligencia para equipar para el servicio a 16 hombres de infantería, que me fueron asignados debido a las bajas. Dos veces unos oficiales ya fueron asaltados al viajar en la diligencia. ¡Estaban dormidos!, según se dice. Yo los hubiera despedido sin más ni más, sobre todo porque transportaban dinero. El viaje a Puebla dura de las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Como en todas partes, el camino se encuentra en un estado espantoso. La carretera es insegura.

El 10 de diciembre de 1865 murió el rey Leopoldo I de Bélgica, padre de la emperatriz Carlota. En Europa había sido uno de los sostenes más fuertes del Imperio mexicano, y una y otra vez había intervenido enérgicamente a favor de "sus hijos" Max y Carlota. Su muerte resultó en un aislamiento todavía mayor de la pareja imperial y aumentó el valor de Napoleón III para retirar su mano protectora de México.

Tehuacán 14 diciembre 1865. ¡O sea que Eloin se marchó a Europa! [El barón belga Felix Eloin presidía el gabinete de Maximiliano. Debía negociar con Napoleón III y el nuevo monarca belga las medidas de auxilio para México, pero no fue recibido siquiera por Leopoldo II, y Napoleón tampoco aceptó los deseos mexicanos.]

Un joven teniente, Auersperg, murió en Tlapacoyan. Recibió dos tiros en el bajo vientre y vivió todavía por dos días, con terrible dolor. También murió el segundo de los tres hermanos Della Sala. [Ulisse della Sala, que todavía no tenía ni 18 años al morir, era ciertamente el menor de los cuatro hermanos de una antigua familia noble lombarda que luchaban en México. Los tres hermanos mayores dejaron el servicio después de la muerte de Ulisse, renunciaron a sus grados de servicio austriacos y volvieron a Italia.] [7]

Al cabo de algunos días regresé a Tehuacán.

Tehuacán 18 diciembre 1865. Anteayer pasó por aquí el barón Lago, el secretario de la legación austriaca. Está haciendo un viaje de placer a Oajaca ¡y se le dio una escolta!

[7] Gamillscheg, p. 49.

Ayer hubo una excursión a la hacienda del Carnero, donde se realizó un "día de campo": peleas de gallos, corridas de toros. En las primeras se hacen grandes apuestas. La cena no terminó hasta las nueve de la noche, cuando se condujo a las bailadoras al salón de baile, con el suelo enladrillado según la costumbre del país. Cada uno de los invitados varones había llevado algo; nosotros los oficiales, el vino. Siempre disponíamos del llamado "vino del cuerpo", un ligero vino húngaro que conseguíamos, pero también pagábamos, en las ciudades más grandes de nuestra intendencia. También es una costumbre del país llevar los alimentos. La habanera se bailó hasta las siete de la mañana. Feliz de poder escaparme del polvo y el calor, me fui a las tres de la madrugada. El regreso a casa a través de la maravillosa noche del trópico fue sublime. A las cinco de la mañana llegué a casa.

Hoy partió un gran transporte de fusiles para Oajaca. Está destinado a un recién formado batallón mexicano. Envié a treinta de mis húsares para acompañarlo.

Diariamente pueden comprarse pieles de puma y de otros tigres a los indios que están de paso, a menudo por un precio irrisorio.

El 27 de diciembre de 1865 Maximiliano se impuso con un acto de fuerza a los conservadores y la Iglesia: en presencia del nuncio papal en México confirmó la confiscación de los bienes de la Iglesia efectuada por Juárez y permitió, además, el libre ejercicio de todos los credos religiosos. En una carta extraordinaria dirigida a los obispos explicaba su actitud: "Pero así como soy un buen católico, también seré un soberano justo y liberal." Acusó a la Iglesia mexicana de mezclarse en la política: "existen documentos lamentables que demuestran claramente que los mismos dignatarios de la Iglesia participaron en la revolución y que un partido del clero oponía una resistencia muy activa al Estado. Admitan, honorables prelados, que la Iglesia mexicana, por un triste juego del destino, se ha involucrado demasiado en la política y en los enredos mundanos y que por ello descuida la instrucción católica de su rebaño". El pueblo necesita "que se le instruya, que se le administren los sacramentos como lo quiere el Evangelio: gratuitamente".[8] El clero quería también introducir nuevamente la lacra, abolida por Juárez, de cobrar altas cuotas por cada servicio de la Iglesia e incrementar también en esta forma su riqueza, una riqueza utilizada con demasiada frecuencia para fines políticos.

[8] Reproducida en el semanario *Die Reform*, Viena, 1865, primer trimestre, p. 339. [No es cita textual. Es traducción del alemán (T.).]

Maximiliano tenía buenas razones para esta medida. Los vastos bienes de la Iglesia, confiscados originalmente por Juárez, entretanto se habían vendido hacía mucho a gran número de particulares, los conventos estaban transformados en residencias privadas. Se hubiera tenido que expulsar otra vez a todas estas personas de su propiedad legalmente adquirida, en beneficio de la Iglesia, que así hubiera nuevamente reunido en su mano, como antes de las Leyes de Reforma, la mayor parte de las propiedades. Desconociendo las verdaderas circunstancias, Max había aceptado devolver los bienes eclesiásticos en 1864 en Miramar, pero en la práctica no pudo cumplirse esta promesa. Indignado, el nuncio abandonó México. Maximiliano había perdido a sus principales adeptos, pero de ningún modo ganado las simpatías de los liberales: éstos eran naturalmente, tanto como antes, republicanos y adversarios del emperador extranjero.

Juárez tuvo que considerar esta decisión de Maximiliano como una señal de debilidad. Comprendía demasiado bien la difícil situación política de su enemigo e intensificó la lucha contra él.

Las perspectivas para el futuro del Imperio mexicano eran todo menos risueñas; la situación militar, más difícil que nunca. El 19 de diciembre de 1865, Carl Khevenhüller descargó su irritación en una carta dirigida a su madre: "Más me gustaría ir a Brasil y participar allí en la guerra entre Paraguay y Uruguay, pues las miserables circunstancias de aquí me causan repugnancia. [K. se refiere evidentemente a la llamada "guerra de la Triple Alianza" —Argentina, Brasil y Uruguay— contra Paraguay. No se pone de manifiesto, sin embargo, de qué lado o contra quién querría luchar.] No hay nada de estabilidad, sólo una eterna fluctuación en todo, la dependencia de los franceses se ve en todas partes y realmente hace falta un buen estómago para abrirse paso en esta miseria. Pero no cuentes mis opiniones a nadie. En Austria se burlarían demasiado y sólo nos tendrían lástima. Esto último nunca lo deseé."

1866

1º enero 1866 Tehuacán. Celebramos todos juntos el Año Nuevo. El capitán Lászlo se marchó. En su lugar vendrá el capitán de caballería barón Tacco con su escuadrón de ulanos. ¿Cuántos estarán todavía aquí, dadas estas bajas, dentro de un año? Pero los pensamientos tristes no deben dominar al soldado por mucho tiempo. Por lo tanto, ¡feliz Año Nuevo!

¡El nuevo año comienza bien! Estábamos con el capitán Krickl, quien llegó anteayer con su compañía. (De regreso a casa, Krickl sufrió un ataque de apoplejía en el barco al ver Trieste y se murió.) Comimos con él. Eran las seis y media de la tarde y todavía estaba muy claro cuando sentimos un extraño movimiento. Duró entre tres y cuatro segundos. De repente todo empezó a volar por la habitación, a la vez una conmoción y temblores tan ensordecedores que no pudimos sostenernos en los sillones y, sobresaltados, nos abalanzamos al patio (nos encontrábamos en la planta baja), donde al centro quisimos sujetarnos a las empalizadas y las adelfas. En vano, nos arrojaba como pelotas. La tierra se sacudía en forma espantosa, indescriptible.

Apenas hubo terminado ese terrible espectáculo y logramos dominarnos nuevamente, nos precipitamos a la calle para buscar a la tropa. Una escena conmovedora se presentó ante nuestros ojos: la población entera estaba de rodillas en la gran plaza, profería gritos, rezaba y sollozaba violentamente. Corrimos a la antigua iglesia del Carmen, que alojaba a nuestros hombres. Una parte del edificio estaba derrumbada, como por un milagro no había muerto nadie, pero tres caballos habían quedado sepultados, que después sacamos, muertos. Mi casa en la ciudad no había sufrido daños. En la iglesia parroquial se vino abajo una cúpula; en mi propia cuadra, toda una pared. Mi habitación estaba revuelta y todo tirado en el piso. En la casa de enfrente una muchacha se volvió loca; otra de más abajo se murió en el derrumbe.

Nosotros, así como toda la tropa, dormimos al aire libre, al igual que la población. Se dice que siempre se repite al tercer día, pero que entonces es más débil. La excitación y la nerviosidad de los ánimos, como me indicaron todos los mexicanos, siempre persisten por algunos días después de un terremoto o temblor. Nosotros también lo sentimos. Las personas más viejas no se acordaban de otro terremoto de tal fuerza. Pareció avanzar del Este al Oeste. En total duró más o menos un minuto después del primer movimiento; seguramente partió del monte de Orizaba. En Orizaba se dice que causó terribles estragos y cobró las vidas de muchas personas.

Así que también vivimos un terremoto aquí; ¿qué más puede uno desear? Es una sensación indescriptible escuchar de esa manera debajo de uno esos truenos subterráneos, atroces. Se queda desamparado ante la furia de los elementos. ¡Además del terrible alarido y griterío de los habitantes, el polvo de los edificios que se derrumban y el estruendo de los mismos! Todo junto causa una impresión sobrenatural que no se olvida. A menudo por la noche, también después, me despertaba sobresaltado y creía oírlo de nuevo.

Tehuacán 6 enero 1866. Todo se ha tranquilizado aquí. Pequeñas unidades del enemigo se encuentran a ocho leguas del lugar en la sierra, pero después de los últimos golpes parecen haber tenido suficiente, puesto que no se mueven. El servicio de guarnición que otra vez introduje rigurosamente les gusta poco a los húsares. La desordenada vida de campamento les agrada mucho más. Tiene que haber de nuevo disciplina y orden en la tropa. Hay muchos excesos, sobre todo durante los mercados semanales; deben castigarse con severidad. El material del que están hechos los húsares no es apto para la paz. Los ulanos son mucho más tranquilos. Entre ellos hay muchos hombres jóvenes e instruidos. Los más llevan nombres falsos, como Malachowski, por ejemplo, que es un conde.

Los ascensos son bastante provechosos en los grados inferiores de los oficiales, entre los superiores es imposible concederlos.

El general Thun me escribió que debía escoger entre las guarniciones de Puebla y de Orizaba. Había solicitado un cambio, dado que el equipo de mi escuadrón, en caballos y ropa, necesitaba urgentemente una renovación. Escogí Puebla, la fuente de las botas, los uniformes y los caballos.

Se me asignó a un segundo capitán de caballería Hauska, originario de Transilvania, un pobre hombrecito, en lugar del segundo capitán de caballería Dolezel, que era un fanfarrón, pero detrás de la fachada no había mucho.

Tehuacán 15 enero 1866. Las eternas medidas de seguridad, patrullas, comandos, desgastan mucho a las tropas. En realidad son casi inútiles, pues el enemigo se ha disuelto para formar puras hordas mínimas que siempre aparecen bastante lejos de aquí para volver a desaparecer de inmediato. Sería más bien asunto de las autoridades locales; para eso está la guardia rural. Pero las autoridades no confían en sus propias tropas. Estoy ya completamente restablecido de mi caída con el caballo herido durante el último combate. Han desaparecido también los efectos del golpe de culata en el pecho.

Aquí se habla mucho del regreso a su patria de las tropas francesas, también de que se envió a un cónsul americano con Juárez. Asimismo se dice que habrá de partir de Nueva York el cónsul francés. Son perspectivas sombrías. Se supone que los oficiales franceses se extasiaron realmente por la noticia de su regreso. Por cierto, en el

país se odia violentamente a los franceses por su soberbia y al mariscal por su arrogancia. No puedo, sin embargo, tomárselo a mal a los mexicanos. El país es esquilmado sistemáticamente por las autoridades francesas. Todos los ingresos del Estado pasan a las cajas francesas. Los generales franceses, al recorrer el país, imponen tremendas contribuciones a las ciudades, que cobran sin miramientos. Sin embargo, no hay tranquilidad ni seguridad, mucho menos un orden pecuniario, y es comprensible que los mexicanos prefieran la anarquía anterior a tal distinción por la *Grande Nation*.

Tehuacán 23 enero 1866. El capitán de caballería barón Tacco sustituirá a mi escuadrón con sus ulanos. Llegará aquí pasado mañana. Sus oficiales son el primer teniente Malburg y Karl Herberstein.

Hoy llegó aquí desde Huajuapan, donde estuvo con un transporte de pólvora, el teniente Von Variassy de mi escuadrón.

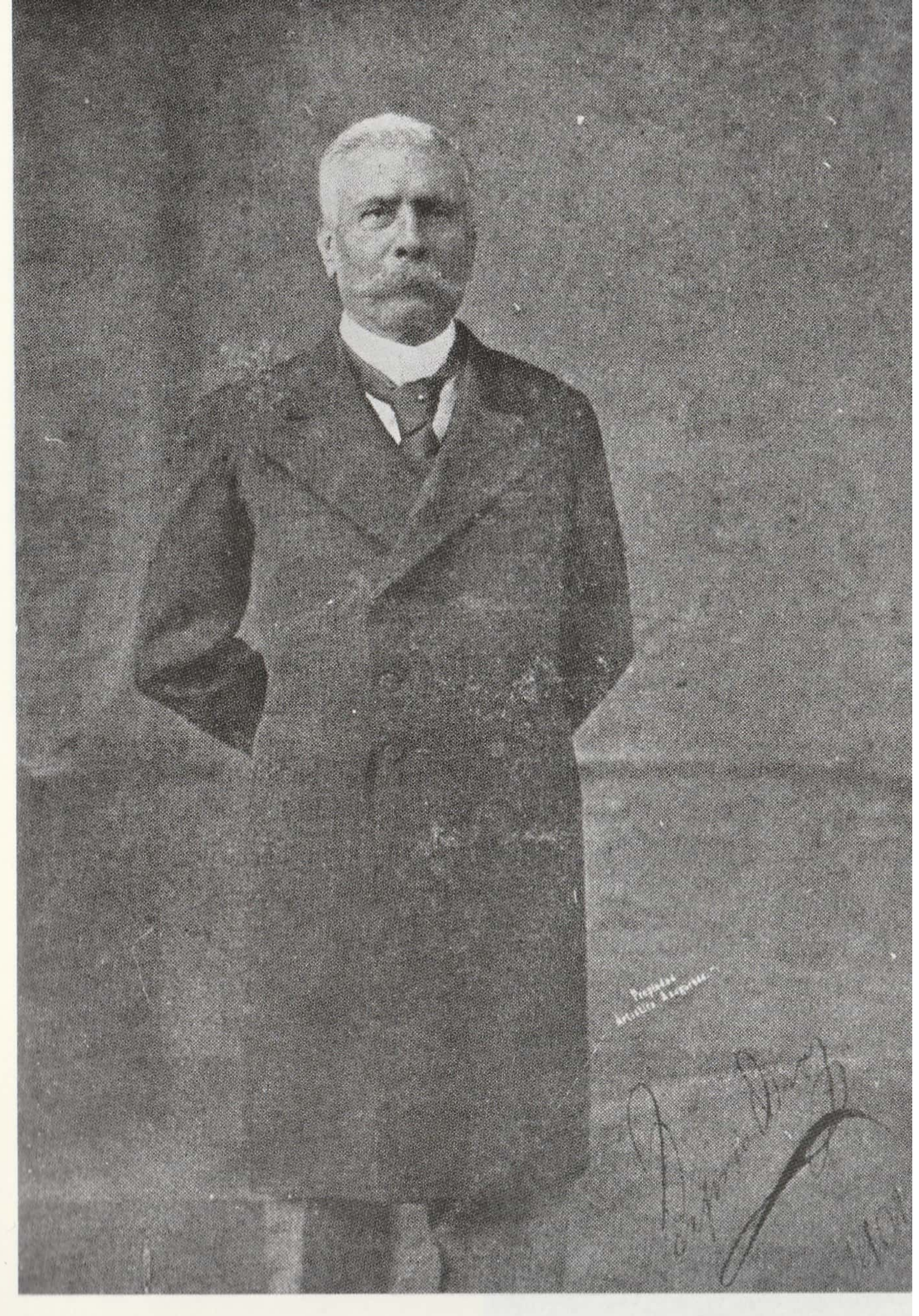
El general Thun ha venido para la toma de Papantla. El capitán de caballería Von Susani y el capitán Schauer, el primero con su escuadrón de húsares, el segundo con su compañía de cazadores, libraron allí mismo una batalla contra el enemigo. Susani, quien me agradaba mucho —un hombre de buen ver con una larga barba negra—, murió con ocho húsares y 18 indios auxiliares. La victoria, sin embargo, fue nuestra. El pobre Susani era sobrino del cardenal Rauscher. Quería casarse en Austria, pero Rauscher no lo permitió y por eso entró al servicio mexicano. No obstante, conquistaremos Papantla.

Porfirio Díaz se ha evadido de la cárcel en Puebla. Se afirma que el primer teniente Csismadia, de los húsares, sobornado con dinero, lo dejó pasar. Porfirio se encontraba con quinientos soldados de caballería a media legua de Huajuapan cuando Variassy pernoctó allí con su sección. ¡Si no hubiera llegado por casualidad una compañía de cazadores esa misma tarde, el buen Variassy hubiera pasado una divertida noche!

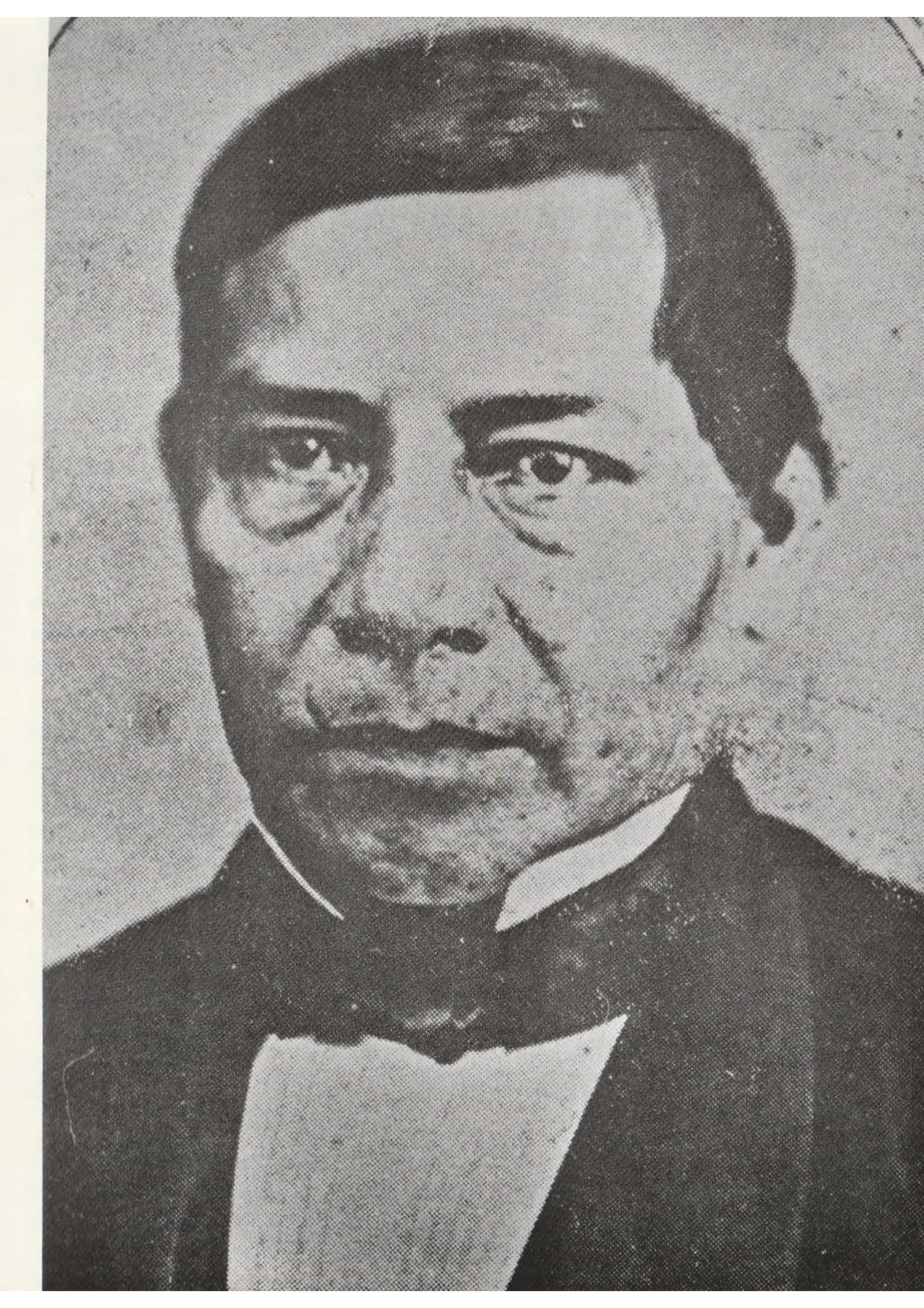
Tehuacán 26 enero 1866. Mañana llegará aquí Tacco con los ulanos, pasado mañana me marcharé a Puebla con 130 húsares, treinta cazadores y varios enfermos.

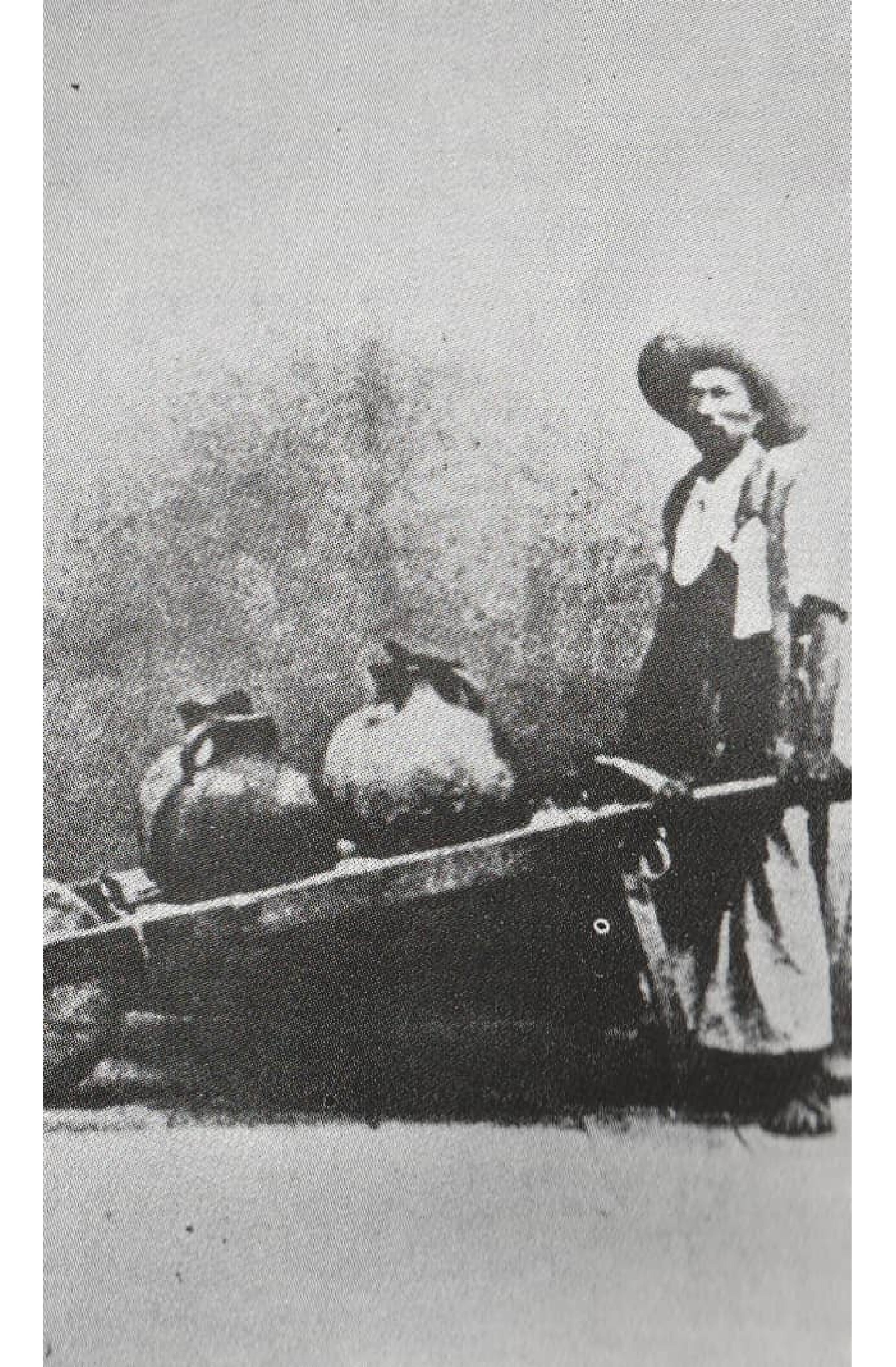
Puebla 8 febrero 1866. Mi marcha fue aplazada por la noticia de que mil disidentes se encontraban a seis leguas de Tehuacán. Reuní a mis húsares, al escuadrón de ulanos y a cuarenta jinentes nacionales y salí a su encuentro a las dos de la madrugada. A la vez hice reconocer

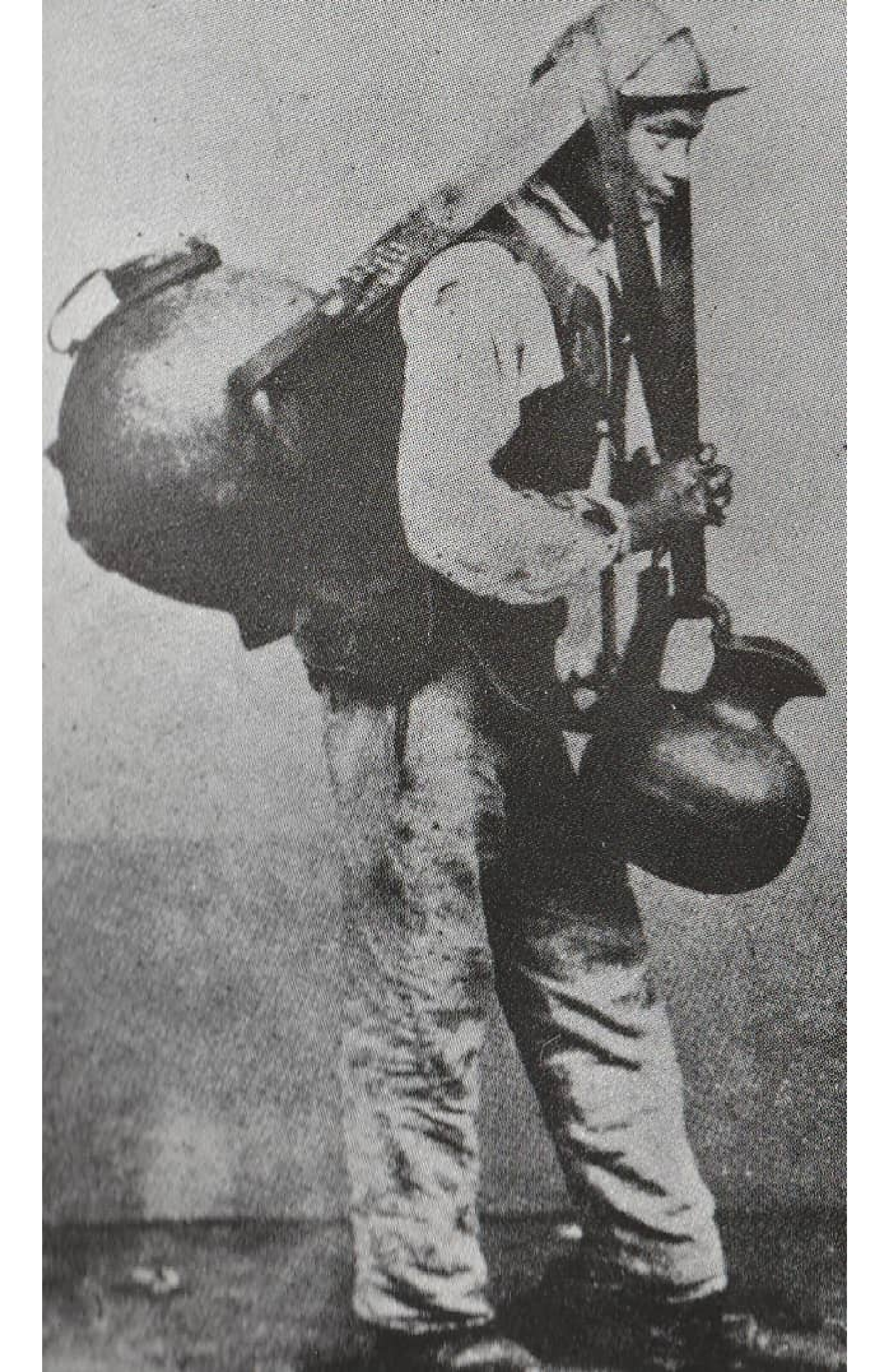




Porfirio Díaz, general republicano que luchó contra las tropas imperiales; posteriormente, presidente de la República Mexicana de 1877 a 1880 y de 1884 a 1911.










M.
M.
M.
M



Izquierda: *Princesa Agnes Salm, quien urdió un plan de fuga para el Emperador, cautivo en Querétaro.*

Abajo: *El general de las tropas voluntarias, conde Franz Thun* (centro), *con voluntarios austriacos*







todo el terreno por patrullas de jinetes y me enteré de que ya se habían marchado. Las autoridades siempre exageran considerablemente las fuerzas enemigas, por el puro miedo. Estoy convencido de que no había más de cuatrocientos disidentes.

Así es que al otro día me marché para Puebla, y aquí llegué el *4 de febrero*. El recibimiento fue muy bonito. La música y todos los oficiales libres de servicio de la guarnición salieron a nuestro encuentro. Se tocó la marcha de Rakoczy, acompañada por parte de los húsares por ininterrumpidos gritos de *eljen*. El comandante de la p'aza, La Vigne, se descubrió al desfilar nosotros delante de él, para probar su respeto ante el valiente escuadrón. Por la noche hubo un gran banquete, brindis sin fin.

El 14 de febrero de 1866 tuvo lugar un crimen que llamó la atención mundial y que causó un daño inmenso al prestigio del Imperio mexicano: la comisión belga que había notificado al emperador Max el advenimiento al trono del hermano de Carlota como el rey Leopoldo II, fue asaltada y desvalijada de regreso desde México en los bosques de Río Frío, cerca de Puebla. El barón Huart, primer ayudante y favorito del conde de Flandes, fue muerto, y otros resultaron heridos.

Más o menos en este tiempo llegó a México la carta de Napoleón III del 15 de enero, en la cual retiró definitivamente toda ayuda al Imperio mexicano y nombró como último plazo para la evacuación de las tropas francesas el mes de febrero de 1867: "la salida de nuestras tropas podrá suponer una debilitación momentánea, pero tiene la ventaja de quitar a Estados Unidos todo pretexto para una intervención".[9] *En su discurso de la corona, Napoleón III confirmó ante la opinión pública su voluntad de llevar otra vez las tropas a Francia.*

16 febrero 1866 Puebla. Nuestro escuadrón sustituirá al segundo escuadrón bajo Micolits en la guardia imperial de México. O sea, ¡servicio de palacio! El emperador mismo nos pidió a mí y a mis húsares, lo cual realmente es mucho de su parte y significa una gran distinción para el "quinto". Estoy muy contento de que mi caballo de batalla herido así como su amo nos hayamos restablecido otra vez.

El coronel conde Carl Bombelles, el comandante de palacio del emperador Max, pasó por aquí hace dos días desde Europa. Parece regresar de buen grado a México y sostiene allí relaciones amorosas

9 Corti, vol. II, p. 177 [p. 409].

con cierta doña Morales, cuyo marido es empleado en la corte. Bombelles, quien sirvió con los húsares y luego con la marina en Austria, ya era en ese entonces ayudante del emperador Max y capitán de corbeta en la marina. Las dos damas de palacio austriacas, la condesa Melanie Zichy y la condesa Kolonitz (que posteriormente se casó con Eloin) regresaron a casa el año pasado antes de mi llegada.

Junto con Bombelles pasó por aquí el nuevo comandante de la *Dandolo,* Greaves, inglés de nacimiento.

27 febrero 1866 Puebla. En este país suceden cosas realmente increíbles. Ayer regresé de una patrulla, por la siguiente razón. En Tlaxcala, una pequeña ciudad a ocho leguas de aquí, apareció un tipo harapiento llamado Sánchez con ochenta disidentes sólo medio armados, aprisionó al comandante militar de allí, de nombre Ormachia, con todo y su hijo, impuso una fuerte contribución y, después de haber saqueado todavía la región, desapareció sin rastro. Las miserables autoridades sólo dieron aviso del suceso ocho horas después.

A pesar de que recorrí 25 leguas de un tirón en el ferrocarril, no fui capaz de alcanzar a esos bandidos. Se retiraron a la sierra con su botín. Las autoridades mexicanas se componen realmente de puros rateros. ¡Cómo es posible que la población tenga confianza en tales personas, que tan mal la protegen! Es también, por cierto, una valoración bastante significativa para una ciudad de más de 4 000 habitantes.

Ayer volvió a anunciarse aquí una riña, pero no sucedio nada.

Actualmente se encuentra aquí una compañía de ópera francesa. Vino desde México y sigue a La Habana. La vieja Salzer cantó también en varias óperas. Los acompaña una cantante mexicana que recibe muchísimo aplauso. Es gorda hasta la deformidad y se llama Peralta.

Nuestra infantería va llegando paulatinamente desde la sierra. Se habla de nuevas operaciones. Pero yo temo que haya otro motivo: probablemente estén abandonándose la sierra Gorda y Jalapa, ¡que tanta sangre y dinero nos costaron! ¡Qué disparate fue dispersar las pocas tropas sobre una distancia tan inmensa y dejarse derrotar siempre bajo comandantes completamente incapaces!

De hora en hora espero mi orden de salida para la capital por parte del general Thun, que allí se encuentra. El emperador está en su villa de Cuernavaca. Micolits, quien mandaba el escuadrón de húsares de la guardia imperial, se va de correo a Europa. Es como bálsamo sobre su herida, tener que entrar en filas. Ese tipo y su

gente así y todo no han hecho más que vagar por la capital. Está bien que ese petimetre de los salones huela también alguna vez la pólvora y que su escuadrón cumpla con su deber ante el enemigo.

México 28 marzo 1866. Hicimos la marcha desde Puebla en cuatro días. Apenas llegados a México tuvimos que ir, al otro día, a Cuernavaca, donde, como ya lo dije, el emperador y la emperatriz se refugiaron de la ciudad. Allí llegamos el 20 de marzo. El emperador me hizo llamar (era inmediatamente antes de su comida) a su gabinete y me indicó que quería agradecerme personalmente las hazañas logradas por mi escuadrón y por mí. Sin duda eso fue más importante para mí que todas las condecoraciones que hubiera podido otorgarme. ¡Tuve lágrimas en los ojos! Sus palabras quedarán grabadas en mi corazón eternamente; ¡el pobre, buen señor!

Al día siguiente el emperador dio una fiesta al aire libre para mi escuadrón, avanzada la tarde. Dirigió un discurso en húngaro a los húsares. Las aclamaciones no parecieron terminar nunca.

Cuernavaca es una ciudad pequeña y limpia en la zona caliente. La villa del emperador se encuentra en medio de un espléndido jardín, que contiene todos los árboles y plantas tropicales. Una hermosísima vegetación rodea, igualmente, la ciudad limpia. Hay también un palacio o castillo, antiguamente suntuoso, de Cortés, que ahora sirve de cuartel. La marcha desde México hasta allí es de dos o tres días.

El 27 volvimos a llegar a México con el emperador, o en realidad a Tacubaya, que está inmediatamente a un lado del castillo de Chapultepec donde reside el emperador. Su Majestad hizo renovar este castillo, anteriormente en ruinas, por su arquitecto de la corte E. G. Kayser, de Viena. Se dice que Cortés lo construyó como residencia, lo cual no creo. Se encuentra encima de un alto cerro y domina toda la zona. Unos cipreses de muchos siglos se elevan en el parque. Posee verdaderamente una mágica vista a la lejanía. Como siempre, se nos alojó en un antiguo convento de monjas. Un tren tirado por caballos conduce hasta aquí desde México.

El embajador conde Guido Thun lleva una vida muy agradable. Casi todas las noches se reúnen en su casa generales franceses y altos oficiales; allí conocí a muchos. Se discutía frecuentemente de política. La opinión acerca del mariscal era muy desfavorable. Observé que el hombre era muy odiado. Lo merecía, también, en alto grado. Aun frente a sus compatriotas se conducía en forma orgullosa y

arrogante. En la casa de Thun se jugaba también mucho monte y *whist,* con altas apuestas.

Mi escuadrón está un poco fatigado de la última vez que acompañó al emperador. Recorrimos 14 leguas en cinco horas, además de ir continuamente cuesta arriba y a rápido trote.

Tacubaya 10 abril 1866. El emperador concede las siguientes condecoraciones:

I. La Orden del Águila, un águila de plata o de oro, según el grado suspendido de una cinta roja o verde. Consiste en la Cruz de Caballero (plata), la Cruz de Oficial (oro), que lleva una roseta en la cinta, la Cruz de Comandante o Gran Cruz, que sólo poseen los gobernantes. El emperador no otorgará esta condecoración a nadie mientras los franceses sigan aquí. La razón es fácil de adivinar.

II. La Orden de Guadalupe, que comprende una categoría más alta, a saber, la Gran Cruz de Oficial. Es una condecoración inferior. La cinta es de color lila y rosa. Se creó bajo Iturbide.

III. La Medalla al Mérito Militar, de bronce (también para los oficiales), plata y oro, se lleva en una cinta roja. Estas medallas tienen en una cara el retrato del emperador, en el dorso "Al mérito militar". Sólo los soldados la reciben, pero nunca los franceses.

El embajador conde Guido Thun regresará a Austria en estos días. No le simpatizaba al emperador. No obstante, hubiera sido de gran beneficio para nosotros, también para el emperador, que permaneciera aquí. En la primera audiencia, Thun le comunicó al emperador la buena noticia de que ya tenía aseguradas sus vacaciones después de una estadía de dos años, lo cual irritó mucho a Maximiliano.

Hoy es el aniversario de la subida al trono del emperador. Por la mañana hubo una gran recepción en la corte. Duró muchas horas. Admiro el aguante del emperador. Los de la corte casi no podíamos mantenernos ya en pie. El emperador estuvo hablando ininterrumpidamente durante todo el tiempo y con todos. Había un gentío terrible. Todos los lugareños quieren manifestar su lealtad. Pero es pura mentira; no creo ni una sola palabra de todo ello.

En mayo de 1866 Maximiliano tuvo que declarar su bancarrota financiera. No tuvo otra salida para la miseria financiera que pedir a los franceces que cubrieron el sueldo del cuerpo de voluntarios de la caja militar francesa (la cual a su vez se financiaba, ciertamente, con los ingresos aduaneros mexicanos). Con ello terminó por completo la autonomía del cuerpo de voluntarios. Con el título de "division auxiliaire étrangère" (división auxiliar extranjera) fue puesto bajo el mando del general francés barón Neigre.

La decepción, es más, la ira provocada por este desarrollo de la situación redundó en mucha agitación dentro del cuerpo austriaco.

México 3 mayo 1866. Nuestro cuerpo va de mal en peor. Con frecuencia no hemos podido pagar la soldada a la tropa. Desde el 1º de mayo nos encontramos bajo el mando del general francés barón Neigre, un hombre gordo y viejo, bonachón pero de muy cortos alcances. Somos, por lo tanto, auxiliares franceses con el título de "tropas auxiliares austro-belgas". ¡Hemos llegado lejos! Para esto peleamos y nos dejamos matar, ¡para convertirnos en mercenarios franceses! Podría escribir mucho sobre el tema. Pero me he vuelto prudente y me cuidaré de informar acerca de estas cosas a casa, pues mis cartas han sido abiertas en el correo francés. El sobre las protege muy poco. Sin embargo, todo ello no puede tener un buen fin.

El general Thun está enfermo del coraje. Pero le falta el poder para oponerse a la perfidia de los francesas y hacer valer nuestros derechos. En una palabra, la espantosa pobreza de las cajas imperiales nos ha entregado a estos traidores.

En Puebla los oficiales austriacos tuvimos una junta. Así tampoco se logrará nada. La tropa ha alcanzado tal grado de excitación, que albergamos el temor de que pueda producirse una sublevación. ¿Quién sabe, tal vez el general Thun deje el servicio? Haría bien, pues debería ser el último en ponernos en manos de los franceses: ¿qué nos prometió en Austria? No puede subordinarse al general Neigre, sería lo mismo que retirarse. Una posición tan secundaria, subordinada a un inepto general de brigada francés, sería indigna. ¡Acabo de enterarme de que [Thun] avisó que está enfermo! Entregó temporalmente el mando del cuerpo al coronel Zach. Estamos perdidos.

México 14 mayo 1866. Hay mucha preocupación en México, porque ha comenzado la temporada de lluvias. Debido a la negligencia y los sistemáticos robos de las autoridades, los diques de los lagos de Tezcoco y de Chalco están muy dañados. El que conduce de Ayotla a la ciudad de México está roto, y ahora hay que dar un rodeo de siete leguas por San Ildefonso.

Un indio viejo ofreció mostrar las aberturas de los antiguos canales de drenaje aztecas de los lagos. No obstante, sólo revelará el

secreto bajo la condición de que las obras hidráulicas se dejen exclusivamente a su cargo. Los ingenieros imperiales, puros franceses y estafadores, no quieren renunciar a sus contratos, aunque sean incapaces de lograr algo contra las inundaciones. ¡Así está la situación aquí! Sí, todos los días va más cuesta abajo.

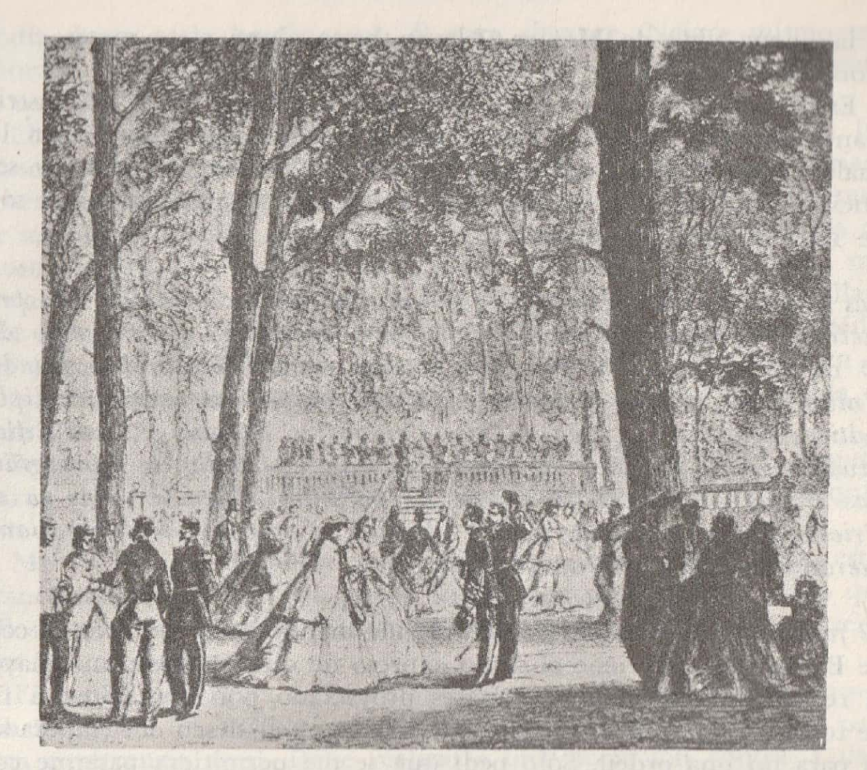
24 mayo 1866 México. La corte ha reducido muchísimo los gastos. La pareja imperial no va nunca al teatro ni de paseo, sólo a Chapultepec. Opino que esas medidas son erróneas. El soberano debe ser visto, si no, se lo olvida.

Un industrial vienés vino de parte de varias "casas vienesas" y quiso inaugurar una exposición de arte austriaco. No es posible imaginarse las trabas que le pusieron los franceses desde el desembarque de su mercancía, ante todo el mariscal. En el caso de este último era comprensible, dado que él mismo es competidor; se llegó incluso al extremo de querer prohibirle el desembarque de sus cosas. El caballero Von Maurer ("de los tres húsares", Kohlmarkt Graben), según se llamaba, supuestamente perdió mucho capital con su exposición. Y, no obstante, hubiera sido de gran beneficio no sólo para Austria sino también para México, ya que este país hasta la fecha sólo ha comprado mercancía francesa de pacotilla.

Hace poco hice con Bombelles sobre caballos de correos el recorrido de nueve horas o 36 leguas a una de estas juntas de oficiales. Se aplacó nuevamente al general Thun, y todo sigue como antes. Nadie sabe cuánto puede durar.

Tres veces a la semana una banda de música militar francesa toca en la Alameda, bastante mal, por cierto. Pese a la temprana hora, de 9 a 10 de la mañana, todas las mujeres elegantes se reúnen allí. La música de nuestro cuerpo, que también está aquí, tiene asimismo su hora tres veces a la semana, así como a las 8 de la noche en la plaza principal delante del Palacio. Sin embargo, por estas fechas suele llover, al menos a esa hora, de modo que la música y la población tienen que emprender la retirada a toda prisa.

El poco respeto de que goza un oficial mexicano aquí en el país queda evidenciado por lo siguiente: una dama mexicana preguntó al capitán de caballería conde Sternberg cuál es su oficio en Europa. A mí me indicó otra que no anduviera de uniforme en la calle, pues me perjudicaba mucho. A pesar de todo, los oficiales austriacos somos mucho mejor vistos que los franceses, a los que no se les aguanta por su codicia y arrogancia.



La Alameda en la ciudad de México a la hora de la música militar.

México 9 junio 1866. Ayer se inauguró una estación del ferrocarril. Es el tramo de Tacubaya a San Ángel. Todo eso está a 2 1/2 millas de México en el camino a Cuernavaca. La vía de Puebla debe inaugurarse dentro de uno o dos meses. Sería de incalculable ventaja para la pacificación del país. También terminarían por fin los eternos robos a la diligencia.

El 8 de junio hubo, por ser el aniversario del desembarco del emperador, una escueta iluminación así como fuegos artificiales. No obstante, la multitud era tremenda pese al espantoso calor. Los indios, al igual que los vieneses, se entusiasman mucho con todo tipo de festejos.

Kodolitsch debe llegar aquí desde Matamoros a fin de mes. Viene por barco, mientras sus tropas austriacas tienen que emprender el peligroso camino por tierra. Es comprensible, pues no es tan tonto como para ir a entregarse a la interceptación segura. También lo creo poco valiente. Al mismo tiempo desea volver lo más pronto posible

a la buena vida de México. Llevan hasta ahora siete meses en la frontera americana.

Esperamos con impaciencia las tropas que deben venir de Austria. Van a ser cinco mil hombres, entre ellos doscientos húsares, con los cuales el escuadrón aumentará otra vez a 120 rasos, 16 clases y seis oficiales, además de 23 soldados de infantería. Ahora disponemos sólo de 135 hombres por escuadrón.

Las tropas austriacas esperadas con tanta impaciencia habían sido prometidas, ciertamente, por el gobierno austriaco en el convenio del 15 de marzo de 1866, pero nunca llegaron a México. Los Estados Unidos intervinieron y amenazaron con romper las relaciones diplomáticas con Austria, que en esos tiempos se hallaba en una difícil situación política: faltaban dos meses para la batalla de Königgrätz. Las tropas austriacas del cuerpo de voluntarios, embarcadas ya en Trieste después de haber jurado adhesión al emperador Maximiliano, fueron desembarcadas nuevamente.

12 junio 1866 México. El emperador me mandó decir hoy, con el conde Bombelles, que tiene el deseo expreso de que ingrese como mayor al regimiento nacional de húsares proyectado por Bombelles, a fin de formar e instruir al mismo. Respondí que el deseo del emperador es para mí una orden. Sólo pedí que se me permitiera pasarme con todo mi escuadrón y escoger a los oficiales y clases. Mis oficiales ascenderán un grado, los cadetes y suboficiales se convertirán en oficiales. Apenas hoy redacté un memorando para el emperador, en el cual enumeré mis condiciones en 13 puntos. Éste fue el trabajo más difícil, porque no pude consultar con nadie al respecto. Debe permanecer absolutamente en secreto. El emperador quedó encantado.

Este paso me costó mucho. Fue uno de los momentos más difíciles de mi vida. Sin embargo, resultó que faltaba mucho para que el proyecto se llevara a cabo, y en una forma completamente diferente. ¡Ojalá se hubiera hecho! El emperador me habrá reconocido [el esfuerzo], ¡pues en realidad yo quería regresar a Europa! Esto, y el mal ejemplo que hubiera dado a los demás, impidieron mi partida.

México 16 junio 1866. Nuestra posición frente a los franceses es una de las más críticas que puedan imaginarse. Tuve hace poco un altercado con el mayor francés Loisillon, el ayudante del general Neigre. El general se enfadó porque hice sustituir al sargento de los húsares Jenö, quien se encontraba con él como ordenanza, pues no podía dejar a ese hombre con él para siempre. Neigre mismo me abordó al respecto, pero supe defender mi posición y el otro sargento se quedó con él.

El general Thun ha descendido a general francés de brigada. Incluso utiliza este título. ¡Es una vergüenza para una tropa austriaca tener que dejarse agraviar en tal forma! Todo este asunto no puede seguir así. Además, no vendrán los reclutamientos para la tropa de Austria. Otra vez América está detrás de ello: es realmente una miseria. Si los infames franceses se van del país, la revolución estallará por todas partes. Los ministros que rodean al emperador son traidores u hombres sin ninguna energía. Los franceses se quedarán en el país hasta haberlo consumido todo. Pronto acabarán; enseguida se irán riendo.

Supe que el teniente coronel La Vigne y el mayor Zillich abandonarán el servicio. Que Dios bendiga sus restos mortales, que no quieren dejar aquí.

Me da lástima el pobre emperador, que está rodeado por estos franceses canallas. Pero no puede hacer nada para evitarlo, dado que ellos controlan todas las fuentes de ingresos del Estado. Estos rateros nos han traicionado.

El ánimo que reina en el cuerpo es atroz. Apenas si saludamos a los franceses. En Puebla es peor aún. Se ha llamado a Thun para una conferencia aquí. Debe realizarse una operación contra Tulancingo, donde el enemigo se ha mostrado en gran número, ¡un disparate! Las conferencias se basan, sin embargo, en una formación conjunta de caballería nacional con oficiales austriacos.

Ha llegado aquí el conde Oswald Thun. Atravesó primero Norteamérica desde Nueva York hasta San Francisco en la *stagecoach* [diligencia]. En aquel entonces todavía no existía el Central Railway. De allí fue a Perú y luego, acompañado por un solo hombre, hasta Río, en parte en *Schinakln* [término popular para barcos pequeños y de mala calidad], en parte con mulas, en un estado constante de ebriedad. Así llegó, finalmente, a Veracruz y México. Con su larga barba gris lucía como un salvaje, además de estar sucio y harapiento. Fue una excursión colosal que nadie imitará tan fácilmente.

Desde que comenzó aquí el gobierno de los franceses, el papeleo del servicio no tiene fin. También es una especie de tiranía.

México 10 junio 1866. Estamos a punto de ser disueltos, transformados o devueltos a casa. ¿Qué tendrá pensado para nosotros Napoleón o, antes bien, Bazaine, este pérfido hombre?

Bazaine me odia por mi franqueza. Varias veces ya me han llamado la atención por ello, sobre todo los oficiales franceses. No menos de tres veces me ha borrado de la lista para la Legión de Honor. Sólo puedo estar orgulloso de *no* ser condecorado por tal mano. El emperador me parece muy abatido y desanimado. Creo que tiene todo motivo para ello. La situación del cuerpo austriaco también lo afecta mucho, según he oído, sobre todo el que se hayan suspendido todos los envíos de refuerzos desde Austria. En tales circunstancias, es imposible que el Imperio mexicano dure más de un año.

Ayer se comentó que el cuerpo austriaco deberá integrarse al ejército mexicano. Se preguntará su decisión a cada oficial y soldado por separado. Estoy convencido de que tres cuartos del cuerpo irán a casa, pese a que el general francés Osmond, quien elaboró el proyecto, me asegura que cada austriaco gastará enseguida el dinero que le será adelantado para el viaje, y así tendrá que quedarse aquí. ¡Qué bonita trampa! El general Thun ha perdido toda influencia en la corte. Cualquier escribano tiene más.

Oswald Thun regresará otra vez a casa en estos días. Estuvo fuera un año y medio.

Acompañaré a la emperatriz a Ixacualco, y dispongo para ello de 25 húsares. Sólo irá con ella la dama negra de palacio.

Esta "dama negra de palacio" parece haber causado una impresión especial sobre Khevenhüller, pues en sus cartas a Viena también menciona a la "dama negra de palacio, uno de los últimos descendientes de Montezuma que se llama Varella... Esta Varella es de color café oscuro y a lo sumo tiene veinte años de edad, una auténtica india. Se ha comprobado su descendencia de Montezuma, es alta y esbelta, pero no muy bonita" (México, 19-6-1866).

México, el 3 julio 1866. El recorrido con la emperatriz fue muy interesante. Todas las noches dormí delante de su puerta con el revólver en la mano, aposté guardias como frente a un enemigo. El camino nos llevó a través de selvas y llanuras, a poblaciones que rara vez han de ver a un europeo.

La emperatriz fue recibida muy efusivamente en todas partes. Los indios se arrodillaban a su paso. Las autoridades, puros mestizos e indios de oscura piel, siempre comían con nosotros, a la mesa de la emperatriz. Sí, esta hermosa mujer en su traje medio mexicano ejercía una magia sobre estas personas medio salvajes, que a menudo realmente se manifestó y transmitió de un modo singular. Siempre

le besaban violentamente la mano. Los clérigos, las más de las veces también indios, la bendecían a la cabeza de sus parroquias. Fueron conmovedoras las conversaciones que sostenían con la emperatriz. ¡Qué fácil sería gobernar a la gente de no ser canalla la llamada "parte culta"! Ya que temo que estas líneas caigan alguna vez en manos indiscretas, me abstengo de anotar muchas cosas: es mejor así.

3 julio 1866 México. Solicité una licencia de tres meses al emperador. Me la negó rotundamente. Es duro no descansar ni siquiera poco tiempo, del cual la mayor parte se perdería en el viaje, después de año y medio de difícil trabajo.

La columna de Matamoros quedó completamente aniquilada. Los oficiales están muertos o presos. De los trescientos austriacos sólo 14 llegaron a Veracruz. Kodolitsch, quien dejó que la columna se fuera sola, se embarcó desde Matamoros y escapó, por lo tanto: es realmente capaz de evitar todos los peligros con sus trampas. Pero aquí seguramente nadie se dignará mirarlo. Su bagaje y cinco caballos cayeron, sin embargo, en manos del enemigo. Lo tiene merecido. Todavía no se dan a conocer los detalles acerca de esta catástrofe.

10 julio 1866 México. Hoy por la mañana la emperatriz partió para Europa. Mi escuadrón la acompañó hasta Río Frío. Yo me encuentro en cama con reumatismo y por desgracia no pude ir. Bombelles viajará con ella. Irán primero a París, donde Napoleón quiere darles sus últimos consejos. ¡De qué les servirán a los pobres sin una ayuda patente! Seguirá engañándolos igual como antes lo hizo.

El emperador quiere tomar enérgicas medidas en su ausencia. Creo que es demasiado tarde.

La emperatriz Carlota, de 26 años en ese entonces, quería en ese viaje pedir ayuda a todos los que en un principio habían motivado y apoyado la aventura mexicana, sobre todo a Napoleón III y a su esposa Eugenia, pero también al Papa. Se trataba de ayuda política y militar, pero ante todo financiera, en forma de un nuevo empréstito. El estado catastrófico de las finanzas de México se aprecia por el hecho de que Carlota no disponía ni siquiera del dinero para el viaje a Europa. Tuvo que tomarlo del fondo para el socorro en caso de inundaciones en México.

El viaje de Carlota, al fin y al cabo un paso sumamente inusitado, se explicó de la siguiente manera en el diario oficial El Diario del Ymperio: *"Su Majestad la emperatriz viaja mañana a Europa. Su*

Majestad arreglará cuestiones mexicanas y diversos asuntos internacionales. Esta misión, de la cual nuestra soberana se ha hecho cargo con verdadero patriotismo, es la mayor prueba de abnegación que el emperador pudiese ofrecer a su nueva patria, tanto más cuanto que la emperatriz se expone, en la costa de Veracruz, al gran peligro que en la temporada de lluvias significa la fiebre amarilla. Hacemos esta comunicación para que el público conozca el verdadero objetivo del viaje de Su Majestad." [10]

Las fervorosas llamadas de auxilio de Carlota quedaron sin efecto: la pareja imperial francesa se encogió de hombros, tan impotente como Pío IX. En el Vaticano se produjo, finalmente, una manía persecutoria en Carlota. Hubo que llevarla a Miramar bajo el cuidado de alienistas. Murió en 1927 sin haberse curado nunca.

El cuerpo austriaco también renunció a sus esperanzas. El 3 de julio de 1866 Khevenhüller escribió a su familia en Austria: "Aquí se observa cómo el círculo se estrecha cada vez más alrededor de todo y la imposibilidad de una permanencia en tales circunstancias y que todo esfuerzo y lucha son inútiles."

Matamoros capituló ya. El Sur se encuentra en plena agitación. En el Norte no es para menos. No hay nada de dinero. Se nos pagan los sueldos con gran falta de regularidad. Desde hace siete días están pendientes, por ejemplo, las pagas. De momento me hago cargo de ellas. Pero ¿por cuánto tiempo puede aguantarse esta situación? Los oficiales, por supuesto, se endeudan por tales irregularidades y luego no pueden librarse otra vez de las obligaciones.

Este desorden franco-mexicano me provoca una tremenda repugnancia. Pero el emperador me causa lástima, en lo más profundo de mi corazón. Él no tiene la culpa. Napoleón y Bazaine son viles rateros, los generales franceses ni pizca mejores. Se me comunica oficialmente que a partir del 1º de agosto se realizará una considerable reducción del sueldo. A mí me da igual, pero ¡los pobres tenientes!

México 26 julio 1866. Tres semanas nos han hecho esperar los sueldos y las soldadas, ¡qué duro es! Las condiciones internas del cuerpo son tales que no puede seguir así si el emperador no quiere vivir algo espantoso. Nadie puede prever el futuro, pero es posible que haya una catástrofe, Un manifiesto imperial permite ingresar al ejército mexicano. Hasta la fecha se han presentado, como yo lo preveía,

[10] Montlong, p. 24. [No es cita textual. Es traducción del alemán (T.).]



Así veía un artista contemporáneo la tragedia de la pareja imperial mexicana: Maximiliano permanece solitario entre sus combatientes en México, mientras un ángel misericordioso nubla el juicio de Carlota con el velo negro de la locura.

sólo muy pocos. La mayoría son gente que ha perdido el derecho de regresar a Europa, o sea, aventureros. Algunos de nosotros nos dirigimos al general Thun para que nos consiguiera el regreso al ejército austriaco. Éste sólo nos corresponde después de seis años de servicio, o sea, que hace falta un permiso especial para ello. El general Thun rechazó nuestra solicitud con una carta muy severa, que causó gran indignación. Declaramos en la nuestra que consideramos violadas las condiciones puestas para nosotros al principio. Después de eso se cambió al mayor Bernard, que aquí era comandante de distrito, a Huajuapan. Pero no se atrevieron a hacerme nada a mí. Al punto hubiera presentado mi renuncia. Los tres firmamos la declaración. Thun es digno de compasión.

¡Cuánta pena nos da que el embajador Thun regresara a casa! Tenía una encantadora casa de soltero, y estaba siempre dispuesto a ayudar a sus compatriotas. Lago es un hombre sin energía.

El general Thun está en muy malos términos con el emperador, ya no se diga con los franceses. Los mexicanos no lo quieren por extranjero. Tampoco es muy listo, o sea, está perdido.

El Estado mexicano paga ahora a los oficiales del cuerpo al fin del mes. Así perdemos el sueldo de uno, ¡qué bonitas maneras! Era una tontería que se nos pagara por adelantado. Pero se hubiera hecho el cambio antes, o poco a poco.

Nos reunimos los oficiales que estamos en la capital. Hice la propuesta de que esperáramos la decisión del emperador respecto al cuerpo austriaco; la propuesta fue aprobada.

México 10 agosto 1866. Ha comenzado un tiempo difícil para nosotros, y los disidentes se acercan cada vez más a México. Todos los puertos excepto Veracruz están ya en sus manos, gracias a los infames franceses y su política pérfida. Los generales franceses han recibido la orden del mariscal Bazaine, según ellos mismos declaran en público, de entregar todas las ciudades, las plazas fortificadas, etc., al enemigo. Lo llevan a cabo de la siguiente manera: se avisa al general enemigo que el comandante francés abandonará el lugar a cierta hora. Entonces, el enemigo entra al poblado, a menudo al mismo tiempo que los franceses están saliendo de él.

En caso de haber tropas imperiales, éstas, dado que las más de las veces son muy débiles, por supuesto tienen que escaparse a toda prisa. Casi siempre detienen a las autoridades, y a muchos los fusilan, como ha sucedido incluso en varias ciudades más grandes. Cuando hay provisiones de guerra, el enemigo se apodera de ellas, como

merecido botín. Con frecuencia las vende el comandante francés al mejor postor. Pero el dinero no vuelve a verse.

El general Dupin, el famoso destructor del palacio imperial en Pekín [durante la expedición de Napoleón III contra China], comandaba en México la contraguerrilla. Hacía ahorcar a la gente, sin motivo, para despojarla, o sea, con frecuencia también a algún mexicano rico que llevaba un sombrero adornado con piedras preciosas que había llamado la atención del general.

Todos los húsares están concentrados aquí. Me imagino que por una repentina salida para Veracruz. Todavía puede contar [Maximiliano] con nosotros. Ahora ya no se puede renunciar a la causa del emperador. Es un traidor quien lo abandona en tal situación. Opino que todo está perdido si no se cambia de raíz el sistema entero. Primero tienen que irse estos franceses. Su conducta forma una lacra en la historia.

18 agosto 1866 México. El general Thun se va. Presentó su renuncia. Se despidió aquí de los oficiales reunidos. Me da lástima: una autoridad caída, es decir, alguien que era o debía representar mucho. Al salir me preguntó: "¿Hice lo indicado?" Contesté: "Sí, en estas circunstancias, cuando se pierde contacto con el suelo, sólo queda marcharse."

Hace varios días tuvimos una junta de oficiales en Puebla. Yo me fui a caballo. Estuvo reunido casi todo el cuerpo austriaco. Thun aún tenía el mando. Pero la excitación se había incrementado tanto entre los austriacos que temíamos una catástrofe. Por la noche se realizó la junta de oficiales, la cual se desarrolló en forma sumamente turbulenta. Tomé la palabra e hice presente al teniente coronel Zach que se nos había vendido a los franceses, que las condiciones habían sido violadas y nosotros estábamos prácticamente libres de toda obligación. A continuación se produjo un terrible alboroto. Zach, el presidente, se retiró y dio por terminada la reunión.

Una hora más tarde se juntaron cerca de cuatro mil austriacos delante del cuartel general. Exigieron ya no estar subordinados a los franceses, vociferaron: "¡Muerte a los franceses!", sacaron antorchas y quisieron a toda costa ver al general. Salí al balcón, y las tropas, al reconocerme, estallaron en gritos de "¡Viva Khevenhüller!" Con dificultades hicimos entrar en razón a los hombres, que querían arrojarse contra los franceses que había en la ciudad: ahí estaba la sublevación. No nos quedó más que hacer promesas a la gente —que sabíamos que no podríamos cumplir—. Los franceses, tal vez unos

quinientos hombres, estaban preparados en sus cuarteles. Les dio un miedo terrible, y sus oficiales instaron al general a que hiciera todo lo posible por su seguridad.

¿Qué, sin embargo, podía hacer Thun si *nosotros* no manteníamos el orden? En ese entonces una sola palabra hubiese sido suficiente para ganar a todos los austriacos. Todos hubieran ingresado al ejército mexicano, y con seis mil hombres de tropas básicas hubiera podido emprenderse mucho. El momento pasó, irrecuperable, y los franceses tuvieron un fácil juego con las masas sin juicio.

A principios de octubre de 1866 llegó la carta del 22 de agosto de Carlota desde París, con la confesión de que "no he logrado nada". Una carta de Napoleón III confirmaba esta mala noticia: había pasado el tiempo de las medidas contemporizadoras, ahora ya le era imposible darle a México ni un escudo ni un hombre más. Si Maximiliano creía poder sostenerse con sus propias fuerzas, las tropas francesas permanecerían según lo pactado hasta el año de 1867. En el caso de una abdicación, Napoleón III aconsejaba convocar una asamblea nacional, en presencia todavía de las tropas francesas, para elegir un nuevo gobierno.[11]

Pocos días después llegó la noticia de que la emperatriz Carlota se había vuelto loca. Maximiliano, una vez más debilitado por una enfermedad, se hundió en depresiones y tomó la decisión de abdicar y de regresar a Europa. Se hicieron preparativos de viaje, también para los integrantes del antiguo cuerpo de voluntarios. Maximiliano dio la orden de vender las piezas de artillería austriacas, que eran de su propiedad privada, y de auxiliar con el producto de la transacción a los inválidos del cuerpo de voluntarios. El archivo secreto imperial fue puesto a bordo de un buque de guerra austriaco anclado en el puerto de Veracruz (y llegó efectivamente a Viena, donde aún hoy día forma la fuente principal acerca del segundo Imperio mexicano). Maximiliano accedió también a que el heredero de la corona, el pequeño Agustín Iturbide, fuera devuelto a su madre y llevado a Europa. En un telegrama a Viena anunció como probable fecha de regreso el mes de diciembre de 1866.

Para restablecer su salud tuvo que viajar primero a Orizaba por algunos días, la cual de todos modos se encontraba en el camino de Veracruz y, por lo tanto, más cerca de los barcos que lo aguardaban. La inseguridad que la situación había adquirido entretanto puede

[11] Corti, vol. II, p. 316 [p. 520].

apreciarse por el hecho de que una noche le robaron las seis mulas que tiraban de su carruaje. El viaje duró —interrumpiéndose una y otra vez debido a la enfermedad de Maximiliano— siete días: suficiente tiempo para que aquellos que se interesaban por hacer permanecer al emperador le preparasen un fastuoso recibimiento en Orizaba. Demasiado bien se conocía la debilidad de Maximiliano frente a las aclamaciones populares y los discursos de adhesión.

Pero no sólo los mexicanos sino también Khevenhüller y Kodolitsch instaron al emperador, allí en Orizaba, a "por Dios. . . hacer un último intento y no abandonar como mendigo el país, sino irse como emperador" (Orizaba, 31-10-1866). El hecho de que motivos meramente privados —el amor por Leonor— lo indujeron a este paso es confesado con gran arrepentimiento por Khevenhüller a continuación. Leonor pertenecía a una de las familias de relieve de la capital, que eran partidarias del Imperio, y bajo Juárez el futuro sería bastante sombrío para los leales del emperador, según se pensaba. Khevenhüller escribió a su madre el 22 de noviembre de 1866: "Además, el emperador no cumple con su deber al abandonar, sin haber tomado provisiones para ellas, a tantas familias que se han comprometido con el Imperio."

Khevenhüller contaba, en todo caso, con tener que abandonar México, y describió a su madre, en la que supuestamente era la última carta desde México, las pugnas de los partidos alrededor de Maximiliano: "Los mexicanos conservadores tienen un pavor extremo a la partida del emperador, pues no tienen nada bueno que esperar por parte de los liberales, y ahora intentan retener al emperador. Es demasiado tarde, sin embargo, y estos arrebatos de patriotismo están fuera de lugar. Si hubieran pagado antes, hubiera sido de mucho mayor beneficio para todos nosotros."

En efecto, Maximiliano pronto comenzó otra vez a vacilar. Los fieles consejeros que le aconsejaban la abdicación ("Salga, salga de ese país que dentro de algunas semanas será el teatro de la más sangrienta guerra civil") perdieron su favor. Su pundonor y la consideración por sus partidarios que permanecían en México retuvieron al emperador, sin duda también la impresión de no ser deseado en Austria. En Europa su futuro era más que inseguro después de haber perdido su posición como Habsburgo.

Orizaba 31 octubre 1866. Estamos en pleno proceso de retirada. El 18 de octubre ya, cuando comí en Chapultepec con el emperador, varios gentileshombres de la corte hablaron de una partida del em-

perador a Europa. No quise dar crédito a esas historias. No me agradaba que el emperador siguiera tan ciegamente a los franceses, es más, de inmediato abandonara, como títere de Napoleón y por orden de éste, el país al que llegó con tan grandes esperanzas. Pero se volvió una amarga realidad. Temprano el 21 de octubre nos marchamos desde Chapultepec. Éramos tres escuadrones de húsares y el emperador. Para no dar la alarma a los franceses, tuvimos que hacer un rodeo alrededor de toda la ciudad.

Pero ahora hará falta remontarme a sucesos anteriores para poder explicar mi manera de obrar y de pensar:

Durante los últimos meses tuve oportunidad, por un mexicano amigo mío llamado Boves, de visitar la casa de Leonor. A menudo pasaba allí mis veladas, le tocaba algo en el piano o le leía las obras españolas que me hacía mandar desde Europa. A pesar de que ella comprendía bien el estado que reinaba en mi interior, ninguna expresión, ninguna mirada, nada en absoluto revelaba que se hubiera interesado por mí, y con frecuencia salía tambaleante, como loco, de la casa. Pero no pude desprenderme. Siempre una fuerza mágica me atraía otra vez al lugar. Cuando me miraba con sus ojos grandes y fríos, creía perder los sentidos. ¡Ojalá nunca la hubiese conocido!

Entonces ocurrió mi partida con el emperador a Puebla, tan inesperada, tan repentina, que no tuve ni siquiera tiempo para estrecharle la mano, y a eso no podía sobreponerme. Apenas llegados a Ayotla, monté un caballo de correos y la misma tarde estuve de vuelta en México. El calor, el polvo, me habían enrojecido la cara y me brillaban los ojos cuando le dirigí la exclamación: "¡Nos vamos! El emperador regresa a Europa". Se quedó inmóvil, ella tampoco lo pudo creer, y sólo consiguió balbucear: "No puede ser. ¡No me abandone!"

Con eso supe lo suficiente. Entonces entró su esposo y sólo pude indicarle ya: "¡Haré lo que pueda!", antes de salir otra vez precipitadamente; por la noche estuve de regreso en el campamento de la corte en Ayotla.

¡Esa desastrosa palabra mía! ¡Cómo la he lamentado y deplorado miles y miles de veces! Pero ¿cuántos hubieran obrado de otro modo? ¡Era demasiado joven!

En Mexicalcingo se hizo un descanso, pero sólo por un momento, pues el descanso de mediodía sólo fue hasta Ayotla, como antes lo mencioné. El emperador mandó a un oficial de mi escuadrón, el teniente conde La Motte, un joven húngaro, con telegramas a México. Pernoctamos en Sociapan, un pequeño poblado. Al otro día, el 22, estuvimos a mediodía en Río Frío, por la noche en la hacienda Mohiro

de Guadelupe.* El emperador viajaba en su carro tirado por seis mulas. El 23 por la noche llegamos a la hacienda Molino del Puente, muy cerca de Puebla. El 24 fue un día de descanso.

El emperador estaba enfermo. Padecía de fiebre. A ello se sumaba la excitación provocada por el paso que iba a tomar, ¡y desde hacía varios días sabía ya que la pobre emperatriz había perdido la razón! Permanecía, pálido y enjuto, cabizbajo, en su carro. Yo cabalgaba junto a la portezuela del mismo. De cuando en cuando hablaba con el doctor Basch, que iba con él, o me preguntaba si los húsares no estaban demasiado cansados, lo cual negué, por supuesto. ¡Hubiéramos ido con él hasta el fin del mundo!

Al día siguiente hablé con unos viajeros que venían de Europa. Afirmaron que en Veracruz se decía que Napoleón había envenenado a la emperatriz, tras un altercado terrible, con un vaso de agua azucarada. ¿Quién podrá jamás alzar el velo sobre esta tragedia, y sería bueno que sucediera? La población rural salía en masa a nuestro encuentro, el emperador tuvo a menudo lágrimas en los ojos por esas muestras de simpatía. Por desgracia, sólo eran pobres indios.

El 27 de octubre estuvimos, por la noche, en Orizaba. Cuando los oficiales franceses de la guarnición salieron a recibirnos, los húsares empezaron a proferir imprecaciones en húngaro. Se requirió de una enérgica palabra mía. Sin embargo, no era posible tomárselo a mal. El odio de nuestras tropas contra esos bandidos era demasiado intenso.

Los franceses (pues nuestras tropas, que antes habían tenido la guarnición, estaban concentradas en Puebla) recibieron al emperador con el tronar de los cañones. Doblaban todas las campanas. Pero yo me sentía apesadumbrado. Pensaba en la pobre emperatriz, en él, el perseguido. Eso no deja de existir por las campanas o los cañones. ¡Hipocresía, mentira!

Llevábamos ya varios días en Orizaba cuando Kodolitsch, quien nos había acompañado desde México, me abordó y me pidió ir con él para ver al emperador e instarlo a no regresar a Europa, abandonándolo todo a remolque de los franceses. Al principio no quise saber nada del asunto, pues yo veía que sin soldados y sin dinero era para él completamente imposible sostenerse. Entonces pensé en ella: podré verla de nuevo, pensé en las últimas palabras que intercambiamos: ¡no, no puede ser!, ¡no puedo irme, para siempre, para toda la eternidad!

Kodolitsch obtuvo mi palabra y lo acompañé. Él había observado

* *Sic* [T.].

muy bien la lucha que se libró en mi interior. Sin embargo, nunca averigüé qué lo indujo a esa actitud. ¿Era la esperanza de un futuro gran puesto? ¿Era otra cosa? Sólo Dios lo sabe.

El emperador nos recibió en forma muy condescendiente. Tanto él como nosotros teníamos lágrimas en los ojos. Nos estrechó la mano. Cada una de sus palabras estuvo llena de sentimiento. Sí, nos habló al alma, tan sincero. Nos conmovió hondamente. Estamos convencidos de que piensa, tal como dijo, que "abandonar México, el país de sus esperanzas, lo llena de dolor, pero la resistencia pasiva de los franceses, del mariscal Bazaine, le vuelve imposible permanecer por más tiempo". A continuación, nosotros insistimos en que no dejara el país en tal forma, por orden de Napoleón o de Bazaine. Entonces nos interrumpió con las siguientes palabras: "Les doy mi palabra de que sólo abandonaré México con honor. El futuro lo demostrará. Suceda lo que suceda. No puedo ni debo decir más."

Hoy el emperador me mandó la Orden del Águila. Hasta ahora sólo la posee Kodolitsch, que la recibió al mismo tiempo que yo. Kodolitsch fue enviado a México. Yo asumí el mando de los húsares. El emperador, según he oído, quiere hacerme su ayudante. Sin embargo, prefiero no dejar a mis valientes húsares.

Los disidentes se encuentran entre aquí y Puebla, pese a las tropas francesas. El embajador inglés, que también quiere escaparse en esta *débâcle,* nos siguió en la diligencia. Se topo con ellos [los republicanos] en el camino ¡e intercambiaron sus tarjetas de visita! ¡Magnífico! Dicen que se comportaron en forma muy decente. ¡El jefe mencionó que sólo les hacía la guerra a los franceses!

En la ciudad de México todo se ha puesto en movimiento para inducir al emperador a regresar. ¡El Ayuntamiento le ofreció dos millones de pesos, el clero también!

Miramón y Márquez regresan de Europa. Yo los vi. Miramón me da la impresión de un valentón. Pero no me fío de la torcida cara de Márquez. Miramón es un hombre bastante alto, joven, muy atractivo, habla con voz fuerte, camina derecho, mira a los ojos de su interlocutor. Márquez es un hombre menudo y viejo; recibió alguna vez un tiro en la cara, lo cual no lo favorece. Además tiene un carácter tímido e inquieto, en suma, un aspecto sospechoso. [El general Miguel Miramón, anteriormente el presidente de los conservadores en contra de Benito Juárez, tuvo que abandonar México después del triunfo militar de los liberales y vivía desde entonces en el exilio parisiense. Su compañero de luchas más cercano de ese tiempo, el general Leonardo Márquez, temido por su crueldad, había sido hasta el momento

el embajador imperial mexicano en Constantinopla. Ambos se pusieron, entonces, al servicio de Maximiliano, para persuadirlo a quedarse.] Cada uno de estos generales, al igual que Méndez y Mejía, prometieron al emperador que le conseguirían tropas en sus departamentos de origen. El ministro de Guerra afirma incluso que podrá proporcionar mensualmente medio millón de pesos a los comandantes de las tropas para su aprovisionamiento. No creo nada de todo ello.

El emperador no recibe a nadie. Recorre los alrededores a caballo con el doctor Basch y el viejo capuchino y naturalista Bilimek. Estos paseos me causan gran consternación. Cada vez lo sigo a cierta distancia —sin ser visto— vestido con el traje mexicano y bien armado. Alguna vez le podría pasar algo.

Bazaine realmente parece tener un acuerdo con los disidentes. Éstos surgen por todas partes como hongos, y los pronunciamientos de las tropas imperiales se multiplican de la manera más horrorosa.

Acaba de llegar aquí un cazador austriaco que fue tomado prisionero con la desafortunada columna de Matamoros. A través de los Estados Unidos y Veracruz logró llegar hasta Orizaba. Hablé con él y juró que dos regimientos de negros americanos participaron en el combate contra nuestras tropas. Hay cañones y armas americanas en abundancia con el enemigo. Para nadie de aquí es ya un secreto que Juárez es apoyado con dinero de los Estados Unidos, así como que el cónsul americano acreditado con los juaristas predica abiertamente la revolución. Se encuentra actualmente en la ciudad de México. (El cazador que realizó esta pieza de bravura se llama Zampani y es italiano.)

Orizaba 22 noviembre 1866. Aquí hormiguea de ministros, embajadores, delegados, cazadores de condecoraciones y otra gente de ralea semejante. Todos quieren todavía pescar algo antes de la ruina general. Ayer llegaron aquí varios oficiales desde Jalapa. Se defendieron por bastante tiempo con ochocientos hombres contra varios miles del enemigo. Cuando los franceses, sin embargo, como siempre, no reaccionaron ni a las peticiones más urgentes de los austriacos, pese a que se encontraban a pocas millas del lugar, tuvieron que rendirse. La capitulación se efectuó con retirada libre, pero dejando todos los caballos, las armas y la munición. El asunto realmente nos arrancó un grito de coraje y de indignación. ¡Estos miserables sujetos, bien que se han engordado aquí!

Hace tres días fui nombrado mayor, a mi vez, al mismo tiempo que Babarczy y Wickenburg de los húsares. Se dice que el cuerpo se

compone ya sólo de cuatro mil hombres. Todos los demás, muertos, prisioneros, víctimas de las penalidades. Así, la repatriación probablemente no salga muy cara. ¡Para entonces muchos habrán muerto en una forma tan miserable como la columna de Matamoros!

Aquí el ambiente es extremadamente tenso. No tenemos tratos con los franceses. Como sea se han producido ya escenas desagradables, y en el futuro queremos evitarlas. Hace poco trescientos franceses huyeron precipitadamente al recibir la carta de un jefe de los disidentes, a cuatro millas de aquí. Amenazó con ahorcarlos si no abandonaban de inmediato el lugar.

En Tulancingo apresaron, fusilaron y quemaron a cuarenta austriacos. Próximamente nos espera la misma suerte si perdura todavía el execrable dominio de los franceses.

Hoy llegó aquí desde México una gran parte del Ayuntamiento. Viajaron con la diligencia. El emperador les declaró que sólo los recibiría bajo la condición de que no le hablaran acerca de política, ¡o sea, del tiempo! Me asombra que los liberales no se hayan apoderado de estos tipos. Realmente no hubiera sido ninguna lástima.

A instancias de los conservadores y del voto dado por el Consejo de Estado convocado en Orizaba, el 28 de noviembre de 1866 el emperador Maximiliano decidió permanecer en México. No obstante, puso condiciones. Ciertamente eran las mismas que él mismo había tratado de imponer inútilmente desde hacía años y cuyo cumplimiento resultaba más improbable que nunca en esa fecha:

"1. Un arreglo para librarnos de los lazos de los franceses.
"2. Un arreglo con América.
"3. La obtención de dinero.
"4. La organización del ejército.
"5. No más derramamientos de sangre.
"6. La derogación de la ley del 3 de octubre.
"7. *Corte martial* [juicio sumarísimo] sólo para bandoleros, no en asuntos políticos."

La opinión pública fue puesta al tanto de la decisión de Maximiliano por medio de la siguiente proclama personal:

"¡Mexicanos!

"Las circunstancias, que adquirieron dimensiones todavía mayores por desgracias domésticas y que están relacionadas con el bien de Nuestra patria, Nos llevaron al convencimiento de que debíamos devolveros el poder confiado a Nosotros.

"¿Las condiciones bajo las cuales me quedo?"

"El Consejo de ministros y del Estado convocado por Nosotros opinó, sin embargo, que el bien de México requiere todavía de Nuestra permanencia en el poder. Consideramos, por lo tanto, como Nuestro deber ceder a estos ruegos insistentes y manifestamos al mismo tiempo Nuestra voluntad de convocar un Congreso Nacional en el que deben participar todos los partidos, para decidir si el Imperio ha de subsistir todavía y, en caso afirmativo, para establecer las leyes fundamentales a fin de consolidar las instituciones públicas de la nación.

"A tal efecto actualmente se ocupan Nuestros consejeros de proponer las medidas necesarias; al mismo tiempo se dispondrá lo adecuado para que todos los partidos tengan la posibilidad de contribuir a un arreglo sobre esta base.

"Hasta entonces, mexicanos, contamos con todos vosotros sin diferencias de tendencia política y Nos esforzaremos en continuar con

valor y perseverancia la obra de regeneración que habéis confiado a vuestro compatriota
"Maximiliano
"Orizaba, 1º de diciembre de 1866." [12]

La madre de Maximiliano, la archiduquesa Sofía, que siempre se había declarado contraria a la empresa mexicana, pese a todas sus preocupaciones maternas ahora sí aprobaba la decisión de Maximiliano de perseverar en México. El 12 de enero de 1867 escribió en su diario, después de que el conde Charles Bombelles esperase en vano la anunciada llegada de Maximiliano a Gibraltar: "Por fortuna Max hace a su país el sacrificio de quedarse. Era urgentemente necesario en un momento en el cual el país podría caer víctima de la anarquía de los partidos, en caso de que Max lo abandonara y aunque sólo fuese por poco tiempo. Recientemente me escribió que son conmovedores el interés y el afecto de que le dan fe. Al permanecer se sostiene con honor frente al mal proceder de Luis Napoleón. Y si algún día tuviese que ceder al apremio de los Estados Unidos y renunciar a su puesto, se irá con honor. . ." [13]

Es de suponer que Sofía haya comunicado este punto de vista del honor a su hijo en una carta, reforzando a éste en su resolución.

Seguramente no se daba cuenta de que la situación de Max era de vida o muerte.

Puebla 20 diciembre 1866. El 11 por la noche recibimos —los húsares— la orden del emperador de ir por él al otro día temprano a su palacio, una casa grande y antigua en la plaza principal. Nos regresamos a México. Varios días antes nos habíamos enterado ya de esta decisión del emperador. Yo tuve conocimiento de ella considerablemente antes, dado que el padre Fischer y Herzfeld no tenían secretos ante mí.

El padre Fischer (muerto en 1888 como sacerdote en México) era un hombre que combinaba con el aspecto de un gigante la viva mansedumbre. Tiene gran influencia con el emperador y representa al elemento conservador de la corte. Comunica al emperador todas las protestas de los obispos mexicanos, pero estos clerizontes no han recibido nada de dinero. Creo que es leal al emperador. El futuro mostrará si su manera de gobernar y opiniones son provechosas. Temo por el futuro del pobre emperador. Pues aquí falta todo: dinero, tropas, honestidad. Sólo una energía de hierro, un proceder sin miramientos, podrían todavía obrar milagros en este país y salvar el prestigio decaído y amenazado del emperador. Que Dios dé su bendición para ello.

[12] Montlong, p. 39. [No es cita textual. Es traducción del alemán (T.).]
[13] Diario de Sofía, empleado con el amable permiso del doctor Otto von Habsburg.

En Acalcingo se hizo alto a mediodía. En verdad realizábamos magníficas cabalgatas: dudo de que en Europa una tropa de caballería de varios cientos de hombres recorriera al trote ocho millas alemanas (unos 60 km) sin detenerse ni por un minuto en el camino, además de atravesar con frecuencia extensiones de profunda arena o empinados montes, como las Cumbres de Acalcingo.

En Palmar hicimos la siguiente parada. ¡Cómo me acordé de todos los triunfos del primer tiempo, de la condecoración de mi escuadrón por la emperatriz!, etc. . . . ¡y ahora!

El 14 llegamos por la noche a Houaca, un edificio parecido a un castillo inmediatamente antes de Puebla. Los caballos estaban agotados por la monstruosa cabalgata, y nosotros mismos, bastante fatigados. Allí, sin embargo, había una de todos los diablos. El emperador se quedó por algún tiempo, a pesar de que las muchas personas que diariamente y a todos horas emprendían el camino hasta el lugar acabaron por importunarlo. Todo era pura comedia. ¡Cuán pocos eras los partidarios serios del regreso del emperador! Se me mandó con Castelnau, el general francés, para prepararlo para la audiencia con el emperador. Ése sí que es un insignificante caballero de la corte, convencido de la misión napoleónica que reclama para sí tanta importancia, hinchado por la idea de ser un poderoso diplomático, un tipo ridículo. Además, creo que el brillo de sus uñas y la inclinación de las puntas de su bigote tienen mayor importancia para él que las cuestiones políticas de México.

A mí me dijo con su desparpajo francés: "El emperador tiene que partir; ¿qué piensa hacer con estos cerdos mexicanos cuando Francia retire la mano?"

A ello le repliqué: "¿Quiere decir que nuestro emperador puede sostenerse únicamente por las bayonetas francesas? Napoleón debió haberlo sabido de antemano."

No obtuve respuesta. Sin embargo, no logré desistir de decirle también: "Su emperador y Bazaine se portaron como canallas frente a Maximiliano."

Entonces, el buen hombre se incorporó de un brinco del canapé, como un payaso, y exclamó: "Señor, olvida usted con quién está hablando."

A lo que contesté otra vez, tranquilo: "Señor, no se altere. Usted lo sabe igual que yo."

[El general conde François Castelnau, ayudante personal de Napoleón III, tenía la misión de persuadir a Maximiliano de abdicar y de organizar el paso a un nuevo gobierno.] [14]

Apareció también Danô, el embajador francés. Este buen hombre tiene el aspecto de un zapatero, bajo, gordo y ordinario, con el rostro afeitado. Jugó todo el tiempo un papel doble y fue una herramienta dispuesta para el mariscal. Su boca desbordaba siempre de protestas de amistad. Pero no resultaba difícil hallar la verdad entre todos esos despropósitos. El emperador lo odiaba.

El 6 de diciembre de 1866 se disolvió el cuerpo de voluntarios austro-belga. La mayoría (3 600 hombres) había resuelto regresar a Europa. Sólo ochocientos accedieron a ingresar al ejército mexicano.

Después de unos siete días tuvimos que acompañar al emperador a Puebla. Ayer me hizo llamar y me indicó: "Usted sabe que la repatriación del cuerpo austriaco se llevará a cabo dentro de poco. Por eso lo hice llamar y le doy la tarea de establecer para mí un regimiento de húsares, haciendo entre las tropas austriacas que se van su selección del material apto para la caballería. Tengo plena confianza en su disposición así como en sus capacidades. Me ha dado ya suficientes pruebas de ello. Cuento con usted y sé que con tales hombres puedo afrontar con seguridad el futuro."

"Su Majestad seguramente no dudará de mi ilimitada adhesión. Pongo mi vida a los pies de Su Majestad, pero permitirá que enumere las proposiciones que me habilitarán para establecer el regimiento."

Me fui; ¿qué iba a hacer? ¡Solo, sin dinero! Mis esfuerzos sin duda se critican por todas partes, y no obstante sé que sólo nosotros conseguiremos salvar algún día al emperador de este infierno. Yo estaba desesperado. Pero Dios no abandona al alemán. La posición justa tiene que triunfar, después de tantas veces que me he enfrentado a la muerte. Me sentí orgulloso de poseer la confianza del emperador a tal grado. Pero ¡qué joven era para asumir una responsabilidad tan difícil, para tener la vida y el futuro de tantas personas en la mano!

Pasé delante de la catedral. El canto de coro sonó desde el interior, y me coloqué detrás de una de las inmensas columnas. Era avanzada la noche. El incienso se elevaba hacia la alta bóveda junto con los cantos, y pasó mucho tiempo antes de que mis pensamientos precipitados, que se alborotaban desaforadamente dentro de mi pobre cabeza, poco a poco se ordenaran en una sucesión regular. Entonces, resonó la voz del sacerdote: *"Non desparavit in Domino!"* La llamada penetró ardientemente en mi corazón y exclamé en voz alta: "¡Sí, no me desesperaré, mi deber es perseverar, si Dios lo quiere, también morir! Ahora hay que emprender la obra con todas mis fuerzas."

[14] Emile Ollivier, *L'Empire Libéral,* París, 1895-1918, vol. IX, pp. 89 *ss.*

Al día siguiente presenté mis propuestas al emperador. Él estuvo completamente de acuerdo. Los puntos eran los siguientes:

I. El regimiento de húsares "Hussaren del Emperador" se encuentra directamente bajo las órdenes de Su Majestad.

II. El mayor imperial Khevenhüller queda a cargo de establecer este regimiento.

III. El comandante tiene el derecho de nombramiento hasta el grado de mayor.

IV. Cada oficial, cadete o clase egresado del cuerpo asciende un grado.

V. Los sueldos son los mismos que en el cuerpo austriaco.

VI. El comandante está autorizado para el reclutamiento dentro del antiguo cuerpo austriaco.

VII. Todos los comandantes de unidades dentro del cuerpo austriaco deben apoyar en lo posible al comandante.

VIII. Se entregan al comandante todas las armas y los caballos así como el material de guerra.

IX. El comandante tiene el derecho *jus gladii.*

X. El comandante recibe 12 000 pesos para formar el regimiento.

Cuando abordé a los distintos comandantes de tropa con la orden personal del emperador, se produjo un verdadero alboroto. Los capitanes de caballería y los cabecillas se juntaron y declararon, por supuesto no delante de mí, que nos harían encadenar en caso de que mis agentes o yo nos mostráramos ante ellos. ¡Se supone que también lo proclamó en público el capitán de caballería conde Geldern, el buen fanfarrón! ¿Qué hizo él en México? Allí ni siquiera se oyó mencionar su nombre. Las tropas tuvieron estrictamente prohibido abandonar los cuarteles. Esas personas no desistieron de nada para impedir mis honrados esfuerzos.

Y, no obstante, alcancé mi objetivo en parte. La tropa tenía pensamientos más nobles que esos embrutecidos oficiales. Sí, ¡esos señores se figuraban que en Austria se les erigirían arcos de triunfo, se

les recibiría con aclamaciones, se les harían fiestas! ¡Por haber abandonado de una manera perra al pobre emperador! A su regreso fueron detenidos en las fronteras y expulsados a sus respectivas patrias. Todavía existe la justicia sobre la Tierra. Este hecho me mantuvo también a mí.

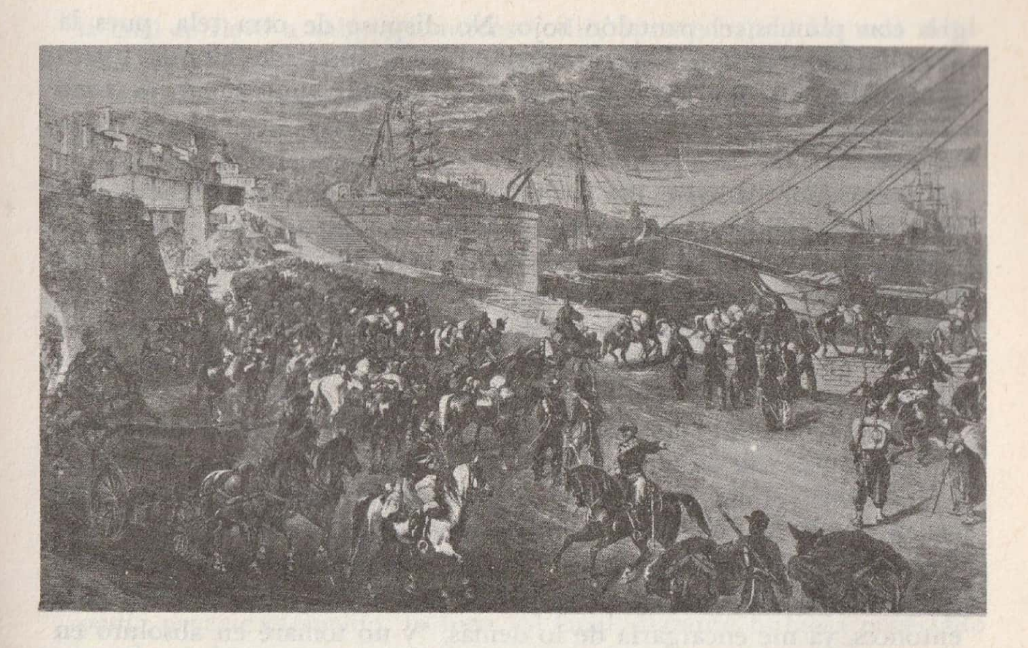
Los oficiales de escuadrón del antiguo "quinto" declararon que no me abandonarían. Los valientes de río Salado y Ajalpan eran los mismos. Casi todo mi antiguo escuadrón fue conmigo, el capitán de caballería barón Kulmer, Von Variassy, Von Almassy, Von Kalmucky, Thom, el conde Zsiga Zichy: junto con Berger y Maschek, posteriormente mayores, formaban los sostenes de mi regimiento. Con su ayuda reuní a quinientos húsares, cuarenta oficiales y cuarenta hombres para la banda del regimiento, sin contar a los profesionistas y la plana mayor. A pesar de que recibí sólo 2 000 pesos en lugar de 12 000, logré aumentar el regimiento a setecientos hombres. Me costó 35 000 florines de mi caja particular, que nadie me restituyó. Trabajamos como al vapor para entrenar a la tropa e instruir a la gente y los caballos. Pues también había muchos soldados de infantería.

Por fin los restos del cuerpo se fueron a Austria. Pese a todo, me jugaron la última mala partida: muchos, sobre todo los ulanos, no me entregaron las armas. Se las llevaron a Veracruz, donde fueron entregadas a la ciudad (!). Nunca volvieron a aparecer, pues los disidentes se pertrecharon con ellas. Ese fue el fin del cuerpo. Sin ceremonias los 4 500 hombres restantes marcharon a Veracruz, donde los esperaban los barcos de transporte. [Según una versión, al principio no partieron con los franceses 4 500 sino 3 600 integrantes del antiguo cuerpo de voluntarios austriaco. Aproximadamente mil hombres se encontraban todavía presos en esas fechas y sólo se embarcaron hasta después.]

La creencia general es que la emperatriz Carlota está muerta. De ser cierto, el Imperio habrá sufrido otra grave pérdida. Tenía un carácter fuerte, inquebrantable en la desdicha, llena de vida y de fuerza. Pero tuvo que sucumbir a la deslealtad y la bajeza de Napoleón: él la mató, si no física, sí moralmente.

En México debo aumentar mi regimiento a mil hombres, por medio de mexicanos. Pero entonces estaré obligado a integrar a oficales mexicanos; de otra manera habrá disturbios que no deseo ni quiero tener.

Le declaré al emperador que, de dejarse a mi regimiento sin paga aunque sólo sea por un día, organizaré al punto una requisa en los alrededores. Así y todo, sólo pagan Veracruz, Orizaba, Puebla y México. A una hora de camino de estos lugares se vuelve imposible recaudar los impuestos. Así es que lo haría con razón.



En diciembre de 1866 comenzó la evacuación de las tropas extranjeras de México: 26 000 franceses (aquí durante el embarco en Veracruz), unos mil belgas y 3 600 austriacos abandonaron el país a expensas de Francia. Se les adhirieron también numerosos particulares civiles comprometidos por su apoyo al Imperio, que querían ponerse a salvo, y también muchos elevados funcionarios públicos.

Puebla 7 enero 1867. El 3 de enero el emperador regresó a México. Yo todavía no acabo. Es una gran tarea crear así todo un regimiento desde la nada. Pero todos los días se avanza algo, y espero terminar pronto.

Diariamente pasan por aquí las tropas francesas para volver a casa, los miserables; se les nota, por cierto, "la ignominia de su triunfo". Siempre me complazco en observar el desfile. Mis oficiales me acompañan sin falta, y ninguno de los oficiales conocidos por nosotros hasta ahora ha disimulado frente a mí sus sentimientos al pasar. Los decentes se avergüenzan. La mayoría de quienes no lo son no me importa.

Los húsares son rojos: la blusa roja, el dormán rojo, un sombrero

gris con plumas, el pantalón rojo. No dispuse de otra tela, pues la azul, la verde y la gris seguramente fueron sustraídas por la intendencia al partir. Por eso tengo que hacer montar a mis hombres como verdugos.

18 enero 1867 México. Por orden del emperador me marché a México el día 10. En la segunda parada —Río Frío— tuve que hacer realizar una exploración hacia Tezcoco por dos de mis escuadrones bajo el mayor Berger. El enemigo, varios cientos de soldados de caballería, huyó de inmediato al acercarse mis húsares, quienes se reunieron otra vez conmigo ante la puerta de San Antonio Abad en México.

Todavía me esperaba una sorpresa, sin embargo, antes de entrar. Llegamos hasta la Griseta del Paseo. Mi vanguardia alcanzó la puerta. Entonces, el oficial francés de guardia declaró que no podía dejar entrar a mis tropas sin un permiso especial del mariscal. Al recibir esta comunicación por parte de mis hombres, me adelanté y aseveré que le daba media hora de tiempo; de no haberse dado la orden para entonces, ya me encargaría de lo demás, "y no tomaré en absoluto en consideración a vuestro mariscal ni a toda su camarilla".

El infeliz se apresuró, como era natural, por obtener lo necesario y, justamente, al poco tiempo pudimos entrar. Sin embargo, no fuimos alojados en la ciudad, sino que el emperador nos envió a Tacubaya, que está ciertamente muy cerca de México.

Al tercer día el emperador fue a inspeccionarnos. Al ver pasar a galope tendido a los bravos húsares, entre gritos de hurra y *eljen*, cuando gustosos blandieron los sables, el emperador se volvió hacia mí con ojos resplandecientes, me dio la mano y dijo: "Me ha dado una gran alegría. Ha superado brillantemente mis esperanzas. Nunca lo olvidaré."

El regimiento estaba formado. El emperador se adelantó a caballo hasta el frente del mismo y exclamó con voz sonora en húngaro: "Muchachos, cuento con vosotros; vuestro comandante os conducirá, como siempre, a la victoria, para honor de México, y conservaréis siempre la antigua fama de los húsares. Os agradezco que me hayáis guardado lealtad."

Otra vez me estrechó la mano, delante de todos los húsares, que estallaron en un estrepitoso *eljen*. Muchos gritaron: "Moriremos por nuestro Maximiliano", y volaron al aire los sombreros y los sables.

En esa época comenzó una guerra oculta entre los franceses y yo, la cual se llevó a cabo con intenso odio, aprovechando las más mínimas ventajas, y con inexorable perseverancia.

Una vez el emperador me dio la orden de reunir el material de guerra mexicano que todavía se hallaba en los fuertes, para llevarlo a la ciudad, donde entonces sería repartido entre las distintas unidades.

Llegué al fuerte de San Antonio Abad, donde debían estar las provisiones de artillería. ¿Qué vi, horrorizado? Grandes fogatas ardían en los patios. ¿Cuál era el combustible? ¡Las cureñas, las cajas de munición, el correaje! Apenas estaban arrojando los cañones al pantano contiguo, cuando les siguió la pólvora. Entre risas, el oficial de guardia me mostró el terrible espectáculo: "El mariscal me dio la orden de hacerlo. No queda nada aquí. Todo se destruyó."

Indignado, me fui con el emperador. ¿Qué podía hacer el pobre señor contra el todopoderoso mariscal?

En esos tiempos Bazaine obligó a la ciudad a comprarle, por un precio exorbitante, el palacio que el emperador le había regalado, pues así lo había prometido éste. El Estado, que al soldado raso no podía pagarle el sueldo, lo hizo. Al final, Bazaine hubiera encerrado a todo el Ayuntamiento.

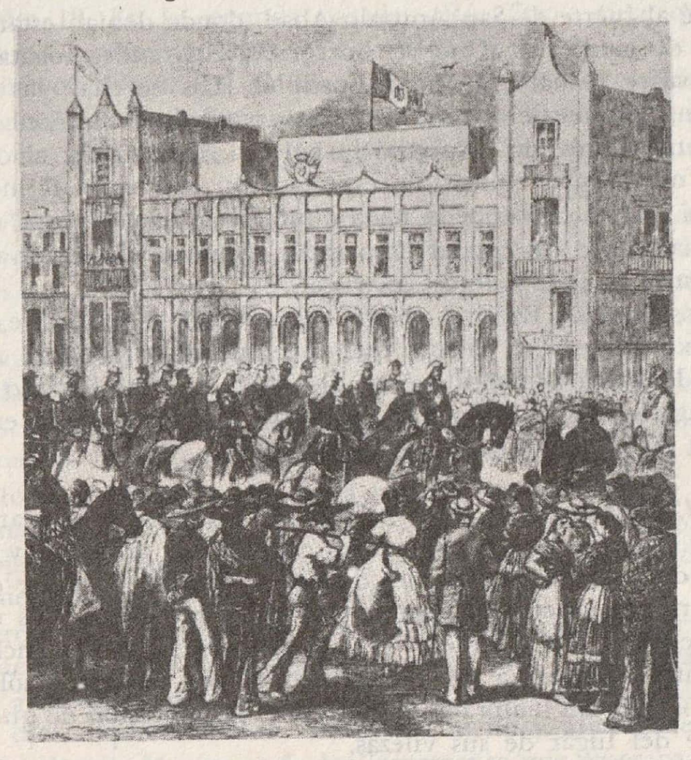
México 12 febrero 1867. Por fin llegó el día: Bazaine se marchó con su horda. Los franceses se formaron en la plaza principal y a continuación desaparecieron, después de haber desfilado delante del panzón. Al irse, un oficial y comandante francés me gritó: "¡Es una vergüenza seguir a una bandera que de tal manera está manchada de excremento!" Ése tenía un carácter como por desgracia sólo había muy pocos. Era tan temprano, que tuvimos la impresión de que quería escurrirse del lugar de sus vilezas.

Márquez se volvió comandante de la plaza. Empezó con una severidad loable, pero ¿cómo íbamos a tener éxito después de que todo se había arruinado por la bajeza de Bazaine? No teníamos nada. Faltaba de todo: armas, caballos, correaje, mantas y cañones. Los franceses habían hecho explotar y arrojado a los pantanos a los mejores. ¿Cómo conseguir todo eso sin dinero?

Miramón, después de haber tomado Zacatecas y casi apresado a Juárez con todos sus ministros canallas, tuvo finalmente que ceder ante la superioridad de fuerzas, y perdió dos tercios de sus tropas.

Escobedo, uno de los principales perros, el general enemigo, hizo fusilar a todos los oficiales así como a 109 franceses presos que anteriormente habían ingresado al ejército mexicano. Al ingresar los po-

bres, el mariscal los había despojado de todos sus derechos. Los demás integrantes al servicio del ejército imperial dirigieron un escrito al mariscal en el que se lo reprochaban. El mariscal —esta hiena— contestó: "No sois franceses. Sois mexicanos." En general se asevera que Bazaine y Escobedo procedieron de común acuerdo. Nunca podrá limpiarse de este cargo.



La salida de Bazaine de la capital.

13 febrero México. Temprano tuvimos una especie de "pequeña alarma". A las seis horas hice formar al regimiento en el patio del palacio, a donde nos habíamos cambiado poco tiempo antes El barón Hammerstein, que mandaba a la infantería austriaca, hizo lo mismo. Éste, originario de Hannover, que en Austria también había servido de capitán, contaba con unos 350 hombres. También había recibido, al igual que yo, la orden de formarse. Ninguno de los dos sabíamos qué significaba eso, aunque había llegado a oír rumores acerca de una partida del emperador. Sin embargo, dudaba de la veracidad de un paso tan insensato. ¡Resultaría demasiado cierto!

Apareció el emperador con el doctor Basch, el padre Fischer y otros señores de la corte. Se aproximó a Hammerstein y a mí y afirmó: "El deber me obliga a asumir el mando de mi ejército. Iré a Querétaro, donde se me espera. Confío en que vosotros dos defenderéis con oportunidad nuestra causa. Permaneceréis aquí con los austriacos."

Nos quedamos atónitos. Finalmente nos animamos a exclamar: "Majestad, no podemos, no debemos abandonaros. ¡Estáis perdido! ¡Estos generales os engañan! Tenemos el sagrado deber de defender vuestra persona. Esto no puede ser; por eso nos quedamos, ¡y ningún poder del mundo nos lo hubiera podido pedir por otro motivo!"

"No —replicó el emperador, interrumpiéndonos—, yo lo deseo. Aquí vuestra presencia es más necesaria que en Querétaro. Os quedáis, tal es mi expresa voluntad."

¡Ése fue, pues, el resultado del infeliz regreso! Estaba perdido, tenía que estarlo en medio de esos traidores. Los pocos miles de hombres de las tropas mexicanas eran incapaces de protegerlo contra las fuerzas tremendamente superiores de los disidentes, apoyados abiertamente por América y por los franceses. Comprendimos que todo había terminado. Las últimas palabras que me dirigió fueron: "Tengo confianza en vos. *Adieu.*"

Sí. Podía contar con nosotros hasta la muerte, pero ¿sería útil para él nuestra muerte, nuestro sacrificio? Estábamos convencidos de lo contrario.

Por la tarde llegó la orden imperial de que enviara al general Vidaurri (posteriormente fue fusilado), un hombre bueno y valiente, con medio escuadrón de húsares para acompañar al emperador. Me sentí impulsado a hacer montar al regimiento entero, pero las palabras imperiales resonaron: "Yo lo deseo." Yo era soldado, al fin y al cabo, acostumbrado a la obediencia, y llevarme a todos los austriacos equivalía a entregar la ciudad al enemigo. Por lo tanto, escogí a cincuenta de mis mejores húsares, entregué el mando al segundo capitán de caballería Von Pawlovsky, un húngaro, y se marcharon.

El 17 de febrero de 1867 Maximiliano se colocó a la cabeza del ejército recién formado, ya no dependiente de Francia, en Querétaro:

"Nuestro deber Nos obliga ahora a luchar por los dos principios más sagrados de la nación: por su independencia, amenazada por hombres cuyo egoísmo los llevó incluso a vender la propiedad de la nación, y por la restauración del orden interno, que diariamente vemos violado de la manera más bárbara para desventaja de Nuestros ciudadanos pacíficos. Libres en Nuestras acciones de toda influencia, de toda

presión ajena, aspiraremos a sostener en alto el honor de Nuestra gloriosa bandera nacional...

"Confiemos en el Señor, que protege y seguirá protegiendo a México, y luchemos con valor en Nuestro sagrado puesto. ¡Que viva la Independencia!

Maximiliano." [15]

En Querétaro, el emperador estuvo rodeado casi exclusivamente por mexicanos, para oponerse aun a la más mínima impresión de que se proponía conquistar el país con mercenarios extranjeros. En los combates se exponía constantemente al peligro y evidentemente buscaba, como lo confirmaron muchos testigos presenciales, la muerte sobre el campo de batalla.

Por otra parte intentaba, sin embargo, llegar a un arreglo, aunque sólo fuera a una conversación, con Juárez, ciertamente en vano. Todavía esperaba hallar la solución a las diferencias y el término de la guerra civil en un congreso general: "todavía sostengo que la idea del congreso es la única solución posible para fundamentar un futuro duradero y que debe ser la base para acercar unos a otros a los partidos, que tienen la culpa de la desgracia de Nuestra patria. Pensaba ya en esta idea al llegar al país; pero mientras los franceses tuvieron ocupado el centro del mismo no existió la posibilidad de pensar siquiera en un congreso con consulta libre", escribió en marzo de 1867 en Querétaro, y confirmó: "Un congreso elegido por la nación, como expresión verdadera de la mayoría, provista de la suma entera de poder y libertad, representa el único medio seguro para poner fin a la guerra civil y acabar con el triste derramamiento de sangre." Maximiliano quedó profundamente decepcionado por la posición rígida de los republicanos : "Los hombres que siempre hablan del progreso no quisieron someterse a tal juicio [de un congreso nacional]; respondieron con el fusilamiento de ciudadanos leales y destacados, rehusaron la mano fraternal que deseaba establecer la paz entre hermanos, o, mejor dicho, los secuaces ciegos quisieron dominar exclusivamente con la espada en la mano. ¿De qué lado está, pues, la voluntad nacional?, ¡¿de qué lado se encuentra el deseo de libertad verdadera?!" [16]

Todos los intentos de reconciliación se frustraron: Juárez quería la victoria total, que tenía ya muy cerca.

El ejército imperial difícilmente podía aún parecer amenazador a los republicanos. La falta crónica de dinero, que subsistió pese a todas las promesas de los conservadores, no permitió entregar regularmente la soldada, ni siquiera alimentar adecuadamente a las tropas. Los tres generales, Miramón, Márquez y Mejía, estaban en desacuerdo e implicados en continuas rivalidades entre ellos.

[15] Salm-Salm, vol. I, pp. 37 *s.* [No es cita textual. Es traducción del alemán (T.).]

[16] Montlong, p. 57, al ministro Aguirre, 2.3.1867.

Al cabo de un plazo brevísimo —el 12 de marzo—, Maximiliano quedó cercado en Querétaro. El camino a la capital era casi intransitable.

Nos encontrábamos solos, dependiendo únicamente de nosotros mismos, bajo el mando del general Tabera, un hombre viejo e inepto. Nuestro general de brigada era el general O'Horan. Éste procedía de una familia irlandesa y había nacido en México, un hombre menudo con cara de zorro que tenía un pasado muy malo. Con cada cambio de gobierno se había adherido al más fuerte, un hombre sin moral y hablador sin par.

Nuestro general de división, Andrade, era un *haubenstock,* un tipo pequeño y gordo de apariencia ridícula. Se le notaba el miedo que lo dominaba en las circunstancias actuales.

El tiempo pasado hasta ese momento se ocupaba con esfuerzos constantes para mantener a las tropas de buen humor. Los oficiales trabajábamos sin cesar. Ejercitábamos a la tropa en todo. Realizábamos pequeñas excursiones a los alrededores, pero nunca vimos al enemigo. Yo no veía ni oía nada de nuestros generales.

En cuanto al emperador, sabíamos lo que se publicaba en el *Diario del Imperio,* puras noticias excelentes redactadas con el fin de no dejar morir el *dulce jubilo* en la ciudad.

25 marzo 1867 México. Por la noche recibimos la orden de presentarnos en la puerta de San Antonio Abad. Llevé a todo el regimiento, y habíamos marchado como una hora por la carretera cuando vimos elevarse nubes de polvo y se acercaron a nuestro encuentro el general Vidaurri, Márquez y unos ochocientos soldados de caballería, entre ellos el regimiento de Quiroga bajo su joven coronel, Quiroga.

¿Qué hace aquí Márquez?, nos preguntamos. ¿Seguramente viene a llevarnos con el emperador? El otro permaneció en silencio y observó nuestras filas. Nos aproximamos.

El general Márquez, acerca de quien Khevenhüller se expresa de manera tan desfavorable aquí, tenía entre los mexicanos liberales el apodo de "hiena de Tacubaya": en 1859 hizo fusilar en Tacubaya a ocho médicos detenidos al vendar a los heridos del ejército enemigo.

También fue él quien en 1860 sustrajo por la fuerza el contenido de la caja del consulado inglés en la capital.[17]

El emperador Maximiliano depositó su confianza en el general Márquez, de mala fama entre amigos y enemigos por igual, y en marzo de 1867 le encomendó la tarea de abrirse paso desde Querétaro hasta la capital, para allí conseguir refuerzos y dinero. En México, sin embargo, Márquez guardó en secreto este cometido y sacó de la capital a las tropas, en contra de la orden imperial, para llevarlas contra la amenazada ciudad de Puebla, sitiada por Díaz. Maximiliano se quedó sin ayuda militar ni financiera, es más, sin información. A los siete mil imperiales cercados en Querétaro se enfrentaba, entretanto, un número más de cinco veces mayor de sitiadores, mientras las urgentemente necesitadas tropas europeas fueron enviadas a una marcha agotadora, sin perspectivas de éxito, a Puebla. Khevenhüller y Hammerstein no sabían que el emperador los esperaba con urgencia en Querétaro. El padre Fischer tampoco logró pasar a México; el médico de cámara de Maximiliano, el doctor Basch, le había encargado en una carta del 18 de marzo de 1867: "Salude amablemente a Khevenhüller y a Hammerstein y dígales que Su Majestad no tiene la culpa de que no se encuentren con nosotros; comuníqueles que partió de aquí la orden directa de S. M. pidiendo su presencia, que con impaciencia los esperamos durante quince días, y que sólo al cabo de estos quince días llegó el informe de los ministros de que no podían venir." [18]

29 marzo 1867 México. Yo, así como Hammerstein y Wikkenburg (este útimo comandaba a la gendarmería, 150 hombres), recibimos la orden de mantenernos preparados para salir. ¿A dónde? No lo sabíamos, pero nadie dudaba de que fuéramos a Querétaro.

A las cuatro de la mañana nos marchamos. Nos habíamos formado en el camino a Puebla. Pero antes debo mencionar que Márquez había reunido y pasado revista a todas las tropas el día anterior a las cinco de la tarde, en el Paseo. Tan sólo yo puse a 650 húsares, 42 oficiales y a una banda de regimiento de 50 hombres.

La dirección que seguimos al emprender la marcha no me agradó. Había oído ya de un sitio a Puebla por Porfirio Díaz. Al final resultaría que hacia allá íbamos. Así fue.

Éramos unos cuatro mil hombres con doce piezas de artillería (entre ellas cuatro rayados de ocho libras, cuatro rayados de montaña de tres libras, los demás lisos de cuatro libras), todas menos los cañones de montaña tiradas por mulas y, por lo tanto, casi imposibles de mover. A ello se sumaban cuarenta carros con munición, bagajes, provisiones, etc. Sólo ahora nos enteramos de que marchábamos hacia Puebla, que Porfirio Díaz sitiaba la ciudad y que íbamos a levantar el sitio y a aprovisionar a la población.

[17] Schmit-Tavera, vol. I, p. 125.
[18] Kühn, p. 222.

¿Qué significaba eso? ¿Había salido victorioso el emperador? ¿Contaba con suficientes tropas en Querétaro? Éstas eran las preguntas que nadie nos contestaba.

La columna consistía en unos cuatro mil hombres, austriacos, belgas y mexicanos. Por último también mucha escolta, mujeres, chusma. Ya he descrito a las mujeres [p. 126]. Dejé a la banda del regimiento en México.

Marchamos, por lo tanto, durante tres días con terrible lentitud, hasta llegar a la estación de ferrocarril de Apisaco. Allí nos formamos en orden de batalla, aunque no se veía al enemigo, y permanecimos así durante tres horas hasta que por fin se dio la orden para acampar. Noté la falta completa de medidas de precaución, e hice apostar guardias por mi propia cuenta. El terreno era plano como una mesa.

Por la mañana acudí a Márquez. Excepto unos cuantos bueyes magros, no teníamos nada de comer. Por eso sugerí al general que me permitiera hacer un reconocimiento con algunos húsares. Yo ya no soportaba su proceder. Accedió a mi petición y me llevé a un escuadrón de 120 hombres. Avanzamos cuatro leguas hacia Puebla y no vimos nada aparte de algunos harapientos jinetes que pusieron pies en polvorosa cuando nos acercamos. Rendí el informe de que de ese lado no había nada que temer; me apoderé de algunas cabezas de ganado y de varios costales de harina.

Al día siguiente marchamos con toda confianza, por lo tanto, hasta la hacienda de Guadalupe. Allí la columna tomó un descanso, y yo me adelanté otra vez, en esta ocasión, sin embargo, con todo el regimiento, hasta Huamantla, una bonita y pequeña ciudad. Me formé sobre la plaza principal. No se veía nada del enemigo; la ciudad estaba abierta. A toda prisa, después de haber tomado las medidas de seguridad indicadas, mandé a varias pequeñas unidades a forrajear y conseguí varias cargas de mula de maíz, cebada, pan, etc., todo lo cual pagamos.

De repente escuchamos tronar los cañones desde el lado del campamento, y llegó a galope un ayudante, con la noticia de que Puebla se había rendido y que Porfirio Díaz estaba atacando a la columna. ¡Así que habíamos llegado tarde! ¿Por qué habíamos marchado con

esa terrible lentitud? ¿Por qué había hecho Márquez averiguaciones tan deficientes? ¡La segunda noche le pedí que me permitiera adelantarme con los húsares y con los Lameros * de la Frontera [un regimiento de caballería de cuatrocientos hombres] y los cañones de montaña! ¡Yo conocía muy bien el terreno! En el momento oportuno hubiéramos atacado al enemigo por la espalda. Los mexicanos no habrían resistido. La victoria hubiera sido nuestra; levantado el sitio de Puebla. ¿Quién sabe si no hubiera cambiado mucho?

Hice montar a toda prisa y volvimos al trote. La batalla se había resuelto ya a nuestro favor. Los cañones, manejados por nuestros bravos austriacos, habían pronunciado la palabra decisiva. Díaz desapareció con tres mil soldados de caballería, dejando a varios muertos y heridos. Los gendarmes y cazadores realizaron a su vez un pequeño ataque, que llevaron a cabo con éxito. [Los regimientos de la "Gendarmería Ymperial" bajo el conde Edmund Wickenburg y los "Cazadores a caballo" constaban, respectivamente, de 150 hombres, austriacos, belgas y mexicanos.]

Al punto se dio la orden de regresar a México. Se me encargó cubrir el flanco izquierdo de la columna con todo el regimiento. Me topé con una columna de jinetes compuesta de 450-500 hombres, que se mantuvo, sin embargo, a una respetuosa distancia al vernos. Pero sostuvimos siempre el contacto con ellos a través de los tiroteos con las patrullas laterales. Por fin logré rodearlos por medio de un repentino movimiento a un lado, lo cual los obligó a una veloz retirada.

Eran las seis de la tarde, todavía con mucha luz, cuando la vanguardia de nuestra columna llegó a la hacienda de Atchaque. Ésta se encuentra en una gran llanura atravesada por muchas barrancas. Sólo hacia el Norte, a varios miles de pasos, se eleva una pequeña y baja cadena de cerros. Inmediatamente detrás de la hacienda se encuentra también un pequeño cono volcánico, desde el cual se obtiene cierta vista de los alrededores.

Apenas llegada la punta de la columna a la hacienda, una fuerte unidad de caballería enemiga apareció sobre la cadena de cerros y los tiradores adelantados abrieron un animado fuego contra nosotros. Dado que yo había formado la retaguardia durante la última media hora, no estuve en posición, debido a la imperdonable extensión de la columna, de alcanzar la cabeza a la primera llamada. Llegó un mensajero tras otro hasta que por fin logré recorrer el serpenteante camino entre los muchos carros, cañones e infantería.

* *Sic;* Lanceros [E.].

Hice formar al regimiento a la izquierda de la hacienda, destiné el quinto escuadrón (capitán de caballería Von Variassy) a la reserva y avancé lentamente hacia el frente. El ala derecho de nuestra formación consistía en la gendarmería y los cazadores; el centro, en los regimientos de caballería Quiroga, Rifleros de la Frontera y el quinto regimiento. Atrás se ubicaba la infantería. La artillería contaba con un espacio abierto al centro y se apoyaba en la hacienda, abriendo un bien apuntado fuego sobre las masas enemigas de infantería y de caballería que surgían delante de nosotros.

Márquez se detuvo a caballo con la plana mayor sobre el mencionado pequeño cerro. Entonces, Kodolitsch y el coronel barón Bertrand llegaron a galope con la orden, por parte de Márquez, de pasar enseguida al ataque. Delante de mí observaba a entre tres y cuatro mil jinetes que se acercaban lentamente formando una columna de regimiento. Di la orden para el ataque y me lancé contra el frente de esta columna adversaria, que seguía a trote lento. El barón Kulmer realizó una conversión desde la izquierda con el primer escuadrón, el capitán de caballería Von Kalmucky desde la derecha con el sexto escuadrón. En ese momento se abalanzó Kodolitsch hacia mí con la orden de suspender el ataque, y le grité "¡Demasiado tarde!" Resueltos, los húsares se precipitaron sobre el enemigo con gritos de *eljen*.

En un instante el frente del enemigo fue arrojado sobre las otras unidades que se acercaban. Ambos escuadrones laterales se cerraron, y comenzó la matanza. Huyendo a la desbandada, los jinetes enemigos se desplomaron a la profunda barranca que irreflexivamente no habían tomado en consideración al formarse, de modo que los hombres y los caballos rodaron unos encima de otros. En el fondo el espectáculo era espantoso. Por el terrible desorden no habían encontrado ya los pocos pasos.

Entonces, envié tras ellos también al quinto escuadrón, que había quedado atrás. No tomamos prisioneros. Unos trescientos muertos y heridos cubrían el campo de batalla. Nos apoderamos de un sinnúmero de armas, banderas, etc. Jubilosos, pasamos delante de Márquez. El quinto regimiento mexicano nos vociferó: "¡Déjennos avanzar!" Pero Márquez permaneció frío en la altura y ya no se envió a nadie a la persecución. Mi quinto escuadrón alcanzó a la infantería en su huida, mató a muchos a sablazos y se apoderó de armas y de provisiones de todo tipo. La victoria fue total. Pero no se aprovechó. Teníamos el destino de México en nuestras manos. Pero no cerramos los puños. Si Márquez hubiera enviado a la persecución a los dos

mil soldados de caballería, frescos y deseosos de combatir, se hubiera tomado Puebla, pues el enemigo huyó sin parar hasta Tulancingo. Así nos lo comunicaron al otro día los desertores. Yo perdí 16 hombres y tuve nueve heridos, entre ellos el teniente Rosenthal.

Pasamos la noche en Atochaque. Temprano se emprendió otra vez la marcha. Pasamos por la hacienda S. Nicolás Grande, y a las dos de la tarde nos encontramos con el coronel enemigo Lalannis, quien quería cerrarnos el paso con ochocientos soldados de infantería y seiscientos de caballería. Tras hacer brevemente fuego con los cañones, los dispersamos. Los gendarmes y los cazadores, que formaban la vanguardia, realizaron un logrado ataque y Lalannis huyó a toda prisa hacia el Este, dejando a doscientos prisioneros. Tenía la tarea de atacar al mismo tiempo que Porfirio Díaz. Pero había llegado demasiado tarde. Porfirio se encontraba en plena huida. Lalannis no lo sabía. Por eso se opuso a nosotros, en la esperanza de que Díaz nos atacara simultáneamente por la retaguardia; de ahí su derrota.

Por la noche llegamos a la hacienda S. Lorenzo, donde comenzamos misteriosamente a fortificar el lugar, nadie sabía por qué. Esa misma noche, antes de que llegara nuestra retaguardia, se nos informó que estaban aproximándose unas tropas de jinetes. Me llevé a doscientos húsares y fuimos a su encuentro. No se atrevieron a acercarse a nosotros, aunque eran unos doscientos.

A las siete de la noche nuestros cañones empezaron a disparar. Me adelanté a caballo con mi ayudante, el conde Wodzicki, para averiguar la causa. Había caballería enemiga delante de nosotros así como varias baterías de caballería, a una distancia de por lo menos mil pasos. ¿A qué se debía, pues, ese alto? Duró toda la noche el inútil tiroteo. Al otro día siguió igual, sólo que llovió a cántaros, y tuvimos una muy aguda carencia de alimento.

A las once de la noche Márquez me hizo llamar y nos dio parte de lo siguiente a mí y al conde Wickenburg: debíamos marcharnos de inmediato con nuestros regimientos y ocupar en silencio, empleando el santo y seña de los liberales, el puente de Otumba, manteniéndolo hasta que él llegara. Era medianoche cuando partimos, y estaba todo oscuro como boca de lobo. Hice que se adelantara el primer teniente mexicano Dufont, que servía en mi regimiento. Pero apenas habíamos avanzado una legua cuando unos cohetes señalaron nuestra marcha. Una patrulla del enemigo se acercó a galope y nos pidió la seña. Dufont contestó: "Libertad" [seña de los republicanos]. Pregunta: "¿Qué regimiento?" Respuesta: "Caballería de Puebla."

Pero no sirvió de nada. Las balas silbaron a nuestro alrededor. Nos habían descubierto. Por todos lados se elevaron los cohetes de colores. Llegamos al puente: la misma maniobra. Los húsares sacaron los sables, pero en el mismo instante recibimos una terrible descarga a diez pasos. El estruendo no nos dejó con los brazos cruzados por mucho tiempo: di la orden para el ataque. Pero a pocos pasos mi caballo se paró en seco, encabritándose. Había llegado hasta la orilla de un profundo abismo, que yo no había visto en la oscuridad. El fiel caballo me salvó la vida. Grité "alto" con todas mis fuerzas, y el regimiento se reunió a mi alrededor. Era inútil. No podíamos pasar. El puente estaba destruido. Regresamos.

Llegados al campamento, mi regimiento se formó. Fui con Márquez para comunicarle nuestro fracaso y a continuación regresé al regimiento, dado que quería comprobar las bajas. Para espanto mío, descubrí que todo el primer escuadrón consistía ya sólo en cinco hombres. ¡Kulmer, Dufont, Szentmariay, Hompesch, todos ausentes; Wickenburg, desaparecido! Las lágrimas me llenaron los ojos. Seguramente se habían caído a la barranca. El regimiento entero se quedó petrificado. En la intensa oscuridad yo no había notado la irreparable pérdida. Tampoco estaba ya el mayor Maschek.

A las tres de la mañana recibimos lo orden de marcha. Se abandonaron algunos carros de munición, así como cuatro cañones. El camino era bastante transitable al principio. A las cuatro de la mañana llegamos a un valle bastante estrecho bordeado por rocas desnudas y atravesado al centro por una profunda barranca. Ésta podía pasarse por un puente de piedra que había sido medio destruido por los disidentes; por allí teníamos que cruzar. Yo me coloqué en la orilla y observé cómo las tropas superaban la profundidad vertiginosa.

Entonces, Márquez dio la orden de arrojar al precipicio las cajas de pólvora restantes, los proyectiles cargados y otros tres cañones. Las cajas de munición fueron colocadas a la orilla del abismo para lanzarlas simultáneamente. Se produjo una terrible explosión, y los proyectiles, encendidos por la repentina caída, silbantes y con un estruendo parecido al de los truenos, volaron al aire, que momentáneamente se oscureció por completo.

En un instante se soltaron todos los caballos del regimiento y corrieron enloquecidos, derribando a muchos jinetes, hacia los montes. La tremenda presión del aire me había echado de espaldas como una pelota. De habernos sorprendido en ese momento el enemigo, ni un hombre hubiera sobrevivido. Espantados, los húsares corrieron tras sus caballos. Sin embargo, pasó por lo menos media hora hasta que logramos montar de nuevo.

nos perseguían pensaban que no pasaríamos todos los caballos y hombres. Se equivocaron: los pobres acosados no admitíamos ya ningún obstáculo.

Así es que avanzamos, pero todavía no habríamos de llegar al puerto del descanso. Llegados a la puerta, recibimos una orden de Márquez: nadie, ni siquiera los comandantes, tenía permiso para entrar en la ciudad. Sólo al darse la orden expresa. Poco caso hice de ello, pues estaba claro: Márquez quería mostrar que todavía no estábamos tan acabados. Deseaba realizar su entrada a tambor batiente. Ya se había mandado buscar a los músicos, por eso debían primero reunirse todos los rezagados. Hasta las cuatro de la tarde Márquez permitió a los hombres sanos entrar en la ciudad. Hacía mucho que había metido ya a los enfermos.

Éramos todavía dos mil hombres que llegamos en un estado desolado. Durante 52 horas no habíamos consumido nada ni los hombres ni los caballos; habíamos realizado 14 ataques, cada vez con éxito. Ni una gota de agua había pasado entre nuestros labios. Había perdido 117 hombres y tres oficiales. Todo eso en el calor abrasador. Y, no obstante, cuando los húsares desfilamos ante el palacio del emperador, sonó estruendoso un *eljen à fureur* para el jefe supremo imperial ausente. Los sables, manchados de sangre, fueron elevados por brazos desnudos, descubiertos hasta el hombro, pues los húsares siempre se subían las mangas en el combate, para poder asestar los golpes con una mayor seguridad. Pasamos en silencio delante de Márquez. Se había ganado nuestro más profundo desprecio.

El doctor Ernst Schmit, caballero de Tavera, secretario de la embajada austriaca en México, describió la entrada de las tropas a México: "Fui corriendo a la garita de San Lázaro para contemplar el espectáculo, para mí completamente nuevo y desconsolador, de un ejército derrotado hasta la disolución total. De los 5 000 hombres que sólo pocos días antes habían desfilado ante mí acompañados por la alegre resonancia de las cornetas, posé los ojos en un puñado de figuras hambrientas y rendidas, a las que bien se les notaba que habían gastado el último resto de sus fuerzas en llegar a la ciudad. Los pobres tuvieron que hacer una marcha de 16 horas sin probar bocado ni concederse un breve descanso. Las consecuencias de la derrota sufrida se pusieron de manifiesto de la manera más evidente entre los austriacos, quienes durante las últimas horas habían tenido que sostener casi solos la carga de la lucha contra el enemigo que los rondaba por todas partes. . . Un espectáculo lastimoso, esa tropa de hombres y de animales atormentados por el hambre, ¡sin que el general Márquez, que mucho antes había llegado ya a México, se dispusiera en forma alguna a aprovisionarlos!" [19]

Todavía no nos apeábamos cuando escuchamos un "hurra" en la calle que desembocaba en el palacio. No pudimos dar crédito a lo que veíamos: era Kulmer, con el primer escuadrón. Kulmer entró por la garita de Guadalupe, perseguido hasta la misma puerta por el enemigo. Se había apartado de la barranca hacia la derecha con su escuadrón, perdió 17 hombres y llegó, después de muchos combates y contrariedades, tras haber atravesado a nado una parte del poco profundo lago de Tezcoco, a las puertas de México con 82 hombres.

Nos pusimos a trabajar ininterrumpidamente en la restauración del regimiento. Al poco tiempo el enemigo tuvo completamente cercada la ciudad; interceptaba a todos los mensajeros y cartas. La comunicación con el emperador era imposible.

En México se había formado una sociedad de comerciantes alemanes que había llegado a un arreglo con el comandante enemigo, para que dejara pasar sus cartas por una recompensa. Yo también recurrí a este camino y mis cartas llegaron a Europa, aunque siempre después de meses.

El aprovisionamiento de la ciudad era terrible. Diariamente efectuábamos salidas que no perseguían otro fin que apoderarnos de un poco de forraje para los caballos, o de algunos bueyes. Varias veces atravesé las líneas del enemigo con los húsares. Atropellamos a todos los que quisieron detenernos. Pero no teníamos noticia alguna del emperador.

El 15 de mayo de 1867 se rindió Querétaro. El emperador fue hecho prisionero. Inmediatamente después de ser apresado, Maximiliano envió a Márquez la orden de entregar la ciudad de México y de abandonar las armas, a fin de impedir más derramamientos de sangre. Aun había enviado al general una abdicación al trono redactada de su puño y letra, para el caso de que se le hiciera prisionero. Todo esto fue ocultado por Márquez, dado que como lugarteniente del emperador tenía gran interés en alargar lo más posible el Imperio, aun sin la persona del emperador.

Las tropas imperiales encerradas en la capital no sabían nada, por lo tanto, de la suerte de Maximiliano y del final del Imperio.

[19] Ernst Schmitt, Ritter von Tavera, *Die mexikanische Kaissertragödie*, Viena, 1903, pp. 30 *s.*

No llegaron noticias, es decir, comunicaciones oficiales por parte del emperador o de alguno de sus generales.

Corrían muchos rumores, pero en la capital se tenía conocimiento de que eran puestos en circulación por el enemigo, por lo cual no se les daba crédito. Las primeras referencias de la detención de Maximiliano fueron introducidas a la capital cercada, por ejemplo, por medio de granadas. Éstas se llenaron de tiras de papel —la copia impresa del telegrama acerca de la toma de Querétaro— en lugar de pólvora. Los imperiales consideraron estas informaciones, sin embargo, como un ardid de los republicanos, que así querían obtener subrepticiamente una capitulación más rápida de la capital.[20] *Por lo tanto, las tropas imperiales siguieron luchando, pese a la gran hambruna, durante casi un mes después de que fue tomado prisionero el emperador y se había terminado el Imperio.*

28 mayo 1867 México. Ayer hicimos otra salida. Márquez la dirigió de manera tan torpe que sufrimos grandes bajas. Murió un capitán de caballería mío, Schädler. Sucedió así: por la noche montó el regimiento, y marchamos a la garita San Antonio Abad. Estaba todavía muy oscuro, e hice un alto y apear muy cerca de las murallas de la ciudad, sobre una gran plaza rodeada por casas abandonadas de un piso.

Allí se elevaba una iglesia medio en ruinas y vacía. Estaba cansado y los oficiales entramos para descansar un poco. Me acosté sobre los escalones del altar, envuelto en mi abrigo. A mi lado se tendió Schädler. Entonces soñé que Schädler yacía ante mí con la cabeza ensangrentada. Desperté, ¡y en el mismo instante se tocó para montar! Una hora después hice que se formara como columna el regimiento. Schädler, comandante interino del quinto escuadrón, se adelantó. Una bala le dio en la cabeza. Muerto, cayó del caballo.

Los pocos integrantes del batallón de Hammerstein fueron diezmados. El mayor Kurzbauer recibió un tiro en el bajo vientre (se recuperó).

Todos los generales mexicanos tienen la traición escrita con letras mayúsculas en la cara. Bien sé ahora por qué Márquez quiso llevarnos a Puebla: se lo había prometido al arzobispo Sebastián, y por eso faltó a la palabra dada al emperador; pues según me indicó el joven y valiente coronel Rodríguez, tenía órdenes del emperador de llevarnos a Querétaro.

[20] Montlong, p. 78.

Por mis espías me enteré de que el general O'Horan quiere vender al enemigo la línea defensiva dejada a su cargo. Le mandaré como ayudante al capitán de caballería Von Variassy, con el estricto cometido, en caso de que O'Horan pretenda algo ambiguo, de atravesarle la cabeza con una bala de revólver. Variassy es el hombre indicado.

El rocío de balas de los fusiles de 16 tiros que ahora tiene el enemigo, proporcionados por los americanos, es tan terrible que resulta difícil de describir. No obstante, he atravesado ya dos veces todas las líneas enemigas. ¿Al fin qué haría, de llegar hasta Querétaro aunque fuera con pocos? Es seguro que toda la caballería enemiga me seguiría, y ¿de qué le serviría, entonces, al emperador? Es demasiado tarde. Antes era tiempo, hubiera funcionado, pero me encontraba en los lazos de esa sirena y hubiera preferido que me decapitaran a abandonar México. Como única disculpa sólo puedo alegar que Márquez me hubiera dejado pasar únicamente por la fuerza.

Debo mencionar todavía que en la noche anterior a nuestra marcha para Puebla, cuando Márquez nos había reunido a todos en el Paseo, me encontraba observando el desfile de mi regimiento por la avenida del Paseo antes de caer la oscuridad, cuando de repente alguien me tocó en el hombro. Me volví. ¿Quién era? Leonor, que se había detenido a caballo detrás de mí con su esposo. Cuando los húsares pasaron delante de mí con gritos de *eljen* y agitaron los sables, vi que los ojos se le llenaron de lágrimas, y me susurró: "Venga esta noche a la diez". Le entendí.

Fue una despedida triste, pues ella estaba enterada de la partida e incluso de su objetivo, según supe después. Pero no averigüé nada por su boca. ¡Oh, si tan sólo me hubieran participado una palabra del asunto! ¡Entonces no hubiéramos ido a Puebla! Al punto hubiera reunido a mis compatriotas y enseguida hubiéramos ido con Márquez —Wickenburg, Hammerstein, los artilleros austriacos— para pedirle categóricamente la marcha a Querétaro. ¡Ojalá hubiéramos hablado con ese miserable en el primer alto!

El enemigo nos bombardea de día y de noche. Los proyectiles vuelan sin cesar a la ciudad. Aun delante de mis ventanas —vivo en la calle San José Real— explotó una granada. El enemigo excavó trincheras y construyó defensas de terraplén, pero pronto se llenaron de agua y perdieron toda utilidad, dado que ahora es temporada de lluvias. México está demasiado bajo.

La banda de mi regimiento toca diariamente a las cuatro en la Alameda. La acompañan los cañones enemigos. Pero no molestan en

absoluto a los mexicanos. Tienen mucho miedo al arma blanca. Pero las balas les son indiferentes. Sí, aún se ven damas allí.

25 mayo 1867 México. Mi mayor diversión consiste en tenderme sobre las fortificaciones para observar las maniobras del enemigo. Nuestras salidas se multiplican todos los días. Parece como si Márquez quisiera acabar con nosotros por completo. Ya sólo comemos los caballos heridos. Hace mucho que no hay pan. Lo que más nos falta es sal. Los caballos están débiles como moscas debido a la falta de forraje. La gente en la calle se cae y se muere de hambre. Cuando salgo se reúne siempre el populacho a mi alrededor y me grita con voz ronca: "pan, pan". Es espantoso. No obstante, dentro de la tropa todo está en regla.

Mataron al pobre Hammerstein. Lo debe sólo a su extraordinaria estatura así como a su calva. Tenía la costumbre de colocarse sin sombrero a las murallas de la ciudad, y dado que sobresalía mucho por encima del parapeto, el oficial de la artillería austriaca le señaló que del otro lado había un desertor francés que tiraba con gran precisión. Hammerstein replicó: "Para mí no se ha fundido ninguna bala aquí." Apenas terminó de decirlo cuando ya estaba tendido en el suelo. Una bala lo había herido en el cráneo. Vivió sin conocimiento hasta el día siguiente. Entonces, murió. Durante el entierro en el cementerio protestante alemán las bombas estallaban a todo nuestro alrededor: también eso se había denunciado al enemigo. Kurzbauer asumió el mando de los integrantes huérfanos del batallón de Hammerstein.

Es difícil contener a mis oficiales. Los abusos van en aumento, en forma atroz, y tengo que imponer una severidad férrea. Por otra parte, sólo puedo compartir el soberano desprecio sentido por mis hombres hacia estos miserables mestizos.

El capitán de caballería conde Heinrich Hompesch ha causado constantes problemas. Una vez él y el primer teniente Sandner salieron tranquilamente por la puerta de Tambaya, penetraron a galope, con gritos de "Eviva el emperador", hasta el centro del poblado de Tambaya, mataron a sablazos a algunos liberales y corrieron otra vez de regreso, con toda la violenta jauría tras ellos. Apenas fue posible cerrar la puerta a sus espaldas y rechazar con metralla a los perseguidores. En otra ocasión, él y su amigo fueron a un garito de monte. Allí empezaron por ordenar que todos los presentes gritaran "viva el emperador", y, cuando los jugadores se negaron, sacaron los sables y derribaron las mesas, esparciendo todo el dinero. Tuve que apostar a un guardia delante de la puerta de Hompesch, con la orden de matar al señor capitán de caballería en caso de que intentara salir. Al cabo de 48 horas lo dejé salir otra vez.

El primer teniente barón Stillfried no quiso ya participar en las salidas de la ciudad. Lo encerré y volvió a tomar parte en ellas. Como ya no quise recurrir a medios más severos, lo despedí del regimiento. Kodolitsch lo aceptó como ayudante. Por cierto, cada vez que se le presentaba la oportunidad a este embustero militar me perjudicaba en algo. Siempre se lo pagué a ese Kodolitsch. Pese a todas sus historias, opino que es un cobarde. Durante el combate nocturno en el cual Almassy realizó un ataque tan brillante, Kodolitsch se echó a correr como si el mismo diablo ya lo tuviese prendido del cuello, hasta que le grité, riéndome: "Oye, Kodolitsch, ¡el enemigo corre para el otro lado!"

Para compensar las grandes bajas de los últimos tiempos, integré a mi regimiento a casi 150 mexicanos que se ofrecieron voluntariamente. Estos hombres se han conducido con extraordinaria valentía, lealtad y orden, también con obediencia hasta en el más mínimo detalle. Recibí a varios cadetes, también a un sobrino directo del arzobispo de México, Labastida, un joven de buen ver. Apenas se enteró su tío, me mandó a toda prisa a un clérigo para que enseguida despidiera a su sobrino. Contesté al delegado que no era posible ya despedir a quien una vez ha prestado el juramento a la bandera, lo cual contrarió extremadamente al señor. El castigo nunca deja de seguir al hecho, y ese traidor lo merecía.

En una ocasión acabábamos de sentarnos para tomar nuestra magra comida, cuando se abrió la puerta y entró el indio Ribeira. Éste había sido anteriormente un prisionero en mi cuartel de Puebla, donde barría los pasillos. Conseguí el permiso pedido por él para ingresar en el escuadrón, y ese hombre moreno oscuro resultó sumamente valiente y me salvó la vida en Ajalpan. Fue condecorado con todas las medallas y me acompañó a México. Allí causó una impresión tan grata al emperador que fue admitido en la corte como lacayo. Cuando la emperatriz viajó a Europa, él formó parte del séquito. Pero no le gustó allá, pues por supuesto hubo que responder negativamente a su primera pregunta: "¿Aquí también hay guerrilleros?" Se le envió de regreso a México, junto con algunos oficiales que se habían comprometido a servir aquí. Al desembarcar en Veracruz, se enteró del sitio a México y de que yo era el comandante de un regimiento de húsares. Eso bastó para él, y fácilmente llegó hasta la ciudad, a lo cual nadie más se hubiera arriesgado. Llorando se arrojó a mis pies con la súplica de que lo aceptara otra vez en el regimiento, a lo que

por supuesto accedí con gusto. Se había colgado las medallas como talismán del cuello.

Una vez escuché un tiro desde el patio. Cuando bajé para averiguar la causa, me espanté al ver yacer en sangre al corneta de mi regimiento, Naghy. Todavía vivía, y me gritó: "Usted terminará igual en este maldito país si las cosas siguen así. Adiós, señor coronel, no le atribuyo ninguna culpa." El pobre se había dado un buen tiro. Al cabo de una hora murió. Uno de los mejores húsares. Ya desde el escuadrón era mi corneta. Se le había otorgado la medalla de oro.

Veracruz también ha capitulado. La situación financiera se deteriora cada vez más. Del banquero Davison (pariente de la casa Rothschild) tomé en préstamo para el regimiento, a cuenta propia, 5 000 pesos, en cuyo reintegro no puedo ni pensar ahora. Pago a todos los profesionistas, así como el ajuste, del propio bolsillo.

El ambiente del palacio es muy triste. El coronel Schaffer y el padre Fischer viven retirados. La antigua guardia de gigantes dalmáticos ha regresado hace mucho a su patria, y sólo pocos leales aguantan todavía. La ciudad está vacía y lúgubre; las tiendas y las posadas se mantienen cerradas. Ya no hay carros. Sólo los proletarios hambrientos recorren las calles. Con frecuencia se me oprime el corazón al ver sufrir a esos pobres inocentes.

30 mayo 1867. Ayer por la noche vinieron a verme Riva Palacio y su primo, el primero anteriormente ministro, para informarme acerca de la derrota y la captura del emperador. Quisieron persuadirme a declarar la neutralidad de los extranjeros en el siguiente ataque de Porfirio Díaz, es más, a no tomar ya parte en las luchas por México. Expliqué a los dos señores que, hasta no recibir de mi emperador la orden directa de bajar las armas, tenía que defenderme hasta el último hombre, después de lo cual ambos se fueron y me parecieron muy decepcionados. ¡Qué es eso! ¿Está preso el emperador? Sería terrible, ¡y no tengo nada de él!

Corrí con mi amigo, el millonario Barron, un inglés. Siempre había sido sincero conmigo. Cuando entré en su casa salió a mi encuentro con los brazos abiertos y exclamó: "Todo terminó. ¡El emperador está preso en Querétaro!"

Fulminado, me quedé inmóvil. Él estaba enterado de todo, de la traición de López, de la traición de Márquez, y repitió: ¡el emperador está perdido!

Tambaleante, me fui a casa, ¡y no había nadie a quien abrir el corazón, que pudiese darme un consejo en esa terrible situación! El coronel Bertrand percibió mi lucha interna. A él podía acudir, era mi único amigo verdadero. Le conté todo. Entre los dos convinimos en no decir a nadie ni una palabra al respecto. Bajo ninguna condición debían averiguar algo los extranjeros. No hubiéramos podido controlarlos ya. Asesinatos y saqueos hubieran sido la consecuencia. Anteriormente, cuando estuvieron conmigo los dos señores antes mencionados, consideré su ofrecimiento como un lazo en el cual perdería el honor y la reputación. ¡El emperador o los embajadores me hubieran avisado, con una sola palabra!

Se encontraban en la ciudad Lago el embajador austriaco, Magnus, el embajador prusiano, así como Curtopassi, el embajador italiano. Magnus, quien se mantuvo heroicamente durante todo el sitio, nos ayudaba en lo posible. Era un hombre honrado. Le debo eterna gratitud. También acerca de Curtopassi y Lago sólo puedo expresarme en forma elogiosa. Magnus recibió una carta del doctor Basch, el médico de cámara del emperador, en la cual le escribía que éste estaba preso en el convento La Cruz, y que tendría que presentarse al tribunal de guerra. Así que probablemente esté perdido.

3 junio 1867 México. Ayer recibí una carta de un abogado desconocido para mí, que nos propone al mismo tiempo a mí y al general Tabera una cita en Chapultepec con el cónsul español. No puedo aceptar, sólo puedo ponerme al habla con su jefe, pero debo contar primero con algo escrito por el emperador. ¡Cómo voy a negociar de otro modo! El enemigo tiene 35 000 hombres delante de la ciudad, al mando de Porfirio Díaz. Se supone que Corona también se acerca con 10 000 hombres. ¡Y seguimos sin noticias del emperador!

5 junio 1867 México. Hace algunos días Lago, Magnus y Curtopassi partieron para Querétaro. Los acompañé hasta los puestos avanzados del enemigo. Cuando éste vio a un húsar rojo, pese a la bandera blanca sobre el carro, sus avanzadas de caballería [servicio de seguridad] me dispararon, pero sin herirme ni a mi caballo.

Acordé con Lago que me escribiera enseguida. La señal será una crucesita en la carta.

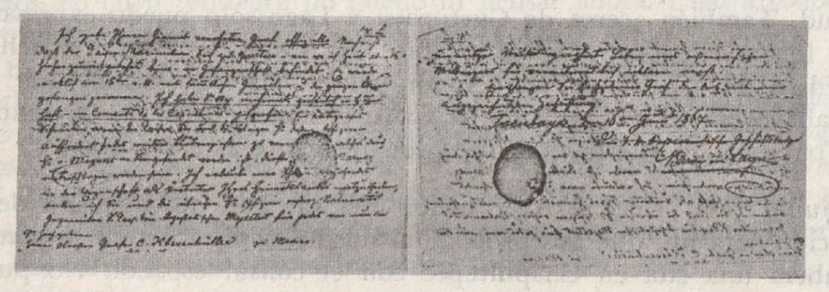
Márquez quiere realizar otra salida más. Contesté que mis caballos están completamente rendidos, pero no obstante mandé a cien hombres a la garita S. Antonio con la orden de no salir de la ciudad. Las tropas tenían que reunirse allí.

16 junio 1867 México. No hay noche de tranquilidad ya. Durante los últimos dos meses hemos estado constantemente en alarma, en todo

momento los ayudantes mexicanos han llegado a galope a mi casa para que acudiera a algún general, aquí o allá. Todas las noches tocaban a mi puerta para que enviara unidades a aquella puerta o a esta garita. Era para volverse loco. Además del nerviosismo que me dominaba, la enorme responsabilidad. Era insoportable.

Por fin llegó una carta de Lago, que un indio me entregó dentro de un cigarro. (Un papelito, por supuesto.) Rezaba así: "El emperador está preso y le ordena suspender todas las hostilidades; lo hace responsable por todo derramamiento de sangre a partir de este momento. Hace mucho que le ha escrito; Márquez seguramente interceptó la carta."

Esa misma noche convoqué a Kodolitsch, Kurzbauer y Bertrand, y les expuse que, estando preso el emperador y prescrita la neutrali-



Este delgadísimo papelito dirigido a Khevenhüller estaba oculto en un cigarro metido furtivamente a México por un indio: "Por medio de la presente le doy, estimado conde, parte oficial de que el emperador Maximiliano se encuentra preso en Querétaro —desde donde he regresado aquí hoy por la noche—. Realmente fue apresado el 15 de mayo con todos los generales y el ejército entero. He hablado varias veces personalmente con Su Majestad en la prisión de Su Alteza —el Convento de las Capucinas *—. Un escrito autógrafo, en el que el emperador pedía a usted y a los demás señores oficiales austriacos que evitaran todo derramamiento ulterior de sangre, enviado a usted por el señor von Magnus, probablemente fue interceptado por el general Márquez. Me permito comunicarle lo anterior en mi calidad de representante de su patria, y debo declarar responsables a usted y a los demás señores oficiales de nacionalidad austriaca ante su Majestad Apostólica Imperial y Real por cada vida vanamente sacrificada de un conciudadano austriaco.

"Reciba usted, ilustrísimo conde, la expresión de mis más atentos respetos.

"Tacubaya, el 16 de junio de 1867

"El embajador imperial y real austriaco barón von Lago."

* *Sic* [T.].

dad para nosotros, no debíamos ya obediencia a los generales mexicanos, que así y todo habían traicionado al pobre emperador, que yo mismo me encargaría de participárselo a ellos y que también haría los preparativos necesarios con P. Díaz con respecto a la capitulación.

La misma noche acudí al general Tabera. El pobre anciano se espantó tanto que sólo logró pronunciar: "¡Está bien! ¡Está bien!" Pero no me di por satisfecho con esas palabras. A instancias mías firmó una orden para todos los comandantes de línea que permitía a los extranjeros presentarse en el palacio.

Con ella me metí a la cueva de los leones de Márquez. Hacía semanas que éste no se sentía ya seguro en la ciudad y que se había cambiado a un convento ubicado en las líneas, donde residía rodeado por sus leales. Dejé a mi ayudante personal, el conde Wodzicki, a caballo en la puerta. El regimiento se encontraba en estado de alarma y se hallaba, montado, en el palacio. Tenían la guardia unos puestos de oficiales.

Me hice anunciar con Márquez. Pasó un rato antes de que se me permitiese entrar. Pero me mantuve tranquilo para no despertar las sospechas de los oficiales. Márquez se encontraba a la orilla de un balcón y me miró, desconfiado. Me aproximé a él y le dije con firmeza: "Excelencia, usted nos ha ocultado la captura del emperador. Ahora estamos enterados, sin embargo, y al mismo tiempo declaramos que el emperador nos ha ordenado dejar a partir de ahora la espada en la vaina. Usted ya no es nuestro comandante."

En ese momento conocí toda la bajeza del hombre. Las rodillas le temblaron y con gran esfuerzo sólo logró decir: "Estoy perdido." Así que sólo su propia y miserable persona le interesaba. ¡Por ella había sacrificado al país y el honor del emperador! Con las palabras: "Usted nos traicionó, ¡ahora cuídese solo!", me fui.

Al día siguiente recibí por parte de P. Díaz un recado para que me dirigiera a través del acueducto a Gainbaya, para sostener con él las negociaciones. Afirmó que creía a Márquez capaz de atentar contra mí en el camino, y por eso debía utilizar esa extraña ruta. A las once horas fui, vestido de civil, hasta el final del Paseo, donde comienza el acueducto alto y hermoso (parecido a los romanos), construido en sus tiempos por los españoles. Allí encontré apoyada una escalera, y un hoyo en el conducto. Me metí en éste. Durante al menos una hora tuve que caminar encorvado, con el agua fría hasta el pecho, hasta que por fin descubrí una abertura por la que salí.

Allí me aguardaba el ayudante de P. Díaz. No pude hablar con él mismo dado que había tenido que marcharse. Pero conversó conmigo

el coronel Echeverría. Afirmó: "Se permite a usted y a todos los austriacos y extranjeros el libre paso hasta Veracruz. Deben entregarse las armas y los caballos de la tropa. Los oficiales conservarán todo. Lo primero es indispensable por su propia seguridad. El gobierno liberal pagará a las tropas y su aprovisionamiento hasta el puerto, donde a todos los recibirán los barcos austriacos."

No podía pedir más. Emprendí el mojado regreso. Lago nos informó sobre las mismas condiciones. Firmé la capitulación y la envié de vuelta. Nadie podrá acusarme tampoco de no haberlo intentado todo para obtener las mejores condiciones para las tropas extranjeras y defender su honor militar. Sí, he de decir las duras palabras: de haber ingresado todo el cuerpo austriaco al ejército mexicano, no hubiéramos vivido tales momentos y no sólo le hubiéramos salvado la vida al emperador, sino tal vez también al Imperio. En primer lugar, el emperador se hubiera quedado en México con tropas de base compuestas por 4 500 experimentados soldados, además de quizá 15 000 mexicanos, que desgraciadamente se encontraban dispersos en el país pero que hubieran podido concentrarse. Entonces hubiéramos podido hacer frente a Corona, Porfirio Díaz y Escobedo con sus 45 000 hombres. En México, el mayor triunfo generalmente es decisivo. El ejército del vencedor siempre se incrementa de manera torrencial, y el gran número de pequeños comandantes independientes se pronuncian enseguida. A toda costa debió conservarse la línea entre Veracruz, Puebla y México. Pero el viaje a Querétaro fue un desastre.

Los austriacos no teníamos confianza en los generales mexicanos. Los honorables entre ellos podían contarse con los dedos de una mano. La envidia y el egoísmo, unidos a la indisciplina y la cobardía, caracterizaban a la mayoría. Debido al largo tiempo durante el cual los gobiernos cambiaban como las fases de la Luna, la población aprendió sistemáticamente a rebelarse contra toda autoridad. Además del gran número de insatisfechos, de gente acostumbrada a pescar en aguas turbias y a vivir de las respectivas revoluciones. ¿Cómo debían adaptarse estas personas al orden? Sólo con mano férrea era posible imponerse a ellos. Y hubiera sido mil veces mejor que el emperador se sostuviera como el soberano de una reducida parte del país, en lugar de querer dominar con fuerzas tan limitadas todo el inmenso país. ¡Cuántas veces manifesté mi desprecio por los generales mexicanos ante el emperador! En el último momento tampoco le oculté el temor que sentía por él. Era imposible que resultara con tales bestias como Márquez y López.

20 junio 1867 México. Ayer a las cuatro de la tarde icé la bandera blanca. Enseguida me dirigí lentamente a caballo, seguido por mis dos ayudantes y los ordenanzas, de mi alojamiento en la calle San José Real a través de la calle Plateros hacia el palacio. Miles de personas llenaban la calle. Cuando llegué a la Plaza de las Armas, donde se encuentra el palacio, la enorme muchedumbre estalló en un "eviva" proferido por miles de gargantas. Los sombreros y pañuelos se agitaron al aire, y me costó trabajo atravesar la multitud. Hice juntar todas las armas de la tropa y encerrarlas en un cuarto. Los oficiales tuvieron la guardia.

Entonces, alguien me informó que la noche anterior Márquez había hecho cargar en un carro y sacar de allí unos pequeños barriles que parecían muy pesados. No dudé ni por un momento de que ese canalla había guardado sus tesoros con nosotros, por ser el lugar más seguro, para al final llevárselos y esconderlos. Así que hasta lo último procedía como un bribón. ¡De haberme enterado antes! Se lo reproché al oficial. Con eso hubiera pagado todas las pagas y los sueldos atrasados. El dinero no hubiera abandonado el palacio.

Varios días antes de la capitulación, se precipitó repentinamente a mi cuarto la princesa Salm, originalmente una artista ecuestre e hija de un seudogeneral americano. Quién sabe cómo había atravesado las líneas (se dice que a besos) ; venía a instarme a que entregara la ciudad. Dije que lamentaba no haber recibido ninguna orden del emperador en ese sentido, y que por eso me era imposible. La Salm se volvió al punto y regresó inmediatamente a Querétaro.

Ahora debo proceder a la descripción de la noche más terrible de mi vida, que aún en este momento, después de 21 años, me vuelve dolorosamente a la memoria en todos sus detalles: ¡instantes en los que hubo que escoger entre el amor enloquecido y el honor!, ¡en los que me encontré sumido en intensa angustia y tuve conciencia de que la despedida era para siempre!, ¡la separación para toda la vida!

Apenas había anochecido cuando empezaron a escucharse distintos disparos en los barrios más alejados de la ciudad. Como siempre, fueron acercándose, y aparecieron corriendo los pobres y solitarios soldados mexicanos, medio vestidos, que en el último momento buscaban todavía un escondite seguro.

Yo me encontraba en una ventana de esquina del palacio y miraba en dirección de la calle S. José, donde estaba y vivía ella, Leonor, cuando de súbito se encendió el brillo de un fuego en esa zona. ¿Qué

era eso? ¿Había un incendio allí? Unos pensamientos terribles me atravesaron la mente. ¡Los Rivas tenían mala fama como imperiales! ¡Estaba sucediendo una desgracia! ¡Tal vez los perros liberales estaban allanando la casa! Tenía que ir; ése fue mi primer pensamiento. Al instante me cubrí con un sarape oscuro, sujeté un largo puñal y me precipité hacia abajo a una puertita que conocía y cuya llave por fortuna estaba puesta por dentro. Pero ¡llevaba el uniforme de húsar rojo! ¡El sarape no me tapaba! Qué importaba, ¡y aunque así fuera! Quería y tenía que ir a ver.

Al poco tiempo me encontré debajo de la conocida ventana. El resplandor me había engañado: las poblaciones de las afueras estaban en vivas llamas. Cuando alcé la mirada vi a Leonor sobre el balcón. Me había reconocido. Espantada, juntó las manos y me exhortó a regresar rápido al palacio, pues los liberales recorrían constantemente las calles y estaba perdido todo húsar al que encontrasen. Respondí que la luz del fuego me había impulsado a salir. No había sabido qué pasaba y quería despedirme, pues no se sabía si Díaz sería capaz de cumplir su palabra.

Apenas había terminado de decirlo, cuando vi aproximarse a unas figuras desde el extremo de la calle —era una noche clara de luna— a las que al instante reconocí como disidentes. No había tiempo que perder, pues los tipos parecieron haberme reconocido y corrieron hacia mí con las bayonetas por delante. Me precipité a la esquina y penetré rápidamente en una calle lateral, para escapar de la violenta jauría. No me encontraron enseguida y quise ir por la calle Plateros, en la que desembocaba también la calle San José. De nuevo me topé con una cuadrilla de esos sujetos salvajes, que acababan de matar a unos pobres imperiales, según supe por los estruendosos tiros, y la desenfrenada persecución se reanudó otra vez. Las balas me silbaron por los oídos.

¿Cómo podía salvarme? La plaza seguramente estaba ocupada, y por todas partes se habían soltado las más sanguinarias pandillas: ¡asesinatos y matanzas en todas las calles, el tiroteo de los fusiles, los gritos de los perseguidores y los perseguidos desde todos lados!

Sin darme cuenta regresé otra vez a la calle San José. Percibí una súbita exclamación: "¡Carlos! ¡Aquí!" Y una escala de cuerdas —bien conocida por mí— me cayó a los pies. Ya era hora; los bandidos se aproximaban por todas partes. No fui visto ni notado; ¡me había salvado ella!

Cuando pasé del balcón a la habitación, su recámara, la encontré recostada en una esquina de la ventana, rígida en su vestido de noche. Sólo pudo balbucear: "¿Qué hacemos ahora? No puedo esconderte, mi marido, mis hermanos, los liberales están aquí, ¡y tú en mi recámara!"

Quise salir otra vez. Me retuvo por la ropa, se aferró a mí con desesperación y me suplicó que no me entregara a la muerte. Sí, pero ¡no podía quedarme por más tiempo! ¡Dejar a mis húsares sin comandante! ¡Si amanecía y yo no estaba presente! ¡Sobre mí caía toda la responsabilidad! Sería espantoso que los buenos húsares creyeran que los había abandonado en la hora más difícil. No, tenía que irme. Fue terrible. La pobre estaba arrodillada en el piso, retorciendo afligida las manos. Volvió a retumbar, se oyeron disparos, ¡y las llamas de las poblaciones incendiadas de las afueras iluminaron la pieza alguna vez tan querida por mí! Fue demasiado. Con un grito Leonor se desplomó, y yo salté hacia afuera como loco, saqué la escala de cuerdas y estuve abajo con un impulso.

Pero pocos pasos adelante se abalanzaron unos tipos contra mí y quisieron cerrarme el camino con las bayonetas. Como una fiera me arrojé sobre mis agresores, en la mano el puñal. Maté al primero con una cuchillada y el siguiente fue derribado por mi peso. Me eché a correr hasta la catedral, dejando muy atrás a mis perseguidores. Por fin alcancé la entrada salvadora. Había escapado.

Nunca volví a ver a Leonor, pero sí tuve noticias de ella. Estoy en posesión del retrato de mi hijo. La familia Rivas partió inmediatamente para su casa en el campo.

A las diez de la mañana los disidentes entraron en la ciudad y mil hombres llegaron al palacio. Recibieron los caballos y las armas y yo me fui a casa. Por la tarde me hizo llamar Porfirio Díaz. Por mucho tiempo me escudriñó; entonces, se aproximó a mí, me dio la mano y afirmó en español: "La suerte es variable. ¿Se acuerda todavía de Puebla? En San Lorenzo (durante la infortunada expedición de Márquez a Puebla) se acercó usted a mí; lo reconocí de inmediato. Tardé tres días en reunir a mi caballería. Si Márquez hubiera continuado la pelea después de la victoria, yo no estaría aquí."

"Bien lo sabía yo", repliqué.

A continuación dijo con voz baja: "Su emperador fue fusilado." Lo miré. Había recibido la terrible noticia muy poco tiempo antes, pero no la quería creer. ¡Así que era cierto! ¡Murió! Él comprendió mi estado de ánimo y agregó, apaciguador: "Sucedió contra mi voluntad. No lo quise. De haber tenido yo el mando ante Querétaro, todavía viviría." Se despidió de mí. Yo no soportaba más y me fui tambaleante

a mi alojamiento para mandar a casa la primera carta desde hacía mucho tiempo, acerca de los horrores más recientes.

Temprano, todos nos reunimos en el palacio. Hablé con los oficiales para alentarlos a aceptar lo inevitable. Esperaba de su parte que se sometieran a las autoridades mexicanas actuales, que debían cuidar su traslado, hasta llegar al buque de guerra austriaco en Veracruz.

Tuve un consejo de guerra con los comandantes para decidir quién llevaba las tropas a Veracruz. Los señores querían dejarlo a mi cargo. Pero rechacé el ofrecimiento haciendo referencia a mi arruinada salud, al igual que Bertrand, quien quería quedarse conmigo. Encargamos, por lo tanto, a Kodolitsch el traslado de las tropas a casa. Prometí a los señores, asimismo, permanecer en la ciudad hasta que los extranjeros hubiesen arribado a Veracruz, dado que en caso de dificultades mi presencia sería de mayor provecho aquí.

A los pocos días acudí nuevamente a Díaz por asuntos de negocios. Al mismo tiempo, le pedí que me permitiera ir a Querétaro. Quería rendirle los últimos honores a mi pobre y querido emperador. Pero Porfirio no quiso admitirlo bajo ninguna circunstancia. Alegó que



Una imaginativa representación de la ejecución del emperador Maximiliano y de los dos generales Mejía y Miramón en Querétaro, el 19 de junio de 1867.

en el camino abundaban los ladrones y asaltantes, además de que Corona y Escobedo tenían el mando allá. No podía responder por mí; por lo tanto, no me lo permitía. No había nada que hacer.

25 junio 1867 México. Supe que el general O'Horan fue descubierto en su escondite por los disidentes y fusilado. No tengo ninguna lágrima por él. La última vez lo vi durante mi recorrido por la ciudad, cuando mandé izar la bandera blanca. Me gritó desde su carro: "¡Escóndase! Todo está perdido." El infeliz no sabía siquiera que era yo quien lo había provocado todo. Así que sus perrerías no le salvaron la vida. Porfirio no era un Escobedo, quien pagó a López para que éste traicionara a su señor. [La toma de la ciudad de Querétaro y la captura del emperador se debieron a la traición: el protegido especial de Maximiliano y comandante del regimiento de la emperatriz, el coronel Miguel López, abrió la ciudad sitiada al enemigo por un precio de 7 000 pesos.]

1º julio 1867 México. Todo el mundo me trata aquí con gran respeto, sean liberales o conservadores. Saben que hice todo lo que tuve a mi alcance. ¡Pero soy un titán que acomete al cielo! Me encontré solo entre muchos bandidos y canallas.

Las tropas extranjeras, en total novecientos hombres, se marcharon. En Puebla, el general enemigo no resistió a hacer dar tres vueltas a la plaza principal a estos pobres diablos, custodiados adelante y atrás por los mil hombres de su caballería. Kodolitsch, quien marchaba a la cabeza, estaba furioso. Él lo merece; los otros me dieron lástima. No había manera de defenderse.

Porfirio Díaz escribió a Juárez que viniera lo más pronto posible para establecer el orden, ya que a él, Porfirio, se le había dado un muy mal recibimiento a su entrada. ¡Bonito orden será el que establezca ese perro de presa! Ya han sido confiscadas muchas fincas y se ha fusilado a un sinnúmero de personas respetables. Toda esta sangre, así como la del emperador, recae sobre Napoleón, Bazaine y sus franceses. La venganza clama al cielo, y todavía la habrá, o ya no existe la justicia allí.

7 julio 1867 México. Todavía me encuentro en este desdichado país, aunque cada hora adicional me abrasa como el fuego. He intentado todo para poder irme al fin. Pero Díaz me mandó decir que esperase la llegada del perro de presa Juárez y de su Mefistófeles, Lerdo de Tejada. ¿Qué quieren esos tipos de mí? Sin embargo, no tengo miedo.

Todo me es indiferente ya. No pueden quitarme más que la vida. Y aunque lo hagan, tengo a un predecesor y estaré orgulloso de compartir su suerte.

Díaz se ha conducido como caballero frente a nosotros. Es un soldado y no uno de esos malditos abogados fracasados como Lerdo, el espíritu malo del intrigante Juárez. Porfirio se ganó el respeto de los habitantes de México así como de su ejército, que lo idolatra. Nos guarde Dios si Escobedo lo remplaza.

Díaz tiene, por cierto, una ambición colosal: quiere llegar a ser presidente, se le nota. Con un presidente así, sólo podría felicitar al país. Con Juárez andará muy mal.

Nuestro regimiento de húsares sí fue extraordinario. Los "colorados" eran tan temidos que muchos generales o coroneles enemigos me han asegurado que su gente, al sólo vernos desde lejos, no podía ya ser contenida por nada, rehusaba avanzar. Varios generales disidentes me han hecho las proposiciones más extrañas. Por debajo de la mano me he enterado de que Díaz quiere contratarme para sus servicios; realmente me causa risa. ¿Acaso vine por motivos políticos? ¿No me quedé a causa del pobre emperador? ¿Quiero mezclarme en los viles desórdenes políticos mexicanos? No, no es éste mi propósito. ¡Por eso Díaz no quiere dejarme ir! Es un soldado honrado y valiente, pero mi patria me es más querida que los ambiciosos fines de un general mexicano, aunque se llame Porfirio Díaz.

Aquí han encarcelado a más de 1 200 personas, las más gente decente, entre ellas 180 Notables (los diputados e integrantes de los ayuntamientos), puros señores viejos respetados y ricos, que en su mayoría eran leales al emperador y sentían simpatías personales por él, considerando sus capacidades como la salvación del país. Oí que se fusilará a muchos. De todo esto desprendo que las personas que ahora se encuentran en el timón quieren imitar la Revolución del 92. Juárez, Lerdo de Tejada y José Paz son los hombres indicados para ello. Durante mucho tiempo aguardaron el momento. Ahora se ha desatado la furia contenida. ¡Por encima de todo estos canallas tienen el descaro de quejarse del mal recibimiento en México!

Cuando el emperador, Miramón y Mejía fueron condenados a muerte, la joven esposa de Miramón, que acababa de dar a luz, viajó a San Luis para implorar por la vida de los tres a Juárez. De rodillas se postró la desdichada ante el monstruo y le suplicó clemencia y piedad. Éste respondió una y otra vez con frialdad: "¡Venga usted mañana!"

El terrible juego duró muchísimo tiempo, hasta que a las siete de la noche se dio la hora. Entonces, Juárez se volteó lentamente y declaró: "Es demasiado tarde; consuélese". La pobre se desplomó y todavía tiene nublada la razón. Tiene tres pequeños hijos y ninguna fortuna.

Al ocupar Puebla fusilaron a 34 oficiales mexicanos, aquí también a varios. ¡Estoy muy contento de que los míos hayan escapado! (Los oficiales mexicanos estaban excluidos de la capitulación.) La noche anterior a la entrega yo mismo abrí la puerta trasera del palacio, llamé a todos los oficiales mexicanos que servían en mi regimiento, en total tres, así como a 110 hombres de tropa, y los dejé salir después de haberse quitado los uniformes. Se llevaron sus armas.

Dos semanas después alguien tocó a la puerta de mi casa por la noche. Mi criado, un mexicano, hizo pasar a la persona y apareció mi antiguo primer teniente Dafo. El pobre hombre sintió tal alegría al volver a verme que profirió un fuerte alarido. Después de haberse tranquilizado un poco, me comunicó que tenía 120 hombres en la sierra de Tehuantepec, que sólo me esperaban a mí para lanzarse a la acción. Mi nombre haría que se alzaran miles, y triunfaríamos.

Respondí que mi campo de acción había llegado a su fin después de la muerte del emperador. No sacaría la espada por ninguna idea. Le aconsejé que mejor se fuera a vivir con su padre, el rico dueño de una hacienda. Por lo pronto no había ninguna perspectiva de poder llevar a cabo con éxito tal empresa. Desapareció. Nunca volví a saber nada del pobre joven.

Entre los prisioneros se encuentran también altos clérigos, militares y antiguos funcionarios del Imperio. Están arrestados igualmente el padre Fischer, Eloin y el coronel Schaffer. Se dice que este último será internado en la "Isla de Caballos", una pequeña isla en el océano Pacífico que no cuenta con ningún árbol ni arbusto, y sólo las aves marinas anidan sobre el suelo pantanoso, que casi todos los años es cubierto en parte, por determinado tiempo, por las olas.

¡Márquez, cuánta culpa tiene, de qué manera más ignominiosa traicionó al pobre emperador! No sólo falló en cumplir el cometido de reclutar tropas frescas para el emperador y de acudir con éstas y con dinero a Querétaro, desde donde el emperador lo había enviado a México, sino que al emperador, que le había dado como acompañamiento toda la caballería que le quedaba, no le mandó ni un peso, ni un hombre, ni una línea, además de que interceptó todas las órdenes dirigidas a mí y a otros. Fueron los últimos gritos de socorro del emperador traicionado.

Un general de los liberales me aseveró que Bazaine, antes de mar-

charse, le vendió 24 cañones completamente equipados de ocho y de doce libras, probablemente mexicanos, así como fusiles, sables, cartuchos y otros enseres militares. El hecho de que el cuerpo austriaco se llevara las armas también tuvo amargas consecuencias. En Veracruz, el teniente coronel Polak entregó todo, caballos, armas, etc., a un coronel mexicano. Lo primero que éste hizo, por supuesto, fue ir corriendo con sus tesoros al enemigo. Entre los muertos encontrábamos muchos de nuestros sables, marcados con "Uhl. Esc. X." o "Y.". Aun llegamos a quitar a los disidentes muchas cosas que sin duda procedían de esta fuente. Los oficiales austriacos que se marcharon a Europa las más de las veces me negaron rotundamente las armas de sus tropas. El mando del cuerpo en esa época (Zach) los apoyó con todas sus fuerzas en ello, contrarió mis esfuerzos de todas las maneras posibles. Que Dios se lo pague.

Lago, quien hace poco está de vuelta aquí, me indicó que el emperador le había comentado, en el último momento antes de su ejecución, que según oía yo había muerto durante una salida de la ciudad. "El pobre, qué dirá su madre. Realmente me reprocho haberlo retenido." Este rumor surgió debido a que durante la última salida se cayó mi caballo herido, dejándome debajo de los húsares que estaban precipitándose al ataque por encima de mí. Fue el corneta Naghy quien me sacó. Dado que llevaba un llorón blanco, el enemigo se percató de inmediato de mi caída. Y así la noticia le llegó al emperador. Además, hubo una confusión con Hammerstein.

11 julio 1867 México. Hoy por la mañana me dirigí a la Cordada, la prisión de Estado, donde se encuentran 234 prisioneros, los más decentes. A partir de hoy se permite visitarlos de las 9 a las 15 horas. Todo está lleno de damas que visitan a sus parientes vestidas de luto a causa del emperador. La mayoría estuvo llorando. Algunas me preguntaron, enteradas de que a menudo veo a Díaz, si no tenía algún conocimiento de lo que les esperaba a sus familiares. Las consolé con la indicación de haberle oído a Porfirio que Juárez sólo quiere imponer fuertes multas a esa gente, lo cual es cierto. Con eso las pobres mujeres se tranquilizaron hasta cierto punto.

Eloin debe dar cuenta de todo el dinero recibido por parte del emperador para el tren de la corte. Al coronel Schaffer, a su vez, se le acusa de haber vendido o enviado a casa la propiedad privada del emperador en México, como muebles, objetos de plata, etc. Sólo yo tengo conocimiento de que obró por orden directa del emperador, y así se lo indiqué a Porfirio. Todos los mexicanos siempre piensan lo

peor del prójimo. La mujer de Schaffer, una Bringas, una mexicana, hace lo posible por liberar a su esposo.

El día anterior a la capitulación una dama joven, no Leonor, ofreció ocultarme. Afirmó saber que se pensaba perjudicarme. Lo rechacé agradecido, pues hubiera merecido ser apedreado de dejar a mis tropas sin comandante.

El padre Fischer está incomunicado, pero cuenta con muchos amigos entre el clero. (En el año 1878 me lo encontré en París. Era preceptor en casa de un joven mexicano. Supuestamente murió en 1888 en México, como sacerdote en un pequeño poblado —creo que cerca de Zacatecas—.)

Supe que el traidor Márquez se hizo arrastrar a través de las líneas dentro de un cuero de vaca. Se supone que se encuentra ya en América. (Varios años después escribió una especie de alegato justificante desde La Habana, que también me envió a mí, pero que no me convence. Los pillos siempre tienen buena suerte.)

Los dos hermanos Cervantes, unos hacendados ricos y respetables, me contaron que en el Ayuntamiento habían votado por la permanencia del emperador en México. Tuvieron el valor de decírselo abiertamente a los liberales. También están encarcelados.

Juárez ha llegado ya a Tacubaya. El sábado realizará su entrada a México con todas las tropas posibles. Es imposible imaginarse las fanfarronadas publicadas por los periódicos. El *Monitor Republicana* * decía: "Después de haber vencido a toda Europa, queremos ahora demostrar también a los Estados Unidos que somos los mejores soldados del mundo y que no le tememos a nadie." A estos miserables se les olvida que obtuvieron sus triunfos gracias a la infamia de Bazaine y la merced de los americanos.

Frente a las legaciones el gobierno actual se conduce en forma totalmente inaudita. En Querétaro Escobedo las expulsó al cabo de dos horas. Aquí se les niegan los pasaportes. Probablemente estos tunantes liberales creen poder obligar así a las potencias europeas a reconocer su gobierno abyecto. Quién sabe, por cierto, qué piensa hacer todavía este embustero sajón Beust. [Ferdinand Beust, 1809-1886, político sajón, fue llamado a Viena como ministro del Exterior después de la catástrofe de Königgrätz, y tuvo una participación decisiva en la reestructuración del Estado durante el periodo de "conciliación". Fue canciller del Imperio a partir de 1867.] No tengo nada de confianza en él.

* *Sic* [T.].

Todos los días aparecen carteles y panfletos en las residencias de las legaciones, con el fin de asustar a los señores. Hoy Porfirio me prometió un pasaporte para el 14. Se dice que Juárez y Lerdo quieren proclamar una amnistía general al entrar a la ciudad. Lo dudo; sólo lo difunden generalmente para que el recibimiento resulte mejor.

Durante toda la noche se escuchan tiros de pistola en las calles, exactamente como en los Estados Unidos. Son los oficiales de Corona y Escobedo, unos sujetos salvajes y rudos, que se disparan unos a otros con los revólveres, en la calle o en los cafés por igual.

Dentro de poco se realizará la elección para la presidencia. Eso sí que será bonito. Muchos mexicanos decentes me aseguraron que cerrarán las ventanas y las puertas.

12 julio 1867 México. Hoy Porfirio me prometió de nuevo que el 14 me proporcionará los pasaportes. Estas vueltas son terribles. Anoche tuve una escena desagradable con un coronel liberal en un café. Así y todo salgo poco, pero hay que vivir. Hoy por la mañana el lance de honor se resolvió para desventaja suya; yo recibí una estocada en el hombro izquierdo. Él está muerto.

16 julio 1867 México. Ayer recibimos nuestros pasaportes Bertrand y yo. El asunto de ayer nos ayudó para ello. Temen que todavía vaya a causar algún escándalo aquí.

Juárez entró ayer. Iba en un carruaje con Lerdo. Juárez es un indio viejo y moreno, bajo y corpulento; Lerdo, una figura flaca, con anteojos; ambos se afeitan. Al último se le nota su carácter perverso.

El recibimiento fue miserable. Yo me estuve asomando por una ventana de entresuelo junto con Bertrand. Por todas partes se había formado valla. Desde antes de que apareciera Juárez, un oficial liberal penetró en nuestra habitación con el sable desenvainado. Le preguntamos qué quería, sumamente asombrados por su presencia. Respondió que se encontraba allí para vigilarnos. Le dije tranquilamente: "Si desea permanecer aquí, puede hacerlo, yo me voy." Entonces contestó: "Están arrestados."

Juntos bajamos, el coronel que mandaba a los soldados de la fila me llamó, y tuve que colocarme a su lado.

Juárez pasó. Me dejé el sombrero sobre la cabeza. Pero a mis espaldas oí cómo se amartillaron los gatillos de los soldados. Cuando hubo pasado Juárez, el coronel me indicó: "Puede retirarse." Contesté: "Tengo ya mucho tiempo en México, pero todavía no he aprendido a ser un asesino. He tenido suficiente oportunidad. Adiós. Conmigo se han equivocado."

Por la noche debió haber una iluminación. Pero fue impedida por completo, con justicia, por un fuerte aguacero. El granizo tiró todos los farolillos de papel. Pero Juárez reprochó el mal recibimiento al Ayuntamiento.

Hoy por la mañana fusilaron a cinco generales, entre ellos a Vidaurri y Casanera. Casi diariamente se envían al otro mundo a los antiguos partidarios del emperador.

El hermano de Miramón, el hijo de Mejía y el general Carillo se pronunciaron para vengar a sus parientes fusilados.

Hoy llegó aquí Escobedo. Nos encontramos en una tienda. Me observó con atención después de que otro me señalara. Es un tipo feísimo con las orejas separadas de la cabeza.

25 julio 1867 Veracruz. Ayer llegué aquí a caballo junto con Bertrand. Nos acompañó un inglés llamado Lionel, ingeniero del ferrocarril. El 21 tomamos el tren, con todo y nuestros caballos, hasta Apisaco. Allí los montamos. Íbamos todos con el traje mexicano y seguimos el mismo camino como alguna vez la desafortunada expedición de Márquez. Yo iba con el alazán que en horas muy difíciles me había cargado con tanto valor; mi criado mexicano montaba el pequeño caballo bayo, *Kakas*. El hermoso gran alazán americano, que le había comprado al general Thun, se lo regalé a Leonor tres días antes de la capitulación. También un atractivo anillo de diamantes que encontré.

Entristecidos, reconocimos todos los lugares donde habíamos luchado y sufrido por nuestro emperador, ¡y ahora!

El calor era abrumador. El 24 llegamos a Veracruz, o sea que recorrimos 32 millas alemanas [unos 240 km] en cuatro días con los mismos caballos. Trescientos austriacos se han embarcado ya en la corbeta austriaca *Elisabeth*. El comandante Von Gröller acababa de tener un gran altercado con Kodolitsch, quien contra su voluntad [de Gröller] no quiso viajar con las tropas austriacas, sino que se embarcó en el vapor correo mexicano-americano anclado a su lado, para ser el primero en llegar a Austria. Hasta el último momento, Kodolitsch siguió siendo un embustero. ¡En México le habíamos confiado el transporte de las tropas!

Permanecí todavía algunos días en Veracruz. Al final estuve alojado en la *Elisabeth*, pues para mí la ciudad no era ya segura. Todas las noches, Gröller agarraba una borrachera tremenda. ¡Una vez,

en ese estado, quiso bombardear la ciudad de Veracruz con su barco de madera y sus ocho cañones! Con grandes dificultades lo hice desistir de tales acciones. Entre los oficiales del barco figuraban el teniente Joly, quien entró después al servicio del príncipe heredero Rodolfo, y el famoso explorador del Polo Norte, Weyprecht.

Aún esperaba que el embajador prusiano barón Magnus lograra conseguir de los liberales el hasta entonces negado cadáver del desdichado emperador. Pero, desgraciadamente, sus esfuerzos hasta la fecha no habían obtenido ningún éxito. Tampoco podía yo esperar a Tegetthoff, quien todavía se encontraba en Nueva Orleáns.

Lago había partido ya de México por Tampico. Había elegido el camino más largo porque de ninguna manera deseaba encontrarse en Puebla con Kodolitsch, su enemigo mortal.

Con la *Elisabeth* zarpé para Nueva Orleáns. ¡Estaba abandonando el país donde tanto me había sucedido durante los últimos años! ¡Era como un sueño sombrío!

Todavía habría de vivir un bonito momento. A Southhampton arribé con un barco alemán. A bordo del vapor más cercano todo era colorado. De repente se elevó un "hurra". Eran los buenos húsares, que me dedicaban el último saludo.

Aflavit Deus et dissipati sunt. ["Sopló Dios y fueron dispersados": esta era la frase triunfal que aparecía sobre la moneda conmemorativa de la destrucción de la Armada en 1588. La victoria de los ingleses sobre los españoles no se debió a una mejor estrategia sino al viento, que destruyó los pesados barcos españoles y respetó los buques ingleses más ligeros.]

FIN DEL DIARIO

Jorge Tovilla Pomar

ADDENDA

En septiembre de 1867, Carl Khevenhüller regresó a su patria. No viajó con uno de los transportes colectivos, sino como particular junto con su amigo Bertrand. Había tomado un préstamo para cubrir los gastos del viaje.

Después de un viaje marítimo de cinco días, llegaron a Nueva Orleáns. Como antes, Khevenhüller no simpatizaba con los norteamericanos, expresaba todavía su inclinación por los Estados del Sur, derrotados en la Guerra de Secesión, y escribió acerca de Nueva Orleáns: "La población consiste en su mayor parte en negros y mulatos, y se advierte que la población blanca de seguro sufrió terriblemente y se vino abajo a causa de la reciente y espantosa guerra. El idioma predominante de aquí es el francés. Al yanqui, sin embargo, se le distingue de inmediato, pues esa gentuza insoportable, perezosa y arrogante siempre atrae la atención al punto y de la manera más desagradable." En una posada se vio involucrado en un tiroteo, y apuntó, encolerizado: "Bertrand y yo nos despedimos de esa inquietante compañía, pues sería realmente demasiado estúpido salvarse de México con vida para luego morir del tiro de un yanqui borracho en tiempos de paz."

Con el vapor del Mississippi, que parecía una "casa alta sobre un alargado plato", hicieron el viaje de cinco días hasta St. Louis, pasando entre plantaciones de café y de algodón.

> Las noches eran espantosas. Pasaba horas acostado sobre la espalda y todas las terribles experiencias de los últimos tiempos me volvían a la memoria. Y, no obstante... ¿sentía nostalgia por el lugar?, ¿o por ella? El corazón se me oprimía dolorosamente, y sólo en un torrente de lágrimas hallaba, pese a mí mismo, algún alivio. Los días se sucedían unos a otros. Pasábamos junto a los campos de batalla de la guerra reciente, y una y otra vez lamenté que el Sur no hubiese ganado. ¡Qué posición hubiera adoptado, entonces, con respecto a México! ¡Qué significaba la cuestión de los esclavos! Por ellos el Norte no había hecho la guerra. Fue especulación, *trade*, nada más. Esta cháchara humanitaria es demasiado necia para sacar siquiera al perro de detrás de la estufa.

Desde St. Louis tomaron el tren hasta Chicago, donde se compraron ropa nueva: "Compré un pantalón en una tienda de ropa. Como

todos los pantalones americanos, incluye una bolsa para el revólver atrás. Al parecer la pistola realmente es necesaria en América." Desde Chicago, el tren los llevó en dos días y noches hasta Nueva York: "Ya empezábamos a cansarnos de América."

El cónsul general austriaco invitó a Khevenhüller y a Bertrand a su mansión cerca de Brooklyn: "Allí hallamos el tiempo para remendar nuestras pobres personas durante algunos días en el mayor lujo y comodidades."

Después de una visita turística a las cataratas del Niágara, adquirieron los boletos para la travesía a Southhampton, a donde llegaron después de un viaje marítimo de nueve días: "pero desde aquí la niebla inglesa pesaba ya sobre nuestros espíritus tropicales". En Londres, Khevenhüller se enojó otra vez con los diplomáticos austriacos, sobre todo con el embajador conde Apponyi: "Él es un señor viejo y ceremonioso. Ella es una pava afectada que lleva años acostada en el diván . . . Sí, nuestros representantes en el extranjero forman un triste grupo, incapaces, engreídos, reciben un sueldo miserable y quieren, además, hacer ahorros, de modo que su representación es mezquina e indigna de Austria."

En París, Khevenhüller volvió a ver, después de mucho tiempo, a un miembro de su familia: a su hermana mayor Leontine, casada con el príncipe Fürstenberg, que se hallaba en París con motivo de la exposición mundial: "Había una exposición. Bueno, la una es como la otra. A mí me aburren por completo. Realmente se parecen todas. El provecho no lo he descubierto nunca; todas terminan con un déficit, y sólo los dueños de restaurantes y los teatros les sacan alguna utilidad."

Khevenhüller también encontró en París a algunos antiguos camaradas de México, como por ejemplo al anterior ayudante general del general Thun, el barón Malortie: "Este Malortie lleva una existencia problemática. Parece ocuparse en parte en un negocio de caballos, en parte es *Strizzi,* por otra espía prusiano. A tales hombres degenerados se les encuentra por todas partes, a tipos depravados como Franz Fünfkirchen, quien es mesero en Nueva York, o el barón Wardener, que por lo menos ha llegado a inspector de aduanas en Nueva York. Puros antiguos oficiales austriacos."

En Praga, Khevenhüller se encontró con su madre y su hermano menor Siegmund ("El encuentro se podía calificar más bien de doloroso"), y viajó la misma noche a Kammerburg, el castillo bohemio de la familia: "Que monótono y triste me pareció todo aquí, sobrio y uniforme. No pude creer las espantosas condiciones que reinaban en Austria. Eran las mismas de México."

De Bohemia siguió a la Baja Austria, al castillo Ladendorf de Mistelbach, donde había nacido y donde vivía su padre, el príncipe Richard Khevenhüller: "Con lágrimas en los ojos recibió al hijo arrepentido que tanto había sufrido. En conmemoración, había hecho restaurar un antiguo cuadro de Ladendorf, el 'hijo pródigo', y le dio gusto mostrármelo." Pasando por Viena llegó por último a Riegersburg, donde Carl Khevenhüller al fin se estableció durante algunos meses, hasta que, huyendo del "frío tártaro" del Waldviertel, se integró a la "alegre sociedad" de Venecia y reanudó su vida de aristócrata.

La famosa fragata *Novara,* al mando del almirante Tegetthoff, llevó el 13 de enero de 1868 el cadáver de Maximiliano de México a Europa. Era el mismo barco sobre el cual el joven archiduque había hecho su primer servicio marítimo, el que envió al gran recorrido del mundo de 1857 hasta 1859 y que en 1864 llevó a México a la pareja imperial, llena de esperanzas.

El 18 de enero de 1868, Maximiliano fue inhumado con toda pompa en el mausoleo de sus antepasados, el mausoleo de los Capuchinos en Viena. Su esposa Carlota vivió en Bélgica hasta 1927, perdida en la demencia, y soñaba que Maximiliano gobernaba el mundo.

CUADRO CRONOLÓGICO

Diciembre 1861	las tropas españolas desembarcan en México (6 200 hombres)
Enero 1862	las tropas inglesas y francesas siguen (800 y 2 610 hombres, respectivamente)
Abril 1862	las tropas inglesas y españolas se marchan, las francesas son reforzadas
Mayo 1862	victoria de los republicanos en Puebla
Agosto 1862	las Leyes anticlericales de Reforma bajo Juárez
Mayo 1863	toma de la ciudad de Puebla por 22 000 franceses. Juárez huye desde la capital hacia el Norte
Junio 1863	entrada de los franceses bajo Bazaine a la capital. Un manifiesto de los franceses deroga a las Leyes de Reforma
	los franceses establecen una junta de 35 miembros para formar una regencia y una Asamblea de Notables de 215 integrantes
Julio 10, 1863	la Asamblea de Notables emite su voto en favor de la monarquía y nombra al archiduque Fernando Maximiliano como el primer candidato
Octubre 1863	Bazaine se vuelve el comandante en jefe de las tropas francesas en México
Octubre 3, 1863	la delegación mexicana de Notables ofrece la corona al archiduque Fernando Max en Miramar
Marzo 1864	Max y Carlota son recibidos por Napoleón III en París; empréstito francés
Abril 9, 1864	el tratado de Miramar: Max renuncia a sus derechos en Austria
Abril 10, 1864	Max presta juramento como emperador de México, en Miramar
Abril 14, 1864	partida de Miramar
Abril 18, 1864	visita al papa Pío IX en Roma
Mayo 28, 1864	llegada a Veracruz
Febrero 1865	Max confirma las Leyes de Reforma eclesiástica de Juárez, decreto para el libre ejercicio de la religión. Oposición de la Iglesia
Abril 1865	la guerra civil norteamericana termina con la victoria de los Estados del Norte
Octubre 3, 1865	un decreto imperial: todo enemigo armado de la monarquía puede ser fusilado dentro de un plazo de 24 horas sin fallo judicial

Enero 1866	Napoleón III insiste en retirar las tropas francesas lo más tarde en febrero de 1867
Febrero 14, 1866	asalto a la comisión belga
Junio 1866	se suspenden los envíos adicionales de tropas desde Austria por la protesta de los Estados Unidos
Julio 1866	Carlota viaja a Europa para procurar ayuda. Se manifiesta su locura en septiembre
Octubre 1866	la crisis de abdicación de Maximiliano
Diciembre 1866	se disuelve el cuerpo de voluntarios austro-belga después de que la mayoría de los soldados deciden regresar a Europa
Febrero 5, 1866	Bazaine abandona México junto con las últimas tropas francesas
Febrero 1867	Max se pone a la cabeza de un nuevo "ejército nacional" y se dirige a Querétaro con los generales y tropas mexicanos
Marzo 12, 1867	sitio de Querétaro
Mayo 15, 1867	Querétaro es derrotado, Max queda preso
Junio 19, 1867	Max es fusilado en Querétaro con sus generales Mejía y Miramón
Junio 20, 1867	la capital de México capitula, los extranjeros obtienen garantía de libre partida

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE GENERAL

Jorge Tovilla Pomar

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en el mes de septiembre de 1989 en los talleres
de Encuadernación Progreso, S. A. de C. V.,
Calz. de San Lorenzo, 202; 09830 México, D. F.
Se tiraron 2 000 ejemplares.

